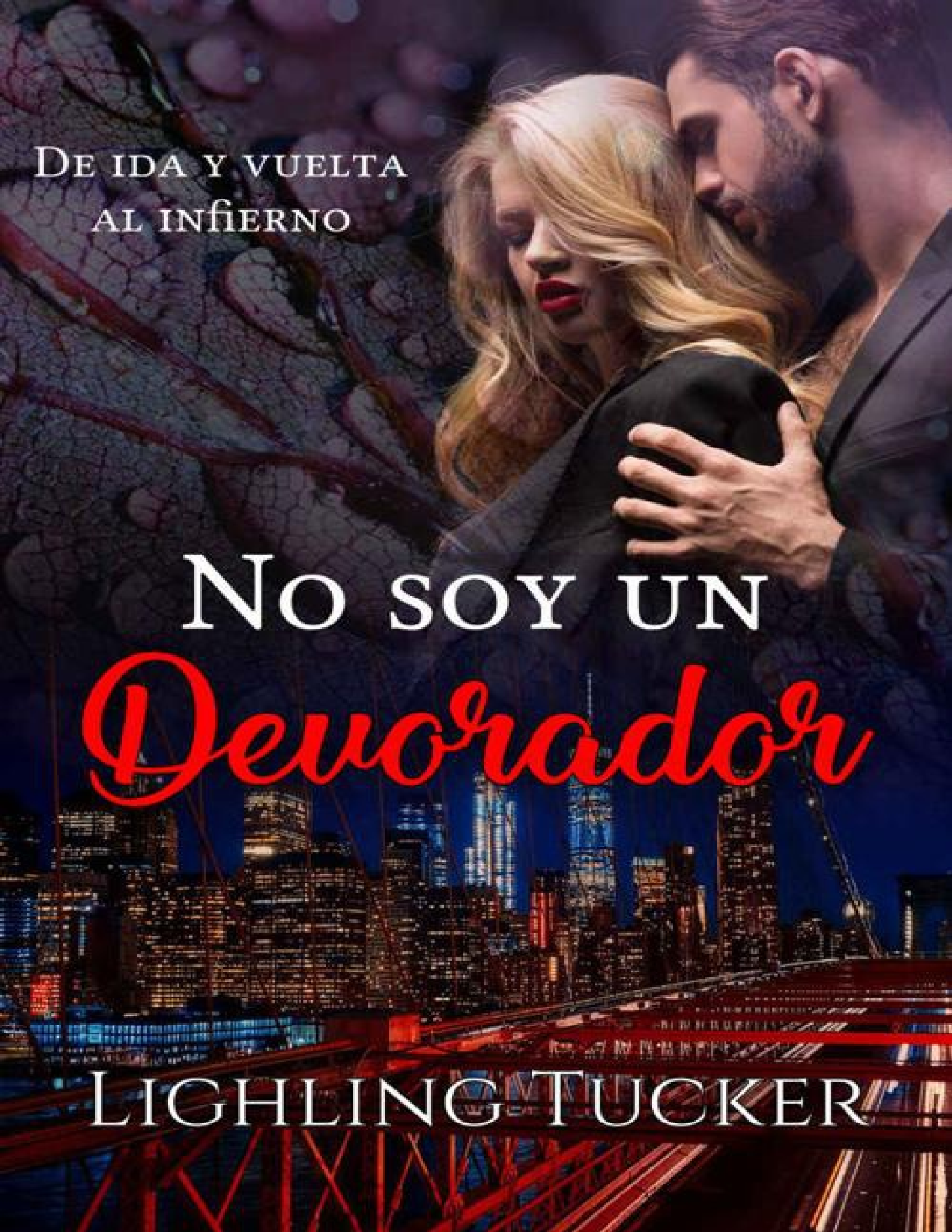

De ida y vuelta
al infierno
No soy un
Devorador
Lighling Tucker

NO SOY UN DEVORADOR

Lighling Tucker

Copyright © 2023 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ªedición Julio 2023

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

A ti peque, por seguir siendo mi mayor fan.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
GLOSARIO DE PERSONAJES
SINOPSIS
AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
EPÍLOGO
¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?
BÚSCAME
OTROS TÍTULOS

AGRADECIMIENTOS

Ya estamos aquí.

Libro de ALMA.

Debo decir que, como siempre, estoy nerviosa, aunque son unos nervios diferentes. Alma merecía un final feliz, después de tanto dolor y tanto sufrimiento era impensable que no tuviera historia.

Yo creo que si no la llego a escribir ella misma sale del libro y me pega jejeje.

Y aquí estáis una vez más o quizás sois una cara nueva. Gracias sea como sea, por atreverte a entrar en mi mundo de locura donde todo es posible.

Escribir a Alma ha sido difícil, es un personaje que ha sufrido hasta tal punto que me sorprende su entereza. Ahora era el momento de sanar, de curarse después de tanto camino y qué mejor que con Douglas.

Me declaro fan de ese hombre, no importa si lo he escrito yo jejej.

Bueno, ahora de verdad, Gracias por estar aquí. Por leerme, acompañarme libro a libro.

Os agradezco cara muestra de cariño que me entregáis. Ya sea un like, un corazón, un sticker, reseña, post, hablar por privado… ¡Lo que sea! Eso me llega al corazón y estoy muy contenta.

Sin vosotr@s sería imposible construir este mundo mágico.

Gracias a un grupo maravilloso de telegram que me mima como nadie, nos contamos nuestras penas y alegrías y nos ayudamos cuando alguien anda de bajón. Gracias a tod@s los integrantes de LC Lighling.

Y por último siempre a ti lector, por emprender este viaje conmigo. Gracias por la oportunidad y por estar aquí una vez más o por primera vez. Espero que vivas y sientas este libro tanto como yo lo escribí. Gracias por estar ahí.

No me enrollo más y os dejo entrar en la base, no sin antes poner los agradecimientos que siempre hago post en Facebook e Instagram. Si quieres salir en alguno de mis libros, sígueme por redes que para el próximo te apunto.

Y ahora sí que sí:

GRACIAS!!!!!!

Y dejadme que también agradezca a unas personitas el aguantarme y soportarme, aunque me ponga muy intensa: Patricia, Carmen, Araceli, Mónica, Oscar, Cristina, Irene, Mireia y Bárbara.

Sé que a veces soy un dolor jejejej

Y sobre todo a mi marido y mi hijo, que sin ellos, sin sus momentos de paz y ayuda esto tampoco sería posible. Sois mi todo.

AGRADECIMIENTOS DE FACEBOOK

MIREIA SANCHEMARIA LUISA GÓMEZ YEPES, MANUELA CAMACHO, MIRIAM CORDOBA, SISSILILI ALONSO, ELSA GARRIDO RUBIO, LEILA MILÀ, ROSARIO ESTHER TORCUATO, ESTER FG, ANA CELI, PILAR BAU, MARIA DEL MAR, ERIKA ALVAREZ, VANESA MARTIN ROCHA, JMARY JURADO NIETO, ARANCHA ESEVERRI BARRAU, LAU LUVERA, FONTCALDA ALCOVERRO CASTEL, SUSANA RICOY,

CRISTINA SUAREZ IGLESIAS, ANGELA GARCIA MORILLO, MARIELA J PEREDA S, CANDELA CARMONA, ANA GUILLEN, EMI TRIGO LLORCA, ITZIA MARTINEZ LOPEZ, THEFY VIERA, PATRICIA MUÑOZ GIMENEZ, MARIA JOSE VALIENTE GARCIA, MIREIA LOARTE ROLDAN, ISABEL GOMEZ, ANABEL JIMENEZ, TERESA PALOP, MIREIA SANCHES, MOIRA WEIGLE, ROMY VILLARROEL, YAIZA NEGRÓN FUENTES, TERE MEDINA CHAMORRO, CRISTINA IGUIÑO, NATALIA DUARTE, ANAVIC VALMUÑOZ, CAROLINA FRANCISCO, MARTINA DACOSTA IGLESIAS, SOLEDAD CAMACHO, ELISABET PONCE ALONSO, MEL G CALCAGNO, ALMA ZUBIRIA, PAO ERIKA, MIRIAM SANCHO, ELENA MARTINEZ, INES RUIZ, MARTA SÁNCHES VILLAR, MARIA FATIMA GONZALES, MARIA DEL MAR ROMERO, ENCARNA PRIETO, M ISABEL EPALZA RAMOS, TINA STUEBGEN, YOHANA TELLEZ, ANA HERAS, SARA SANCHEZ IRALA, LORENA SANCHEZ BERNAL, RENATA VEGA, VICTO VILLARREAL, FINA RISQUEZ, PILAR COLOM ESCANDELL, GISÉLE GILLANES, SILVIA SEGOVIA, ALEA JACTA EST, MARI LOLI BERMEJO LARA, MARIA CRISTINA CONDE GOMEZ, KIMI PILLALAZA, ANNIE PAGAN SANTOS, DANIELA CHIAPPINI SANGUINETI, CHARI GUERRERO PLATA, MARY ALFONSO GRAN, ANGELA SUAREZ, MAY FG, MPAZ SANJUAN, ELENA ESCOBAR LLORENTE, JESSY GLEZ, CELESTE MARTINEZ CASTILLO, CARMEN ENTRAIGAS MARTEAU, PEQUITAS BELLA, MARIAM RUIZ, M CARMEN ROMERO RUBIO, SHEILA Y RAMIREZ, GLORIA GARVIZO,

LOS DE **INSTAGRAM:**

ROSANA GUTIERREZ, NATACHA RODRIGUEZ, YANET SALINAS, SANDRA TORRES P, PATRICIA COLETO, PARADOXA LITERARIA, MIRIAM SANCHO, VANESSA ARENAS, BELEN FLORENCIO, MAYRA JIMENEZ, ANA CORTES, ALBA SYLVIA, MARIA CRISTINA CONDE GOMEZ, IRIA KNIGHT, KAYLEY SALVATORE, ROZALBA ZAREZ, REINA C RODRÍGUEZ M, PETRI (MAIPAPERRUQUERS), NURIA DAZA, LAURA GARCIA GARCIA, PURIFICACIÓN CARMONA, ISAMBLA, GISEL BECERRA CORNEJO, ESTEFANIA DE LOURDES CARRICARTE, MERRY BARROSO, CAMELEONA, PENELOPEZ ZIMMERMAN MCCLOUD, LADY AMRIAN, JUDITH VALVERDE, MAR C.A,ANI CONTRERAS, EVA RODRIGUEZ, NATY CHAIA, NATTI RUANO, LAURA CASTILLO MINGUEZ, ARADIA MARIA, NAIA EN LA LUNA, RITA VILA CONDE, JUDIT, GEMA MORENAS, CRISTINA BERMEJO, AINOHA, TATI TATI, ELISABET RODRÍGUEZ, ALACOSTA27, PAULA REMOLLINO, KAORY, ITXASO BELINCHÓN.

GLOSARIO DE PERSONAJES

- Dominick: jefe de los Devoradores de pecados. Casado con Leah, tiene dos hijos: Camile y Bjorn.
- Leah: humana, mujer de Dominick, jefa de los Devoradores.
- Dane: médico, mentalista y casado con Pixie.
- Pixie: devoradora híbrida, fuerte, divertida y capaz de destruir con un toque. Encargada de la seguridad de la base junto a Chase.
- Chase: jefe de la seguridad de la base. Creador de escudos protectores. Pareja de Aimee.
- Aimee: diosa, híbrida entre luz y oscuridad. Cada vez que muere revive en su perfil más oscuro y peligroso.
- Nick: segundo al mando de los Devoradores de pecados. Capaz de crear ilusiones ópticas. Pareja de Chloe.
- Chloe: humana, periodista encargada de hacer que los Devoradores pasen desapercibidos.
- Lachlan: alfa de la manada de hombres lobo. Casado con Olivia y cuñado de Dominick. Tiene tres hijos: las gemelas Hollie y Riley y un bebé llamado Jayden.
- Olivia: loba híbrida, jefa de la manada.
- Alek: uno de los gemelos, el más callado y con una cicatriz en la cara. Silba y envía un choque de energía. Pareja de Valentina.
- Valentina: hija de Seth, capaz de invocar huracanes.
- Ryan: apodado como «novato» es el Devorador más joven y niño mimado de Leah. Estuvo trabajando en el hospital hasta que se trasladó a la manada. Tiene un bebé llamado Teo.
- Luke: segundo al mando de la manada, comandante y entrena a los novatos. Pareja de Ryan.
- Hannah: Devoradora capaz de calmar con el toque, pareja de Brie.
- Brie: Devoradora, entre sus poderes está la capacidad de levitar objetos.
- Sergei: gemelo de Alek, el más divertido. Poderes silbar proyectando ondas expansivas y hacerse invisible.
- Aria: pareja de Sergei, humana que heredó los poderes del tiempo.
- Alma: humana rescatada en el primer libro. Secretaria de Nick.
- Douglas: dios de la creación hermano de Aimee.
- Doc: hijo de Seth, Anubis. Poderes todavía por determinar.
- Winter: humana que rescató a Doc.
- Seth: Malo, malísimo de la historia.
- Ra: hermano de Doc, malo también, vestido siempre de impoluto blanco.
- Nolan: Dios de la muerte, anteriormente fue el del amor.
- Momo: reno mascota de Camile.
- Martha: Humana.
- Paul: hijo de Martha.
- Keylan: Devorador bastante peligroso y poco amigable.
- Grace: humana casada con Keylan. Tienen dos hijos.
- Elena: Devoradora fallecida, actualmente es un fantasma que se le aparece solo a Winter. Amiga de Valentina.

- Eve: Devoradora rescatada de experimentos humanos.
- Darius: Devorador mentalista, el único inmortal. Maestro de Dominick.
- Quill: Devorador amigo antiguo de Dominick, capaz de orbitar. Le caracteriza su cresta mohicana.
- Ty: amigo íntimo de Aria.
- Devin: dios del tiempo.
- Khaos: dios del caos, pareja de Devin.

SINOPSIS

Alma sabe que no es capaz de avanzar. Después de haber sido explotada en un club durante años y sobrevivir sabe que parte de sí misma murió allí mismo. Además, recordar que Cody, su exmarido fallecido, se enamoró de otra durante su tortura solo la ahoga todavía más.

¿Cómo se supone que se puede superar a eso?

Douglas no es un tipo que sepa seguir las normas. Enamorado de ella desde hace años sabe en la espiral de autodestrucción en la que ha caído Alma.

¿Debe quedarse con los brazos cruzados?

—Alma, solo te aviso que Douglas vendrá y nada podrá detenerlo —le advirtieron.

Sin darle opción a huir Douglas está dispuesto a demostrarle a Alma que su corazón sigue siendo capaz de sentir. No puede enterrarse en el pasado. Debe pelear por seguir y está dispuesto a darle alicientes para ver el mundo de otra forma.

Pronto acaban dándose cuenta de que son como los dos polos de un imán, atrayéndose de tal forma que son capaces de hacer arder al mundo entero.

¿Sobrevivirán a tal colisión?

Son como nosotros, respiran y hablan como los humanos, pero son Devoradores de pecados. Perversos, peligrosos y con ansias de saciarse del lado oscuro de las personas. Miénteles y satisface su hambre.

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

—¡¿Te crees una princesa de cuento?! —espetó tras una bofetada.

Alma cayó al suelo con un pitido instaurado en lo más profundo de su oído. Resonó cuando su cuerpo golpeó el frío pavimento, pero a nadie le importó lo más mínimo. Ella no era nada.

Solo un juguete.

Como una de las trabajadoras del «Diosas Salvajes», debía convencerse de que era un juguete para el uso y disfrute de todo aquel que fuera capaz de pagar por su compañía.

En eso se había convertido su vida.

Se había reducido hasta el punto de ser un objeto.

Una muñeca sin alma. Irónico después de todo puesto que su nombre simbolizaba aquello que le habían arrebatado.

—Vas a levantarte y cumplir con lo que te he pedido. Te guste o no estás a mis órdenes. Si no satisfaces a ese hombre yo mismo me encargaré de que maten a tu marido, ese que tratas de proteger a toda costa.

El simple hecho de que mencionasen a Cody la obligó a levantarse. Se colocó la ropa interior que lucía como prenda única y asintió a su jefe recordando que era más bueno con ellas si no hablaba.

No le gustaban las palabras.

Al menos las que provenían de sus chicas.

Ignoró el dolor de su mejilla, como también el de sus rodillas y fue directa hacia la parte trasera de la barra. Allí tenían improvisado una especie de tocador en el que todas las chicas revisaban su maquillaje.

Tomando uno cualquiera, sin siquiera revisar el tono, se maquilló la zona golpeada a sabiendas que no importaba.

Su cliente no se daría cuenta.

Nadie tenía en cuenta los golpes o lo magullada que pudiera estar. Después de todo, solo buscaban usarla y después olvidarse de ella. Es más, muchas veces ni siquiera la miraban a la cara.

Tomándola desde atrás como si de un animal se tratase, así ignoraban que era un ser humano, que bajo todo ese maquillaje existía una mujer que era capaz de tener sentimientos.

Nadie se preguntó si lo hacía de propia voluntad, si necesitaba ayuda, nada.

Dieron por hecho que era una mujer libre como bastantes de las que trabajaban en el club.

Alma revivió el recuerdo de su encierro por enésima vez. Estaba tan metida en él, mirando como si de una película se tratase, que fue incapaz de escuchar los pasos de alguien más.

Aquel cliente era uno de sus «habituales», uno de los que siempre pedían y pagaban por su compañía. Hacía ya tantos meses que la visitaba que él había desarrollado un sentimiento de pertenencia, uno que le hacía creer que era su dueño para cumplir todos sus deseos.

Y era perverso.

Sabía de él que tenía una familia, una que creía que se quedaba todos los jueves hasta tarde trabajando. No lo conocían realmente, solo lo que él quería que supieran. Por desgracia para Alma eso era diferente.

Sabía quién y cómo era.

El monstruo tras el traje que siempre llevaba.

Le parecía increíble creer que cuidase amorosamente de sus dos hijos pequeños y que fuera un esposo dulce.

Aunque todo tenía sentido.

Con ella y solo con ella era realmente él. Ese ser perverso y oscuro capaz de sucumbir a sus más oscuros deseos. Por eso la visitaba una vez por semana como si de un novio fiel se tratase.

La usaba para calmar al monstruo que escondía en su interior, solo así era capaz de ser alguien medianamente normal en el mundo exterior. Ella apaciguaba con su cuerpo a ese ser terrible que nadie podía ver.

—Alma, te he extrañado… —le dijo perdido en su propia excitación.

Después vendría el monstruo, uno que asomaba con los dientes afilados.

Los moratones de su cuerpo no lo habían extrañado porque, a ellos, se le iban a sumar muchos más. Y ella tenía que fingir placer.

Por Cody.

Solo para que su marido siguiera con vida.

El pensamiento de su esposo la ayudó a lograr sonreír afablemente. Ese cliente adoraba que ella fuera dulce, casi suplicante por ese toque que tanto dolía. Debía fingir, porque si él era feliz su marido seguiría con vida.

No podía perderlo o mandarían ejecutar a Cody.

—Yo también —mintió.

Eso hizo que ese ser se vanagloriase, sonrió como si estuviera a punto de decirle «buena chica». En su defecto, se quitó los zapatos y después fue directo a desabrochar su cinturón.

Alma tragó saliva.

—Hoy te necesito, Alma. Anoche estuve a punto de ponerle el cinturón en la garganta a mi mujer, quise con toda mi alma asfixiarla, que su vida estuviera entre mis dedos… —explicó con pesar—. Pero jamás lo entendería. Verme duro mientras me suplica respirar sería demasiado para ella.

Entonces la miró perdido en deseo.

—En cambio tú… Tú sí que sabes suplicar.

Aquella iba a ser una sesión muy difícil. Lo peor era que nadie la ayudaría y si después de todo acababa muerta, a nadie le importaría lo más mínimo. Era un juguete sin corazón.

Tomó aire porque la Alma del presente sabía lo que estaba a punto de pasar. No importaba la de veces que hubiera visto esa noche, era la más terrible de todas, la que acabó con la poca humanidad que pudiera quedarle.

Él avanzó y ella se arrodilló a la espera de que el cliente le indicara su próximo movimiento.

De pronto la imagen se detuvo.

Pasados unos segundos, Alma frunció el ceño. Se levantó del frío suelo donde estaba sentada y miró a su alrededor buscando una explicación a lo que estaba sucediendo.

—¿Hola? —preguntó.

El culpable apareció entonces. La propia muerte hecha persona, Nolan, se hizo visible a unos metros de distancia. Ese hombre, al cual el resto del mundo debía temer, le pareció lo más parecido a un gatito boca arriba en ese momento.

—¿Por qué has detenido el recuerdo?

Necesitaba saberlo.

Nolan suspiró. La miraba con lástima, como si le doliera lo que ella hacía con su vida. Bueno, en realidad con la ausencia de esta ya que estaba muerta. Había sido una gran decisión.

—Creo que ya la has visto suficiente por hoy —explicó Nolan.

¿Suficiente?

¿Era eso posible?

La compasión era algo difícil de digerir. Nolan, con su gran corazón, luchaba para evitar que se siguiera fustigando. Era incapaz de comprender que esa noche lo cambió todo, que su experiencia en el «Diosas Salvajes» la marcó lo suficiente.

—Creí que en el infierno uno era torturado con sus pecados —comentó Alma.

El dios señaló al humano antes de ser capaz de contestar.

—Son sus pecados los que yo veo en estas imágenes y no los tuyos —confesó Nolan.

¿Estaba ciego?

Alma podía contemplar los suyos mismos allí. Podía haber gritado, peleado hasta que él la hubiera asesinado. Dejó de pelear, al final de todo se dejó llevar porque Cody pasó a ser más importante que sí misma.

Ese hombre era un monstruo, pero ella lo había permitido.

—Siempre creí que en el infierno se llegaba al pecar, si estoy aquí es porque me lo merezco y necesito ser castigada —lo dijo creyendo completamente lo que decía.

Se había ganado un puesto en el infierno y lo aceptaba.

Para su desgracia, Nolan no parecía opinar lo mismo. Eso le resultaba curioso, aquel hombre no parecía ser consciente del lugar en el universo que ocupaba. Como si olvidase que era el dios de la muerte.

Ya debería conocer las leyes del cielo e infierno.

—No solo se llega aquí siendo mala persona. Fue tu propia convicción de que lo merecías la que te envió aquí.

Las palabras de Nolan no dolieron, aunque la sorprendieron.

No lo creyó ni un solo instante. Merecía cada minuto que pasaba en ese infierno y había sido por sus actos mientras estuvo viva; no importaba lo muy convencida que hubiera podido estar en el momento de su muerte.

—Te agradezco tus palabras, pero sé que me merezco esto. Enciende las imágenes, por favor —pidió Alma con cariño.

Nolan apretó la mandíbula con cierto dolor.

—No sacarás nada bueno de torturarte —le recordó.

Eso era cierto.

Pero esa era su condena eterna, la que llevaba viviendo desde el primer día en el que la liberaron.

—Ya es casi como una canción de cuna —reconoció ella.

Con pesar, casi como si él mismo le diera los golpes que un día recibió, Nolan cerró los ojos y encendió de nuevo aquel recuerdo. Ella sonrió a pesar de que él no podía mirarla.

Se negó a ello.

—Gracias.

—Por favor, Alma… No digas eso.

Desapareció dejándola sola. Eso la hizo sentir mejor, ese lugar del infierno era solo suyo, su lugar seguro donde el recuerdo de su vida la acompañaba. Para bien o para mal había vivido eso.

Ahora le quedaba toda una eternidad de dolor.

Y eso era lo que merecía.

CAPÍTULO 1



—¿Y bien? —preguntó Dominick.

Era una reunión informativa. Poco más podían hacer después de todo lo sucedido, salvo esperar respuestas de alguien que pudiera dar luz a esos momentos de oscuridad que estaban viviendo.

—He perdido el contacto con Douglas —reconoció Aimee con dolor—. Su único objetivo es dar con ella. Está totalmente desconectado del resto.

Que Alma diera su vida por ellos los había cogido tan desprevenidos que seguían tratando de digerirlo.

—¿Dónde está ella? —preguntó Nick con voz estrangulada.

Para él la pérdida de Alma estaba siendo tan dura que parecía haber perdido esa alegría que lo caracterizaba. Había sido su secretaria durante años, codo a codo y día a día.

Aimee no contestó inmediatamente sabiendo que no iba a gustar la respuesta. Solo se atrevió a hablar cuando Chase le tomó la mano animándola. Suspiró dándose unos segundos de margen y disparó.

—En el infierno —contestó.

La consternación se dibujó en el rostro de todos, atónitos por la respuesta puesto que Alma era la persona más buena que habían conocido jamás.

—¿Por qué? —preguntó Pixie—. Ella no ha hecho nada malo, no es una persona mala o cruel. No ha cometido ningún asesinato ni nada por el estilo.

Comprendía su malestar.

—Si alguien como ella se ha ganado el infierno, ¿qué nos queda al resto? —masculló Dominick.

Sí.

Esa era una buena pregunta.

—Estamos todos jodidos, aunque tampoco me veía con un aro brillante encima de mis orejas lobunas —bromeó Lachlan.

No tardó en recibir respuesta.

—Cierto, a ti te quedan mejor los cuernos —sonrió Sergei.

El lobo comprendió entonces lo que le decía el Devorador y se levantó yendo a por él. Solo se detuvo cuando Aria le cortó el paso colocándose ante su pareja, no necesitó palabra alguna para

contenerlo.

Lachlan gruñó mostrando los dientes.

—Si quieres, lobo —dijo mirándolo de arriba abajo—, salimos fuera y lo discutimos.

Se miraron a los ojos el uno al otro y acabaron sonriéndose ampliamente. Solo entonces, Lachlan aulló suave.

—Antes te prefería a ti, Sergei, ahora te cambio por tu mujer. Me da mucha más caña que tú.

—Que no te escuche Olivia o te lleva a la perrera —contestó el Devorador.

Ignorando lo que decía, el lobo regresó a su asiento y se acomodó removiendo el culo como si así bailase.

—Eso no pasaría jamás porque Mortimer y yo ya somos inseparables. No puede vivir sin mí, ¿a que no?

El susodicho puso los ojos en blanco. Estuvo a punto de decir algo, no obstante, una sonrisa perversa se dibujó en su rostro permitiendo que su sombra se moviera entre los pies de todos los presentes. Ellos, sin darse cuenta, parecieron confundidos.

Todo cambió cuando miraron a Lachlan, el cual permanecía inmóvil solo con el dedo de en medio levantado.

—Me encanta cuando te callas —confesó Dominick.

—Diría que no eres el único —rio Dane.

Lo contuvo apenas unos segundos, los suficientes como para que no volviera hablar una vez lo dejase libre.

El tema era mucho más importante.

—Bien, volviendo a Alma. ¿Cómo es posible que esté allí? —retomó Dominick.

No pudieron contestar, apareciendo como si de un fantasma se tratase, Nolan hizo acto de presencia. El dios de la muerte, tras contemplar a Aimee y después a Doc, decidió concederse el turno de palabra.

—La entrada al infierno no se gana solo por terribles actos hechos durante la vida. Una persona buena y bondadosa puede acabar allí si realmente cree que ese es su lugar —sentenció con contundencia—. Y Alma está tan rota que no solo cree que ese es su sitio sino que acepta el castigo eterno.

Eso fue como un puñal en el pecho de Nick, uno que se afianzó hasta lo más profundo. No tenía la responsabilidad de nada, pero así se sentía.

—¿Cómo no lo pude ver? —preguntó roto.

Chloe abrazó a su pareja con cariño, casi como si de un niño pequeño se tratase después de caerse del tobogán. Todavía no tenían claro si se había roto algún hueso, solo por eso fue tan lenta y concienzuda.

—Nadie es capaz de ver algo semejante —puntualizó Darius—. Bajo mi larga experiencia, he visto a cientos de personas totalmente destruidas y parecer ser el alma de la fiesta.

Había gente que escondía sus heridas, unas que las maquillaban, aunque eso no las borrase.

Seguían latente.

—Es como Sergei, nos ocultó el dolor por Valentina —puso como ejemplo Alek.

Sí, si iban a hablar de gente «jodida» en esa base había demasiados para pasar lista. Y todos estaban en aquella gigantesca sala de reuniones. Casi todos al completo, habían formado una gran familia que debía apoyarse.

—¡Eh! Pero ahora mi cuñadita y yo somos muy buenos amigos —rio Sergei.

Desviar el tema no serviría de mucho. Por primera vez estaban muy lejos de la persona a la que podían ayudar y, para colmo, tarde comprendían que no iban a ser capaces de dar con ella.

—¿Y eso cómo nos deja? —preguntó Dominick.

—Jodidos —puntualizó Lachlan.

Así era.

Y no tenía vuelta de hoja.

Estaban ante algo que se escapaba de sus poderes y competencia. Los temas de muerte y resurrección eran algo distintos a la pelea que tenían ante sí. Seth tocaba muchos temas, más ese no.

—Le echaré un ojo, si eso os consuela, pero debe romper ese bucle ella misma —explicó Nolan.

Eso fue mucho peor a lo esperado.

—¡Pues menuda suerte! Lleva más de diez años en la base y no ha mejorado —gruñó Nick.

Estaba a punto de explotar.

—¿Y qué podemos decir de Devin? —preguntó Dominick desviando la atención del tema.

Tenían tantos frentes abiertos que pasar de uno a uno le resultó lo más útil. Ya tendrían tiempo para mortificarse por todos ellos. Siempre les quedaba pensar en Winter y algún tema más que provocaría que Marina, la psicóloga recién incorporada a la base, enloqueciera.

Eso resultaría demasiado irónico hasta para ellos.

—Esto de controlar el tiempo es tan extraño que no hago más que envejecer y rejuvenecer. Hasta he conseguido viajar hasta la época medieval, cosa que no recomiendo a nadie —explicó Aria.

Sí.

Ella había sido elegida por el mismísimo Devin para heredar sus poderes de dios del Tiempo.

—¿Por la comida? —preguntó Lachlan.

—El olor, la comida no estuvo mal, pero el olor era nauseabundo —puntualizó Aria.

Eso atrajo la atención del lobo, el cual, saltó de su silla a la más cercana de ella para seguir con esa conversación tan poco interesante. Aunque, a manos de ese hombre, todo podía transformarse en un gran evento.

—Yo creo que ahí podría sentirme yo mismo. Olivia está empeñada en que me bañe, yo le digo que con cuatro lametones estoy listo, pero no la convenzo. Tal vez… Si pudieras llevarla a esa época… Digamos que no se pondría tan quisquillosa conmigo.

Aria, la cual fingió una arcada, contestó.

—Eres un guarro. Lávate las bolas con jabón y no a lametones.

Él sonrió.

—Estoy convencido de que si todos los presentes pudieran llegarse a sus bolas, lo harían —declaró orgulloso.

Y entonces, Sergei opinó.

—Yo lo haría.

Aria no pudo más que mirarlo como si acabase de enloquecer ahí mismo o, quizás, como si aquella conversación comenzase a oler mal.

—¿Lo harías? ¡No! —corrigió rápidamente—. Vamos a cambiar de tema.

De pronto, el temible lobo se acercó a su oído directo a susurrarle.

—Esta noche en la cama imagínatelo chupándose las bolas…

La pobre se levantó de un salto como si de un resorte se tratase. Incapaz de detenerla, vieron como atravesaba la sala entera en busca del preciado bate que había dejado al lado de la puerta.

Por suerte, un calmado Khaos le cortó el paso y la tomó de los hombros.

—Tranquila, todo está bien.

—¡Voy a darle fuerte!

—Y yo, que no disfrutaría más del caos, solo puedo decirte que te calmes. Es broma… —dudó—. Espero.

Sergei no se atrevió a pronunciar palabra alguna. Así que solo consiguió que Aria se quedase cerca de Khaos y tomase asiento lo más lejos posible de él. Ese gesto provocó que hiciera un mohín.

—No te preocupes, cariño —dijo Lachlan—. Ya te daré yo lo tuyo al salir, que desde que sales con la del bate ya no nos damos arrumacos.

—Gracias, menos mal que en ti siempre puedo contar —lloriqueó Sergei.

Aria se limitó a poner los ojos en blanco en busca de una paciencia que no existía ya.

—Yo creo que hubieras estado muy sexi lamiéndote las bolas —susurró el lobo.

Solo entonces Aria se levantó dispuesta a darle, aunque Khaos volvió a tomarla del hombro y la sentó con delicadeza. No pretendía que aquello estallase en mil pedazos y hacerse un abrigo.

—Pienso chivarme a tu mujer —sonrió ella dándose cuenta de que podía molestarlo de otra manera.

No hacía falta la fuerza bruta.

Eso sí que hizo palidecer a Lachlan.

—No, a Olivia no. Me arrastro a tus piel cual gusano, ¡oh! Señora del bate.

Lanzándose al suelo, suplicó.

—Sé piadosa conmigo o van a bañarme cada día hasta el juicio final.

—Sé un buen chico y yo no se lo contaré —lo chantajeó Aria.

El alfa, aceptando el trato, fulminó con la mirada a Sergei como si este tuviera la culpa de todo. Eso no lo intimidó lo más mínimo, de hecho se encogió de hombros siendo ajeno a toda aquella tragedia.

—Tú dijiste que la preferías antes que a mí —rio Sergei.

CAPÍTULO 2



—Leah… —pronunció Doc.

Todos se habían marchado, hasta Dominick el cual no había reparado en la ausencia de su mujer porque Nick lo mantuvo entretenido con una conversación diferente. Otro problema pudo deducir por el semblante preocupado de su compañero.

Doc tomó a Leah del codo obligándola a detenerse en seco. Ella pensaba huir, pero no era buen día para tratar de conseguir algo semejante. No estaba entre sus intenciones permitir que se marchase.

—No has hablado en toda la reunión y no suele ser muy habitual en ti.

Estaba encerrada en sí misma, lo peor era que la veía ahogándose sin pedir ayuda. No pensaba gritar, llorar o suplicar, se había rendido y dejaba que todo le pasase por encima sin oponer resistencia.

—¿Piensas quedarte callada? —preguntó Doc mirándola con sus ojos singulares.

Ella, la cual luchó por no perderse en la heterocromía de sus ojos, negó con la cabeza dándose cuenta de que no tendría escapatoria alguna.

—No es nada…

La mentira de Leah fue tentadora. Tiró de ella pegándole un ligero sobresalto, aunque se contuvo a consumirla. Ella tenía marido, le correspondía a Dominick tomar ese pecado.

—¿Olvidas que somos Devoradores de pecados? —preguntó bastante sorprendido.

Y, como si de una niña pequeña se tratase, se lanzó sobre él abrazándolo con fuerza. Envolvió los brazos alrededor de su cuello y se perdió sobre su cuerpo comenzando a llorar sin control.

Eso era lo que necesita, sacar ese sentimiento tan desgarrador que amenazaba con consumirla.

Doc la tomó en brazos y caminó con ella hasta conseguir sentarse en una silla cercana. Solo entonces permitió que se vaciase, no importó lo poco que le gustase el contacto, Leah lo necesitaba.

Y el mundo podía arder en el infierno que no se movería solo por permanecer a su lado.

—Debí verlo, Doc… —sollozó.

Nadie pudo darse cuenta del dolor que consumía a Alma.

No era visible.

—No es culpa tuya.

Ella no lo veía así.

Luchando por calmarse, por no hundirse en un mar de lágrimas, Leah se secó el rostro con el dorso de la mano y lo miró con auténtico dolor.

—En estos años yo he conseguido un marido, dos hijos preciosos y mis heridas han sanado. Eso sin contar con la gran familia que es esta base. Y Alma, que lleva casi el mismo tiempo, solo ha conseguido dolor. No ha superado lo ocurrido. La prostituyeron en contra de su voluntad, Doc…

Así era.

Algo que debió ser un terrible infierno.

—Perdió a Cody. Ya no solo porque lo enterró, sino porque él estaba enamorado de Olivia cuando lo liberamos. Ella se entregó para salvarle la vida y la traicionó. Y sé que han pasado más de diez años, lo sé… —Leah tuvo que hacer una pausa.

Ambos eran conscientes de todo lo que había vivido Alma. Su historia había sido demasiado amarga.

—Ganó una familia aquí. Quizá no pareja e hijos, pero todos la quieren y luchan por traerla de vuelta. —Doc carraspeó—. Hasta me atrevería a decir que Douglas no siente amor fraternal hacia ella.

Leah saltó de su regazo y lo señaló con el dedo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó sabiendo la verdad.

En realidad casi era un secreto a voces. El dios había hecho cualquier cosa por ella, hasta saltarse las normas y la visitaba con bastante frecuencia.

—Tú y yo lo sabemos. Douglas siente algo por Alma. —Movió una mano restándole importancia—. Ya ni disimula, no es que venga a ver a su hermana Aimee y utilice la coyuntura… Ellos tenían muy buena relación.

Leah se apretó las sienes.

—Pero eso puede ser porque la aprecia. Tienen una buena relación, como nosotros, por ejemplo.

Doc ladeó casi una sonrisa.

—Es muy diferente su caso al nuestro. Douglas quiere follársela y yo a ti no.

Ante la sinceridad de Doc, Leah palideció. Asintió aceptando eso, hasta parecía feliz con lo que acababan de contar. Por una parte, fue como si hubiera necesitado la confirmación de otro para darse cuenta de que lo que sospechaba era real.

—Sí, nuestra relación es como si fuéramos hermanos. Tú increíblemente más viejo que yo, pero hermanos al fin y al cabo —pronunció Leah resaltando esa cantidad de años que los separaba.

Se compadeció de ella.

No por la edad ni mucho menos. Fue más bien por la responsabilidad que cargaba sobre sus hombros voluntariamente. No ver el dolor de Alma no era culpa de nadie, todos habían buscado cuidarla y hacerla sentir bien.

El fracaso, si es que se podía llamar así, no recaía sobre una persona en concreto.

—¿Crees que ella puede sanar? ¿Y que volverá a casa? Tal vez ni sienta esta base su hogar…

Eran demasiadas cosas para torturarse, algo que salía de su control. Hasta que no dieran con Alma no podrían saber nada, aunque esa opción era terriblemente dolorosa.

—Vayamos poco a poco. Primero debemos ver cómo dar con ella y, si consigue salir, sabremos el resto —explicó Doc.

No dar esperanzas era lo más sensato.

En su tiempo entre humanos, Devoradores y otros seres, había aprendido que no se debían adelantar acontecimientos. Debían encontrar la forma de darle a su amiga lo que necesitaba.

—¿Y que Douglas y Alma tengan sexo no es un poco raro?

Doc enarcó una ceja.

No tuvo claro si debían seguir esa conversación.

No habló, solo esperó a que Leah lo iluminase de alguna manera porque no tuvo muy claro a qué se refería exactamente.

—Él tiene como miles de años… No sé por qué nunca me había planteado algo así.

La sinceridad de su amiga lo golpeó de lleno. No tuvo muy claro qué contestar. Al parecer, la edad era un problema en los dioses, aquellos seres inmortales que llevaban habitando el universo desde tiempos inmemoriales.

—La edad en seres como nosotros —remarcó, recordándole que era un dios—, es un mero trámite. No significa nada.

Leah, palideciendo al instante, se tapó el rostro con las manos y se la escuchó suspirar fuerte un par de veces.

—Perdóname, no sé ni qué digo. Soy un caos de pensamientos uno tras otro. Es como si esta realidad me haya estallado en la cara de golpe. —Frotó sus sienes con fuerza—. Siento que tuve que verlo venir, soy su amiga. Soy responsable de donde está, Doc.

No.

No lo era.

—No eres responsable de lo sucedido con Alma. Ella eligió sacrificarse, nadie fue capaz de ver lo que encerraba en lo más profundo de sí misma. Ni siquiera nuestros mentalistas fueron capaces de darse cuenta. Ocultó muy bien sus sentimientos. No puedes culparte de todo lo bueno que te ha ocurrido hasta ahora solo porque Alma no haya conseguido algo similar. —Doc suspiró —. Yo creo que, de alguna manera, le transmitimos paz y tuvo momentos de felicidad.

No pudieron seguir hablando porque Aria se asomó hacia el pasillo que ocupaban y los miró con cierta curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó.

Doc volvió a su posición seria, la que siempre portaba y se metió las manos en los bolsillos. No dijo nada, solo un intento de gruñido que le arrancó una sonrisa a Leah, aunque no comprendió los motivos.

—Todo bien, gracias por preocuparte —contestó Leah.

Aria no estuvo convencida de ello.

—Oye, si hay algún problema con que sea secretaria de Nick, podemos hablarlo. Alma me ofreció el puesto antes de todo, quería que tuvieran dos por la cantidad de trabajo, pero si eso os parece mal presento mi renuncia inmediatamente.

Eso sí fue toda una sorpresa.

Al parecer esa reunión había despertado muchos sentimientos a todos los presentes. La culpa era uno de los más presentes, cada uno por distintos motivos. Hasta para Aria, una de las últimas incorporaciones a la base.

Por suerte se lo había dicho a Leah. Esa mujer con el corazón más bondadoso de todos, abrazó a Aria y le recordó que ese era su puesto, que Nick la quería allí y que nadie sentía que le quitaba nada a nadie.

Y ese era un gran descanso.

Marchándose contenta y tranquila, Leah y Doc volvieron a compartir una mirada cómplice. De un modo u otro, ellos debían permanecer fuertes para que el resto de la base pudiera llorar un

poco, flaquear y volver a levantarse.

Ese era su cometido.

—¡Eh! ¡Aquí están! —gritó Lachlan llegando hasta ellos.

No vino solo.

Dominick asomó un poco la cabeza y los miró con cierto recelo.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó el jefe.

—Pues está claro, Mortimer. ¡Se van a montar un trío! —exclamó el lobo al borde de la locura.

Eso era tan absurdo que ninguno de los dos quiso decir nada al respecto. Bueno, ellos al menos no, porque Dominick no pudo resistir la tentación de seguir con el tema que había sacado su cuñado.

—Son dos, ¿quién sería el tercero? —preguntó.

Aquello solo ayudaba a enloquecer al lobo mucho más.

—Pues yo, es más que evidente. Por eso estaban esperándome. —Se llevó la mano al pecho en modo dramático—. Tú sabes que yo soy una atracción andante, pero debo romperos el corazón a todos porque le soy fiel a mi Olivia.

Doc suspiró sin poderlo evitar.

—No suspires diosito, que cuando Winter te eche el lazo te vas a cagar. Espero que te quite esa cara de sieso que tienes.

Leah interceptó a su cuñado tomándolo de un brazo para que dejase a Doc. Después tomó a su marido y se los llevó poco a poco hacia el ascensor. Ellos solo se dejaron llevar dándose cuenta de que no quería seguir con las bromas.

—¿Todo bien? —preguntó Dominick.

—Poco a poco —confesó.

Era mejor eso que mentir y permitir que Lachlan se diera cuenta de cómo se alimentaba de un jugoso pecado.

Con el alfa siempre era mejor ser prudente.

O ese recuerdo la perseguiría el resto de su vida.

CAPÍTULO 3



Douglas se quitó los guantes repletos de sangre. Respiró profundamente en un intento de dejar pasar los segundos. La calma era algo que se le apetecía juguetona porque no parecía tener un momento de paz.

—¿Qué has hecho? —preguntó su hermana Bella.

—Encargarme de un par de asuntos —contestó sin detallar más información.

Allí abajo, en el infierno, era el lugar donde habitaban los hijos del dios Oscuro. Aunque, para su desgracia, nada se escapaba al control de la comandante del ejército del dios de la oscuridad: Bella.

Llegó a su cargo siendo la más joven de todos sus antecesores. Desde pequeña mostró unas aptitudes para el combate superiores al resto, una combinación que la llevó a lo más alto.

—No seré yo la que te recrimine que escarmientes a los demonios que se pasan en el mundo de los humanos, pero creo que lo estás usando como excusa para drenar esa ira que llevas dentro —explicó su hermana.

Sin mirarla, porque hacerlo sería confesar a la primera, caminó hacia la cocina y comenzó a poner sus guantes en remojo.

—¿Tan malo sería eso? ¿Que descargue ira? —preguntó tanteándola.

Por supuesto, Bella lo había seguido hasta allí. Con la calma que la predecía y la serenidad que la caracterizaba, se tomó su tiempo en contestar.

—Siento que te estás perdiendo en esa ira —comentó dando en el clavo.

Así se sentía.

Perdido.

—No estaría así si hubiera podido hacer algo por ella —recriminó Douglas como si ella tuviera la culpa.

En realidad no la tenía.

Y ese ataque no le importó lo más mínimo.

A decir verdad, el silencio que la precedió le resultó de lo más molesto. Ella siempre era un maldito grano en el culo y que no comenzase a serlo lo perturbó. Quizás Bella comenzaba a ser algo más normal.

La escuchó caminar hasta el frutero donde seleccionó unas uvas. Unas que arrancó del racimo y se acercó al fregadero donde esperó pacientemente a que él se apartase para poderlas lavar.

Después se llevó una a la boca y el sonido fue tan estridente que la miró con cierta sorpresa.

Bella solo sonrió.

—Muchas molestias para una simple humana, ¿no crees? —preguntó en cuanto tragó la fruta.

Douglas, inconsciente de sus actos, la tomó del cuello y la obligó a retroceder a toda velocidad hasta impactar con la espalda contra la pared. Fue un gesto duro, tal vez demasiado, pero no borró la sonrisa de Bella.

Es más, para su sorpresa, ninguna uva cayó al suelo.

—Vas a soltarme o voy despedazarte —amenazó Bella con suma tranquilidad.

Entonces fue consciente del cuchillo que ella le había puesto bajo la barbilla, casi cortando su garganta.

Era rápida, más que ningún otro ser en el mundo y eso seguía sorprendiéndolo después de tanto tiempo.

—Lo siento mucho —se disculpó dejándola ir.

Estaba realmente atormentado, algo que no pareció importarle demasiado a su hermana ya que le ofreció una uva.

¿Cómo podía pensar en comer en aquellos momentos?

¿Estaba más loca de lo que creía?

—No es algo que no pueda manejar. Lo que me sorprende es que estés tan sensible con ese tema.

Bella sabía apretar los botones adecuados para hacer saltar a cualquiera. Disfrutaba tocando más de la cuenta para advertir y atravesar las defensas de todo ser que estuviera a su alrededor.

—Alma no es solo una humana —reconoció Douglas.

A decir verdad Bella ya lo sabía.

—Tal vez esos Devoradores tuyos sepan algo más o qué hacer para acceder a ella —comentó su hermana.

Tiró los guantes dándolos por perdidos, ya compraría más que le fueran mejor. Esos ya estaban demasiado desgastados. Por suerte siempre llevaba de recambio en el interior de su chaqueta.

—¿Y si vas tú? —propuso Douglas.

La sorprendió mucho más de lo que esperó en un inicio. Sí, Bella no era de las que abandonaba su cargo para ir a otros sitios. Desde convertirse en la comandante su trabajo era más importante que su vida entera.

—¿Yo? ¿Ir a la superficie?

Douglas rio un poco.

—No eres la sirenita. Ir allá arriba no te secará como una pasa y podrías conocer a Aimee. Ya sabes, esa hermana que todavía no conoces. Ella fue condenada, no puede bajar aquí a darte un abrazo ni nada parecido —bromeó.

El infierno se congelaría antes de que Bella abandonase su cargo. Ese era su mandato más sagrado y lo defendería por el fin de sus días inmortales. Solo moriría con su espada en mano.

—No juegues a chantajearme porque puedes salir perdiendo —lo advirtió.

¿Y él le hizo caso?

¡No!

—¿Qué hice? Solo te recordé que tienes una hermana preciosa a la que no conoces, que te encantaría y que es un amor de mujer. Eso sin contar en el sinfín de Devoradores que la acompañan… Y lobos, eso sí es un espectáculo.

Le dio carnaza a Bella. Lo supo por cómo se ensombrecieron sus ojos color miel y perfiló una

sonrisa maligna. Se estremeció dándose cuenta de que su hermana era como un tiburón oliendo sangre.

Era su presa.

—No solo hay devoradores y lobos allí, también humanos. Aunque diría que estabas más interesado en alguna «humana» en concreto —dijo Bella disparándole directamente y sin ningún rastro de remordimientos.

Ella no sabía lo que era eso.

Sí, era el momento de confesar lo que todos sabían.

—Me siento responsable de Alma. ¿Eso es lo que querías escuchar? —preguntó casi rozando el enfado.

Negó con la cabeza confundiéndolo un poco. Si no era eso lo que buscaba conseguir no tenía muy claro qué decir a continuación. Ahora sí que estaba completamente perdido.

—¿Responsable? ¿Por qué motivo?

Indagar para ella era clavar una daga y moverla en círculos hasta sacarte las tripas, pues sus interrogatorios parecían justamente eso.

Y dolía.

—Yo provoqué que se enamorase de Cody. Les di esa chispa que les hacía falta para tener un romance único y «tanto» que lo consiguió —ironizó Douglas.

Ahora sí tenía toda la atención de su hermana, la cual se sentó sobre la encimera y olvidó las uvas para mirarlo con detenimiento. Después de todo, ahora mismo contaba cosas que nunca se había atrevido a decir antes.

—¿Y por qué fue mal? Según tengo entendido amó mucho a Cody.

El nombre de ese ser le retorcía las tripas y le provocaba un terrible dolor de cabeza.

—Ese perro sarnoso se enamoró de otra mientras lo tenían encerrado. Se dieron cuenta de que era un híbrido de lobo y se lo llevaron para peleas clandestinas —explicó Douglas.

No quería seguir con esa conversación, no obstante, la presencia de su hermana no iba a desvanecerse como si nada. Ella estaba allí, alejada del papeleo y su trabajo solo para verlo de verdad.

No había sido una casualidad.

—Y eso te molesta… ¿Por?

Matarla no iba a ser suficiente. Con esas preguntas lapidaba su paciencia enloqueciéndolo.

—¡Porque a Alma la prostituyeron haciéndole creer que así no dañarían a su marido! ¡Ese cerdo se enamoró de otra mientras golpeaban y se follaban a su mujer! —gritó más de lo esperado dejando salir la rabia.

Él los había juntado.

Había fallado.

El sufrimiento de Alma pesaba sobre sus hombros como una pesada losa.

Y, sin verlo venir, un choque de energía le dio de lleno en el pecho y lo proyecto más allá de la cocina.

Se levantó a toda prisa en cuanto pudo reaccionar. Después, quitándose el polvo y los escombros de sobre sus ropas, miró a Bella como si esta no fuera ella. Tal vez su hermana había enloquecido en las últimas horas.

—Vas a sacar tu ira aquí y ahora —le advirtió ella.

¿Qué?

—Mira, Bel, no te ofendas, pero..

No terminó la frase porque Bella orbitó ante él y le dio un sonoro puñetazo que dolió más de

lo que creyó en un primer momento. Eso sí encendió una llama que debía mantener apagada.

No podía pelear.

—Esto no es recomendable —comentó Douglas.

Bella, con una daga en cada mano, sonrió.

—En esta familia resolvemos las cosas así. ¿Recuerdas cuando yo lo necesité? Te hice papilla y no te importó —explicó Bella.

Eso era distinto.

Era su hermana pequeña y era su deber.

—No es lo mism…

Orbitó de nuevo para golpearlo, aunque por suerte fue capaz de esquivarla y apresarle la muñeca.

—Bella, basta.

—No lo haré —prometió su hermana.

Bien, si eso era lo que quería, así sería.

Soltándola, se colocó mejor la ropa y buscó en el interior de su chaqueta un nuevo par de guantes negros. Poco a poco, dejó que estos envolvieran sus dedos bajo la atenta mirada de su hermana.

—¿Lista?

—Te pienso destrozar —prometió Bella.

CAPÍTULO 4



—¿Ha sido una buena tortura? ¿O debería subir el nivel? —ironizó Nolan.

Alma se secó el sudor frío de la frente. Estaba agotada, aunque rehusó a reconocerlo. Ceder solo la convertiría en débil y no podía permitirlo. Ese era su castigo eterno, pedir clemencia estaba fuera de lugar.

—Ha estado bien, toque justo de miedo y de dolor —contestó Alma siguiéndole el juego.

Notó como su mandíbula se tensaba.

No le gustaba.

—Para ser el dios de la muerte, no te veo muy acostumbrado a esto. Eres bastante impactante —confesó ella.

Él la hacía sentir confusa. Se esperaba que la Muerte estuviera acostumbrada a todo, pero con ella se comportaba como si aquellas fueran las primeras torturas las que presenciaba en el purgatorio.

—Antes de enfundarme el traje de la Muerte, fui el dios del Amor. Por eso, supongo, que me cuesta presenciar este tipo de actos.

Aquella revelación fue toda una sorpresa.

Nunca esperó que él fuera el dios del Amor. Siempre creyó que un dios se asignaba y que pasaba a serlo el resto de sus días.

Y eso la intrigó.

Levantándose del suelo de su prisión por primera vez en días, caminó hacia Nolan para contemplarlo por primera vez. Durante un breve instante, sintió como si fuera esta vez lo conociera de verdad.

—¿Qué te hizo cambiar? ¿Por qué renunciaste de amor a muerte? —preguntó Alma queriendo comprenderlo.

Nolan se apartó de ella antes de que pudiera tocarlo.

Dibujó una sonrisa amarga, una que conocía bien. Era esa misma que ella ponía cuando hablaban de Cody a su alrededor. Cuando se daban cuenta de que estaba cerca se disculpaban y ella quitaba hierro al asunto.

«Ya no duele». Quiso creer.

—Un gran amigo, quizás el que más aprecio, vivió algo terrible —comenzó a contar Nolan.

Alma tomó aire sintiendo que iba a necesitarlo más tarde para seguir con vida.

—Su padre masacró a la familia entera. Lo destruyó todo y acabó con sus hijos uno a uno. Él sobrevivió a duras penas, pero su destino estaba marcado.

Se estremecieron ambos, uno por los recuerdos y la otra por el relato.

—De seguir siendo dios de la Muerte su padre sabría que había sobrevivido. Y así fue como yo renuncié a mi papel y ocupé el suyo. Le di una oportunidad para seguir viviendo, una que espero que aproveche bien.

Doc.

Hablaba de Doc y del loco de su padre Seth.

Y eso le recordó lo mayor que era Nolan. Estaba en el mundo mucho antes de su nacimiento, a su lado se sentía una bebé que apenas aprendía a andar. Seguramente, para él, sus problemas eran una estupidez.

—Hiciste algo muy noble. Fuiste muy generoso con Doc y te lo agradezco. Tiene un carácter peculiar, no obstante, es una gran persona —explicó Alma luciendo una sonrisa sincera.

Leah había visto en Doc ese amigo en el que apoyarse el resto de su vida. Los había visto juntos, ayudándose el uno al otro y retar a la muerte para salir victoriosos después. También lo había contemplado con Winter, luchando con esa atracción que lo condenaba a protegerla.

Quizás tendrían final feliz después de todo.

—Es un buen hombre —sentenció Nolan—. Algo cabezota, eso sí.

De haber tenido tiempo hubieran hablado de más cosas. Tal vez Alma hubiera preguntado algo por épocas pasadas y cosas de dioses. Puede que él hubiera rehusado contestar, aunque lo hubiera intentado.

Nada de eso ocurrió.

Alguien llamó a la puerta como si aquello no fuera más que una consulta psicológica y esperó pacientemente que, los sorprendidos que estaban dentro, dieran algún tipo de señal de vida.

Nolan carraspeó.

—¿Sí?

—¿Sería posible hablar con Alma?

Era la voz de una mujer que no reconoció. Y fue mucha más sorpresa cuando esta preguntó directamente sobre ella.

Miró a Nolan buscando una explicación y se topó con un dios de la muerte, extrañado incluso. Él sí la reconoció.

—¿Bella? —preguntó yendo hacia la puerta y abriendo.

Se toparon de bruces con una impresionante mujer. Su cabello largo, rozando el suelo fue lo primero que le llamó la atención. Alma olvidó que estaba en el infierno, solo quiso saber cómo hacía para no caerse y caminar.

Era hermosa.

No era belleza de redes sociales, una real. De hecho, no creía haber visto a nadie más guapa en toda su vida. Casi sintió el impulso de levantar la mano y acariciar ese cabello oscuro, rozando el chocolate.

Pero sus ojos azules la detuvieron. Su mirada dura la atravesó unos instantes antes de analizarla de arriba abajo.

—Así que esta es Alma… —dijo mientras pensaba.

—Bella, no puedes estar aquí —recordó Nolan.

Esta asintió casi como si lo ignorase por completo. Parecían un profesor y una alumna, una que ignoraba las reglas del centro.

—¿Estás muerta también? —preguntó Alma.

No era la mejor frase para conocer a alguien, eso debía reconocerlo. Aunque tampoco estaba dentro del top diez de sus peores frases. Esa quedaría como algo divertido después de todo.

—¿Yo? ¡Qué va! —rio Bella.

—No, ella está en transición. Le pasa a menudo, muere unos instantes voluntariamente y regresa a la vida. Es algo… Extraño —concluyó Nolan.

Bella se puso de puntillas para besar la mejilla de muerte, algo que los sorprendió a todos.

—Sabes que me gusta sacar un hueco para ti. Y, de paso, conocer a esta ricura —dijo yendo directamente hacia ella.

Quiso avanzar un paso hacia el interior de la habitación y, cuando lo probó, una magia extraña la echó para atrás. Luchó por entrar para acabar dándose cuenta de que era imposible hacer lo que le apetecía.

—¡Oh, ya entiendo! No formo parte de tu infierno particular. No soy una de tus conocidas —explicó para que Alma comprendiese lo que pasaba allí.

Nolan estaba incómodo.

Mucho.

Queriendo cerrar la puerta, luchó por dejar fuera a Bella y colocó una mano en la puerta y otra en la pared. Solo así consiguió poner su cuerpo en la poca apertura que quedaba dispuesto a cerrarle en las narices.

—Vete de aquí ahora mismo.

Fue una orden directa.

—Me pone cachonda que me digas guarradas con ese tono ronco de voz —bromeó Bella.

Fuera quien fuera, esa mujer era de armas tomar.

—Solo vengo a advertirte que Douglas va a venir a por ella —dijo como si acabase de hablar del tiempo.

Eso era imposible.

—Douglas no puede llegar aquí, de haberlo hecho esta conversación sería muy diferente —explicó Nolan.

Exacto.

Por muy dios de la creación que fuera no tenía potestad para entrar en el infierno particular de nadie. No entraría allí porque Alma no estaba preparada para enfrentarlo, no era posible.

Él ya formaba parte del pasado.

—Te digo que va a venir y por lo que he visto, no vendrá de buenas formas. Solo advierto a la humana.

Bella hablaba despreocupada a pesar de que había llegado al Infierno en un todo claro de advertencia. Comprendió entonces que era una fachada, una forma de ser que ya había visto antes.

Incapaz de contener la curiosidad, Alma se coló bajo la axila de Nolan para volver a ver a esa mujer tan misteriosa.

Esta solo pudo reír al verla en esa tesitura.

—¿Quién eres? —preguntó Alma.

Ella se encogió de hombros.

—Soy una de las hermanas de Douglas y solo quiero que sepas que espero que disfrutes de este infierno que te has creado. No sé cómo, ni cuándo, pero sé que Douglas derribará este lugar a patadas si es necesario para llegar hasta ti.

Alma se estremeció al sentir aquellas palabras.

El mero recuerdo de ese dios la ponía nerviosa. Él tenía una capacidad sorprendente de

desestabilizarla. Le hacía creer cosas que no estaban a su alcance, por ese motivo no podían volver a verse.

No podía darle esperanzas a alguien muerto.

—Dile que me deje estar. Que me entierre y se olvide de mí —declaró Alma.

Bella enarcó una ceja.

—¿Tengo cara de mensajera? —sonrió—. Querida, mi hermano VA A VENIR. Te pongo sobre aviso porque puede ser peor que una fuerza de la naturaleza.

La señaló de arriba abajo.

—Aclárate pronto y elige en qué infierno quemarte porque no vas a tener escapatoria.

—Bella… —reprendió Nolan.

Esta lanzó un beso al aire y le guiñó el ojo con total despreocupación. A pesar de sus palabras parecía no importarle nada.

—No te enfades conmigo, cielo. Estoy siendo una chica buena, si opinas lo contrario enciérrame en uno de tus infiernos y castígame.

Alma comenzó a sentir que sobraba en aquella conversación. Salió de debajo del brazo de Muerte y se apartó dándoles una privacidad que Nolan parecía no querer, no con ella al menos.

—Vete de aquí y saluda a tu padre de mi parte —se despidió Nolan.

Eso era un adiós.

—Algún día te tendré comiendo…

—¿De tu mano? Olvídalo, Bella.

¿Y por qué sería que supo que no iba a dejarlo estar?

—Yo iba a decir que te tendré comiéndome el coño, es mucho más placentero que la mano. Adiós cielito.

Y se desvaneció en el aire.

Nolan no se giró inmediatamente, suspiró un par de veces y Alma le dejó toda la calma que pudo darle. Sintió que no era buen momento para entablar una conversación después de todo.

Al final, él dio media vuelta y la contempló.

—A pesar de cómo es, Bella tiene razón: Douglas va a venir y no hay fuerza de la naturaleza que lo detenga.

No pudo evitar abrazarse a sí misma casi como dándose consuelo.

—No quiero que eso pase —declaró Alma.

Él lo sabía.

La comprendía.

La veía realmente.

—Prepárate para cuando llegue y, quizás, algún día lo agradezcas.

CAPÍTULO 5



—¿Y cómo estaba? —preguntó Douglas.

—¿Nolan? Tan bueno como siempre —bufó con violencia—. Ese cuerpo… Ese pecho y esa voz… Es que me masturbaba pensando en él y el mismísimo infierno temblaría al escucharme rugiendo al llegar al orgasmo.

Douglas se limitó a chasquear los dedos intentando atraer su atención. Cuando lo consiguió la vio hacer un respingo y sonreír maléficamente.

Su hermana Bella era la personificación de los instintos. Era impulsiva, caliente y sin ningún filtro disponible. Si tenía hambre comía, si quería pelear encontraba con quién hacerlo y, por supuesto, si quería sexo no tenía problemas en encontrarlo.

Vivía su vida como ella misma marcaba sus pasos.

—¡Ah, Alma! Pues… No muy emocionada con la idea de que vayas a verla, la verdad.

No era de extrañar.

En su infierno particular había encontrado un refugio en el que esconderse y montar su lugar que ayudaba a calmarla. Él pensaba dilapidar ese lugar, reducirlo a cenizas hasta que la antigua Alma desapareciera por completo.

—No pareces su persona favorita ahora mismo —bromeó Bella.

—Y no lo soy —reconoció.

Habían caminado por el castillo del dios Oscuro, rey del Infierno, hasta llegar a la sala del trono. En él, ahora vacío, había encontrado a su padre infinidad de veces sentado junto a sus consejeros.

Ser rey era difícil y más cuando tu ex, la diosa Luz, buscaba exterminarte de todas las maneras posibles.

—¿Por qué nunca te fuiste? —preguntó Bella.

No contestó inmediatamente. Se tomó un tiempo para pensar porque no tenía una respuesta clara a esa pregunta.

—¿Y por qué irme?

Bella lo tuvo claro.

—Muchos de nuestros hermanos se han ido. Luz quiere exterminarnos para absorber nuestro poder, quedarse aquí es como tener una diana en el pecho. Pero tú podías haberte ido, los tienes a ellos, a los Devoradores.

Sí, quedarse allí era peligroso.

Más que enfrentarse a Seth.

—Son tus amigos, te he visto jugarte el tipo por ellos y sé que a esa humana la aprecias más de lo debido. Lo tuviste todo al alcance de la mano y no te marchaste —explicó su hermana.

Contemplando el trono pensó en aquella idea. Había nacido allí, en el Infierno, aquel era su hogar, aunque para otros no fuera más que una tortura.

—¿A dónde quieres ir a parar, Bella? —preguntó casi suspirando.

Como si suplicara.

—¿Por qué la quieres ahora si pudiste tenerla en vida? Siento que la has valorado cuando te la han quitado.

Las palabras de Bella se clavaron en su pecho como un puñal.

Y se equivocaba.

La valoró mucho antes. Solo por eso le explicó que él usó sus poderes para unirla a Cody, que creyó que serían felices y que por ese motivo solo el dios del amor podría unir a las parejas.

Que se arrepentía.

Y ella lo odió profundamente.

—Le dije que la uní a Cody.

El silencio se hizo presente de forma sepulcral, casi pudieron sentir los grillos de fondo en lo que Bella pensaba qué decir. Al final simuló con la mano como si un avión se estrellase e hizo todo tipo de ruidos con la boca.

—Eso sí es una cagada épica. Te felicito, hermanito.

—Se lo debía después de todo.

—Muy loable por tu parte, la verdad que sí, pero ese tipo de confesiones joden una relación.

Cierto.

Así había sido un tiempo.

Por suerte Alma pareció perdonarle o quizás era solo una fachada. Ahora no lo sabía, solo tenía claro una cosa: iba a dar con ella.

Un ruido procedente del castillo despertó la curiosidad de Bella. Fue hacia una de las ventanas a curiosear porque así era ella. Era una mezcla entre gato, cabra montesa y serpiente venenosa.

Seguramente no sería nada.

—¿Qué sabes de papá? —preguntó queriendo saber del estado delicado de salud del dios Oscuro.

Ella lo ignoró unos segundos.

—Dicen que está bien. Chris lo mantiene oculto, ya sabes, para que Luz no le retuerza el pescuezo.

Era tan delicada diciendo las cosas…

¿Cómo era posible?

—Si hubiera algún cambio, ¿me lo dirías? —preguntó sabiendo exactamente la respuesta.

Por supuesto que NO.

Era la comandante del ejército, casi la reina en funciones y debía mantener la seguridad del reino. Si el Dios Oscuro moría nadie debía saberlo porque el equilibro entre luz y oscuridad se rompería.

Era un secreto que debía mantener oculto.

—Por supuesto —murmuró sin ser demasiado creíble.

Un estruendo procedente del exterior lo molestó severamente. Desde luego estaban comenzando a preparar algún tipo de fiesta o algo porque no comprendía exactamente qué estaba

ocurriendo.

La entendió perfectamente porque debía de mantener las apariencias y porque él sabía la verdad. Debajo de tanta locura y desenfreno se escondía una mujer delicada y asustada con aquella situación.

—¿Sabes? Si no fuera porque no es posible, diría que el ruido ese es que han venido tus amigos a verte —comentó Bella riéndose.

Entonces el ruido del exterior se hizo mucho más fuerte. Alguien parecía estarse peleando con algún ser del infierno o quizás solo quería comunicarse de algún modo, pero no encontraba la forma.

—¡Quill, te juro que te mato! —bramó Pixie.

—¡Eso! ¿Dónde estamos? —preguntó Winter.

—¡Chicas, calmaos! Que me pongo nervioso y no soy capaz de orbitar.

—¡¿Nos estás diciendo que tienes un gatillazo orbitil?! —bramó Winter.

—Es una forma de decirlo…

Douglas corrió a la ventana, sacando tanto el cuerpo para verlos que por poco cayó al vacío. De no ser por Bella, la cual lo tomó del pantalón, hubiera tenido que orbitar para no estrellarse en el suelo.

—¿Son tus amigos? —preguntó su hermana muy emocionada.

Sí.

Lo eran.

—Lo que no sé es cómo han llegado aquí —confesó Douglas.

Entonces vio el brillo en los ojos de Bella y esa sonrisa diabla que la caracterizaba. Ese simple hecho le erizó la piel.

—Lo mejor es preguntárselo —propuso su hermana.

Él la apuntó con un dedo acusatorio, uno que no la intimidó lo más mínimo y que tampoco sorprendió. Se dedicó a mirarlo con una calma fingida que sabía que no era capaz de mantener.

—Tú no vas a ir —ordenó.

Bella puso sus manos en la espalda.

Mala señal.

—Hacemos una cosa… —comenzó a decir.

Eso no iba a gustarle, demasiados siglos de experiencia como para no conocerla.

—No, Bella —la regañó.

Y supo que acababa de perder el control de la situación.

—Hacemos una carrera —siguió hablando ella—. A la de tres, corremos hacia ellos, pero no vale orbitar.

Su hermana pequeña se pensaba que no habían jugado suficientes veces como para no saber lo tramposa que era y lo poco que se creía algo que pudiera decir si había competición por el medio.

—Uno… —canturreó.

Ambos orbitaron a la vez apareciendo ante los Devoradores de pecados. Los sobresaltaron o eso le pareció porque los vio de soslayo dar un brinco. No tuvo tiempo a decir nada, solo abrió los brazos e interceptó a Bella en cuanto se hizo corpórea y la levantó sobre su hombro como si de un saco de patatas se tratase.

—¡No vale! —se quejó pataleando.

—Eres muy lenta orbitando, hermanita —rio sintiéndose glorioso.

Seguía en forma.

—Hola, soy Bella, un placer conoceros —dijo a toda prisa mientras les tendía una mano que ninguno alcanzó.

Entonces Douglas giró sobre sí mismo dispuesto a encarar a sus amigos. Además, a juzgar por sus caras, concluyó que estaban más perdidos de lo que había parecido en un principio.

—¿Douglas? —preguntó Quill.

—Y Bella, no os olvidéis de mí —dijo ella sobresaliendo por encima de su hermano.

Esa sí era una situación curiosa.

—¿Qué hacéis aquí y qué es este lugar?

Todo preguntas correctas las que hizo Pixie. Y para las cuales tenía respuesta, aunque ellos no tuvieran para la suya.

—Estáis en el Infierno, aunque no el purgatorio. Este es el palacio del dios Oscuro, rey del inframundo. Mi hogar —declaró Douglas.

Sus bocas se abrieron sorprendidas.

—Casi me meo encima —reconoció Pixie.

Sí, esa mujer era igual de delicada que la pesada carga que tenía sobre sus hombros. No tenía claro si el destino estaba siendo gentil con la situación que estaba pasando porque Pixie y Bella en un mismo lugar podía significar una hecatombe.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Douglas.

Ese era el gran misterio.

Justo en ese momento Winter le dio un codazo a Quill en las costillas para que confesase. Pasados unos segundos, al no hacerlo, suspiró y habló.

—Alek y Sergei querían hacer un entrenamiento extra, pero estábamos tan cansados que queríamos irnos a tomar algo. Así que le pedí a Quill que me sacara de allí —explicó Winter.

Pixie levantó la mano.

—Y yo me apunté descaradamente.

Ahora era el turno de Quill.

—Y yo orbité pensando en el bar de la base y acabé aquí. No sé cómo porque nunca JAMÁS he estado aquí. Lo peor es que no parece que pueda orbitar de vuelta a casa.

Ese sí que era un gran problema, uno con el que no estaba muy feliz con el que lidiar en ese momento.

Bella gritó de forma estridente, tan feliz que lo sorprendió.

—¡Tenemos invitados!

Que el cielo lo asistiera o acabase con él para terminar con aquella locura. Sobre todo antes de que tuviera que soportar más a Bella.

CAPÍTULO 6



—¡Este lugar es brutal! ¿Cómo no hemos venido antes? —preguntó una Pixie más que emocionada.

Bella, que iba un par de pasos por delante, daba saltitos como si acabase de reunir a sus amigos del colegio en su casa. Parecía estar más eufórica de lo normal teniendo en cuenta que nunca antes había ido a verlos o conocerlos.

—No es un lugar tan brutal —dijo Douglas chasqueando la lengua.

Era el infierno. Bastantes lugares terribles habían visitado como para estar en ese lugar. Además, en parte esa era su vida oculta, la fachada que tal vez no deberían ver si querían seguir siendo amigos.

Como hijo del dios Oscuro, no desprendía un aura cordial. Era la oscuridad en su mayor efecto, sus alas negras corroboraban que no existía en él nada parecido a la luz. No era como sus hermanos híbridos, él llegó antes que todos ellos.

Ya vio la maldad de la diosa Luz cuando su padre se la presentó con apenas cinco años. Ella, que amaba tanto a su padre, tenía descuidos con su hijo. Una vez consiguió que una banda de ángeles lo golpeasen hasta romper su brazo por dos sitios.

Y la oscuridad del corazón de Douglas explotó engulléndolos a todos, convirtiéndolos en ceniza y convirtiéndolos en unos preciosos manzanos.

Sonrió sutilmente recordando cómo fue así que se le asignó el papel de dios de la Creación para disgusto de su madrastra.

Una tragedia que agradecería el resto de su vida.

—¿Eso de ahí es un trono? —preguntó Winter.

No tuvo que molestarse en contestar porque Bella estaba haciendo de perfecta anfitriona.

—Sí, de nuestro padre el dios Oscuro.

Pixie se detuvo en seco, respiró profundamente y alisó las inexistentes arrugas que tenía su ropa.

—No sé si estoy preparada para conocer a un dios como ese. Voy a morir —titubeó.

Eso fue algo bastante significativo porque Pixie parecía no tenerle miedo a nadie. Al parecer, su padre era una figura que hacía temblar a todos. ¿Lo lograría también con Lachlan?

Lo dudó.

—Se encuentra en un retiro espiritual en estos momentos, no podré presentároslo,

lamentablemente —explicó Bella.

No fue una mentira así que ninguno de los dos Devoradores detectó nada, era mucho más que un retiro, pero era una realidad al fin y al cabo.

Su padre se moría, era un hecho fehaciente.

Y sin un descendiente que ocupase el trono pronto, la caída en desgracia de la oscuridad era algo que preocupaba realmente. Aunque, para su suerte, ellos solo conocían al terrible de Seth.

Con él era suficiente.

Llegaron al salón comedor, un lugar absurdamente enorme que fue creado bajo el deseo infantil de un hombre que quería reunir a todos sus hijos. Nunca lo consiguió, todos ellos estaban desperdigados por el mundo.

—Esto es una mesa brutalmente grande —silbó Quill.

Lo era.

—¿Cuánta gente cabe aquí? —preguntó Winter.

—74…

—74…

Dijeron Bella y Douglas al unísono.

Se miraron dándose cuenta de que ambos también tenían ese mismo deseo, el de juntarlos a todos. Por desgracia eso no sucedería jamás, esa mesa no estaría llena por muchos siglos que pasasen en el mundo.

—Ese número equivale a mi padre y todos sus hijos —explicó Bella.

Los tres asintieron dándose cuenta de que podía ser un tema doloroso. Parecieron comprender sin palabras lo rota que estaba esa familia, lo fracturada que podía llegar a estar.

—Espera, ¿Aimee también tiene sitio aquí? —preguntó Pixie.

Esta vez fue Douglas el que respondió.

—Así es. Puede que esté condenada a no pisar ya este lugar jamás, pero él nunca la excluyó.

Llevándose una mano en el corazón, los ojos de Pixie parecían haberse tornado vidriosos por unos breves instantes, después parpadeó y toda esa emoción desapareció por completo.

—Ese hombre salvó a Chase, le debemos mucho, ojalá pudiera ayudarle a reunir toda la familia.

Ese era un deseo muy noble.

Y agradeció el gesto.

De pronto, Quill emitió un leve gruñidito. Lo miraron y pareció estar tan normal, así pues, cuando quisieron seguir con el tour, este volvió a emitirlo y no pudieron ignorarlo por más tiempo.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Parece que cagas! —exclamó Winter.

Él, sonrojado, se llevó una mano a la frente dramáticamente.

—No puedo orbitar. Me siento como si me hubieran arrancado algo. Me está por dar un infarto, mira —comentó tomándole la mano a Winter y llevándosela al pecho.

Esta lo certificó y solo asintió.

—Pues debes calmarte, existen cosas peores. Ya verás como pronto consigues orbitar.

Sí, existían destinos mucho peores.

—Tienes razón, podría tener a un sociópata susurrándome al oído constantemente —comentó Quill.

Efectivamente hablaba de Ra.

Winter, que pareció entender tarde la referencia, se detuvo unos pocos pasos después algo extrañada.

—¿Todo bien? —preguntó Pixie.

Ella solo levantó un dedo inclinando la cabeza. La agitó como si tuviera agua en los oídos y pareció sonreír levemente.

—¿Ra? Eres un cerdo, psicópata, narcisista, cobarde y estúpido —dijo en voz alta.

Ese fue el momento en el que Bella frunció el ceño, confusa. Por razones evidentes, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. No sabía que ella tenía al dios en su mente y que la torturaba desde hacía tiempo.

—¿Ra?

Silencio.

El más absoluto de ellos.

Aliviada de un modo indescriptible, Winter cerró los ojos y sollozó dándose cuenta de que estaba sola. No había ni rastro del inquilino molesto de su cabeza, parecía haberse desvanecido.

—No está —suspiró visiblemente emocionada.

Sin pensárselo mucho, Quill la abrazó con sumo cariño. Su amigo llevaba viendo cómo se deterioraba poco a poco con sus torturas. Para ser una humana estaba resistiendo todo lo posible, pero no era sano.

La destruía con cada palabra.

Sintió su alivio como suyo propio.

Era una victoria.

—¿Cómo es posible? —preguntó Pixie alegrándose también por ella.

Corrió a abrazarla y Winter cerró los ojos entre los brazos de sus amigos, disfrutando del silencio.

—Aquí abajo las interferencias no existen, el infierno es un lugar tan lejano del plano terrenal que no tendrá alcance suficiente como para meterse en tu cabeza —explicó Douglas.

Eso lo convertía en algo temporal, aunque era algo. Después de tanto tiempo era mucho mejor que cualquier sueño. Era una tregua que nunca pensó que tendría, el mejor regalo de todos.

—A mí esto me lo tenéis que contar, que ya sé que soy nueva, no me conocéis y eso. Descolgarse de los cotilleos no es gracioso —refunfuñó Bella.

Sí.

Douglas estaba disfrutando con eso.

—Si hubieras subido a conocerlos sabrías lo que ocurre —provocó a su hermana con tanto gozo que debía ser ilegal sentir esa alegría.

Ella, sin demasiados remilgos, sacó una daga y orbitó ante su hermano. Esta vez él la bloqueó tomándola de la muñeca al aparecer. Ambos compartieron una mirada, una en la que recordaban que llevaban provocándose desde el principio de los tiempos.

El mismísimo Oscuro había lanzado improperios sobre ellos diciendo que los tiraría al mayor foso del mundo.

O a un volcán.

Pero sin éxito, ellos seguían igual.

—Ra está metido en su cabeza, es una pieza del juego de Seth y ya sabes cómo son.

La comprensión fue tal que Bella retrocedió dejando caer su daga al suelo, una que desapareció tras rebotar un par de veces. De pronto pareció enternecerse por la humana.

Conocía la maldad de Ra y su padre.

Ella contempló el horror que dejaron a su paso. No llegó a tiempo para ayudar y se culpó por los asesinatos de esa familia. Además, su mejor amiga era una de las hijas de Seth.

Douglas nunca olvidaría cómo la vio recoger los pedazos que quedaron de esa pobre mujer.

Cómo Bella lloró envuelta en su sangre y cómo le dio sepultura digna para que pudiera descansar en paz.

De hecho, portaba su colgante, el que Bella le regaló a su amiga de pequeñas y que recuperó cuando la encontró asesinada.

El dolor se hizo visible en las facciones de su hermana y comprendió que no se había mitigado a pesar de los años. Seguía vigente devorándola por dentro, la culpa seguía arrastrándola hasta el fondo.

Y quería venganza.

—Aquí no te alcanzará Ra, puedes estar tranquila —prometió Bella.

Douglas supo que esas palabras quisieron decir mucho más de lo que había pronunciado, sin embargo, no tensó la cuerda.

Bella era una bomba sin botón de desactivado.

—Bueno —ella dio un sonoro aplauso—. Voy a enseñaros vuestras habitaciones, estoy segura de que en el resort spa Inferno os vais a sentir mucho mejor que en casa.

Era única.

—¿Como un hotel? —preguntó Winter.

Su hermana se señaló a sí misma.

—Por supuesto y, bajo mis sexis servicios, vais a estar súper bien cuidados. No os va a faltar de nada porque pienso mimaros a conciencia. No vais a querer iros de este lugar tan maravilloso.

—Yo ya no quiero irme —reconoció Winter.

Era comprensible.

—Eso sí, después os perseguiré para una reseña positiva.

Pixie decidió romper su silencio.

—A mí enséñame el menú y déjame traer a Dane y ya me tienes comiendo de tu mano.

Al momento Bella orbitó a su lado pasando su brazo sobre sus hombros. La rodeó con la confianza de una amiga cercana que no era.

—Uhmm… Así que Dane, ¿eh? ¿Es tu chico?

Ya estaba cotilleando.

Era increíble.

—Sí, lo es y está buenísimo. Es como un oso grande y blandito.

—Que no te engañe, es una torre que te desmonta si te da una hostia —se quejó Quill.

Pixie lo fulminó con la mirada.

—Solo fue una vez y porque le orbitaste a la espalda sin avisar. Por lo demás es mi oso blandito y amoroso.

Si ella lo decía…

—Cuéntame más de esa base vuestra —pidió Bella.

CAPÍTULO 7



Mireia respiró aliviada cuando vio irse a Seth. Últimamente sus visitas eran más habituales, incesante y de mal humor, irrumpía en casa de Ra con aires de grandeza exagerados.

Tuvo claro que aquel hombre estaba sin diagnosticar, pero cualquiera se atrevía a decir algo.

Como era costumbre, Seth había tirado el vaso que le había servido y el vino se expandía en aquel impoluto suelo blanco. Corrió a por una bayeta antes de que Ra le gritase que lo limpiase, era una dinámica que ya conocía bien.

Ahora era su mascota.

Era difícil para una humana como ella comprender que él era un Dios, pero le había mostrado suficiente para creerlo. Había pasado de secretaria de una psicóloga y bailarina exótica a mercancía de seres divinos.

Era terrible.

—No es más que un idiota —gruñó Ra.

Ese día estaba más enfadado de la cuenta.

La relación que tenía con su padre era extraña. Al parecer lo seguía a pies juntillas muy a pesar de que no pensaban igual. Seth era meticuloso, pensativo, calculador y Ra impulsivo, salvaje e instintivo.

A veces parecía que su padre ataba una correa en el cuello de su hijo de forma literal, para contenerlo en pos de un gran plan.

Era una relación tan peligrosa que ambos corrían el riesgo de estallar el uno contra el otro en cualquier momento. Esa mano que ponía en la correa, la que lo sujetaba comenzaba a ahogar a Ra y eso podía dar como resultado una explosión de proporciones bíblicas.

Cuestión de tiempo.

Aunque no sería la que aconsejase a Seth que soltase un poco el agarre. Nadie podía hablarle sin temer su ira.

Ya había comprendido que ese ser no veía a los humanos como personas. Más bien eran ganado del cual alimentarse hasta dejarlos secos y después desecharlos. Para él ella ni pensaba ni sentía.

Era como uno de esos espectros que revoloteaban a su alrededor.

—Si todos supieran la verdad… —rio amargamente dejándose caer en una silla.

Mireia se estremeció con el sonido, aunque siguió limpiando temiendo que su señor la

regañase o la acusase de holgazana.

Él dio un par de golpes en el suelo y se quejó. Chasqueó la lengua con verdadera molestia y después la llamó.

—Cámbiame las botas, estas están pegajosas de ese vino que mi padre prefiere desperdiciar.

Sin poder acabar de limpiar, corrió a hacerle caso.

Fue hacia una de las habitaciones cercanas, en concreto la que era el vestidor de Ra y tomó unas muy similares a las que llevaba. Después regresó con él dispuesta a cumplir su orden.

Primero se las enseñó y él parecía satisfecho con la elección.

—Ahora ya sabes lo que me gusta —rio Ra.

Desató las que llevaba y las quitó poco a poco procurando ser lo más cuidadosa posible.

—Él quiere a Winter… —susurró Ra.

Estaba cavilando.

Pensativo y atrapado en su propia mente.

Esa Winter parecía ser una mujer bastante interesante. Según Ra, estaban conectados mentalmente y él disfrutaba enormemente atormentándola a cualquier hora del día.

No la sorprendió después de todo.

Metió uno de sus pies en la nueva bota y no pareció inmutarse lo más mínimo.

—No le he dicho que no está… —rio amargamente.

Pasándose la mano por el rostro, la miró fijamente. Fue un momento tan aterrador que temió perder la vida por no saber atar bien los cordones de las botas. Tembló haciéndole el nudo y se sintió casi desfallecer.

—¿Me has oído? —preguntó sabiendo la respuesta.

Buscando la otra bota para ponérsela, Mireia asintió.

—¿Y qué opinas?

Eso sí que era peligroso. Podía decir algo sobre un tema que desconocía y acabar muerta de la peor forma. No era de los que les gustaba un buen debate. Solía ser de los que prefería acatar las órdenes.

—No soy quién para opinar, señor —susurró Mireia tratando de no ser descortés.

Y Ra no aceptó esa respuesta.

Tomándola de la barbilla la obligó a mirarlo. Ahí estaba el dios Ra y ella de rodillas, él con su mirada gélida y ella con su miedo atascado en la garganta.

—No sabe que no tengo control sobre Winter. Se ha esfumado y he buscado bien, no suele escapárseme nada.

¿No podía conectar con Winter?

—¿Puede que esté durmiendo? —preguntó Mireia titubeando.

Él apretó su agarre.

—Puedo entrar cuando duerme y provocarle las peores pesadillas del mundo.

Y sin conectar era capaz de hacerlo, a ella se las provocaba.

—No sé, señor… —dijo finalmente.

Eso pareció gustarle más porque aflojó su agarre levemente. Aun así siguió mirándola mientras su mente no paraba de pensar.

—No puede estar muerta. De estarlo el mundo hubiera desaparecido a causa de Anubis…

Ella se sorprendió al escucharlo.

Ra, en cambio, se encogió de hombros y la dejó ir. Después de eso, sin articular palabra, le señaló el pie al que le faltaba la bota. Mireia prosiguió con su tarea a la espera de poder alejarse.

—Puede que mi hermano y yo no tengamos una gran relación, pero sé lo que le importa la

humana. Si ella muriese sé que su poder sería capaz de acabar con mi padre. Lo que no tengo claro es si él es consciente.

Esa confesión era extraña para alguien como él.

Y más con esa terrible competición que parecía tener para con Anubis.

—Es un idiota, aunque uno poderoso que no mostrará su poder real siempre que los suyos estén bien. Incluso cuando nuestros hermanos murieron y trató de defenderlos, mi padre encontró la manera de acabar con Anubis… —se dio un dedo en la frente—. Aunque tengo la sensación de que esta vez es diferente. Ya ha perdido una vez, esta segunda puede arrastrarnos a todos a las tinieblas.

Mireia acabó de atar la bota. Ese momento fue genial porque aprovechó para apartarse y seguir limpiando el vino.

—¿No vas a decir nada? Tu falta de elocuencia es algo molesto —se quejó Ra.

Ella se congeló en el sitio.

—¿Y vos podríais con Anubis? —preguntó Mireia sin tener muy claro si esa iba a ser su última pregunta en el mundo.

Lo tuvo claro cuando lo vio levantarse de su asiento para recorrer la distancia que los separaba. Ahora sí que iba a morir, no importaba lo que luchase porque él era un dios, uno capaz de destruirla antes de pestañear.

—¿Tú por quién apostarías? —tanteó Ra.

Había que ser idiota como para decir a Anubis.

—Por vos, señor… —susurró.

Aunque su corazón quería que ese tal Anubis al que no conocía patease a Ra hasta la muerte.

—Eres una mascota inteligente —rio.

Volvió a molestarla, provocándole un suspiro que no supo ocultar. Tenerlo lejos era a lo máximo que aspiraba en la vida. Sabía de lo que era capaz, él mismo la había contemplado morir en su momento.

Y la había traído de vuelta.

¿Por qué motivo?

—En mi época me follaba sin compasión a las mascotas.

Esa frase fue mucho más aterradora que la idea de matarla.

Mireia siguió limpiando luchando contra sí misma por no reaccionar.

—Pero no eres mi tipo. Sería un premio para ti y creo que no te lo mereces. Debí dejarte morir entonces…

—Haberlo hecho.

Y su lengua saltó antes que su cordura.

Dándose cuenta de lo que acababa de pasar se tapó la boca con ambas manos, no sin antes soltar la bayeta. Lo miró con los ojos abiertos como platos y lo contempló glorioso, orgulloso con haberla hecho reaccionar.

¿Era eso lo que buscaba?

—Peleaste aquel día con garras y dientes, no te importó mi presencia allí. Tan dócil me provocas arcadas —confesó Ra.

Mireia se levantó, molesta.

Ese ser merecía el peor de los castigos. Sabía de buena tinta que no existía un ápice de bondad en ese corazón tan podrido que no era capaz de latir. Sería un regalo de los cielos que alguien le seccionase la yugular.

Entonces vio un cuchillo en la mesa y la idea comenzó a picarle en los dedos.

—Si no te gusto dócil… Tal vez…

El cuchillo voló hasta la garganta de Mireia y se detuvo ahí, tocando su delicada piel.

Ambos se quedaron mirando fijamente.

—Esa es la mirada que quiero. Si quisiera a alguien dócil hubiera comprado una furcia con un montón de billetes. Tú muerdes y eso es más divertido. Me gustará mucho más destruirte.

—¿Como Winter? —preguntó Mireia.

Sabía que esa mujer se resistía como nadie.

Y que, por algún motivo, cambiaba el humor de Ra.

—Exacto, como ella. Pero ahora mi juguete favorito no está, tendré que poner mi atención en otros —confesó.

Eso le heló la sangre.

CAPÍTULO 8



—¿Y cómo se lo decimos a Doc? —preguntó Dominick.

Winter había desaparecido, entre otros integrantes de la base.

De nuevo.

Otra vez.

Una historia que se repetía demasiado.

—Eh, tíos… Yo ese marrón no lo quiero. Ni siquiera soy de esta base, solo pasaba por aquí y eso —comentó Lachlan.

Sergei olfateó el aire.

—Buah, lobo, te has cagado encima —comentó.

Este asintió sin dar lugar a dudas.

—Hay principios en la vida que son inalterables. Por ejemplo: Dominick va a ser mi Mortimer, esta base es mi segunda casa y a Doc no se le toca los cojones. Y decirle que Winter se ha esfumado es casi como cogerle las pelotas y apretárselas. No quiero vivir ese «placer».

Era sencillo y práctico.

—Yo se lo dejo al jefe, estas cosas siempre debe notificarlas alguien de rango mayor —comentó Nick pasándole el muerto a Dominick.

Estaba perdido.

Suspiró tratando de deshacer el nudo de la garganta que se le había formado. Lo peor era que Pixie también era una de las desaparecidas. Aquello no iba a gustarle nada, pero que nada, a Dane.

—Son tres desaparecidos, veo justo repartirnos —comentó Dominick con serenidad.

—Vale, yo me sacrifico, chavales. Yo me quedo con la noticia de Quill —propuso Lachlan.

Todos lo miraron, sin excepción.

—¡Qué curioso que sea el que no tiene pareja! —exclamó Dominick.

—¿Qué culpa tengo yo de eso? Lo he dicho puramente al azar, pero tiene muchos amigos. Esparciré la noticia con el tacto que se merece.

A la mente de Dominick le llegó la imagen de Lachlan usando los megáfonos para notificar la desaparición de uno de ellos. No era una buena idea, eso sin contar que todos notaron la mentira de decir que había sido al azar.

Y de ahí el silencio.

—Va, guarretes, robadme el pecado —pidió Lachlan.

Todos supieron qué estaba a punto de pasar. Entonces el lobo cayó al suelo de rodillas mientras Dominick se alimentaba de su mentira.

—Eres un hijo de puta… Esto duele… No es tan porno como dicen las chicas… —masculló llevándose una mano al pecho.

El jefe sonrió con malicia.

—Como has dicho antes, yo siempre voy a ser tu Mortimer y mi papel es hacerte sufrir —contestó sentenciando su relación.

Dejando aquellos a un lado porque esa relación no iba a mejorar en la vida. Valentina fue la que tomó la delantera, como hermana de Doc se veía en la obligación de tomar aquello como una misión y decidió lanzarse al vacío.

—Yo se lo diré.

—Si la mata os mataré a todos —advirtió Alek.

Era un trato justo.

—Y yo notificaré a Pixie —comentó Dominick.

Era su trabajo. Eso sin contar que tenían que ponerse manos a la obra para buscarlos. Darius ampliaría su radar mental para dar con el paradero de alguno de los tres. Solo esperaba que aparecieran sanos y salvos.

—Yo me cagaría vivo —confesó Lachlan totalmente repuesto de esa transacción.

No era algo agradable.

Y nada por lo que quisieran pasar, no obstante, era lo que debían hacer.

***

—Vamos, Mortimer, tú puedes. Tú si se pone chungo grita —le animó Lachlan.

Él nada convencido lo miró de reojo.

—¿Es que vendrías a salvarme?

—No, pero seguro que alguno de tus chicos sí, estoy convencido de ello.

Tenerle como cuñado no era como un seguro de vida realmente. Aquel alfa iba a alejarse de Doc todo lo posible y más cuando se trataba de Winter. Todos comprendían muy bien lo que esa mujer significaba.

Aunque él se negase a aceptarlo.

Dominick entró en la consulta de Doc, lo cual provocó que este levantase la mirada de la pantalla de su ordenador y lo mirase con cierta curiosidad.

—Ánimo machote —susurró Lachlan antes de que le cerrase la puerta en la cara.

Aquel idiota iba a provocar que lo matasen tarde o temprano.

—¿Todo bien? —preguntó Doc.

Negó.

—No. Y esta base tiene por costumbre ir bastante mal siempre —confesó Dominick dándose cuenta de que decía esas palabras con mucha frecuencia.

Doc le señaló la silla más cercana a su mesa, algo que le hizo dudar. Si tenía que salir corriendo de allí estar cerca del foco de explosión ponía su supervivencia en entredicho. Quizás no era lo mejor.

«Me estoy volviendo idiota como Lachlan». Se dijo mentalmente.

Era el jefe, no podía temer nada porque lo solucionaría por mucho que Doc explotase.

Iba a mantener el control de la situación.

—Es sobre Winter… —suspiró—. Bueno, en realidad es sobre ella, Pixie y Quill.

Doc puso máxima atención.

—¿Y bien? —preguntó.

Esto debía ser rápido. Como un ataque a un espectro, duro y con contundencia para dar el mayor efecto posible. Aunque no era nada fácil y no porque se tratase de Doc. Perder a un ser querido era un golpe al corazón.

—Han desaparecido —escupió a toda prisa.

Mejor así que a trozos.

—Dicen que Quill orbitó y ya no se les ha vuelto a ver. Nadie en la base los nota ni en los alrededores. Tampoco hemos notado la presencia de Seth, pero no lo descarto, aunque puedo decantarme más por Ra.

Era el que más lógica tenía.

Y el más loco.

—Uhmm… Uhmm —pronunció Doc.

¿Y eso qué significaba?

Esperó una reacción.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

—¿Piensas decir algo o vas a provocarme un ataque al corazón? —preguntó Dominick.

Doc solo lo contempló.

—¿Esperas algo en particular de mí? —preguntó.

Por supuesto que sí.

—Puedes empezar a estallar si quieres, a volverte loco y enfurecerte. Yo prometo tratar de contenerte, lucharé lo que pueda —prometió Dominick dejando que su sombra se moviera lentamente hacia los pies de Doc.

No tenía claro de poder con él, aunque siempre estaría para los suyos. No iba a permitirle cometer ninguna tontería porque los traería de vuelta.

—¿Por eso no has enviado a Leah? —tanteó Doc.

Era más que evidente.

—No creo que la dañases porque sé lo que sentís el uno al otro, pero creí que este era mi cometido. Traerla a ella me mostraría más débil usando mi as en la manga para suavizarte un poco.

Prefirió la verdad a cualquier excusa.

—Pues no va a hacer falta que me contengas porque estoy muy tranquilo —confesó Doc.

Dominick pareció congelarse en el momento. No era la respuesta que esperaba escuchar para ser sinceros. Dada su conexión con Winter y su aprecio a Pixie y Quill creyó verle mucho más encendido.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Dominick sin ser capaz de dar con una respuesta.

Lógica al menos, porque la teoría más factible en ese momento era que se había vuelto loco.

—¿Va todo bien ahí dentro? ¡Mira que entro! —exclamó un muy nervioso Lachlan en la puerta.

Al parecer su cuñado lo apreciaba mucho más de lo que había esperado en un principio. Esa era una gran alegría, aunque seguía sin entrar allí.

—¿Vienes con escolta?

—Con garrapata más bien —contestó Dominick.

Doc se levantó mirando a su jefe con toda la calma posible. Caminó hacia la puerta para abrirla y dejar que el lobo entrase. Y fue en ese momento en el que el alfa y Dominick se miraron el uno al otro.

Fue como si hablasen mentalmente.

—No va a pasar nada malo, puedes entrar —animó Doc.

El lobo metió un pie en la consulta.

—¿Ni un gruñido? ¿Ni un «voy a matar a mi padre» ni nada?

Doc negó.

Eso desesperó a Dominick.

—Pues dime tu secreto porque yo estoy al borde del infarto.

El doctor fue hacia su mesa, rebuscó un poco entre los papeles hasta dar con su teléfono móvil. Era el que Leah le había obligado a llevar encima día y noche por si pasaba cualquier cosa.

Lo desbloqueó y les enseñó un mensaje.

«Winter, Pixie y Quill han llegado al infierno. No sé el motivo, pero se quedarán en mi casa hasta que puedan regresar. Están bien». Douglas.

Eso lo había escrito Douglas.

—Intuyo que también te ha escrito y a Nick, pero no habréis tenido tiempo a mirarlo por los nervios —comentó Doc haciéndole sentir como un idiota.

Buscando en su bolsillos dio con su móvil para efectivamente encontrarse el mismo mensaje. Era un copia y pega que el dios habría enviado a todos los importantes de aquella base.

—Tío, tienes que mirar más el móvil —se quejó el alfa.

Dominick jadeó antes de suspirar aliviado.

Estaban bien.

No habían sido secuestrados y eso liberó su pecho de preocupación.

—Casi me muero de un ataque al corazón.

—Recuerda que soy médico, te hubiera reanimado —bromeó Doc para su sorpresa.

—¿A que mola que haya cobertura en el infierno? —preguntó Lachlan.

Ahora mismo no era capaz de pensar.

CAPÍTULO 9



—Podríamos hablar de la redención —propuso Nolan.

Alma que apenas era capaz de abrir los ojos, giró sobre sí misma en la cama y se colocó en posición fetal. Él era como su confesor espiritual, contemplaba su vida, algo tan íntimo que hubiera preferido hacer ese lugar suyo.

—¿Va a ser toda la eternidad así? —preguntó algo cansada.

A pesar de que lo escuchó dudar, no se sentó en su cama. Siguió dando vueltas en lo que parecía la sala principal del club «Diosas Salvajes». Había interrumpido uno de sus peores recuerdos y la estaba privando de su condena.

—Puede, es que me aburro mucho —mintió Nolan.

No hacía falta ser un Devorador para pillarlo.

—Casi pareces un cura hablando de redención —bromeó Alma.

Volvió a girar porque hablar de espaldas le parecía de mala educación. Entonces contempló al dios y este pareció visiblemente molesto con la actitud que estaba teniendo.

Ya podría acostumbrarse.

No pensaba cambiar.

Nolan suspiró.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Alma.

Este la señaló.

—Todo lo relacionado contigo. Ellos saben que estás aquí y creen que no te lo mereces. Que merecías una muerte en paz. Y sé que harían cualquier cosa por traerte de vuelta.

Las palabras de ese hombre fueron como puñales en su pecho. No quería pensar en sus amigos, su familia después de tanto tiempo. Dio la vida por ellos, para que tuvieran una nueva oportunidad.

—No me arrepiento de lo que hice —declaró convencida.

—No es ese el caso.

No pensaba discutir lo que había ocurrido, no quería perder tiempo en algo irreparable. Ahora estaba en el infierno, ese era su purgatorio y era lo que le quedaba para el resto de la eternidad.

—Diles que lo merezco —pidió Alma.

Eso no le gustó.

—Pero es que no lo mereces —declaró Nolan.

¿Y eso importaba?

Molesta, chasqueó la lengua.

—En vez de molestarme podrías ir a follarte a la Bella esa. Seguro que quiere y así no tendría que lidiar con todo esto día a día.

Se arrepintió en cuanto lo dijo, pero lamentablemente no podía desdecirse de ello como si nada. Ya había hecho daño, sus ojos oscuros se lo mostraron y lamentó haberle hablado así.

—Lo siento, Nolan, aunque sé que estas palabras no sirven de nada —confesó.

No quería vivir con esa culpa.

No podía.

Este encajó el golpe con elegancia, sonrió melancólicamente y la miró de arriba abajo como si viera algo nuevo en ella.

—Yo lo he intentado, de verdad. He visto casos mucho peores al tuyo o eso creía y ahora me doy cuenta de que, en parte, disfrutas estando aquí. Tan convencida estás de esto que no hay redención posible…

Habló fuera de sí, triste y casi derrotado. Esos eran los peores momentos porque después venían palabras mucho peores. Ya conocía a la gente y sabía que había acorralado a la muerte hasta un punto de no retorno.

—Espero que recuerdes que yo lo intenté, que te tendí la mano y te negaste —dijo provocándole una sensación de arrepentimiento.

Casi como si se despidiera.

Apartándose de ella, se echó a un lado dejando entrar dos grandes hombres que entraron a su purgatorio particular.

No le gustaron ni un poco. Ellos, tan imponentes, llenaron ese espacio sagrado que se había convertido su tortura personal. Alma se removió en su cama cuando los vio acercarse a ella.

Entonces su instinto la alertó.

—Lleváosla —ordenó Nolan.

Ella, visiblemente afectada, solo alcanzó a balbucear algo inaudible.

Aquellos dos grandes demonios la rodearon. Cuando uno intentó cogerla ella retrocedió todo lo que pudo. Lamentablemente el otro la tomó del brazo sin posibilidad a liberarse.

Luchó por librarse, se revolvió y hasta le golpeó con la mano libre y no consiguió nada. Al final ambos la cogieron por los brazos mientras el miedo la dejaba sin respiración. De haber estado viva hubiera muerto de un ataque al corazón.

—Yo soy la Muerte, yo soy el que da los castigos y es mi deber torturarte el resto de tu puta existencia. Lo que has vivido hasta ahora es solo una tregua por el aprecio que te tengo, no obstante, no puedo seguir dándote un trato de favor.

Las crudas palabras del dios de la muerte la golpearon como si fuera la primera vez que recibía un bofetón.

Aquella realidad no era posible.

Ella siempre creyó que ese santuario que erigía a su alrededor iba a ser su santuario el resto de la eternidad.

—Nolan, por favor —suplicó.

Y no importó.

Lo vio en sus ojos apagados de emociones.

—No, ya es tarde, Alma —indicó Nolan.

Perdida y confundida comenzaron a arrastrarla hacia el exterior. Entonces el terror la obligó a

gritar. Usó sus cuerdas vocales para emitir cualquier sonido que parase lo que quisieran hacerle.

Detener eso sí o sí.

—¡Por favor! ¡Nolan! —bramó.

Él no contestó.

Luchó contra sus captores y tampoco funcionó. Tiró de sus brazos en un intento inútil de soltarse descubriendo lo débil que era. No era como las mujeres fuertes de la base, no tenía fuerza ni magia.

Era un estorbo por completo.

Arrastrándola entre una hilera de celdas como la suya, comprobó que muchos ojos salieron a ver lo que ocurría alertados por sus sollozos. Les pidió ayuda sabiendo que ellos no podían hacer nada.

Muerta de miedo, notó como aquel pasillo parecía no querer acortarse.

—¡Dime qué tengo que hacer! —exclamó esperando una oportunidad.

—Ya nada, Alma. Es mi decisión.

Y, como siempre, alguien mandaba en su vida de nuevo.

Un ser superior la ataba y hacía con su cuerpo lo que quisiera sin importar lo muy asustada que estaba.

Miró a los demonios sorprendiéndose por sus miradas neutras y sin expresión. Eso le hizo preguntarse: ¿cuántas veces lo habían hecho?

Parecían tranquilos con las decisiones de su amo, como si ellos no pudieran interferir o detener algo, aunque pensasen diferente a Nolan. Solo eran piezas de ajedrez en un tablero demasiado grande.

Llegaron al final de aquel terrible pasillo y fue mucho peor lo que encontró después. Una gran sala se abrió ante ellos, mostrando lo que parecía una sala de torturas. Estaba plagada de columnas y, en ellas, miles de artefactos diseñados para el dolor.

Eso sí que amenazó con parar su corazón de nuevo.

—Esto no es como allí. Allí revivía mi vida, aquí vais a hacerme daño —se quejó entre lágrimas.

Sí.

Lloraba.

Y como si de una niña pequeña se tratase.

Estaba tan aterrada que hasta se hubiera puesto de rodillas para suplicarle que la dejase marchar.

—¿Acaso existe diferencia entre tu tortura y esta? El dolor es dolor —explicó Nolan.

Chasqueando los dedos, hizo aparecer lo que parecía un gancho que se elevó poco más que su altura, casi como si calculase a la perfección la víctima que iba a anclarse en ella.

Las cuerdas que ataron en sus muñecas dañaron su piel de tal forma que dio un respingo. Desde que había llegado al Infierno no había sido capaz de sentir dolor alguno, no físico al menos.

—Mientras estés en esta sala será como si estuvieras viva, esa es la gracia.

Pues ella no se la vio por ningún lado.

Luchó, blasfemó y lloró contra aquellos seres que ataron sus manos hacia arriba, colgándola de aquel dichoso gancho hasta conseguir que acabase de puntillas, sin apenas ser capaz de tocar el suelo.

—Gracias, chicos, del resto yo me encargo —les dijo antes de que estos desaparecieran.

Alma lo miró con los ojos anegados de lágrimas.

—Perdóname, Nolan, te lo suplico.

Él se encogió de hombros yendo hacia una columna llena de herramientas de tortura.

—No soy yo quien debe concederte el perdón, eres tú misma. —Tomó un látigo—. Y, hasta que eso no ocurra, yo torturaré esa alma que crees maligna.

Sus palabras fueron tan dolorosas que sollozó mientras luchaba por respirar. Ya casi había olvidado cómo se sentía al tomar oxígeno, le resultó extraño después de tanto tiempo.

Y dolió.

Más que cualquier otra cosa.

Estar viva era agonizante.

CAPÍTULO 10



—¿Qué haces? —preguntó Chloe.

Nick, que creía estar solo en casa, dio un brinco y pareció meterse algo en un bolsillo del pantalón. Fue una reacción tan impropia de él que la extrañó, pero llevaba raro desde la desaparición de Alma.

—H… Hola. Creía que tenías trabajo —comentó Nick.

Y así era.

—Me he dejado la Tablet en casa y vengo a recogerla.

Ese cacharro era una extensión de su cuerpo, no podía sobrevivir sin ella y era evidente que tenía que regresar a por la Tablet. Frunció el ceño al verlo tan nervioso, aunque esperó que se explicase y no tener que preguntar.

Nick se encogió de hombros casi leyéndole el pensamiento.

—Le he comprado un regalo a Chase por su cumpleaños y casi me cago encima al abrir la puerta. No quiero que lo vea —explicó.

Eso tenía sentido.

Y más teniendo en cuenta la relación que tenía con su amigo.

—Casi me haces temer que otra está revoloteando a tu alrededor —bromeó Chloe.

Eso puso serio a Nick.

—Nadie me aguantaría —contestó convencido de ello.

Ella no estuvo tan segura de eso, no obstante, eran pareja, un vínculo inquebrantable que no podía alterarlo nadie. Ahora eran compañeros y nada ni nadie podía separarlos por mucho que lo intentasen.

Solo la muerte y no pensaba darle el gusto a Seth.

—Oye, Nick, sabes que si necesitas hablar puedes hacerlo y también está Marina. Hannah está yendo a terapia con ella y dice que es magnífica —ofreció Chloe.

La idea no le gustó a su pareja, lo supo por cómo arrugó la nariz fugazmente antes de negar con la cabeza. Él no pretendía ir a terapia por mucho que pudiera necesitarla, algo con lo que tendrían que llegar a discutir más adelante.

—Estoy bien —aseguró.

Spoiler: no lo estaba.

—Sé lo que te ha supuesto la pérdida de Alma y que ahora Pixie y el resto estén en el Infierno

no es agradable…

Nick caminó hasta quedar ante ella. La tomó por la cintura y la apretó contra su pecho en un abrazo tan intenso como abrasador.

—Estoy bien. Sigo de una pieza y no voy a romperme en pedazos. Además, creo que Alma va a estar bien cuidada —sonrió.

Sí.

Todos pensaban en Douglas cuando se trataba de Alma.

¿Podría él curar lo rota que estaba?

¿Eso era posible?

Chloe se apartó, no sin antes darle un sonoro beso, y comenzó a correr hacia la puerta.

—¡Llego tardísimo! ¡Te quiero! —gritó yéndose a toda prisa.

Nick, que había levantado una mano, la despidió agitándola y cerró la puerta.

—Joder, por qué poco… —gruñó.

Después giró sobre sí mismo.

—Ya puedes salir.

Y así fue como Aimee apareció. Llevaba escondida tras el sofá desde que habían detectado tarde a Chloe. No había tenido tiempo a orbitar y solo le había quedado una única opción: empujarla y evitar que Chloe la viese.

—¿Crees que se ha dado cuenta? —preguntó dubitativa.

Él se encogió de hombros.

—Espero que no, porque llevamos demasiado tiempo preparándole esto como para que nos pille.

Su corazón iba a toda velocidad sin poderse contener. Solo escuchar la voz de su pareja había provocado que entrase en pánico total. Si ella alcanzase a ver lo que estaba preparando se desmayaría.

—¿Cuándo lo harás? —preguntó Aimee.

La contempló un solo instante antes de chasquear la lengua, molesto.

—Te he hecho daño, te has magullado la rodilla, deja que te cure —propuso yendo hacia por el botiquín.

Fue escaleras arriba yendo hacia el baño principal, el lugar donde guardaban aquella cajita que contenía productos de primera ayuda. No la alcanzó porque la diosa orbitó colocándose ante él.

—No es nada, Nick.

—Sangras —sentenció como si eso fuera terrible.

No lo era puesto que la vio poner los ojos en blanco.

—Está bien, pero que después Chase no venga a reclamarme nada —pidió señalándola con un dedo.

Esta sonrió.

—No lo hará —aseguró.

Sin decir nada más, Aimee pareció entender que debía irse, así pues, comenzó a descender las escaleras lentamente. Nick solo pudo observarla dejando que su cabeza pensase mil cosas.

La peor de todas lo torturó. Sabía que no podía decirlo en voz alta, que no era justo y, aun así, ansiaba pronunciar aquellas palabras en voz alta.

—Aimee, espera —pidió Nick impulsivamente.

Mierda.

Acababa de joderlo todo.

Como cabía esperar, la diosa giró sobre sí misma y lo contempló con algo de curiosidad. Ahora solo podía tirarse de cabeza al vacío sin importar lo demás y se odió a sí mismo por ser tan impulsivo.

—Que ellos estén en el infierno… ¿Te duele? ¿No te importa? —preguntó sabiendo que podría abrir una herida para la que no existía tirita posible.

No contestó inmediatamente. Meditó la respuesta sumando angustiosos segundos al reloj de pared que Nick juró mentalmente destruir. Aquel dichoso sonido lo estaba volviendo loco.

—Me gustaría estar allí, pero no es posible —contestó Aimee finalmente.

Era cruel que amigos suyos pudieran bajar a ese lugar y ella estuviese condenada.

—Ojalá pudiera ayudarte a bajar —murmuró Nick.

—Lo sé —sonrió ella.

Aquella mujer era muy valiente y había perdido mucho a lo largo de su camino. Ahora se abría un escenario nuevo, uno peligroso en un lugar que nunca hubieran imaginado. Uno por el que Nick hubiera dado cualquier cosa por llevarla.

—Puedo preguntarle a Douglas o Nolan si hay algo que podamos hac…

No acabó de hablar porque ella negó con la cabeza.

—No es posible. Yo lo acepto.

¿Podía abrazarla ya?

Chase entró en la casa sin preguntar, usando su llave y encontrándoselos en esa conversación tan extraña. Los observó tratando de determinar qué estaba pasando, aunque al final prefirió preguntar.

—¿Todo bien?

Nick quiso decirlo antes de que pudiera tergiversar la conversación.

—A él le gustaría ayudarme a ir al Infierno y yo le digo que no pasa nada. Estoy bien.

Aimee siempre tan directa.

Entonces levantó las manos como si estuvieran apuntándole con un arma. ¿Y eso por qué?

Porque esa misma conversación ya la había tenido con el bueno de Chase y ambos habían dictaminado que no le dirían nada a Aimee para no dañarla. Y él tenía una boca que disparaba más rápido que cualquier arma.

—Ya veo que lo tuyo no es mantener lo acordado —le reprochó Chase casi entre risas.

Nick se echó al suelo de rodillas.

—Mátame ya, me he sentido miserable diciéndoselo.

—No me tientes, Nick —dijo Chase profundizando su voz.

Había hecho mal, lo sabía y no había querido dañar a su amiga por nada del mundo.

—Pégame, así me sentiré mejor —pidió el segundo al mando.

—¿Unos azotes? Los disfrutarías, guarro —contestó Chase.

Nick asintió.

—Bueno, vale, entonces otra cosa.

Fueron a hablar, pero Aimee orbitó entre ellos y les tapó la boca a ambos. Entonces ella pareció notar algo.

—Chloe vuelve —anunció tomando a su pareja y orbitando lejos de allí.

Entonces Chloe entró en casa viéndolo postrado en el suelo, de rodillas y con la cara desencajada por la sorpresa.

—¿Qué?

—¿Qué? —dijeron a la vez.

Se levantó a toda prisa señalando el suelo como claro culpable, aunque ella no pareció

convencida.

—¿Estás bien?

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Nick.

Viendo que dejaba su bolso, la Tablet y se quitaba los zapatos estaba claro que no tenía pensado marcharse de allí.

—He pensado en llamar a Aimee y Chase para que nos acompañen un rato, que hace mucho que no los ves—propuso sonriéndole.

Si ella supiera…

—¿Y tu trabajo? —preguntó totalmente confundido.

—Lo he cancelado, iré mañana. Hoy estás más raro que de costumbre y quiero estar contigo.

Era un desgraciado con suerte porque aquella mujer lo quería mucho más de lo que él merecía. Seguramente todos lo sabían, aunque no pensaba dejarla ir, era suya y nadie podría quitársela.

—Eres la mejor —anunció tomándola de nuevo de la cintura.

Su sonrisa iluminó la estancia.

—Aunque vas a tener que explicarme que hacías en el suelo —señaló Chloe.

No se le escapaba nada.

—Me caí torpemente —mintió.

De acuerdo, era un Devorador de pecados, pero ella no. Podía permitirse una mentirijilla de nada.

¿Verdad?

CAPÍTULO 11



—Este lugar mola mucho —comentó Helena.

Winter cerró los ojos con cierto pesar unos segundos. Por suerte estaba sola en su habitación recién asignada y no tenía que decirle a los demás que ahí estaba la Devoradora.

—Creí que no estabas —reconoció.

Un regalo para su mente, también.

—Agradece que se ha ido Ra, yo sigo aquí contigo, chata.

¡Qué suerte la suya! Nótese la ironía.

—Podías haberte quedado con Valentina en la base —comentó sin más.

No hubiera sido mal recibido ese plan.

—Ya puestos podría seguir con vida y tratar de follarme a Doc.

Winter la fulminó con la mirada lo que provocó que la fantasma levantase las manos en señal de paz.

—Era una broma.

De haber tenido una de sus pistolas la hubiera tiroteado sin contemplaciones.

—Así que tú eres el ojito derecho del malherido Anubis, ¿eh?

La voz de Bella alertó a ambas mujeres que miraron a la recién llegada, la cual portaba una bandeja con algo de comer.

—¡Bella! Menudo susto me has dado —reconoció Winter.

Ella, que no parecía impresionada, cerró la puerta con el pie y fue hacia una mesa para dejar aquella bandeja. Después colocó plato a plato sobre la superficie dejando que el silencio las asfixiara.

—Me he fijado que apenas has cenado y no quiero que mis invitadas pasen hambre —comentó Bella.

No tenía demasiada hambre.

Eso no era un crimen.

—¿Tiene todos los patitos en línea esta mujer? —preguntó una Helena despreocupada.

Winter hizo un gesto con la mano tratando de callarla. Por suerte no podía escucharla.

Solo ella.

—Gracias, no tengo mucha hambre, no tenías por qué preocuparte —dijo Winter queriendo ser educada.

Helena por su parte atravesó a Bella sin que esta se inmutara y fue a olisquear lo que le había traído. Después gritó envidiosa de uno de los platos, la señaló con cierto malestar y soltó.

—Te odio, te ha traído pasta al pesto, daría lo que fuera por estar viva y comer —explicó con tono infantil.

Eso la hizo sentir mal.

Realmente mal.

Podían explicarle mil veces que no era responsable de la muerte de Helena, que la culpa no era suya, no los creería. Estuvo allí, la defendió y murió, de no ser por ese acto desinteresado a día de hoy estaría viva.

—No quiero que mi hermano me acuse de dejar a una de sus amigas raquítica —bromeó Bella.

Bueno, no tenía claro que ella entrase en la categoría de «raquítica» precisamente.

En ese momento se hizo un silencio incómodo, uno que duró demasiado tiempo mientras la humana y la diosa se miraban la una a la otra como si tratasen de esclarecer cómo proceder entonces.

No parecieron llegar a buen puerto.

—¿Algo más? —preguntó Winter.

Bella asintió.

—¿Cómo conociste a Anubis?

Esa pregunta tan directa fue como un disparo en el corazón. Y se dio cuenta de que habían pasado muchos años desde entonces.

No tuvo claro si ese tema era el mejor para abrir el apetito de nadie. Aunque tampoco encontró la manera de negarse a compartir ese tipo de información con Bella. Parecía que los dioses se conocían.

Y eso era realmente sorprendente y más después de un gran paso de siglos.

—Ehmm… —carraspeó Winter—. Le salvé la vida o eso creo.

Le resultaba difícil recordar que una vez tuvo una vida normal, una en la que la magia se resumía a ver películas o leer algún libro.

Ahora era su día a día.

—Lo recogí con mi coche y le di cobijo. Fue totalmente impulsivo, no pude dejarlo ahí —sentenció Winter.

Esa era la única verdad.

Dejarlo la hubiera perseguido el resto de sus días.

Bella pareció analizar sus palabras. Sonrió como si la comprendiera o al menos así se lo pareció. La verdad era que leer a Bella le resultaba difícil. Parecían colindar diferentes personalidades dentro de su cuerpo.

Y no tenía claro con quién estaba hablando.

—Curiosa manera de conocerse… —murmuró mirándola fijamente, sin apenas pestañear.

Winter se puso nerviosa.

—Quizás solo era lo que necesitabais los dos —sentenció Bella.

No pudo evitarlo, rio ante las palabras de la diosa.

—No tengo claro que yo necesitase todo lo que vino después. He peleado a muerte con cada bicho y dios que ha querido matarme, eso sin contar que su hermano habita en mi puta cabeza como si tuviera un ente a modo de polizón. Sin pagar billete, además.

—Pero lo quieres, ¿no?

Bella fue tan directa que no pudo más que toser obligando a sus pulmones que volvieran a

tomar aire después de colapsar unos segundos. Después de eso se sonrojó de los pies a la cabeza.

—¿Yo? No. Somos… ¿amigos? —contestó con voz estridente.

Bella enarcó una ceja y Helena suspiró diciendo.

—Mentirosa. Si estuviera viva me comería ese pecado después de atiborrarme a pesto.

Cada vez le resultaba más difícil ocultar su eterna compañía. Ese fantasma que se negaba a quedarse en la base. Al menos se había librado del peor acompañante de todos, de Ra.

—Amigos… Trataré de recordarlo si algún día te veo comiéndole los morros y eso. Además, por lo que yo recuerdo, Anubis estaba tremendo. Esos ojos de diferente color, ese pelo negro como la noche y ese cuerpo que promete siete polvos seguidos. Es de esas atracciones de las que bajas con las piernas temblando… Tú ya me entiendes.

No.

No la entendía.

¿Por qué tenía que hablar de eso?

Se tapó los oídos tratando de que esas palabras no llegasen a su mente, sin embargo, para su desgracia no pudo conseguirlo. La imagen de Doc la penetró de mil formas ahogándola.

Él era perfecto o casi.

—Te pillé —rio Bella—. Te pone más caliente que una perra en celo.

Era tan burra que le provocó la risa.

Se extrañó a sí misma escucharse reír y entonces se dio cuenta de que hacía bastante que no lo hacía de verdad. Todos podían fingir un momento de diversión o algo similar, pero reír de verdad era difícil en aquellos tiempos.

—Veo que lo reconoces.

Negó.

—Yo no reconozco nada, solo me ha hecho gracia cómo lo has dicho —confesó Winter.

Era divertida.

—Conmigo puedes estar tranquila porque estoy muerta, pero vigila a la diosita esta que va de mosquita muerta y se lo tira —comentó Helena.

Luchó contra todo su cuerpo e impulsos por no reaccionar contra su fantasma particular. No podía girarse y decirle algo frente a alguien que no podía verla, la explicación era demasiado larga.

—Yo jamás me tiraría a Anubis después de conocer a Winter, míralos, están destinados y no hay que ser muy listo para verlo —soltó Bella de repente.

Fue justo en ese momento en el que Winter y Helena se quedaron absolutamente petrificadas en su sitio. Parpadearon un poco tratando de procesar que alguien más la había escuchado después de años.

Se miraron, miraron a Bella y abrieron sus bocas sin ser capaces de decir nada.

—¡Vamos, chicas, reaccionad! Si os da un infarto mi hermano me mata —anunció Bella corriendo a Winter para tomarle el pulso.

Eso sí, señaló a Helena unos instantes.

—No creas que no me preocupo por ti, pero estás muerta y eso. Tengo que ver que a ella no le explote la patata —explicó.

Eso fue más confuso.

—¿Me ves?

—¿La ves?

Preguntaron al unísono.

Era más que evidente que sí que lo hacía.

—Chicas, os voy a dar unos segundos para procesarlo, pero es evidente que sí puedo hacerlo —les dijo con sumo cariño.

Winter la miró a los ojos.

—¿Có…? ¿Cómo? —preguntó.

La vieron asentir como si ella tuviera una parte de información que el resto no. Fue en ese momento en el que se sentó en la cama de Winter mientras pensaba muy bien qué decir en esos instantes.

—Dilo antes de que me muera dos veces —suplicó Helena, desesperada.

Necesitaban respuestas.

—Soy la diosa de las almas perdidas.

Ambas volvieron a mirarse con cierta complicidad. Asombradas con la información recibida, se dieron cuenta de que ese ser que tenían ante sí era capaz de contemplar cualquier fantasma del mundo, tal vez del universo entero.

Y que llevaba viéndola desde el principio.

—Oye, eso de los patitos en línea era una bromita —corrió a justificarse Helena.

Bella sonrió.

—Por supuesto.

Winter, con demasiada información por procesar, suspiró.

—Creo que ahora sí tengo hambre.

Así, con la próxima sorpresa, tal vez no se desmayaba de la impresión o lo tomaba mejor con el estómago lleno. No iba a ser ella quien se negase a un buen plato de pasta al pesto.

Después el resto del mundo podría hacerle lo que quisiera.

CAPÍTULO 12



Horas después… Casi de madrugada y en el silencio de la noche…

Para cuando Nolan escuchó un ruido fue demasiado tarde. Había subestimado la velocidad de su atacante, o más bien su rabia, y se notó volar por los aires hasta impactar con una de las paredes de su dormitorio.

Entonces unas manos se envolvieron en su cuello con fuerza.

—¡Dime que no lo has hecho! — bramó Douglas tomándolo del cuello con violencia.

No le sorprendió su presencia, lo había estado esperando horas antes con la esperanza de que las noticias le llegasen pronto. Había subestimado el boca a boca del infierno.

Una lástima.

—Cálmate —pidió Nolan sin sosiego.

Estuvo claro que él no pensó lo mismo porque lo levantó del suelo unos centímetros mientras sus ojos se encendían con rabia. Es más, desplegó sus dos temibles alas negras como el mismísimo abismo.

—¡Y una mierda! Si le has tocado un pelo te devolveré su dolor multiplicado por mil —rugió Douglas con ferocidad.

Estaba enfadado de verdad.

Ignorándolo una fracción de segundo, reparó en la presencia de Bella en su dormitorio. La diosa flanqueaba a su hermano con la esperanza de tener la información necesaria antes de poder tomar una decisión.

—Sabes que tenía que hacerlo y tú quieres a tu hermano —explicó Nolan mirándola y otorgándole toda su atención.

Eso no le gustó demasiado a Douglas el cual lo agitó como una maraca.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Bella.

Las palabras apenas salían de la boca de Douglas porque la ira lo estaba arrastrando al camino más oscuro, uno que solo seres como ellos podían recorrer. Lo comprendía a la perfección y, aun así, luchó por mantener la calma.

No es como si el mismísimo dios de la creación amenazase con matarlo… Bueno, en realidad así era.

—Necesita dar ese paso, si no lo da se consumirá allí abajo —explicó Nolan.

Nadie lo comprendió.

—¡¿Y qué propones?! ¡¿Me lo cargo?! Si es lo que esperas que haga, te digo ya que no dañaré a mi hermano —anunció Bella.

Era de esperar.

—Suéltalo, Douglas, vamos a calmarnos —pidió su hermana en vano.

Douglas ya no escuchaba.

En su mente solo se imaginaba los cientos de escenarios posibles. Sabía que Nolan había arrancado a Alma de su purgatorio particular, algo habitual en criminales y después pasaban a la tortura real.

A la dolorosa.

Alma no se la merecía.

—Douglas… —pidió Nolan.

Que el cielo lo asistiera porque acababa de crear a un monstruo capaz de destruir el mundo por la mujer que le importaba.

—Dime que no la has tocado —pidió casi masticando las palabras, soltándolas una a una enfatizando cada sílaba.

Era una advertencia.

Una real.

—De haberlo hecho estoy en mi derecho, es mi reino, mi potestad —dijo Nolan sin venirse abajo.

La muerte podía hacer lo que creyera conveniente con sus pecadores, algo que Douglas conocía bien a pesar del enfado. No tenía autoridad para gobernar su reino y, aun así, estaban en esa postura tan incómoda.

—Ella es mía, si le tocas un solo pelo no dejaré infierno o alma pululando por este dichoso lugar —amenazó Douglas.

Nadie asustaba más que ese dios enfadado. Podía tener un gran corazón y cometer los actos más desinteresados del mundo y, al mismo tiempo, ennegrecerse y ser capaz de cualquier cosa en nombre de la oscuridad.

Era su forma de ser, más temible que cualquier brazo ejecutor.

Douglas era el que silenciaba el mundo entero al son de sus botas. El ruido de sus guantes era temible en cualquier rincón del universo. Unos guantes que ahora abarcaban su cuello.

—¿Vas a dejar que me mate? —le recriminó Nolan.

Bella se encogió de hombros.

—Estás buenísimo y follaríamos como locos, pero mi hermano es un poco inestable cuando se trata de Alma —explicó la diosa.

Buena ayuda se había pensado que tendría.

Douglas lo echó hacia delante y lo golpeó de nuevo contra la pared para atraer toda su atención.

—¡Deja de mirarla a ella y contéstame de una puta vez! —bramó furioso.

Nolan sonrió.

—¡Qué poderoso el poder del amor! —exclamó como si acabase de perder el norte.

Por suerte sabía muy bien lo que se hacía.

—Nolan, no es el momento —le recomendó Bella.

En el fondo comprendió que se preocupaba por su seguridad a pesar de que el bestia de su hermano amenazaba con destruir el mismísimo infierno. Le resultó tierno, hasta adorable viniendo de la comandante de los ejércitos de Oscuro.

—Ella merece el castigo eterno porque está en el infierno, no importan sus actos solo donde ha acabado. Y eso no lo puedes cambiar por mucho que te importe —explicó Nolan.

Vio dolor en los ojos de Douglas, eso e ira irrefrenable capaz de cualquier estupidez. Esos actos tan desesperados que podían girar una balanza por completo.

—¡No lo merece! —gritó soltándolo y echándose hacia atrás pensando su siguiente movimiento.

Estaba furioso, tanto que todo él se mantenía rígido y completamente alerta. Era su forma de ser, capaz de cualquier cosa mientras su mente giraba en torno a esa humana testaruda.

—No es tu apreciación la que importa si no la suya. Su propia culpa la trajo al infierno —explicó Nolan.

Douglas se sintió aturdido.

Había contemplado sesiones de tortura del dios de la muerte y, lo que una vez fue satisfactorio ver sufrir a gusanos, se le revolvía el estómago en pensar que se lo estaba haciendo a Alma.

Enfermizo.

—Dime solo una razón por la que no deba matarte —pidió Douglas luchando por controlarse.

Nolan sonrió.

—Que tengo que follarme a tu hermana.

Aprovechó la confusión y la sorpresa, esa que causó hablando de esa forma que tan poco le gustaba, para orbitar y clavarle un puñal en el corazón a Douglas. Fue un golpe duro, certero y mortal.

El dios de la creación se precipitó hacia atrás con un gemido ahogado mientras su hermana gritaba de dolor. Nolan lo tomó entre sus brazos y lo acompañó al suelo con cariño mostrándole que estaba ahí.

Que no se iba a ninguna parte.

—¡¿Qué has hecho?! —exigió saber Bella.

Nolan puso los ojos en blanco.

—¡Vamos! No creerías que no tendría un plan para todo esto, ¿verdad? —le recriminó Nolan.

Lo conocían lo suficiente como para saber que las leyes de la vida y la muerte no le interesaban demasiado. Era mucho más divertido romperlas, al igual que las rompió cuando fue el dios del amor.

Era un juego, uno en el que habían caído ambos.

—¿Tu plan era matarle? —preguntó Bella arrodillada al lado de su hermano.

Casi sintió pena al verla al borde del llanto.

—No, era ayudarle —puntualizó Nolan.

Douglas tomaba aire con verdadera dificultad, sabiendo lo que vendría después de todo ese dolor.

—¿Por qué no lo dijiste desde buen principio? —le recriminó Bella.

Era más que evidente, aunque el sentimentalismo no le dejara pensar con claridad a aquella mujer.

—¡Por favor! Los poderes de tu hermano, sus más terribles y fuertes solo los activa la ira más infinita y nada mejor que mostrarle que su dama está en peligro para enfadarlo.

Douglas se regía por sus más internos instintos y como hijo del dios Oscuro, había heredado la oscuridad del mundo en su corazón. Podía haber salido mal y convertirse en el peor villano conocido, no obstante, surtió en uno de los mejores hombres del universo.

Y solo por eso merecía una oportunidad.

—Entonces, ¿no la has tocado? —preguntó Bella.

Bueno, no podía decir exactamente no a esa respuesta.

—La han colgado y zarandeado un poco, pero se le pasará.

Douglas, a pesar del dolor, gruñó. Lo de ese chico era amor de verdad, una pena que hubieran tenido que llegar a eso para darse cuenta.

—¿Y ahora qué?

Nolan se sentó en el pecho de Douglas viéndolo morir. Este jadeó y supo que de haber podido lo hubiera asesinado de la peor manera. Para su alivio, estaba al borde de la muerte, solo unos segundos lo separaban de su temible destino.

—Tú, querido Douglas, crea un puto infierno particular para ambos. Donde solo salgáis cuando estéis curados de verdad. Enciérrala en tu propio dolor, toma el suyo como propio y volved cuando estéis listos —le explicó Nolan mirándolo a los ojos.

Esperó que lo comprendiera, que la rabia le dejase pensar con claridad.

—¿Es que piensas revivirlo?

Supo que Bella estaba en shock al ver sufrir a su hermano, de lo contrario jamás hubiera olvidado la particularidad que los condenaba a ella y a su querido Douglas.

—Tu hermano no puede morir, ¿recuerdas? Como tú, lo hacéis un rato y revivís. Un pequeño detalle que tienes en común con tu hermana Aimee —murmuró—, aunque ella se vuelve un monstruo sin corazón cuando revive, algo que menos mal que no te pasa a ti.

Nolan respiró volviendo a la conversación.

—Una de las ventajas de su cargo, volverá cuando el infierno que cree como dios de la Creación se rompa —explicó con calma mirando a los ojos al moribundo.

Bella luchó por pensar con claridad.

—Pero ella está muerta —puntualizó.

Sí.

Exactamente.

—Nos encargaremos de eso más adelante. Primero el uno y después el dos.

—N… Nolan…

Él aproximó su oído a sus labios entreabiertos.

—Voy a matarte cuando vuelva.

De eso no le cabía la menor duda. Toda acción tenía una reacción y la suya iba a ser de proporciones épicas.

Le sonrió mirándolo a los ojos.

—Lo sé y ya procuraré estar en el otro lado del universo para que te cueste un poco más alcanzarme —le explicó Nolan.

Y justo en ese momento Douglas murió.

Suspiró.

—¿Un té? Ha sido intenso —propuso mirando a Bella, la cual seguía horrorizada con la escena.

Ella frunció el ceño, confusa y escupió.

—Joder, estás peor que yo.

CAPÍTULO 13



Douglas se sintió entumecido cuando regresó a la vida. La verdad que la jugada de Nolan había sido toda una sorpresa que no supo ver venir. Fue como si él le diera la solución que tanto estaba buscando.

Y para su sorpresa, funcionaba.

Él no podía morir, existían dioses con esas características, pocos a decir verdad, pero a fin de cuentas era una especie de «don».

Tenía el infierno ganado por sus actos. Con el paso de los siglos había destruido, asesinado y cometido unos actos más que discutibles. Eso le había dado un pase directo al purgatorio.

Y de eso se había valido Nolan.

Muerto había caído en el infierno, lugar en el que se sentía especialmente cómodo. No era un lugar que le desagradase. Aceptaba los pecados de su vida y no buscaba arrepentirse de ellos.

La transición entre la muerte y la vida apenas duraba unos minutos. Suficientes como para usar su magia. Como dios de la creación creó una prisión única, un infierno que los encerraría a él y a Alma un tiempo.

¿Cuánto?

Eso estaría por ver.

—¿Qué ha pasado?

La voz de Alma lo obligó a girarse sobre sí mismo. Allí estaba, tanto tiempo después y aturdida por lo sucedido. Para su sorpresa, ella seguía atada como Nolan la dejó y la rabia se filtró a sus venas.

De espaldas a él, no era capaz de darse cuenta de quién tenía tras ella.

Douglas aprovechó la oscuridad de aquel lugar que había creado para mezclarse entre sus hondas. Después de tanto tiempo no quiso ir directamente hacia Alma, la observó con detenimiento.

No parecía muerta, estaba ahí, hablaba y era real.

Muy real.

—¿Nolan? ¿Esto es parte de la tortura?

—Técnicamente sí —contestó de inmediato.

Alma, realmente asustada, dio un brinco y buscó a su alrededor luchando por encontrar qué o quién se movía en la inmensidad de la oscuridad.

—¿Qué? —preguntó sin obtener respuesta.

Douglas sonrió, su aroma era algo que había extrañado y de lo que no se había percatado hasta la fecha. Ese toque de jazmín, junto al coco y la vainilla que en su piel quedaba tan bien fue como ambrosía.

Se aproximó a ella quedando apenas a diez centímetros de su piel. Él si podía verla, la contempló luchando por controlar su alrededor, no cediendo al miedo irracional y buscando una solución a todo eso.

—¿Estás ahí? —preguntó Alma con apenas un hilo de voz.

¿Cómo decirle que sí?

Su relación los había llevado a explorar momentos oscuros. Alma lo apartó al saber que los unió a ella y a Cody. No la culpó por eso, era una reacción natural a algo tan traumático.

Pero algo no esperado sucedió: pareció aceptarlo y quererlo de nuevo cerca.

Eso jamás lo hubiera visto venir. Como fatalista nato, no entraba en sus planes que pudiera aceptar su condición.

Quiso tocarla, lo necesitaba y quizás solo fuera porque debía cerciorarse de que fuera real. O solo era su egoísmo, ese que le pedía que la tomase sin contemplaciones y sin aviso.

Él temía ese instinto primario, ese que lo instaba a hacerla suya.

No era mercancía. Era una mujer, con sus deseos y miedos, no podía no tener en cuenta eso.

¿Cómo habían llegado a eso?

Nunca antes contempló la idea de querer a nadie más que a sus hermanos. Como el mayor siempre juró protegerlos. Y siguiendo esa estela conoció a una humana que muchos dejaron ir.

Que no la vieron por completo.

Conteniéndose mucho más de lo que hubiera querido llevó una mano sobre las ataduras de Alma. La notó sobresaltarse, luchar por alejarse y al final temblar casi rindiéndose a ese toque que no podía evitar.

Alma respiró tratando de calmarse. Sabía que su corazón estaba a punto de saltar por los aires desde que todo el escenario cambió. Sabía que ese no era el mismo al que los esbirros de Nolan la habían arrastrado.

Todo había cambiado, ahora era mucho más oscuro.

Tenebroso.

Sabía que no estaba sola. Que una presencia caminaba a su alrededor por mucho que pisase con delicadeza para que sus botas no lo delataran. Lo notó, casi como si fuera capaz de percatarse de esa compañía.

También le pasaba en el club, notaba quien venía, como si su cuerpo la advirtiera de lo que estaba a punto de ocurrir.

Solo que esta vez él la tocó con delicadeza. Su mano tocó las suyas y no fue para guiarla u obligarle a que hiciera algo. Parecía querer cerciorarse de que no estaban demasiado apretadas.

Y eso le hizo pensar en una persona.

Tal vez ya no volviera a verlo nunca más, que su muerte los había separado de por vida, aun así, su corazón le decía que esa presencia era Douglas.

—¿Eres tú? —preguntó Alma.

Nuevamente silencio.

Alguien respiró ante sus ojos, notó su aliento golpear sus pestañas y supo que estaba valiéndose de la oscuridad para permanecer en ella. Para valorar su posible reacción ante su presencia.

Eso la hizo sentirse más segura de que era él.

—Douglas…

La mano de ese hombre descendió por su brazo derecho casi como si de una caricia se tratase. Es más, lo escuchó llegar a su oído, quedar tan cerca que pudo estremecerse con solo sentirle respirar.

—Tengo intención de matar a Nolan cuando salgamos de aquí —le indicó.

Efectivamente se trataba de él.

Alma, evidentemente aliviada, cerró los ojos mientras tomaba aire.

—Gracias al cielo —susurró casi al borde de las lágrimas de la alegría.

Solo entonces Douglas apoyó su frente en la sien derecha de Alma. No puso peso o hizo fuerza, solo se apoyó aumentando el contacto que ejercía sobre su cuerpo que parecía indefenso.

—En otra tesitura esta podría ser una gran postura —confesó Douglas.

Alma tragó saliva casi como si esa imagen llenase su mente. La desechó inmediatamente siendo incapaz de pensar en sexo. No, ella no podía tener eso nunca más y mucho menos con él.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Alma queriendo olvidar lo bien que podían pasarlo juntos.

Douglas se alejó un poco, rompió el contacto dejándola en la suma oscuridad y al borde de la súplica. Necesitaba saber que estaba cerca, que no pensaba irse para dejarla tirada.

—He creado nuestro infierno particular. Esta va a ser nuestra prisión el tiempo que creas conveniente.

Su explicación le explotó en la cabeza.

¿Él había creado aquello?

¿Por qué?

—¿Yo lo elijo? —preguntó, extrañada.

Fue justo en el momento en el que Douglas la tomó de la barbilla en el que sintió que sus piernas no iban a poder sujetarla mucho más. Su contacto era ardiente, como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción.

—Este lugar tiene una particularidad. Saldremos cuando hayas sanado por dentro y por fuera —explicó Douglas.

Alma cerró los ojos, dolorosamente.

Si esa era la condición de salir de allí no iban a ser capaces de hacerlo. Estaba rota y no existía nada que la curase.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Alma.

—Por ti.

Esas palabras fueron cruelmente sinceras. Por desgracia, para ella, eso supuso que su corazón se rompiera en pedazos, abandonado ahora toda esperanza posible. Él quería conseguir algo imposible.

Sanarla.

Y no pudo reprimir las lágrimas. Siendo consciente de ello solo dejó que pasase, lloró con auténtico sentimiento creyendo que caía en un abismo tan profundo como el mismísimo infierno.

—¿Por qué lo has hecho? —repitió Alma.

Sollozo.

—Yo estoy rota, Douglas. No lo entiendes.

Sus lágrimas mancharon todo su rostro, no tuvo opción alguna de limpiarse, aunque tampoco le importó. Solo dejó que pasase sin más permitiendo transmitir todo el dolor que sentía.

Si Douglas hubiera sido cualquier otro se hubiera arrepentido, pero era él. Acunó su rostro con cariño, casi como si de una pieza delicada se tratase. Después permitió que sus pulgares limpiasen unas pocas lágrimas.

La contempló unos segundos, la vio cómo se ahogaba poco a poco.

Después se aproximó todavía más y le robó el aliento. Besó sus mejillas casi alimentándose de sus lágrimas, no le importó mojarse los labios o se alejó por eso. Al final fueron sus dedos los que secaron su rostro.

Y sonrió robando todo el aire disponible de aquella sala, llevándoselo cruelmente.

—Douglas… —susurró, confusa.

—Lo que hoy crees que son lágrimas de pena, un día serán de alegría. Has probado a curarte a ti sola, proyectando una imagen de ti misma falsa para que el mundo creyese que te habías recompuesto.

Eso era cierto.

Jamás quiso engañarles, solo quería que la dejasen con su dolor, que nadie lo borrase para no olvidar lo que era: un juguete roto.

—Ahora me tienes a mí y no pienso dejarte caer más. Yo me alimentaré de tu dolor, me consumiré por ti y arderé en el infierno en tu nombre. Y solo después de eso saldrás de aquí, harás la vida que te mereces y pienso cerciorarme de que seas feliz conmigo o sin mí.

No pensaba atarla a él el resto de sus días, no la arrastraría a estar con un hombre que no amaba, pero sí la ayudaría a salir de ese pozo que se había creado a su alrededor. Sería su escalera, después desaparecería de su vida si ella lo creía conveniente.

No quería nada a cambio.

Solo su libertad.

Alma, sin ser capaz de procesar todo lo que le había dicho pareció tomar aire mientras recordaba cómo respirar después de tanto.

—¿Por qué? —preguntó—. Podrías dejarme consumirme el resto de mis días.

Él negó.

—Nunca lo haría —sentenció.

Llevando sus manos hacia arriba, soltó sus ataduras lentamente liberándola poco a poco. Eso sí, tomó sus muñecas obligándola a bajar los brazos poco a poco y cuando llegó el entumecimiento lo comprendió.

El dolor en su corazón fue tan grande que sollozó de nuevo, trató de encogerse un poco para amortiguar el golpe y no fue capaz.

Su presencia era terrible.

—Se te pasará el dolor, te lo prometo —aseguró Douglas.

Y no se refería al físico, lo supo.

—No tienes por qué hacerlo y lo sabes.

Él guio sus manos hacia abajo hasta dejarlas a ambos lados de su cuerpo, entonces pareció emitir una pequeña risa, una que retumbó en su pecho y que absorbió la atención de Alma por completo.

—Si es por lo de Cody, yo te perdoné Douglas. No te guardo rencor, de verdad, no debes sentirte responsable —explicó Alma tratando de liberarlo.

No quería esa pesada carga en sus hombros, que se culpase por algo que no supo predecir. Solamente había pensado, era libre de seguir con su vida y dejarla atrás como siempre tuvo que hacer.

Estaba muerta, no iba a volver.

Él debía pasar página.

Una pesada mano del dios cayó sobre su cabeza y se sintió como si el mismísimo mundo se le viniera encima. Después, con la otra, tomó su barbilla levantándola para que lo mirase con

detenimiento.

Él era mucho más alto que ella, apenas le llegaba a los hombros y en momentos así, tan próximos el uno del otro, se daba cuenta. Parecía ocuparlo todo, no quedaba aire o espacio disponible si estaba cerca.

—No es por Cody, es por ti —anunció Douglas.

Alma entreabrió los labios en busca de aire.

—No merezco tanto.

La mandíbula de Douglas se apretó con rabia, mostró así su descontento con sus palabras y, aunque solo durase un segundo, lo contempló. Fue consciente de que le hería cada vez que decía eso.

—Te quiero, Alma. Y puede no gustarte eso, pero voy a curarte.

El corazón se le detuvo en el pecho, lo acababa de decir tan a bocajarro que no creyó entenderlo con claridad.

—Te equivocas —negó Alma.

—Bonito sería que tú supieras lo que yo siento y yo no —bromeó Douglas un breve segundo —. Te quiero mucho más de lo que sería capaz de decirlo con palabras. Y pienso ayudarte. Sé que no quieres, no obstante, sanaré tu cuerpo y tu corazón para que seas capaz de tener una vida plena.

Eso no podía ser real.

—Estoy muerta —le recordó.

Douglas puso los ojos en blanco.

—Minucias, te traeré de vuelta —aseguró.

Parecía que tenía todo un plan a su alrededor.

—¿Y si yo no consigo amarte nunca? —preguntó Alma.

No pareció apesumbrado o dolido con esa pregunta, solo asintió aceptando que esa era una posibilidad muy real. Era parte de aquel trato que habían sellado sin darse cuenta y así lo quiso.

—No importa, te quiero lo suficiente como para salir a flote los dos de este lugar. Después me conformaré con verte feliz, ese será mi pago. No hago esto para que me ames.

Ese era la muestra de amor más puro y desinteresado que existía en el mundo. Lo peor era que Alma no se sentía merecedora de tanto después de todo lo que había hecho por sobrevivir. Y a Douglas no parecía importarle.

—Si eso pasa, tu corazón pagará un alto precio —explicó Alma.

Quería que fuera consciente de los riesgos.

—Lo pagaré gustoso si con eso te veo sonreír de verdad. Si consigo que olvides todo lo demás.

Alma se abrazó a él con la imperiosa necesidad de salvarlo. No quería que saliera lastimado de esa transacción tan terrible, era un destino demasiado cruel para que alguien como Douglas lo tomase sin más.

—No quiero hacerte daño, no te lo mereces.

La estrechó entre sus brazos con suma cautela, casi temió hacerle daño apretándola de más o cubriendo partes de su cuerpo prohibidas.

—Eso no es preocupante ahora —aseguró Douglas.

¿Y eso por qué?

—¿Y cuándo lo será? ¿Cuando estés roto e inservible? ¡No quiero eso para ti!

Estaba peleando contra algo imposible porque aquella cárcel ya estaba sellada. Ya habían tomado el pacto les gustase o no y el precio ya estaba sobre la mesa. Iban a pulverizar el corazón

de Douglas para salvar el suyo.

—Te di mi corazón hace mucho, si no sobrevive es mi problema. Yo lo elegí así. Ahora yo te pido que me dejes salvar el tuyo, Alma —sentenció Douglas.

Y en esa profunda oscuridad, tan dolorosa como un puñal, solo quiso abrazarlo un poco más. Sostenerlo antes de que todo fuera a peor y él sufriera un destino peor a la muerte.

Entonces, sin que Douglas lo supiera, rezó para sí por primera vez en mucho tiempo.

«Salvarlo a él, por favor».

Solo que nadie la escuchó y eso dolía mucho más de lo que alguna vez podría llegar a reconocer.

CAPÍTULO 14



—Por aquí no es —pronunció Khaos.

Aria se detuvo en seco y tomó una gran cantidad de aire para luchar contra la desesperación que se había instaurado en su pecho. Ya «se había equivocado» de camino más de diez veces.

Cada vez saltar al pasado era mucho más difícil que antes. Requería más fuerza, más ganas y perderse era más posible.

—¿Y si al volver nos tomamos un granizado y descansamos un par de días? —propuso Sergei.

Él comprendía a Khaos, estaba loco por encontrar a Devin. No lo culpaba por querer dar con su pareja, estaba convencido de que en su situación no hubiera dejado de buscar en todo el día.

Lamentablemente, para dar con el dios del tiempo necesitaban la ayuda de Aria. Una recién llegada al mundo de la magia y los poderes, algo que la estaba consumiendo muy poco a poco, aunque tratase de disimular.

Su mujer lo miró casi regañándolo con la mirada. Le parecía feo hacer planes divertidos o descansar mientras su amigo seguía perdido en la inmensidad del tiempo.

—No, sigamos buscando un poco más —pidió Aria.

Tuvo que luchar para no mostrar su descontento. No la culpaba por querer ayudar, pero sí por descuidarse y dejar su vida colgando de un hilo con la cantidad de viajes temporales que realizaban a la semana.

—Tal vez, Khaos, si te concentras, lo notes por aquí —propuso Aria completamente empapada por su sudor.

Estaba agotada. Solo hacía falta echarle un vistazo para darse cuenta de ello. Las ojeras ya formaban parte de su día a día, puede que al principio las tratase de disimular, pero ya no existía producto que las eliminase.

También había perdido peso, bastante más del que le gustaría reconocer. Estaba tan demacrada que Sergei estaba a punto de cometer una locura con aquella búsqueda les gustase a sus amigos o no.

—No, no está, no noto su esencia —comentó Khaos.

Sergei, molesto con la situación, giró sobre sí mismo y caminó unos pasos alejándose un poco de ellos.

No quería dañarlos, decirles que debían parar, que estaban consumiendo a su mujer mientras esta se desvivía por dar con Devin. No es que él no tuviera ganas de encontrarlo, aunque no a costa de su salud.

Hubiera dado cualquier cosa por ponerse en su lugar, por suplirla de ese destino que le había caído sobre los hombros.

—Sergei, espera… —pidió Khaos persiguiéndole.

No le hizo caso, siguió caminando entre los bosques con una extraña sensación casi oprimiéndole el pecho.

El dios del caos no estuvo demasiado contento con su actitud, así que lo siguió a toda prisa hasta conseguir tomarle el hombro para detenerlo en seco. Ese gesto fue como sacarlo de algún tipo de hechizo, rompiendo lo que fuera que estuviera siguiendo.

—Sé que tiene que descansar, no le he pedido salir inmediatamente a otro viaje y pienso obligarla a que se tome unos días de descanso. No vale la pena si ella muere buscándolo, Devin no querría eso —explicó Khaos.

Él también pensaba en Aria y, aunque no lo reconociera jamás, le tenía bastante más aprecio del que demostraba abiertamente.

Era un dios que bien podría haber ido hacia el mal, pero decidió quedarse en el bien por amor a Devin. El resto llenaron ese cupo que necesitaba para mantenerse en la base a pesar de su corazón roto.

—Gracias, tío. Sé que Devin es importante…

Quiso acabar la frase, la verdad que lo intentó, no obstante, su atención voló rápidamente hacia una voz brutalmente conocida: la suya propia.

Extrañado giró en la dirección del sonido y, atraído como una polilla a luz, caminó hacia allí luchando por darle una explicación a todo aquello.

Entonces reconoció la base en la lejanía, estaba algo cambiada a decir verdad y comprendió que no era la misma en la que ahora habitaban. Había pasado tiempo desde entonces.

Haciéndose invisible, dejó a Aria y Khaos atrás con la esperanza de que comprendieran que debían quedarse atrás mientras él investigaba. Miró atrás para contemplarlos un solo segundo antes de continuar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Aria.

Khaos observó detenidamente.

—Creo que se ha escuchado a sí mismo.

—¿Sí? —preguntó incrédula.

No tenía claro cuántos años había retrocedido, pero era más que evidente que su pareja estaba mucho más raro que de costumbre.

—¿Crees que vamos a estar bien aquí? —preguntó el Sergei del pasado.

—Es una orden directa de Dominick. Debemos obedecer —contestó Alek.

Él siempre tan recto y correcto. Cuando les llegó la orden de traslado no sintió pena o miedo, solo hizo las maletas y corrió hacia Australia atravesándose el mundo entero por llegar.

Comprendió entonces que era él mismo años atrás, justo el día en el que llegaron a la base. No tenían ni idea de todo lo que les pasaría desde entonces y la de cosas buenas que estaban por llegar.

—Pero, ¿vamos a estar bien? —repitió Sergei.

No pudo contestarle porque las puertas se abrieron dejando salir a Dominick y a Leah. Como él había pasado por ese paso supo lo que vendría ahora. Alek avanzaría unos pasos y Sergei dudaría un poco.

Su hermano no le reclamó nada, solo esperó a que viniera.

Y no lo hizo.

No por miedo, pero estaban a punto de entrar en una base totalmente nueva. Ya estaban acostumbrados a la suya propia y no tenía claro si iban a encajar del todo.

Apenas recordaba ese instante, como si ya todo esas dudas se hubieran esfumado de un plumazo. Supo el porqué. Leah, tan dulce como era ella, se acercó a él profesándole un fuerte abrazo.

En él no solo transmitió la calma que necesitaba, también le mostró que estaba a punto de encontrar su hogar definitivo.

—Bienvenidos, soy Leah.

—Así que la jefa —bromeó Sergei en un tono jocoso.

El Sergei de la actualidad sonrió. Sí, solo ese breve toque ya le había permitido ser como siempre. Libre para bromear todo lo que necesitase y ser él mismo a pesar de la mirada inquisidora de su hermano.

—Nada de jefa —regañó Leah.

Pero lo era, le gustase o no.

Y venían a protegerla. Por eso los habían hecho llamar.

Después de ese momento ya no hacía falta mirar. Recordaba bien entrar y conocer a toda su familia. Fueron grandes momentos y mucho mejores estaban por llegar, hasta el momento de conocer a Aria.

Quiso irse, dejarlos atrás porque sabía bien que no podían verse. Siempre había un rollo tiempo temporal que te obligaba no verte a ti mismo en el tiempo durante demasiado tiempo.

Decían que podías enloquecer y eso.

No obstante, se hizo visible de nuevo y cuando fue a girarse se topó de frente con Aria y Khaos.

—¿Qué haces? —le preguntó su mujer.

Señaló hacia atrás.

—Estaba viendo la primera vez que llegué a la base. Debo reconocer que estaba un poquitín nervioso.

—Cagado, más bien —remarcó Khaos.

Lo fulminó con la mirada, después le dio un golpecito en el pecho casi a modo de advertencia.

—Yo no me cago ante nadie, ni siquiera cuando vi los monstruos de tu prisión.

Los dos se miraron casi midiéndose el uno al otro con cierto recelo, fue un breve instante porque Sergei después abrazó a Khaos como si hiciera mil años que no lo veía. Es más, bajó sus manos a la cintura y lo levantó unos pocos centímetros.

—Ay mi gruñón segundo favorito, eres un osito de peluche.

Khaos miró a Aria de forma suplicante.

—Socorro —le dijo casi sin respiración.

Ella levantó las manos, no pensaba intervenir.

—No, el rollo que os traéis vosotros dos es vuestro. Yo me niego a entrar. Ya veo que vuestra relación es más «estrecha» de lo que yo pensaba. Creía que me ponía solo los cuernos con Lachlan, pero empiezo a pensar que contigo también —explicó Aria.

Y Sergei ronroneó como un gatito siendo acariciado.

—Es que, cariño, es tan blandito y esponjoso. Debajo de esta fachada de tío duro hay un dulcecito amigable.

Estaba jugando con fuego.

Khaos orbitó alejándose de él. Después simuló una arcada mientras se pasaba las manos por la ropa como sí así limpiase la esencia del Devorador.

—Lo llevas claro, Khaos —rio Aria—. Se echa perfume a litros, no te lo vas a quitar de encima hasta después de dos o tres duchas.

El dios bufó.

—¿Y qué es eso de que soy tu segundo gruñón favorito? —reclamó Khaos.

Y Sergei sintió que sí que le había llegado al corazón y mucho más de lo que ese hombre quería hacer ver.

—Sí, el primero es mi hermano y nadie lo desbanca, pero tengo corazoncito para ti —contestó.

Eso tenía sentido así que no discutió. Solo asintió y aceptó lo que le acababa de decir como una verdad inmutable.

—Alégrate, porque si fueras su favorito no te dejaría vivir tranquilo —remarcó Aria.

—¿Más? —preguntó Khaos.

Ese fue el momento de Sergei de cruzarse de brazos, molesto. Después hizo un leve mohín y miró a su mujer con ojos de cachorro abandonado.

—¿Vas en contra mío? Eso sí que no lo esperaba de la mujer de mi vida —dramatizó.

Aria movió su bate de la mano derecha a la izquierda, lo justo como para acariciarle la mejilla con cariño.

—Sabes que te quiero más que a nadie —le dijo—. Pero que eres un granito en el culo debes reconocerlo.

Fue a hacer un drama mucho mayor, uno terrible que media base se enterase, cuando un ruido tras Sergei los alertó. Todos en posición de ataque se prepararon para toparse con algún espectro o tener que orbitar para evitar que el Sergei del pasado viera a su futuro.

De pronto comprobaron como el mundo de su alrededor se tornó blanco y negro, desapareciendo todo rastro de color.

—Cielo, ¿esto lo has hecho tú? —preguntó Sergei.

—¿Yo? Bastante tengo con retroceder el tiempo, no me pidas más —contestó Aria.

Ante ellos, como si de una figura se tratase, aparecieron una representación de Sergei y Leah abrazados. Ese instante importante de él parecía congelado, sin color y flotando como si de fantasmas se tratasen.

—¿Qué cojones es eso?

Aria le dio un codazo al Devorador por decir un taco, este se quejó y dijo otro en señal de protesta.

Fueron hacia allí después de asegurarse de que nadie de la base parecía haberse percatado de lo sucedido. Cuando llegaron Aria fue la primera en lanzar la mano hacia aquellos fantasmas, sin embargo, Khaos la contuvo.

—Este recuerdo es de Sergei, deja que él lo haga —propuso.

Este, visiblemente confuso, frunció el ceño ante el dios, pero no rebatió su teoría. Nadie podía negar que era su recuerdo, le correspondía a él tocarlos y que después pasase cualquier cosa.

—Si muero que sepas que fue idea de Khaos —pronunció echando la mano hacia esa figura fantasmagórica.

Justo en el momento en el que hizo contacto la imagen pareció estremecerse. Vibró con fuerza al mismo tiempo que sonaron una especie de campanitas. Y fue ahí cuando comenzó a desvanecerse lentamente.

Atrapando su mano en el interior de la imagen, no dolió, aunque no pudo retroceder. Para su

sorpresa no sintió miedo alguno, solo un leve hormigueo mientras algo se formaba en la palma de su mano.

Sujetándolo fuerte, notó el peso de algo con forma ovalada antes de que todo aquel fantasmagórico recuerdo se esfumase.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Aria.

Sergei, que seguía tan sorprendido como el resto, abrió la mano para contemplar la especie de esfera ovalada que sujetaba. De un color rojo intenso parecía estar al rojo vivo sin emitir calor alguno.

—¿Qué es esto? —preguntó Sergei.

El color pareció apagarse poco a poco, parpadeando como una estrella moribunda hasta desaparecer. Al final quedó en un rojizo suave y quedó casi como si de una piedra normal se tratase.

—Es una pista para encontrar a Devin… —explicó Khaos.

«Ahora lo vais entendiendo…». La voz del dios del Tiempo resonó en los oídos de Aria.

Y eso sellaba sus destinos dándole la clave de su búsqueda.

—No está en el tiempo o sí, pero es más complicado que eso —anunció Aria—. Está atrapado en un recuerdo.

Así era.

¿Y cómo supieron que era así?

Porque todo su alrededor desapareció hasta traerlos de nuevo al tiempo real, Aria no lo hizo. No invocó sus poderes para hacerlo. Eso solo podía haberlo ejecutado Devin donde estuviera.

—Ahora sí estamos más cerca —sonrió Khaos.

CAPÍTULO 15



—No quiero mostrártelo —decretó Alma convencida de ello.

No pensaba lanzar sus secretos al viento a la espera de que Douglas contemplase esos recuerdos. Eran suyos, su tortura particular y nadie más podía saberlo. Bueno, quizás Nolan, pero eran casos muy diferentes.

—Si no lo haces no puedo ayudarte —comentó él algo desesperado.

¿Cómo ceder en algo tan horrible?

Era imposible que pudiera mostrarle parte de su pasado. Que Douglas contemplase esos momentos le parecía algo aberrante y que no permitiría que pasase. Eran sus recuerdos, su pasado.

Su tortura.

—No lo haré —se negó Alma.

Y Douglas cayó de rodillas ante sus pies, suplicante.

—Alma, yo estoy aquí, puedo ayudarte. Déjame hacerlo.

Una parte de ella quería entregarle el alma misma. Tenía un poder que te absorbía como si ellos se convirtiesen en los polos opuestos de un imán. Se sintió atraída a él, sus células lo suplicaban, pero se contuvo.

—No lo haré… —jadeó Alma.

Le había costado pronunciar esas palabras, decirlas había sido como desgarrar su garganta lentamente con un cristal. Ahora tragaría sangre de ser necesario, no obstante, él debía comprender que sus recuerdos estaban fortificados en su mente.

Miró hacia abajo, arrepentida y los ojos de Douglas la embaucaron. Estos lentamente se tornaron más oscuros que la noche, casi envolviéndola y tuvo que recordar cómo se respiraba para no ahogarse.

Dolió volver a llenar sus pulmones de aire, estos casi parecían oxidados por la falta de uso.

Con lentitud, él se fue levantando hasta sobrepasar con creces su altura y provocando que tuviera que mirar hacia arriba para seguir contemplándolo. Era capaz de llevarse la atención de todos sin emitir palabra alguna.

—No existe opción en el mundo en el que no vaya a pasar, Alma. Solo me gustaría no tener que hacerlo a la fuerza. —Respiró provocándole cosquillas al darle en la frente—. Quiero

construir una relación de confianza entre nosotros dos. Que sientas que te sostendré en el más terrible vacío, pero tampoco tendré reparos en entrar en tu mente si no me dejas ayudarte.

Ella abrió la boca sin emitir sonido alguno.

—Douglas… —alcanzó a decir a duras penas.

—No hay palabra que me haga cambiar de opinión. Cede conmigo, déjame ayudarte, muéstramelo.

Las palabras de Douglas obligaron a Alma a separarse. Dio pasos atrás tratando de ser más lista que él. Encontrar un escollo en su plan por el que colarse y acabar con aquella tortura y no lo encontró.

Esa prisión era la muestra perfecta de que no existía escapatoria.

Podía haberse librado de los Devoradores, haber engañado a sus amigos haciéndoles creer que estaba bien y, hasta un tiempo lo consiguió con el dios, ahora tenía su entera atención.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ahogándose sin saber muy bien los motivos.

Él se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho. Te quiero.

Esas dos simples palabras se juntaban hasta convertirse en un puñal que se clavaba en su corazón. Era doloroso escucharlo, tal vez porque sentía que no le pertenecía algo semejante, que no era posible.

—No puedes hacerlo —negó Alma.

No pareció preocupado.

—Te jodes —escupió sin reparos.

Frunció el ceño al escucharlo decir algo semejante. Douglas era un hombre correcto, medía sus palabras antes de pronunciarlas y siempre parecía tener la respuesta para todo. Esa salida de tono mostraba lo nervioso que estaba.

—Yo no merezco esto. Eres el dios de la creación, podrías estar en cualquier parte del mundo, haciendo cualquier cosa mucho mejor —explicó Alma lamentándose por sus actos.

Sin comprender todavía los motivos.

En un breve parpadeo, Douglas orbitó hasta colocarse ante ella. Casi mostrándole los dientes enfadado, pareció apretar la mandíbula al mismo tiempo que le cogía la barbilla con firmeza.

—Si te vieras como te veo yo, harías al mundo temblar con tu fuerza —anunció Douglas robándole el aliento.

Esa Alma que veía no existía.

—Es un espejismo lo que ves —advirtió ella.

Y Douglas sonrió provocando que sus neuronas muriesen por una sobrecarga de información.

—No conmigo. Te veo realmente, lo he hecho desde el primer día en el que te vi. No puedes engañarme.

Amargamente se equivocaba.

—Te engañé. Creías que estaba bien y me sacrifiqué por el resto mostrándole al mundo que estabas rota. No puedes jactarte de que me conoces porque es mentira —contraatacó Alma con rabia.

Solo ella se conocía. Sabía lo que pensaba y cómo se sentía, nadie podía entrar, era privado y solitario.

La mano libre de Douglas tomó su cintura apretándola a su cuerpo. Fue un movimiento tan rápido que le arrancó un jadeo ahogado y empeoró cuando la mano que sujetaba su barbilla se esfumó para tomar su nuca.

Su corazón comenzó a bombear tan rápido que creyó que pronto empezaría a ver pequeños

borrones y se desvanecería. Tembló con su toque, bajo sus manos y su poderosa mirada.

—Dime que por un momento no te has sentido atraída por mí.

En esa tesitura Alma supo que hubiera sido capaz de decirle cualquier cosa que quisiera pedirle. Hasta saltar al vacío sabiendo que nada la salvaría, él podía apoderarse de cualquier cosa.

Y comprendió que estaba mucho más perdida de lo que imaginaba.

—O miénteme y di que no sientes nada, que te es indiferente mi toque, pero sabemos que si ahora te beso nos perderíamos en un mundo de placer —pidió Douglas acercándose a su boca.

No la besó, no porque ella se apartarse o gritase, solo porque él así lo quiso. Se detuvo a escasos centímetros, sabiendo que si hablaban sus labios se rozarían levemente perdiéndose el uno en el otro.

Producto de aquel instante, de esa atracción fatal que la envolvió, Alma corrió a sujetarse al cuerpo de Douglas. Lo tomó por la cintura como si él fuera el flotador que la ayudaría a seguir con vida en un mar embravecido.

—No puedo hacerte esto… —dijo Alma tocando sus labios levemente.

Perdida en la sensación tomó aire y cerró los ojos luchando consigo misma por seguir resistiendo.

No le diría jamás lo mucho que le atraía.

Tampoco que él podía ser peor que cualquier infierno posible.

Lo conseguiría.

—Yo podría resistirlo por los dos, Alma. El dolor, el miedo y lo que esos cerdos te hicieron. Puedo tomarlo de ti, envenenarme hasta que quedes libre de todo eso. Solo quiero que me dejes hacerlo —suplicó tan cerca que no tuvo claro si cayó por besarla o por tomar aire.

Estaban demasiado cerca.

Tanto que su corazón estaba a punto de colapsar.

Era una propuesta demasiado tentadora, el sueño de toda mujer que vivía un infierno. Como si él fuera un caballero andante con su brillante armadura, matase al dragón y fueran felices para siempre.

Pero los cuentos de hadas no existían.

Y ella lo sabía bien.

El príncipe se enamoraba de otra y el dragón la devoraba para cenar sin que nadie llorase por eso.

—Aléjate de mí, Douglas —pidió firmemente.

Al fin consiguió endurecerse. Él quería suicidarse en su nombre y solo por ese motivo no se lo podía permitir. No quería conseguir eso, no deseaba que Douglas sufriera en sus carnes lo que una vez ella sintió.

Y lo protegía alejándolo de sus recuerdos.

Convencida de sus palabras, soltó al dios y llevó su mano a la que él posaba en su cintura. Lo apartó lentamente rompiendo ese contacto, esa atracción que hubieran podido sentir el uno para el otro.

Y caminó unos pasos hacia atrás, afianzándose en su postura.

Fuerte y con el mentón erguido, lo contempló.

—No quiero tu ayuda, no voy a dejar que entres en mi mente —aseguró Alma de forma feroz.

Douglas, conmocionado unos segundos por su reacción, parpadeó digiriendo lo que acababa de pasar. Entonces, como si un rayo lo alcanzase y lo quemase todo, su semblante cambió.

Dos gigantescas alas negras surgieron de su espalda, eran tan majestuosas que abrió la boca al

verlas. Perdida en ellas contempló pluma a pluma lo magníficas que eran y recordó lo que significaba que fuera un dios.

Solo entonces se percató que él había cambiado. Su rostro no era el mismo Douglas que conocía. Seguía siendo el mismo hombre, pero sonreía de forma diabólica, como si fuera la encarnación del mal.

—Lo he intentado, Alma. Ser bueno, paciente y he fracasado —le dijo Douglas.

Su timbre de voz fue más ronco, metálico incluso.

—No es culpa tuya —lo animó Alma.

Él no parecía convencido.

—Si hubiera conseguido llegar hasta ti, que confiaras en mí, el proceso sería mucho menos doloroso. Ahora que me queda clara tu postura, sé perfectamente lo que tengo que hacer.

No comprendió nada de lo que decía.

—¿Cómo? —preguntó.

Douglas cerró los ojos acompañándolo con una respiración que estiró sus alas al máximo antes de encogerlas de nuevo y acabar con una postura relajada.

—Yo soy oscuridad. No soy como mis hermanos híbridos hijos de la diosa luz. Soy esa parte que no posee ni un ápice de luz en su sangre —explicó abriéndose de brazos mientras su piel se llenaba de una especie de tatuajes negros.

Todos ellos envolvieron su cuerpo, llenándolo de pies a cabeza y cubriendo su rostro también. Eran una especie de ramas que se entrelazaban las unas con las otras hasta conseguir un patrón complicado.

—¿Lo ves? Este soy yo en realidad —le dijo mostrándoselo.

Alma alcanzó a asentir.

—Eres hermoso —confesó porque así se lo pareció.

Douglas sonrió algo satisfecho con sus palabras, pero ocultó la alegría tras un cambio de semblante. Ahora era alguien diferente, más duro y peligroso. Una faceta de él que parecía no haber conocido hasta ahora.

—Voy a conseguir que me odies, Alma —anunció Douglas.

Esta dio un respingo.

—Quiero liberarte de ese dolor y sé que cuando lo haga contra tu voluntad, eso romperá lo que quizás nunca tendremos. Me engañé porque siempre supe que el amor no era para mí, pero conocerte me dio esperanzas.

¿Amor?

¿Entre ellos?

No podían por su culpa. Por estar rota.

—Douglas, tú y yo no podríamos llegar a nada por quién soy. No es tu culpa, tú eres maravilloso.

Lo vio sonreír amargamente.

No pensaba lo mismo.

—Llevo más de mil años cuidando de mis hermanos. Como el mayor adopté la obligación de velar por ellos, es por eso que jamás me importó dañar por esa causa. He hecho cosas horribles, cosas que te harían verme como un monstruo. Solo por eso supe que nadie podría estar conmigo.

Estúpido por creer que ella lo aceptaría.

Alma estaba demasiado rota como para amar a nadie. Necesitaba algo que solo él podría darle y, para ello, mataría esa atracción que ambos compartían. Después de ese terrible proceso solo vería odio en sus ojos.

Y lo aceptaba.

Si ese era el trato por salvarla, lo pagaba gustoso por verla feliz. Y ahora que ella parecía querer protegerlo le quedaba más claro todavía. Él debía inmolarse en esa relación a la que nunca llegaron.

Su amor la salvaría y lo dejaría hecho pedazos después.

—Quiero que recuerdes que solo quiero que seas feliz y que espero que en unos años consigas ese amor que te mereces. Deseo que seas madre si lo deseas y que mueras siendo una viejecita adorable contándole a tus nietos que un monstruo te salvó. Tal vez con el paso del tiempo me recuerdes con cariño o puede que les asustes con que vendré a comérmelos si no hacen sus deberes. Sea como sea, acepto tu odio y lo que pueda pasarme después.

Comprendiendo lo que decía, Alma rompió a llorar con una mano sobre los labios y otra en el corazón. Supo que suplicar no hubiera cambiado las cosas, porque él parecía tan convencido que nada ni nadie lo hubiera hecho cambiar de opinión.

Entonces caminó hasta él mirándolo fijamente. Quiso recordar esas marcas negras que lo recorrían, ese rostro frío que escondía un gran hombre debajo y esas poderosas alas.

—¿No hay nada que pueda convencerte? Por favor, Douglas…

Tenía que intentarlo.

Él acarició su mejilla.

—No —sentenció seguro de sí mismo—. Elijo ser el monstruo de tus pesadillas, el que te libere.

Después de eso la habitación se sumió en la más completa oscuridad jamás conocida. Nunca antes había experimentado algo semejante, ni tenía conocimiento que pudiera existir.

Sintió el aliento de Douglas en el oído. Eso solo anticipó lo que estaba a punto de pasar, entonces solo supo cerrar los ojos esperando un milagro, algo que salvara a Douglas y la dejara a ella como estaba.

Pero algo le dijo que ese tipo de milagros no estaban reservados para ella.

CAPÍTULO 16



—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Seth por segunda vez.

Y ese tono de voz era más que una advertencia. Al dios no le gustaba tener que repetir sus palabras demasiadas veces, algo que compartía con su hijo Ra a la perfección. A pesar de ser tan diferentes tenían algo en común.

—No lo sé, señor —contestó Mireia lo más dócil que pudo.

No lo miró directamente porque sabía que los humanos a sus ojos no eran más que motas de polvo a las que exprimir y desechar. Era el que quería que su raza superior dominase el mundo para convertir a los humanos en animales para encerrar en granjas.

—No sé cómo he podido esperar que se lo dijera a una mascota como tú. Creí que tenerte lo suavizaría, pero no estás entreteniendo como esperaba —comentó Seth verdaderamente molesto.

Sin tener muy claro a qué se refería, Mireia cometió un gran error, levantó la vista buscando una explicación a sus palabras y recibió un terrible bofetón que la tiró al suelo de golpe.

Su oído resonó, pitó tan fuerte que temió que le hubiera perforado el tímpano.

Llevándose la mano hacia allí, notó un líquido caliente que bien podría ser sangre, aunque no llegó a verla porque la tomó de la garganta para levantarla unos pocos centímetros.

—Una mascota no es solo un entretenimiento, debe ganarse el pan que se le da.

Instintivamente Mireia asintió dándose cuenta de que estaba a punto de hacerle una petición.

—Mantenlo dócil y para eso las mujeres, hasta las humanas, tenéis algo capaz de suavizar a cualquier bestia —ordenó Seth.

Sexo.

Quería que follase con Ra.

La soltó con desprecio mientras buscaba algo con lo que limpiarse las manos. Al final lo hizo con un trapo que encontró y después usó su magia para prenderle fuego, calcinándolo sin más.

—Solo respiras para hacer que mi hijo sea más manejable. Su impulsividad puede joderlo todo y matarlo sería demasiado hasta para alguien como yo que ya tiene experiencia haciéndolo.

Seth era un hijo de puta que debía ser destruido. Ese hombre no amaba a ningún ser vivo por mucho que le hubieran hablado de la humana que una vez amó. Eso era solo un vago recuerdo que quedaba tan lejos, que ya no era real.

Un espejismo.

No sentía compasión o amor hacia sus hijos que seguían con vida. Es más, estaba dispuesto a destruir a todo el que no se ciñera a sus planes. Para bien o para mal, ese hombre era la encarnación de la maldad.

—¿Lo harás? —preguntó Seth para saber qué hacer con ella.

¿Y qué opción le quedaba?

Si se negaba él podría matarla, algo compasivo dada la situación. Sabía bien que la torturaría de mil formas posibles para hacerla arrepentirse de la terrible decisión que había tomado.

Asintió rápidamente.

—Buena chica —dijo Seth como si de un perro se tratase y se desvaneció en el aire.

Mireia no se levantó del suelo inmediatamente, mareada un poco por el golpe decidió tocarse el oído y cerciorarse de que era sangre. Al ver ese líquido rojo en la punta de sus dedos decidió ir a lavarse.

Ra la despreciaría más si la encontraba sangrando.

Mirando a su alrededor supo que no había nada cerca con lo que darse impulso, así que luchó por ponerse en pie y no caer al suelo. Al lograrlo casi aulló de felicidad, lo más difícil ya estaba hecho.

Ahora podía ir al fregadero donde limpiarse.

Estaba cerca, apenas unos pasos la separaban de su destino. Fue mucho más difícil de llegar de lo que hubiera imaginado jamás, parecía que le habían arrancado su centro de gravedad y eso le medio confirmó que estaba más herida de lo que parecía.

Gimió dolorosamente cuando alcanzó el fregadero y apoyó sus brazos en él. Respirando aliviada abrió el grifo dispuesta a limpiarse.

—Aquí huele al jodido perfume de mi padre —gruñó Ra entrando en la estancia.

No dijo nada, solo siguió con la mirada fija al agua y quiso disimular que quería limpiarse.

—¿Qué pata se le ha roto? ¿Respiro peor que Anubis? ¿Que no torturo demasiado a Winter? —preguntó dramáticamente bromeando con una situación que parecía enfadarle de verdad.

Eso era un hecho fehaciente.

—Solo quería saber dónde estabas —contestó Mireia rehusando mirarle.

Con alivio escuchó cómo Ra se retiraba. Sus pasos lo alejaron de la cocina, sin inmutarse que ella no lo hubiera mirado y lo agradeció al cielo. Así no la culparía de la herida que tenía.

Suspiró tratando de no hacer ruido. Mojó su mano en aquel hilo de agua dispuesta a limpiarse y, cuando llevó su mano hacia la oreja, algo la detuvo.

Llenando todo el espacio disponible, Ra orbitó hasta quedar a su lado, justo el que quería ocultar y la contempló con rabia en los ojos. Tomándola de la muñeca, apretó con fuerza mientras se mantenía en silencio.

Sabía que la iba a castigar.

Y que iba a doler.

—¿Ha sido él? —preguntó sin más.

Mireia negó suavemente.

Una sensación de ahogo se formó en su pecho, una que pareció ser arrancada por una mano invisible, yéndose a Ra el cual sonrió al tomarla y se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos.

—Mentir puede convertirse en un placer para mí y algo doloroso para ti —explicó Ra.

Recordó la peculiaridad de su raza. A pesar de ser dioses también se alimentaban de pecados, de muchos ellos, como el de matar. Pero el de mentir era muy diferente, lo tomaban de forma íntima, casi invadiendo su privacidad.

—Me abofeteó cuando le dije que no sabía dónde estabas —contestó Mireia.

Ra chasqueó la lengua, molesto, aunque no tuvo muy claro quién era objeto de ese odio que destilaba. Podía ser su padre, sin embargo, ella apostó a que era la ganadora. Era una molestia.

Y encima sangraba.

Soltándole la muñeca, Ra llevó sus dedos a su oído y Mireia reaccionó cerrando los ojos esperando dolor. Al no notarlo, abrió uno poco a poco para toparse con un Ra con sangre en su mano.

Contempló el líquido con atención, casi como si este pudiera comunicarse con él.

Después, agitando la cabeza saliendo del trance, la miró con asco y se separó.

—Voy vestido de blanco, no quiero tu sucia sangre en mi ropa, joder —se quejó—. ¡Límpiate de una vez!

Sintiéndose una mierda absoluta, Mireia aceptó lo que su dueño le ordenó y cumplió su cometido. Con auténtico dolor, se limpió cuidadosamente sabiendo que por dentro ese oído estaba hecho pedazos.

La fuerza de los dioses era mayor a la que hubiera esperado.

—Ya está, señor —anunció con voz neutra.

Como la de una muñeca sin corazón.

Sin sentimientos.

Él, que seguía en la cocina, pareció satisfecho con eso. No habló inmediatamente, se mantuvo callado, pensativo, casi como si valorase la situación en busca de algo que solo podía darle ella.

—¿Dijo algo más?

Mireia asintió más no dijo nada.

Eso lo desesperó.

Respirando con fuerza por las fosas nasales, Ra hizo acopio de su autocontrol para no romperle el cuello a su mascota. Ella podía sacar lo peor de sí mismo porque era como una niña tonta, no aprendía, no quería hacerlo.

—¿Y bien? —insistió Ra.

Mireia tragó saliva.

—No puedo decirlo, señor.

Acababa de pronunciar las peores palabras jamás dichas antes en su presencia. Para alguien tan narcisista como Ra, negarse a algo era una declaración de guerra en toda regla.

Puede que acabase de firmar su sentencia de muerte después de todo.

—Romperte el cuello no sería tan satisfactorio como con Winter, pero podré conformarme después de todo —anunció Ra.

Tal vez otra mujer hubiera suplicado, llorado y gritado que la dejase libre. Ella era muy distinta. Era indomable, tal vez eso era lo que hacía que su vida hubiera sido tan desastrosa.

Era un cúmulo de malas decisiones, una tras otra hasta acabar en las garras de unos dioses locos que no apreciaban su vida.

¿Qué opciones tenía?

Sabiendo que quería morir luchando, corrió hacia el fregadero y tomó el gran cuchillo de carne que estaba escurriendo. Lo blandió dispuesta a defenderse de cualquier ataque que él pudiera propinarle.

—No puedo creer que seas tan estúpida —escupió Ra.

Yendo hacia ella, esquivó el primer ataque con rapidez. Supo que era un guerrero nato, uno contra el que no tenía nada que hacer. Aprovechándose de su rapidez, él la tomó del cabello tirando hacia atrás para levantarle el rostro.

—Tendrás que pelear más duro para ponerme cachondo, ahora mismo me pareces un puto cachorrito —rio Ra.

Quizás obedeciendo sus órdenes o porque quería borrarle aquella sonrisa estúpida de la cara, Mireia movió el cuchillo de golpe consiguiendo hacerle un corte en el antebrazo, uno por el que comenzó a sangrar a borbotones.

Eso la hizo inmensamente feliz.

—Tu ropa ya no es tan blanca como quieres, cabrón —dijo producto de la adrenalina que no la dejaba pensar.

Ra usó sus poderes para levantarla del suelo sin manos, después la fuerza fue hacia su mano la cual retorció hasta que dejó caer el cuchillo. Este jamás tocó el suelo porque lo hizo levitar hasta llegar a su garganta.

Después la bajó, acompañada de esa arma mortal, hasta que tocó el suelo. Y fue entonces cuando la cubrió con su cuerpo. Todo él ante ella, respirando profundamente enfurecido era una imagen aterradora.

Sin miramientos volvió a cogerla del pelo y lo envolvió entre sus dedos mientras bajaba hacia su oído bueno.

—¿Qué más te dijo mi padre? —preguntó Ra de nuevo.

Mireia enmudeció.

—¿Vale la pena morir por él? Porque pienso rajarte si hace falta y esparcir tu sangre por el suelo sin que a nadie le importe —explicó el dios.

Sí.

Ya no importaba.

No era nadie, solo una mascota.

Algo que ya calaba hondo en su mente.

—Eh… Ehh... Ah… —tartamudeó Mireia.

¿Valía la pena rendirse?

¿Confesarlo todo?

El cuchillo se clavó un poco en la piel de su cuello comenzando a cortarle las primeras capas a la espera de la sangre que vendría después. Fue entonces cuando el miedo estalló como si de fuegos artificiales se tratase.

No quería morir.

Estaba aterrorizada.

—Me dijo que te follase para mantenerte… Dócil —confesó Mireia con los ojos anegados de lágrimas.

Al borde del llanto.

El rostro de Ra cambió. No fue ira lo que encontró en él sino sorpresa, una que lo sacudió de los pies a la cabeza. No detectó mentira en ella, era la prueba inequívoca de que decía la verdad.

Era un objeto que debía servir a su dueño.

Mireia supo que iba a morir, después de eso alguien como él entraría en un modo de ira absoluta y arrasaría con todo a su paso. No necesitaba ser Marina para diagnosticarle, ya lo conocía.

El cuchillo cayó al suelo sonoramente asustándola, vibró entre sus manos mientras esperaba que la tomase con ella. Fue entonces cuando se miraron a los ojos, no para retarse, solo por encontrarse.

Ra estalló de rabia agitándola con fuerza, Mireia lloró siendo incapaz de contenerse, deseando poder vivir un día más. Liberarse de ese hombre.

—¡Eres mi mascota! ¡Me obedeces a mí! —gritó soltándola.

Mireia, al caer, no se estuvo quieta. Se arrastró gateando por la cocina queriendo alejarse de ese hombre lo más lejos que pudiera. Para su desgracia él la alcanzó cuando llegó a la pared, acorralándola.

—¡Follarás conmigo cuando yo te lo diga y no cuando lo diga mi padre! —gritó.

En un acto puramente impulsivo, sabiendo que empeoraría las cosas, Mireia sacó el cuchillo que tomó al gatear, el mismo que había estado en su garganta y lo colocó en la de Ra.

—¡Déjame ya! —bramó con todo el aire de sus pulmones.

No pensó, no pudo hacerlo porque de haberlo hecho se habría dado cuenta de que acababa de gritar a un dios mezquino y asesino.

Uno que parpadeó mirándola fijamente.

Mireia, a pesar del miedo, no cedió. Mantuvo el cuchillo en su garganta y siguió mirándolo con rabia. Si moría quería que no la viera débil, que no fuera frágil ante él para que no lo disfrutara tanto.

—Dame el cuchillo —ordenó Ra con voz neutra.

—Antes te rajo la garganta y dejo que tu sangre manche tu traje —contestó totalmente fuera de sí.

Sonrió.

Aquel malnacido sonrió.

—Buena chica.

No pudo más que apretar el cuchillo en su piel, no llegó a cortarlo y supo que era porque él mismo controlaba la situación. No iba a permitir que lo matase, aunque sí que lo retase mucho más de lo permitido.

Estaban ajustando los límites, unos que cambiaban con el paso de los días, de las interacciones.

—No soy tu chica, no soy un perro.

Los ojos de ese hombre se oscurecieron de forma letal, aunque su sonrisa placentera le indicó lo mucho que estaba disfrutando de esto.

—Eres mi mascota, lo seguirás siendo te guste o no —advirtió tornándose el serio hombre que conocía.

El letal.

El asesino.

El dios psicópata que conocía.

Comprendiendo que no tenía el control, que él podía acabar con esa situación cuando quisiera sin importar su voluntad, Mireia mantuvo la postura unos segundos. Quiso marcarle que no era dócil, que era fuerte y que peleaba más que cualquier otra víctima.

Justo después él tomó el cuchillo entre sus dedos y se lo arrebató sin pelear. Alejándose de ella le dio el espacio suficiente como para procesar lo que acababa de hacer.

Una locura.

Poco a poco se fue deslizando hacia el suelo, resbalando por la pared hasta que su trasero tocó el frío suelo.

—Buena chica —repitió Ra.

—Te mataré —prometió Mireia.

Solo la risa del dios resonó por la estancia antes de que se marchase.

CAPÍTULO 17



Los poderes de Douglas penetraron en Alma con fuerza. No importó lo mucho que luchó por resistirse puesto que no había nada que hacer. Su magia era infranqueable y llegaba hasta el más recóndito lugar del universo. Una humana como ella no había tenido opciones en ningún momento.

No le dio tiempo a rechistar, cayó sin remedio hacia el suelo sumiéndose en un profundo sueño.

No alcanzó a golpearse porque Douglas la tomó entre sus brazos y la levantó. Para su sorpresa era más liviana de lo que hubiera imaginado jamás.

Invocó una cama para no tener que vivir ese proceso tirada en el suelo y la soltó con cuidado sobre el colchón. Así, dormida, parecía en calma, en paz; algo que en realidad era mentira.

Alma no conocía esos términos.

—Lo siento —dijo en voz alta sabiendo que no lo escuchaba.

Le hubiera gustado que ella hubiera puesto de su parte, que hubiera aceptado su ayuda. El proceso hubiera ido algo mejor de lo que tendrían que hacer a partir de ahora.

Por suerte no era un hombre que le gustase recrearse en los lamentos. Había tomado la férrea decisión de ayudarla y para ello tenía que ser así. Le había mostrado otras opciones, pero su tozudez lo había empujado a eso.

Que así fuera.

Llevando la palma de la mano sobre la frente de Alma, notó su calor corporal y eso pareció reaccionar con las marcas negras de su piel. Estas palpitaron un breve instante para seguir como siempre.

Hasta su cuerpo le daba señales, le decía que la necesitaba, que la quería.

Sonrió amargamente.

Un dios perdido por una humana, rendido a sus pies y ella negándose a ser ayudada.

Tal vez ellos dos pegasen para ser los protagonistas de algún drama, porque en la vida real ellos no tenían un final. No feliz al menos.

—Muéstramelo… —invocó forzando su mente a actuar.

Quería verlo, saber qué la rompió tanto hasta el extremo en el que estaban ahora. Era de imperiosa necesidad conocer los hechos que vivió en el club porque el resto ya los conocía.

La traición de Cody era una losa de la que no deseaba desprenderse y no la culpó. Amar tanto para ser traicionado debía ser algo espantoso.

Concentrándose en lo que hacía, cerró los ojos siendo engullido por la mente de Alma. En ella, obviando esos recuerdos felices de la base que usaba como escudo, se coló hacia lo más profundo.

Hacia esos que no quería que nadie viera.

Vio uno que le llamó la atención, uno en el que ella y Cody estaban en casa, cocinando algo y se miraban una fracción de segundo. El estómago de Douglas se revolvió cuando vio el amor reflejado en ellos.

Se amaban o, al menos, Alma lo quería con todo su corazón. Tras una pequeña risa, limpió la mejilla de su pareja antes de besarlo.

Ese había sido el amor que la había condenado. La que la había arrastrado a las profundidades donde lo habían usado para abusar de ella. Aferrándose a Cody ellos la tomaron y jugaron con su cuerpo durante meses.

Los Devoradores la liberaron y también a Cody.

Caminó poco a poco, mezclándose en recuerdos de todo tipo. Los vio riendo, viendo películas y hasta teniendo sexo, algo que le costó de digerir.

Alma guardaba esos recuerdos especiales, aferrándose a un amor que ya no existía. Cody había muerto y, a pesar de estar vivo, ellos no estarían juntos. Él había roto esa promesa de amor eterno.

Enamorándose de Olivia mancilló cualquier sentimiento que pudiera sentir Alma en su día. Ese fue el día más triste en la vida de esa mujer, el de la liberación de su esposo y darse cuenta de que su corazón ya no le pertenecía.

Olivia y Alma habían hablado del tema. Ambas se tenían aprecio sabiendo que ninguna de ellas tenía la culpa. De hecho, Olivia estaba felizmente casada con el alfa Lachlan.

No hubieran tenido posibilidad ninguna.

—Es mejor que estés muerto, porque te hubiera matado yo —confesó Douglas.

Seth sesgó su vida de un plumazo.

Algo que agradecía por muy ruin que eso sonase.

—Puedes enfadarte conmigo, Alma, pero sabes que es cierto —gruñó sabiendo que ella lo escuchaba.

Lo tenía en su cabeza, donde no iba a poder sacarlo por mucho que luchase. Él se había instaurado allí y no pensaba salir hasta que diera con uno de los recuerdos del club.

No importaba el tiempo que pasase.

«Era un buen hombre». Pensó Alma.

Douglas sonrió sin podérselo creer.

—Era un gilipollas que se enamoró de otra mientras a ti te follaban. Que se fue tras Olivia al ser liberado sin importar cómo estabas tú. No me maquilles la realidad porque estos recuerdos de Cody están obsoletos.

Dolía decirlo, pero tenía que escucharlo.

«No es así».

—Lo es. Y contra más te aferres a estos recuerdos más doloroso te resultará —dijo antes de tomar aire—. Recordar que una vez te amó no cambia que te traicionó.

No quería hacerle daño a pesar de que se lo estaba haciendo.

Solo deseaba ayudarla.

Llevaba demasiado tiempo negando la realidad.

«Tal vez, con el tiempo, él hubiera vuelto a la base. Estaba traumatizado después de lo vivido y se aferró a la persona que tenía cerca». Lo justificó Alma.

Douglas chasqueó la lengua.

Aferrarse a una posibilidad remota, una entre un millón para ser exactos, no era algo que acababa bien. Lo había contemplado a lo largo de los siglos, el corazón engañaba a la razón deseando que todo mejorase.

Y si volvían esa relación estaba herida de muerte.

Rebuscando entre miles de recuerdos felices encontró el que necesitaba, ese que Alma se empeñaba en esconder con tanto ahínco. Tomándolo, notó como toda ella se estremecía.

—Vamos a ver cómo reaccionas a esto —anunció.

«No lo hagas». Pidió Alma.

No cayó en sus peticiones porque lo que hacía era por ella. Podía creerlo o no, no obstante, algún día sabría que solo estaba buscando que acabase con todo aquello que le hacía daño.

Tocando el recuerdo entró en él.

—Lo siento, Alma. No sé cómo ha podido pasar. Pensé en ti muchos días, de verdad, pero acabé sintiendo algo por ella —confesó Cody.

Alma, que estaba aguantando las lágrimas, respiró profundamente.

—¿Sabes lo que me hicieron? —preguntó ella.

Su marido asintió.

—Y sé que es horrible, jamás me lo perdonaré…

—¿Pero? Porque ahora es cuando viene un pero.

Así era.

Cody ya no la amaba.

Podían llamarlo cariño tal vez, pero no amor. Eso ya se había desvanecido en el aire.

—Amo a Olivia. Quisiera irme con ella, al hogar de los lobos y aprender un poco qué soy. Siempre creí que era solo humano, necesito controlar mis transiciones. Crear un nuevo Cody.

Eso lo alejaba de ella. Los meses que llevaba en el club no habían importado, solo recibía un «lo siento» como recompensa. Había sido dócil, manejable y la habían tratado como a un juguete roto por nada.

Para que él la persiguiera.

—¿Estás seguro de esto? Porque no te esperaré más, Cody.

Él no pareció dolido con esas palabras lo que le mostró que ya habían roto. Ya no existía conexión entre ellos.

—Espero que seas feliz —dijo Alma siendo más generosa de lo que debía.

«No quiero ver eso». Pidió Alma cruzándose con el recuerdo.

—Lo tienes que hacer porque solo recuerdas los momentos felices —anunció Douglas—. Tú estabas muriendo en ese momento, con el corazón en tus manos y él lo pateó al suelo. No le importabas.

—Gracias, Alma. Estoy convencido de que lo seré. Gracias por comprenderlo —dijo Cody con una sonrisa segundos antes de mirar embelesado a Olivia, la cual parecía estar a punto de ser trasladada a la manada.

—¿Lo ves? Alguien que se preocupa por ti no dice eso, te pide perdón de rodillas y te desea que seas feliz. Ese infeliz no lo hizo porque ya no le importabas. Y eso es lo que tienes que ver, el recuerdo con el que te tienes que quedar y no la farsa de amor que tuvisteis.

Dolía decírselo porque sabía cuánto daño le hacía de forma gratuita. Era de estas verdades incómodas, esas que no quieres ver por mucho que sepas que están ahí, ocultas.

«Murió. Tengo que recordarlo así». Anunció Alma.

Sabiendo lo que tendría que hacer a continuación, Douglas apretó la mandíbula buscando el siguiente recuerdo que mostrarle. En él Cody moría, lo hacía a manos de Seth en un suspiro, algo rápido y sin apenas pelea.

—Contémplalo las veces que hagan falta, pero no murió por ti, lo hizo por Olivia —dictó Douglas.

Repitió el recuerdo una y otra vez escuchando como Alma se rompía, también supo que ese dolor no era perdonable, no era posible algo así. A pesar de todo eso siguió reproduciendo ese recuerdo una docena de veces más, quería que calase lo más profundamente posible.

«¡Para!». Gritó al final presa de la desesperación.

Solo entonces Douglas se detuvo. Salió de su mente y liberó su cuerpo dando por terminado una de las primeras partes de su recuperación. Se alejó de su cuerpo sabiendo que la ira le explotaría en la cara.

Alma abrió los ojos a tal velocidad que saltó de la cama como un resorte buscando el objeto de su odio. Solo cuando lo vio quiso caminar hacia él, pero fue incapaz de hacerlo. Tenía tantas emociones en su interior que no podía gestionarlas todas al mismo tiempo.

Eso pareció preocupar a Douglas, quien fue hacia ella en un intento de cerciorarse de que estaba bien.

—¡Aléjate de mí! ¡No quiero que entres! —gritó Alma llorando—. ¡Me lo has quitado! ¡Lo has arrancado de mi cabeza!

No era así, solo había cambiado la percepción que tenía de Cody mostrándole absolutamente la verdad.

—Te dije que sería un monstruo y estoy cumpliendo mi palabra —contestó Douglas sin inmutarse.

Ya no pediría perdón por ser el monstruo que debía ser.

—¿Qué ganas con esto? —preguntó ella luchando por darle una explicación más lógica a todo eso.

No lo comprendía.

No se lo había pedido, no había hecho nada para merecer eso. Solo quería morir en paz y no lo había conseguido.

—¿Yo? Nada. Que me odies si sigo apretándote, pero tú sí que saldrás reforzada de todo esto.

Alma negó con la cabeza.

No quería eso, solo deseaba recordar los buenos momentos vividos porque esos habían sido unos años increíbles. Su final ya no le importaba, solo el tiempo que compartieron juntos.

—¡Devuélvelo! —exigió, furiosa con su actitud.

Y él siguió sin inmutarse.

—Es más probable que el infierno se congele antes de que eso pase.

Alma recortó el camino que los separaba dispuesta a abofetearlo y eso provocó que Douglas se defendiera tomándola de las muñecas. Apretándola con fuerza la contempló tratando de revolverse para enfrentarlo.

—¡Déjame ir! —bramó dispuesta a cualquier cosa con tal de sacar esa rabia que amenazaba con consumirla.

Forcejeó con él, luchó con todas sus fuerzas y no logró que la soltase.

—No lo haré.

—¡Aaaarggg! —exclamó desesperada.

No podía hacer todo lo que ese dichoso dios quisiera, no era un juguete al que pegar y pegar

para esperar que este sonriera y estuviera agradecido. Pensaba odiarlo si eso era necesario.

—Tienes que aceptar que murió, que te traicionó y que no pensaba volver. Que tiró a la basura vuestra relación enamorándose de Olivia. Por mucho que esta acabase con Lachlan sabes que se hubiera quedado con los lobos. No pensaba volver porque le daba vergüenza mirarte a la cara y admitir lo que había hecho.

Dolían tanto esas palabras, era mucho peor que cualquier golpe que pudiera recibir.

—¡Calla! —pidió Alma dejando sus cuerdas vocales al límite.

No importó.

Al menos a Douglas.

—¡No pienso hacerlo! Voy a decirte cada una de las cosas con las que te engañas. Es falso, es una ilusión, un recuerdo que no mereces.

Estaba furiosa, revolviéndose ferozmente sabiendo que no podía ganar esa batalla. Aun así, dolía, no podía rendirse y dejar que hiciera lo que quisiera. No valía decir que era por su bien.

—¡Douglas! —gritó.

La soltó dándose cuenta de que podía dañarla en lo que forcejeaban. Apartándose de Alma esta tomó aire a toda prisa intentando calmar a un corazón que ya comenzaba a romperse.

—No tenías ningún derecho a llevártelo —le recriminó Alma.

Eso era cierto.

—No voy a pedirte perdón por eso, ni voy a avergonzarme ni un poco —le escupió Douglas con cierto grado de rabia.

No iba a cejar en su empeño y sus lágrimas no cambiarían lo que quería hacer. Tenía un objetivo claro, podrían pudrirse en ese infierno si quería, pero no le devolvería la ilusión de un amor que ya no estaba.

—¡¿Lo haces por mí o por ti?! —preguntó Alma perdiendo la cabeza.

Douglas viendo por donde iba rio levemente.

—Sí, has descubierto mi plan. Para que te enamores de mí voy a quitarte a Cody y así hacer que caigas a mis pies. Eres muy lista —ironizó el dios.

Había renunciado a que lo quisiera. Ya no le importaba porque el objetivo era otro muy distinto. No creía en cuentos de hadas y conocía bien las consecuencias de sus actos.

Unas que aceptaba.

—No te cachondees de mí —pidió Alma, agotada.

—No lo hago, pero reconoce que yo te daría más que él. No pongo en duda que una vez te quiso, lo he visto, pero que se olvidó de ti es más que obvio —dijo apretando los dientes—. Yo no lo haría. No importa lo que me pasase o que murieses por ser humana.

Su confesión no era algo que tuviera planeado hacer.

—Yo pienso amarte el resto de mis inmortales días. No te traicionaré.

Alma se llevó las manos a la cabeza tratando de dejar de escucharle, era como una especie de tortura lo que estaban viviendo el uno contra el otro.

—Eso no lo sabes —le inquirió Alma.

Douglas negó con la cabeza.

—Por supuesto que lo sé, porque jamás he sentido lo que siento por ti. Un amor como este no puede olvidarse, no puede borrarlo el tiempo.

Incapaz de contenerse, fue hacia ella a toda prisa sin tener muy claro qué iba a pasar después. Esperó que lo golpease, que le gritase o luchase por alejarse y no lo hizo. Lo esperó mirándolo a los ojos, unos que seguían destilando lágrimas de dolor.

Unas que él mismo había provocado.

—No podré olvidarte jamás y prefiero condenarme a una vida sin amor, sabiendo que te conseguí liberar. Solo me conformo con eso, después seré el hijo de puta que siempre he sido y me perderás de vista. No permitiré que nadie mancille tu nombre o tu recuerdo. Yo nunca te traicionaré, Alma.

La sostuvo cuando las rodillas de Alma no pudieron sujetarla. La tomó tan rápido que le arrancó un gemido ahogado, uno que pareció encender por completo el cuerpo de Douglas.

Cada vez que estaban tan cerca él quería cometer una locura, lanzarse al vacío para tomar aquello que no podía alcanzar.

Alma supo en lo que pensaba Douglas. Era como un libro abierto cuando estaban tan cerca, miró su boca con auténtica desesperación. Casi sintió que el que estaba a punto de desfallecer era él y no ella.

Su contacto tan estrecho era caliente, fuerte y firme. La sostenía con la seguridad de que no caería, que no se confiaría y la dejaría hacerse daño. Douglas no mentía cuando decía que iba a protegerla.

Y puede que comenzase a creer en él.

—Douglas… Yo… —dijo luchando por encontrar las palabras.

Él respiró profundamente.

—Lo sé, no crees que vaya a recordarte siempre.

Se equivocaba.

—La verdad es que sí te creo y eso me preocupa porque no quiero pensar en todo lo que sufrirás cuando yo no esté.

Él estaba apostando mucho más, elevaba cada apuesta que ella hacía y ponía más carne de la que nadie podría poner. Su juego no iba a acabar bien, lo sabía y lo aceptaba. Solo buscaba hacerla ganar a ella.

Eso era trampa.

Y sabía que él no sería el mismo después de todo eso.

—No te preocupes por mí, yo lo acepto —le dijo Douglas.

Eso era doloroso.

—No quiero hacerte daño, a ti no, Douglas.

Poniéndose de puntillas, Alma alcanzó su barbilla donde depositó un pequeño beso. Notó como Douglas dejó de respirar unos segundos aceptando lo que estaba pasando. Pero después cambió, rugió como un animal salvaje y movió el rostro cazándola sin posibilidad de escapar.

Tomó sus labios besándola como tanto deseaba. Ambos gritaron en la boca del otro cuando el contacto se produjo. No fue un beso de despedida o un leve toque como unos adolescentes besándose por primera vez.

La tomó con ganas, poseyendo sus labios ferozmente al mismo tiempo que golpeó con su lengua a su boca. Alma abrió dejándolo pasar muerta de ganas de saborearlo. Porque sí, podía negarlo lo que quisiera, pero ese hombre la atraía más que nada en el mundo.

No era idiota o estaba enajenada, la atracción hacia Douglas venía de lejos y besarlo estaba resultando ser el mejor placer de todos.

Se besaron, dejando que sus lenguas chocaran la una contra la otra. Respiraron el mismo aire mientras se saboreaban con auténtica desesperación. Fueron crueles el uno con el otro, mordiéndose los labios y, al mismo tiempo, gentiles tomándose con auténtico fervor.

Hirvieron más caliente que cualquier volcán, dejaron que sus manos viajasen alrededor del cuerpo del otro. Douglas fue el primero en soltar su cintura para viajar a su espalda y, después, subir a su nuca.

La apretó contra su cuerpo mostrándole que la quería cerca y Alma no se retiró. Acarició sus brazos, para después llegar a su pecho y bajar a la cintura. No tenía muy claro qué hacer con sus manos tras eso, solo supo que no podía romper el contacto.

Si ese beso moría pronto ellos también lo harían.

Bebían el uno del otro con locura desmedida. Quizás porque se habían negado durante mucho tiempo. Él por respeto y ella por miedo, se habían alejado a pesar de esa atracción que sentían.

Alma gimió dejando que el sonido se amortiguase en su boca y le pareció una de las mejores cosas del universo.

Fue entonces cuando Douglas se alejó un poco, sus labios al fin se separaron. Y ambos tomaron aire dándose cuenta de que apenas les quedaba aire disponible, aliento que compartir y el silencio los invadió.

Se miraron en un absoluto silencio porque ya no había nada que decir.

Había pasado.

Se habían besado.

CAPÍTULO 18



Días después…

—¿Mireia? —preguntó Ra entrando en la cocina.

Vio una sombra, una que esquivó un primer golpe, pero que no fue capaz de detener el siguiente. Un duro puñetazo en las costillas lo lanzó contra el marco de la puerta, donde usó el golpe para impulsarse contra quien fuera.

Logró dar un golpe certero, aunque cuando trató de proyectar un choque de energía se dio cuenta de que, quien fuera, orbitó hasta quedar a su espalda.

No era Mireia, era otra cosa mucho peor.

—Te veo lento —rio alguien conocido.

Ra orbitó yéndose al otro lado de la cocina, lejos de su atacante lo suficiente como para mirarla tantos años después.

—Bella… —dijo.

La diosa que tenía ante sí seguía tal y como la recordaba, aunque esa vez no llevaba el pelo suelto si no recogido en dos trenzas desde el nacimiento del cabello. Ese peinado la hacía mucho más feroz de lo que ya sabía que era.

—Sigues siendo tan lento como recordaba, Ra —bromeó ella con una daga en la mano.

Al menos había esquivado esa arma, una que puede que viera usar más de una vez a lo largo de su vida. Sabía lo hábil que era con las armas y peleando, lo que la hacía una persona a evitar en un enfrentamiento.

—¿Qué te trae por aquí?

Seth no vería con buenos ojos la presencia de esa mujer en su casa, no es que le importase mucho ese detalle pues Seth podía pudrirse de rabia si quería. Él ahora sentía la necesidad de saber los motivos que la habían llevado a presentarse allí.

—Pues vengo a advertirte —anunció Bella.

En otras palabras: a amenazarte duramente.

—Si vuelves a intentar meter el hocico en mi infierno te destruiré y no dejaré ni un pequeño trozo para que tu padre reconozca.

Era efectiva en su trabajo. Sabía encontrar las palabras adecuadas para asustar al resto del mundo, lástima que él no formase parte de ese rebaño insulso que creía que podía controlarlo.

—Solo quiero a Winter. Dámela y no tendré que pisar tu asqueroso hogar —explicó Ra.

Bella orbitó con un parpadeo, apareció ante él tan próxima a sus ojos que ambos parecieron rozarse lentamente.

—Chico, estás muy equivocado. Ella ahora es feliz sin tenerte en su cabeza, no voy a quitarle la poca alegría que ha tenido en estos años. Eres un estorbo —explicó blandiendo su navaja de una mano a otra.

Ra no se inmutó, no le tenía miedo. Podía protegerse bien de sus ataques y no iba a tolerar que le dijera qué hacer.

—¿Vas a decirle de qué me conoces? —preguntó Ra jugando un poco con ella.

A la vez, ambos se movieron amenazándose con sus propias navajas en la garganta del otro. Sonrieron antes de descender y ponerlas en el pecho de su contrincante. Cada punta sobre el corazón del otro.

—No es información relevante, le ahorraré saber que pude caer tan bajo —explicó Bella con desprecio.

Eso sí lo molestó.

—¿Que folláramos fue caer bajo?

La vio contenerse, no sin antes clavar un poco su daga en su pecho en señal de advertencia. No venía a hacerle daño, no por el momento. Ahora solo quería que aceptara el mensaje que tenía que darle.

—Lo fue y ojalá pudiera hacer que todas las mujeres del mundo te vieran como la cucaracha que eres —contestó recobrando la compostura.

Pero Ra no quería eso, quería el caos que solo Bella podía formar a su alrededor.

—Nunca dijiste eso mientras te lo hacía, gemías de maravilla.

Las palabras del dios provocaron que el suelo temblase bajo sus pies. Siendo consciente de que era Bella quien lo provocaba, sonrió pletórico dándose por satisfecho. Seguía pudiendo enfadarla.

—Sí, lo hacías —reconoció para su sorpresa—. Después vi el monstruo que eras, vi a tus hermanos morir y cómo no los defendías. Es más, estos últimos años he comprobado cuál es tu grado de maldad y ahora que conozco a Winter sé que eres mucho peor de lo que esperaba.

Rio al escucharla.

Era como si se conocieran por primera vez. Él conocía lo cruel que podía llegar a ser esa mujer que ahora buscaba darle una lección de bondad que no necesitaba. Le resultó patético.

—Tú no tienes las manos limpias, Bella.

—Al menos no me visto de blanco pretendiendo ser algo que no soy —contestó.

Era rápida.

Mucho a decir verdad.

Ambos escucharon la puerta abrirse, lo que significaba que Mireia había vuelto de algún recado sin importancia. Eso sí que lo agitó, no pensaba permitir que Bella pudiera comentar algo de su mascota.

—Di lo que venías a decir y lárgate —ordenó Ra.

Bella orbitó hasta quedar a su lado, pasándole la punta de su daga por debajo de la mandíbula, pareció dibujar una letra en su piel.

—Debería marcarte para que esa pobre chica huya, si es lista no necesitará una invitación de mi parte para hacerlo —comentó Bella.

Él la miró completamente calmado.

—No se irá. No puedes salvarlas a todas de mis garras, querida.

Lució una sonrisa orgullosa mientras el interior de la diosa parecía arder como el peor de los volcanes. Podía explotar y llevárselo todo por delante, no obstante, no lo haría para no dañar a la humana.

Esa mujer tenía un corazón blando.

Eso sí, lanzó su última advertencia poniendo su daga entre los labios de Ra, evitando así que hablase para no cortarse.

—Intenta pisar el infierno de nuevo y te mataré. No importa como follabas, tengo a otro mucho mejor en la lista.

Y se marchó tal y como vino: a toda prisa.

Justo antes de que Mireia entrase cargada de bolsas a la cocina. Un espectro la seguía con otras muchas más ayudándola patéticamente. Eso lo sorprendió, sin haber recibido una orden directa ella había conseguido que ese ser asqueroso obedeciera.

La vigilaría de cerca a partir de ahora, no podía permitir que los espectros fueran meros esclavos.

No de ella al menos.

—Límpiate de una vez, sigues sangrando —ordenó Ra.

Mireia solo soltó las bolsas y corrió a hacerlo.

De haber tenido corazón la había curado, tal vez la hubiera instado a ir al médico, pero era un jodido ser sin corazón. Podría pudrirse si quería, así le libraría de cualquier dolor de cabeza.

Esta no podía ser salvada por nadie, mucho menos por Bella.

***

—No te recomiendo las visitas a mi hermano.

La voz de quien no esperaba en el infierno provocó que gritase como si de una película de terror se tratase. Todo el aire de sus pulmones se escapó a toda velocidad al mismo tiempo que se estremecía de los pies a la cabeza.

—¡Anubis! ¡Joder! —exclamó Bella.

—Doc si no te importa —puntualizó su amigo.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Ah! Pues yo prefiero reina Fernanda a partir de ahora —bromeó.

Él no pareció tan divertido con aquella broma porque no sonrió ni un poco. Era un hombre demasiado serio para su gusto, aunque este parecía tener ya un objetivo en la vida.

—Solo he ido a decirle a Ra que no pise mi casa —explicó yendo hacia la mesa del comedor, justo en la que empezó a sacar la media docena de dagas que llevaba escondidas en el cuerpo.

En silencio y una a una, las fue sacando bajo la mirada atónita del «doctor» de los Devoradores de pecados.

—Ha localizado a Winter —comentó Doc refiriéndose a su hermano.

Bella asintió.

—Sí y ahora es feliz sin ese coñazo de hombre en su cabeza. No necesita que la siga dañando, aunque agradecería una visita tuya. La tienes en el bote, Annnuuubiiisss —dijo enfatizando hasta la saciedad su nombre.

Era un dolor en el culo esa mujer.

—Déjala que descanse, se lo merece después de tanto tiempo.

Eso sí que no lo vio venir.

—¿No quieres verla? —preguntó Bella.

Supo que no era eso. Anubis se alejaba de Winter voluntariamente protegiéndola de lo que era, de quién llegó a ser y en quién se había convertido. Hacía como con el resto del mundo, salvarlos de sí mismo.

—Es mejor así —contestó.

Lo comprendió mucho más de lo que hubiera querido jamás.

—No podrás alejarla de ti eternamente —le advirtió.

Es más, ella quería que ellos dos acabasen juntos de una vez. Había escuchado su historia y parecían dos tortolitos a punto de devorarse el uno al otro. Winter complementaba a Anubis, lo cual la hacía inmensamente feliz.

Se lo merecía.

Tarde o temprano caerían, aunque no ahora.

Supo que debía dejarlo marchar, que no era bueno interceder y, aun así, lo hizo siendo incapaz de morderse la lengua.

—¿Sabes que tu hermano tiene una humana en su casa?

Eso alertó a Doc, quien pareció emitir una emoción real desde que había llegado.

—¿Por qué me lo cuentas? Siempre fuiste más cercana a él que a mí.

Eso era cierto, pero es que Ra era un seductor nato. Anubis era el correcto, aunque divertido, algo que parecía haber olvidado por culpa de Seth. Su carácter era enigmático y sus ojos una atracción por la que no culpaba a Winter en caer en sus redes.

Esperaba que lo de ellos funcionase.

—Lo dejé hace mucho tiempo. No quiero que haga daño a nadie, mucho menos a una humana indefensa. Tal vez esto pueda girar un poco las tornas, dicen que la información es poder y estáis en guerra.

Anubis asintió.

—Gracias.

Él sabía que ella no formaba parte de esa guerra. No conocía a los Devoradores y no tenía intenciones de hacerlo. El infierno era lo suficientemente entretenido como para buscar algo más.

Aun así, les ayudaba y eso la trastornaba.

—Esto tiene que ser culpa de Nolan y Douglas. Ellos están demasiado implicados con vosotros, pero yo no caeré —advirtió Bella.

CAPÍTULO 19



—Necesito antipulgas y rápido —pidió Dominick.

—Yo creo que llegas tarde —rio Dane señalando la puerta de la base.

Efectivamente, su peor pesadilla entró a toda prisa aullando como un loco, casi como si hiciera años que no se veían. Es más, ese día trajo a su hijo pequeño Jayden y, vestidos ambos solo con un calzoncillo, aullaron al cielo.

—¡Así me gusta, hijo! Vas a ser un gran lobo —lo animó su padre.

El pequeño caminó al lado de su padre dibujando una gran sonrisa en su rostro. Estaba contento de ser capaz de hacer algún ruido parecido a un aullido y de la reacción que provocaba después.

Un grito atravesó el cielo, uno que no asustó a nadie porque era lo que pasaba cada vez que su hijo Bjorn escuchaba a su amigo Jayden. Saliendo del hospital acompañado de su madre, el pequeño apenas comenzaba a andar, pero quiso correr hacia el lobito.

Ambos fueron el uno a por el otro y se abrazaron con muchísimo amor. Eran tan felices juntos que todo el mundo se derritió al verlos.

—Son una monada —dijo Dane mirándolos con cariño.

Dominick tosió.

—Sí, después el pulgoso crece y se vuelve un dolor de huevos del que no puedes librarte el resto de tu vida. Compadezco a mi hijo por lo que le viene encima sin saberlo.

Él, muy a su manera, quería a Lachlan, aunque no lo exteriorizaba como los pequeños. Sabía que tener a Jayden como amigo lo ayudaría mucho y solo esperaba que estuvieran siempre juntos, apoyándose.

Otra cosa era que quisiera mínimamente decirlo en voz alta.

Dane rio leyéndole la mente. Por suerte era lo suficientemente listo como para no decirlo en voz alta, le guardaría el secreto.

—¿Y tú cómo llevas la ausencia de Pixie? —preguntó luchando por cambiar de tema.

Su amigo lo aceptó y se lo permitió.

—Bien. No para de enviarme mensajes y fotos de ese lugar, la verdad que se lo está tomando como unas vacaciones.

Y siendo como era ella iba a revolucionar el mundo entero.

—Me alegro, espero que pronto estén de vuelta —deseó Dominick.

—Yo también —reconoció Dane.

No pudieron seguir hablando porque existía un lobo que no iba a tardar en reclamarle atención inmediata.

—¡Amante mío! ¡Mi culito favorito! ¡Aquí tienes a tu lobo favorito! —gritó Lachlan buscándolo.

Dominick fue hacia él con el semblante serio que le caracterizaba, ese que trataba de ocultar que ambos habían dado la vida por el otro. Era un secreto a voces que se apreciaban, pero preferían mantener la compostura.

—No sabes cómo desearía ser yo uno de los que hubiera acabado atrapado en el infierno —le dijo el jefe de los Devoradores.

Era mentira.

Pero el lobo no podía detectarlo.

—¿Y quién ha dicho que tú seas mi culo favorito? Busco a Sergei —mintió el lobo entregándole el pecado.

Dominick luchó por resistirse, pero jugaba con cartas demasiado altas como para marcarse un farol. Tiró fuertemente del pecado dejando que el lobo cayera de rodillas jadeando.

—Eres jodidamente el peor —susurró falto de aire.

—Lo sé —sonrió Dominick.

Ignorando al dramático lobo, lo sobrepasó caminando yendo hacia los dos pequeños que habían empezado a jugar con la arena del patio principal. Apenas necesitaban nada más que ellos mismos para ser felices.

—Vengo a secuestrar a tu mujer —advirtió Olivia—, bueno y a tus hijos. Bjorn jugará con Jayden y con Teo, Camile con las mayores y también me llevaré a Jack y a Eve. Piensan montar una fiesta con alcohol creyendo que yo no lo sé. Van a tener, sin saberlo, un par de lobos vigilándolos de cerca.

Era un buen plan.

Los mayores ya estaban en edad de fiestas, alcohol y sobrepasarse por mucho que los padres quisieran negarlo.

—Veo que lo tienes todo pensado. Te enviaré un par de Devoradores de refuerzo. ¿Y qué haréis las madres? —preguntó sabiendo perfectamente que ellas dos tenían un plan para sí mismas.

Ambas mujeres sonrieron.

—Un spa, con Ryan y Luke mientras tú y Lachlan cuidáis a los tres más peques cuando se queden dormidos —anunció Olivia.

Ahora comprendía por qué estaba Teo también en la ecuación. Como hijo de Luke y de Ryan todos habían elaborado un plan para tener un momento de relax y que ellos hicieran de canguros.

—Eso es cruel, pienso pedirte el divorcio —se quejó Lachlan.

—Como mucho puedo conseguir que Luke se quede con vosotros en la vigilancia. Además, dormidos os podéis sacar unas cervezas y pasar un buen rato. Ryan es innegociable porque Leah me mata.

Era cierto.

El no tan novato era el niño mimado de Leah. Bastante le había costado tenerlo fuera de la base viviendo en su momento como para que ahora quisieran no disfrutar de un rato juntos.

Eso sí podía costarles el divorcio.

—Tengo una idea mejor —anunció Dominick—. Venimos todos en la base, hay mejor protección y también tenemos spa. Estaremos más tranquilos.

El lobo fue a hablar, pero para su sorpresa lo interrumpieron.

—Siempre sabes decir cosas que me gustan —dijo Leah.

Fue entonces cuando Lachlan la señaló.

—Señora mía, me ha interrumpido. No la hacía tan mal educada.

Acababa de declarar la guerra a la jefa de la base, la mujer más poderosa sin necesidad de poderes de todo ese lugar. De un chasquido, cientos de Devoradores se le tirarían encima sin pestañear.

—Agradece que siga permitiendo que atormentes a mi marido, porque el día que me canse te dejo fuera de la base —amenazó Leah.

Aulló imaginándose ese momento. Después de eso solo pudo unir sus manos en señal de súplica mientras se acercaba a su cuñada en busca de perdón.

—Soy un mal lobo, no volveré a decir nada, lo juro. Si quieres te meneo la colita como un chico bueno —se ofreció.

Leah era incapaz de enfadarse. No pudo evitar echarse a reír muy a pesar de que deseaba haberse mantenido seria hasta el final. Con ese hombre no era capaz de conseguirlo, siempre fallaba.

—No, gracias, déjalo para Olivia —contestó Leah.

Este miró de forma pícara a su mujer.

—Mírala, la tengo temblando porque donde pongo el ojo pongo la bala. Me tiene desterrado de la habitación por miedo a que la embarace —explicó lamiéndose los labios.

Insinuarse a su mujer no le fue del todo bien porque esta gruñó provocando que se colocase totalmente recto. Abandonó su rostro de pervertido para ser un lobo bueno y casi se colocó boca arriba en señal de sumisión.

—No estás desterrado y lo sabes. A Jayden le está costando irse a su habitación y no cabemos en la habitación. Yo solo te invito a dormir en su cama para que no te levantes hecho polvo —explicó Olivia.

Eso no convenció a su marido.

—Ese niño te tiene secuestrada desde que lo tuvimos. No puedo tocarte una teta sin que me eche. Exijo dormir contigo de nuevo.

Leah y Dominick aguantaron la risa mirándose el uno al otro.

—Puedes volver cuando quieras, después no te quejas de que hace calor. No echaré al crío por una reacción infantil de su padre.

La loba lo tenía claro, es más, pensaba pelear de ser necesario. Puede que alguna vez los hubieran visto convertidos en lobos disputándose algo. Era un espectáculo para la vista, la verdad.

—Mira, yo tengo terrores nocturnos si no duermo contigo. Pienso comprarle una teta de plástico a ese niño con tal de que te suelte de una vez —explicó Lachlan.

Con solo enarcar la ceja Olivia, Lachlan pareció temblar.

—Vale, teta no, pero algo que lo ayude porque yo quiero mi cama y… Ya sabes…

Sexo.

Hablaban de sexo.

Algo que no hacía falta hacerlo delante de todo el mundo.

—Lachlan, vente a mirar un par de cosas —pidió Dominick llevándoselo.

Era el mejor momento porque si no empezaría a decir idioteces y todos sabían cómo podía acabar eso.

Olivia suspiró.

—¡Qué cachonda me pone verlo así! —confesó la loba—. Además, Jayden ya duerme en su cama sin problemas, solo quería ponerlo un poco así para que me coja con más ganas. No te imaginas lo bien que lo hace.

La cara de Leah fue todo un poema. Sí que habían hablado de sexo alguna vez, aunque quizás no tan explícito y era lo mejor. Después de todo, tener que ver a su cuñado después le haría revivir cualquier cosa que le explicase.

—No necesito detalles.

—Mejor no —rio Olivia.

Miraron a los pequeños jugando el uno con el otro y les gustó ver esa bonita relación de amistad. Se querían desde bien pequeños, esperaban que eso fuera así el resto de sus vidas.

Que mantuvieran el ejemplo de sus padres, siendo mejores amigos y uniendo dos grandes razas.

—¡Eh, tú! ¡Sensei de Dominick! ¡Cuéntame cosas guarras de él para poder joderle! —gritó Lachlan a lo lejos interceptando al pobre Darius.

El mentalista que no tenía grandes ganas de pasar un rato con el lobo, le dijo que no con la cabeza yéndose directo al hospital para echar una mano. Llevaba una temporada haciéndolo y todos estaban encantados con él.

—¡No huyas, cobarde! —inquirió Lachlan.

Todos lo hacían, no podía existir una excepción.

Vieron como Dominick se acercaba a decirle algo que agitaba mucho más al alfa. Este miró a las mujeres y las saludó con ambas manos.

—¡Que dice que no grite que puedo molestar! —les dijo.

Sí.

Ese hombre era un caso perdido.

CAPÍTULO 20



—Me niego a enseñaros más recuerdos míos —se quejó Aria.

Agotada por retroceder una y otra vez, se sentó en el suelo de su comedor y se llevó las manos a la cabeza. Estaba tan cansada que sabía que era capaz de dormirse allí mismo, aunque lo peor era que Khaos y Sergei estaban igual.

No habían cumplido su promesa de descansar unos días.

¿Cómo hacerlo?

Después de encontrar la primera pista real en semanas de Devin, no eran capaces de detenerse.

Tenían que dar con algo.

—Yo casi prefiero enfrentarme a Seth —suspiró Sergei tirándose sobre el sofá.

La puerta se abrió sin que nadie llamase dejando entrar a Alek y Valentina. Unos que al verlos se sorprendieron de encontrarlos en esas condiciones. El único que seguía en pie era el dios y a duras penas lo conseguía.

—No venís a follar a mi cama cuando no estamos, ¿verdad? —bromeó Sergei.

Su hermano reprimió las ganas de acabar con él. En su defecto solo puso los ojos en blanco mientras los observaba.

—Sentimos ruidos y quisimos saber si teníais alguna novedad —comentó Valentina.

No la tenían.

Volvían con las manos vacías.

Esa sensación era agotadora, debían enfrentarse a ella muchas más veces de lo que hubieran imaginado jamás. Sentían impotencia sabiendo que alguien como Devin se había perdido en el tiempo y que era tan difícil dar con él.

—Me han visto hasta bañándome de niña con mi hermana Martha, en bolas… —se quejó Aria cerrando los ojos producto del cansancio.

Valentina fue hacia ella y, sentándose a su lado, dejó que apoyase su cabeza en su hombro.

—Lo más normal es que te bañes en bolas, cariño —comentó Sergei.

—Pero no que mi pareja lo vea, cielo —contraatacó Aria.

Eso era cierto.

Las parejas normales apenas intercambiaban unas fotos de pequeños para ver lo monos que podían haber sido y ya. Nunca harían como ellos, que se habían visto en esos momentos tan

vergonzosos.

—Eras una niña increíble, Valentina —suspiró Aria.

Habían retrocedido a la casa de acogida donde Alek, Sergei y Valentina vivieron. Justo antes del terrible momento en el que se separaron. Había contemplado a una niña fuerte que protegía a todos los niños de la casa.

Era una gran mujer.

Y la admiraba por eso.

Valentina la envolvió con un brazo para apretarla fuerte hacia ella en señal de cariño.

—Debes descansar, estás destrozada —le advirtió.

Negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo que encontrar a Devin.

La negativa no era algo aceptable. Encontrarlos en ese estado era mucho más de lo que hubieran podido imaginar y era el momento de entrometerse. Les gustase o no iban a detener esa locura.

—Deberá esperar, Aria —anunció Alek con seriedad.

Eso alertó a Sergei, el cual trató de levantarse del sofá sin éxito mientras miraba fijamente a su hermano. Comprendió entonces que no era una visita de cortesía, venían a obligarlos a detenerse.

—Sé que estáis preocupados por nosotros, pero podemos seguir —animó Sergei.

No era así.

—Mira a tu mujer —dijo Khaos—. Se consume. Es una diosa novata, una que está aprendiendo a usar sus poderes. Eso le lleva a consumir gran parte de su energía, si sigue así no tardaremos viéndola caer en cama enferma.

La crudeza de las palabras de Khaos le mostró que habían sobrepasado un límite peligroso. Continuar así era demasiado para Aria y no quería que nada malo le ocurriera. Estaba convencido de que Devin sabría esperar.

—De acuerdo —aceptó.

Saltando como un resorte, Aria se puso en pie, aunque no por mucho tiempo. Tropezó o sus piernas se negaron a sujetarla porque cayó de espaldas, fue de tal forma que Alek la tomó en brazos.

—No estás bien —dijo su cuñado.

Aria, visiblemente agotada y triste lo miró mientras él la levantaba en el aire.

—Tengo que encontrarlo.

Era casi una súplica.

—Lo harás, cuando descanses —le indicó Alek llevándola al segundo sofá que había en esa estancia.

La tumbó con sumo cuidado al mismo tiempo que Sergei llegaba a ella para darle la mano. Estaban unidos en eso, ahora más que comprendía que estaban forzando tanto el límite que podían romperlo.

—Sergei, diles que tengo que seguir buscándolo —suplicó una Aria que apenas era capaz de mantener los ojos abiertos.

Negó con la cabeza, no podía decirle eso. Empujarla a seguir ese objetivo solo haría que ella cayera enferma, ahora tenía que protegerla de sí misma, de ese deseo ferviente de encontrarle.

—No ahora, pararás unos días. Solo lo justo como para seguir adelante. Sabes que no es mucho —dijo tratando de convencerla.

Ella gimió dolorosamente convirtiéndose en el sonido más terrible del mundo.

Aun así, no podía permitir que continuase.

—Khaos… Tú sabes que debo seguir —inquirió.

Estaba claro que buscaba que una sola persona la apoyase para seguir aferrándose a esa loca idea. Por suerte el dios, a pesar del amor que sentía por Devin, respiró profundamente antes de negarse.

—Lo primero es tu salud —sentenció Khaos.

Todos querían que estuviera bien.

Aria se sintió que acababa de perder. Era tan débil que debían parar la búsqueda para que se recuperase y mientras Devin sufría. Evitando mirar a cualquiera de los presentes, tomó un cojín poniéndoselo en sobre el rostro para llorar.

Necesitaba soltar energía, rabia y pena.

Notó a Valentina sentarse a su lado, lo hizo con cariño y buscándole una de sus manos para tomarla entre las suyas. Ese contacto tan cariñoso le dolió en el corazón porque sabían que la apreciaban.

Solo por eso la obligaban a parar.

—Llora lo que necesites. A veces los sentimientos nos ciegan, lo quieres tanto que no ves que te estás destruyendo por el camino —le explicó Valentina.

¿Qué sabría ella?

—Tú eres la señal de la calma, me niego a creer me comprendas.

Sin verlo venir, Alek y Sergei arrancaron a reír a la vez. Fue algo insólito porque no solían hacerlo al mismo tiempo. Ese hecho tan aislado provocó que se quitase el cojín para contemplarlos.

Ellos parecían compartir algo que a ella se le escapaba.

—¿Qué? —preguntó Aria.

Valentina carraspeó.

—No siempre fui así. He tenido momentos muy malos —explicó ella.

Se negó a creer que eso fuera así. Desde que la conocía esa mujer era la definición de calma y saber estar. Siempre sabía qué decir, cómo y cuándo. Algo muy distinto a ella que era un caos andante.

Respetando que el mismo dios del caos fuera su amigo.

—No puede ser —comentó Aria, perpleja.

Esta vez fue Sergei el que asintió.

—Aquí donde la ves, cuando nos volvimos a encontrar casi me despedaza y arrasa su base entera. Se calmó al ver a Alek, bueno, más bien casi le da infarto porque creía que estaba muerto.

Conocía la historia, aunque no tan al detalle como debería. Al parecer ellos se habían separado y al verse Valentina había querido despedazar a Sergei, algo que no debía sorprenderle después de todo.

—Verlo trajo tantos sentimientos sobre mí que no fui capaz de contenerme. Necesitaba explotar de mil formas —explicó Valentina.

Aria parpadeó.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Aria.

Casi como si de una campanita se tratase, notó algo en su mente, algo que le decía que debía hacer algo de inmediato. Se incorporó sacando fuerzas de flaqueza, fue tan rápido que asustó a todos los presentes.

Sonriéndoles, solo supo tomar las manos de Valentina.

—¿Tú me enseñarías ese recuerdo? —preguntó creyendo que había dado con algo.

Ahora necesitaba que cedieran.

—Podría, pero necesitas descansar… —contestó Valentina.

Era bastante obvio que esa era su respuesta, una que no quería. Lo necesitaba en ese momento.

Poniéndose a bailar en el salón, todos la miraron como si acabase de enloquecer allí mismo. Tal vez fuera así, nadie se extrañaría de eso después de todo.

—Mirad, estoy bien. Solo una vez, después descansaré, lo prometo —suplicó Aria.

Estaba cerca de algo, lo sabía. Su intuición se lo decía.

Sergei fue el que trató de calmarla, era su obligación después de todo. Aun así ella negó con la cabeza. No pensaba dejarse convencer por mucho que le dijeran o suplicaran, iba a retroceder en el tiempo una vez más.

—Cariño, estás agotada.

—Sergei, sé de lo que hablo. Es un pálpito, déjame ir a Valentina y a mí y verás que no me equivoco.

Suplicó que la creyeran, necesitaba que así fuera porque su corazón palpitaba a toda prisa. Tomó una mano de su pareja colocándosela sobre el pecho para que notase los latidos.

—¿Lo notas? Sé que es verdad.

Finalmente Sergei cedió sin querer hacerlo.

La apoyaba hasta el fin de sus días y si ella decía que ese era un buen indicio, tal vez fuera así.

—Me da igual si no encuentras una pista, vuelve a casa y descansa o pienso atarte a la cama —dijo Sergei ferozmente.

Feliz de haber conseguido un último viaje, dio un grito al cielo y lo besó con ganas. Después de eso no dio tiempo a que nadie se arrepintiera porque fue hasta Valentina y tomó una de sus manos desapareciendo en el tiempo.

—¡¿Qué has hecho?! —preguntó Valentina al aterrizar.

Tapándole la boca, echó a su cuñada atrás mientras una batalla encarnizada se cernía sobre una base de Devoradores. Se dio cuenta de que no era la de Australia donde ella vivía por lo que debía ser la de España.

—No puede verte tu yo del pasado, ¿entiendes?

Valentina, molesta por no haber conseguido que descansase, apretó la mandíbula y asintió.

Se escondieron de todo el mundo. Entre cascotes de una base que saltaba por los aires bajo el ataque de los espectros de Seth.

Fue entonces cuando vio la escena de la que hablaban. Ante el estupor de todos los presentes, Valentina vio al hombre que una vez destrozó su vida: Sergei. Aunque estaba al lado de Alek, quien creía muerto. Fue a por ellos tan ferozmente que creyó que los iba a matar.

Por suerte sabía que no era así porque si no no se hubieran conocido, aunque sufrió de verdad.

Alek fue su mayor sorpresa, ya que, cuando todo estaba a punto de estallar noqueó a Valentina muy eficazmente.

—Iba a hacernos volar por los aires. Atajé el problema.

Por desgracia todos supieron que tenía razón.

—Vaya, esto no me lo vi venir —comentó Lachlan.

Ni él ni nadie.

—Joder, Alek no fue lo que se dice cariñoso —comentó Aria.

Tal y como sospechaba todo pareció congelarse. Perdió color como si de una televisión antigua se tratase y desaparecieron dejando solo a Alek y una Valentina fuera de combate.

—¡Tenías razón! —exclamó Valentina.

Aria lo celebró saliendo de su escondite, eso sin contar que meneó las caderas un poco con mucha alegría antes de reír pletórica.

—Vamos, métele la mano a Alek y que te dé otra pista —pidió Aria.

Ella, a regañadientes, decidió hacerle caso. Fue hacia ese recuerdo que ahora parecía tan lejano y metió la mano. Por arte de magia la imagen fantasmagórica de Alek empezó a desaparecer, no sin antes depositar en su mano otra joya roja como la sangre, vibrante y con capacidad de brillar como mil soles.

—Esto es espectacular —jadeó Valentina.

Lo era.

Y era otra pista.

Poco a poco, como el anterior, la joya fue perdiendo color hasta quedar pálido como la que guardaban de Sergei.

«Lo haces bien, pero si no descansas, cuando vuelva te mataré». Regañó Devin.

Sí.

Estaba ahí.

—Lo haré, te lo prometo.

CAPÍTULO 21



—¿Y Quill? —preguntó Winter entrando en el comedor.

La única que estaba allí era Pixie, la cual estaba comiéndose un plato de fruta que dudaba que cualquier humano fuera capaz de eso. Era espectacular lo mucho que engullía esa mujer.

—Ha dicho que iba a probar a orbitar —dijo comenzando a pelar un melocotón—. ¿Quieres?

Negó.

—No, gracias.

Dejando que Pixie comiera como si llevase un mes sin hacerlo, caminó hacia uno de los grandes ventanales. La ciudad amanecía ante ellas con un sol algo más claro que el que conocía, aun así era igual de hermoso.

—¿Por qué crees que no puede orbitar? Va muy agobiado con eso —preguntó Winter viendo como unos guardias del palacio hablaban.

No era de buena educación mirar, pero ellos no se estaban dando cuenta así que no contaba, ¿verdad?

—Creo que alguien lo interceptó mientras orbitaba. Seguramente ya nos tenían vigilados desde hace tiempo y bloqueó esa habilidad a propósito. Él nunca ha estado aquí, es prácticamente imposible que pudiera traernos, aunque se lo hubiéramos pedido no hubiera podido.

La explicación de Pixie era tan plausible que asustaba. Llevándose una mano al pecho trató de contener las pulsaciones que se habían vuelto terriblemente locas. La idea de ser vigilados no la sorprendió, pero no comprendía los motivos.

—¿Te refieres a Ra o Seth? —preguntó Winter.

Pixie, que pareció atragantarse, comenzó a toser. Corrió a ella dispuesta a ayudarla, tras unos golpecitos en la espalda consiguió que escupiera el hueso del melocotón. Entonces lo tomó entre sus dedos y se lo mostró.

—¿De verdad, Pixie? —le recriminó Winter.

—¡Creí que podría comérmelo! Era pequeñito.

Ahora sabía la gran paciencia que tenía Dane. Era sorprendente que esa mujer siguiera viva viendo lo que se metía en la boca. Y puede que en otro contexto eso sonara porno, pero nada más lejos de la realidad.

—Seth y Ra no se molestarían a traerte aquí, lejos de ellos. No son precisamente una agencia de viajes andante. Además, Ra disfruta jodiéndote viva. No te enviaría a un lugar donde no te tenga a su alcance —explicó Pixie regresando a la conversación como si el incidente con el hueso de melocotón jamás hubiera ocurrido.

Increíble.

Hasta le costó seguir el hilo de la conversación después de ese sobresalto.

Apareciendo de repente, Nolan las sobresaltó de tal manera que Winter gritó como si de una película de terror se tratase.

—¡Lo siento! —exclamó el dios de la muerte levantando las manos en señal de paz.

—Pues casi me matas —reconoció Winter.

Estaba de los nervios porque Ra no estaba en su mente. Era un regalo, uno que sabía que no duraría demasiado tiempo. Por ese motivo vivía tan en tensión, esperando que apareciera para atraparla de nuevo.

—No tengo intención de llevarte todavía —reconoció Nolan para su tranquilidad.

Eso era un alivio.

Dijo algo más de la base, al parecer había estado en ella y traía recuerdos de todos ellos. Estuvo convencida de que articuló más palabras, también creyó escuchar a Pixie reír a carcajadas por alguna ocurrencia.

También llegó Bella, la escuchó de fondo, hasta Helena quiso hablarle y no fue capaz de contactar con ella.

Winter volvió a asomarse por la ventana de antes. Bajo ella seguían aquellos dos guardias hablando. Lo que para todo el mundo pasó desapercibido, para ella le resultó realmente sospechoso.

Uno de ellos señaló justo hacia el comedor, como si le alertase de algo que tuviera que saber.

Sus instintos, aquel ayudante incansable que llevaba ayudándola a seguir con vida desde que inició toda esa locura, la obligaron a llevar una mano hacia la parte trasera de su ropa. Sacando su arma, ajena al mundo, apuntó hacia ellos.

Hubiera apretado el gatillo de no ser por Bella, la cual la aplacó empujándola violentamente. Rebotó contra el suelo con tanta fuerza que se dio en la parte trasera de la cabeza, perdió el conocimiento unos pocos segundos antes de volver a la vida.

Pixie estaba ante ella, cara a cara con Bella sin miedo a enfrentarse a quien hiciera falta por protegerla.

—¡Aparta! —exigió Bella.

Las manos de la Devoradora se encendieron anticipando lo que estaba por llegar, no pensaba quitarse para darle acceso a Winter.

—¡Y una mierda! —gritó Pixie.

Ayudada por Nolan, Winter logró ponerse en pie poco a poco, aturdida y algo desorientada. Le seguía costando escucharlos, como si los latidos de su corazón retumbasen en su pecho a golpe de tambor.

Dolía.

—¡Ha querido matar a mi gente! —le recriminó Bella.

Quill llegó alertado por los gritos. No preguntó, atravesó el comedor colocándose al lado de Pixie, protegiéndola. En ningún momento se le ocurrió pensar que se había equivocado o algo, la cubrió sin dudar.

—Bella, cálmate —pidió Nolan.

Winter seguía con el arma en la mano, la misma que había querido descargar sobre aquellos

guardias. Estaban en peligro, lo sabía y no podía comunicarse con ellos de ninguna de las formas posibles.

Era como si hubiera perdido la voluntad de hablar, de poderse comunicar de alguna forma.

—¡No me pidas que me calme, muerte!

Una sombra gigantesca apareció tras la diosa, fue negra, grande y con unas garras capaces de atravesarla sin que pudiera darse cuenta. Tan enfrascada estaba queriendo llegar a Winter que no fue capaz de verla.

No lo pensó, disparó dejando que la bala pasase muy cerca del rostro de Bella e impactase en aquel monstruo.

Tras esto el grito de ese ser fue tan chirriante que dolió. No pudo evitar cubrirse los oídos con las manos tratando de amortiguar el dolor de alguna forma. Al no conseguirlo gritó.

Pixie lanzó un choque de energía capaz de hacer volar por los aires ese castillo y Bella, armada con su preciada daga, saltó al vacío cayendo sobre ese ser malherido. Logrando alcanzar su garganta, la sesgó llevándose su vida consigo.

Solo cuando el sonido acabó Winter fue capaz de volver a sentir algo más. La experiencia fue extraña, como si le hubieran inundado los oídos de agua y ahora saliera permitiéndole escuchar.

—¿Estás bien? —preguntó Quill.

Asintió.

—¿Y ese bicho?

Necesitaba saber que estaba muerto, que no resurgiría llevándoselo todo por delante.

Fue Bella la que apareció por la ventana. Sin rastro de sangre en la ropa sí que se dio cuenta de que su daga goteaba mucha sangre. Había acabado con la vida de ese ser tras el ataque de ellas dos.

—¿Cómo lo detectaste? —preguntó la diosa.

Winter frunció el ceño sin ser capaz de contestar.

—Contesta, por favor —pidió Bella bajando el tono.

Ser suave ayudó. Calmó sus instintos, los cuales parecieron apagarse diciéndole que estaba todo bien. Estaban a salvo, ahora podía hablar tranquila y tratar de descubrir qué era ese monstruo.

—Fue como si os dejase de escuchar a todos. Vi a dos guardias hablando, uno de ellos señaló aquí y lo noté. Simplemente lo supe —contestó llevándose la mano con la que empuñaba el arma sobre el estómago.

Lo notaba en las entrañas. Era una alarma infernal que no se apagaba, la que la ayudaba a discernir entre calma y caos, la misma que le mostraba cuando pelear y cuando huir.

—Tienes buenos reflejos —sonrió Quill.

—Es más que eso —puntualizó Bella.

Tanto misticismo provocó que se preocupase. No quería que le dieran una nueva mala noticia o algo semejante. Solo quería seguir siendo ella, la misma que peleaba con uñas y dientes.

O pistola.

—Ese ser era un súcubo en su forma final. Cuando no pueden alimentarse, cuando se niegan a consumir humanos, acaban siendo eso. Debió de olerte e incapaz de contenerse, vino a por ti —explicó Nolan.

Eso sí que no lo vio venir.

Bella buscó el rastro de los guardias, hasta orbitó hacia ellos encontrándose su puesto totalmente vacío. Solo dio con unas esposas, unas que le mostraban una idea terrible que no podía ser cierto.

Llegando de nuevo hacia sus amigos, se las mostró.

—¿Esposas? ¿Ellos lo trajeron? ¿A ese pobre ser? —preguntó Quill.

Era más que evidente.

—Y creo que lo llevaron al límite para exponerlo a Winter. Si se les deja sin alimento durante el tiempo necesario ya no sería capaz de pensar, solo buscaría alimentarse a toda costa —explicó Bella.

Winter jadeó.

—Tienes enemigos hasta en el infierno —gruñó Pixie.

¡Yupi!

Era la mujer más afortunada del mundo.

Estaba a punto de organizar una fiesta para celebrarlo.

CAPÍTULO 22



—¿A dónde va un cuerpo tan sexi como el tuyo? —preguntó Bella cuando vio escabullirse a Nolan.

No iba a dejarlo escapar por mucho que él lo intentase.

Después del incidente con Winter, habían pasado unas horas dando órdenes buscando los guardias. Habían peinado la zona entera sin éxito, lo que era algo bastante descorazonador.

Al final consiguió que sus invitados accedieran a ir a la zona de spa donde relajarse. No les había dicho que les había puesto vigilancia extrema, por el momento que disfrutaran de un momento de calma.

Antes de la tormenta que parecía estarse formando.

—Sabes que no va a pasar, ¿no? —inquirió Nolan.

Bella se humedeció los labios.

—Tú dame una noche, solo una y verás como te hago cambiar de opinión.

Era sexi, era fuerte, era poderoso y tenía un cuerpo capaz de hacer temblar al mismísimo demonio en persona. No había nada de ese hombre que no la atrajese. Tal vez era por el peligro o porque quería lamer cada centímetro de su piel, pero necesitaba que pasase.

—Eres de lo que no hay, Bella —rio Nolan.

No la tomaba en serio. En realidad no la veía como algo más, solo como la hermana pequeña de su amigo Douglas.

—En eso sí que tengo que darte la razón. Nadie te lo hará como yo, conseguiré hasta que quieras repetir —prometió Bella sin rastro de querer ruborizarse en ningún momento.

No conocía el significado de la palabra vergüenza y no tenía intención de hacerlo.

Así que podía acostumbrarse.

—Eso que ha pasado antes ha sido muy grave —comentó Nolan queriendo llevarse el tema de conversación a otro lado.

Lástima.

Con las ganas que tenía de besarlo.

—Lo sé, he actuado sin pensar. —Se justificó con remordimientos—. La vi tan dispuesta a matar que no valoré un ataque. No en palacio al menos.

Nadie atacaba ese lugar.

No se atrevían.

—Creo que está relacionado con tu hermano de alguna forma —explicó Nolan mostrándole sus pensamientos.

Por desgracia ella había pensado lo mismo.

—¿Crees que han notado que no está? ¿Que se ha encerrado en ese sitio? —preguntó Bella sabiendo la respuesta.

Sí.

Así lo pensaba.

Quien fuera que quería atacar el castillo sabía que Douglas, su guardián más feroz, no estaba. Que no podía orbitar hacia allí si la guerra se cernía sobre ellos porque estaba encerrado.

—Pueden aprovecharlo, aunque es muy concreto traer algo que dañe solo a Winter. Es el rastro inconfundible de Seth, me temo. Ha debido averiguar que Ra ha perdido el control sobre ella.

Las palabras de Nolan la molestaron más de lo debido. Nadie tenía derecho a atacar su hogar y no iba a quedarse de brazos cruzados como si nada. Iba a contraatacar porque era la comandante.

No era una niña pequeña.

Era peligrosa.

—Sé que eres capaz de hacer temblar al mismísimo mal y que actuarás en consecuencia —la animó el dios de la muerte.

La rabia ya burbujeaba en sus venas, por supuesto que lo haría. El infierno iba a temblar a sus pies de ser necesario. No pensaba permitir que la tomasen por una niña, débil o con necesidad de tener a Douglas allí.

—Por supuesto que lo haré —prometió ella.

Aunque supo que él ya lo sabía.

Nolan fue a irse, lo vio queriendo despedirse, no obstante, se detuvo unos breves segundos para mirarla con esa increíble mirada peligrosa que desprendía.

—Bella, sé que no debería meterme, pero…

Ninguna buena conversación empezaba con una frase como esa.

—Dilo, no puede ser tan malo —lo animó.

¿Y si lo era?

¿Eso borraría la buena impresión que tenía de él?

—Has visitado a Ra —dijo Nolan sin más.

Bella jadeó sorprendida con que lo supiera. Al parecer había dejado un rastro para que otros dioses se dieran cuenta porque Doc también lo había sabido. Curiosamente, que Nolan lo supiera sí que la trastocó.

—Solo fui a advertirle que no pisase mi infierno.

Eso lo confundió mucho más, frunció el ceño tratando de darle sentido a algo que parecía no tenerlo.

Tendría que confesar y no quería.

No a él.

—No debería sacar conclusiones precipitadas, lo sé… ¿Con…?

No lo dejó acabar porque quería ser ella quien llevase la conversación, no buscaba marearlo o que sacase conclusiones precipitadas. Tenía claro lo que quería decir por mucho que no le gustase.

—Nos conocemos desde hace muchos años, siglos a decir verdad. Cuando Seth vivía en paz

conocí a su familia y una de sus hijas era mi mejor amiga, una que ejecutó sin miramientos como al resto de sus hijos.

Confesar eso había sido mucho más duro de lo que hubiera imaginado jamás, aunque lo peor estaba por llegar.

—Ra y yo tuvimos una aventura. Duró poco tiempo a decir verdad, pero estuvimos viéndonos un tiempo. Él y yo foll…

—Lo entiendo —sentenció Nolan.

¿El qué entendía?

¿Que el enemigo de los Devoradores había sido su amante?

¿Es que se podía entender eso?

—Mira, no quiero que pienses que los he traicionado. Sé que no formo parte de la guerra que tiene abierta Seth, pero de verdad que solo quise decirle a Ra que no tocaría a Winter en mi casa. He visto lo que le ha hecho, sé en el hombre que se ha convertido, no me van tan retorcidos —explicó Bella arrepentida por un pasado que dejó de existir hacía siglos.

No era ni la misma persona ahora.

—No tienes que darme explicaciones, solo quería saber que no estabas con ellos porque yo sí formaré parte de esa guerra. Sabes que cuidé a Aimee toda su vida y que ahora está con un Devorador, no permitiré que le pase nada —concluyó Nolan.

Lo sabía bien.

El dios de la muerte había cuidado de Aimee con todo su amor. Eso sin contar que una vez fue el dios del amor y que había dejado su puesto para ser el de la muerte por su amistad con Doc.

Estaba ligado a esa guerra quisiera o no.

—Jamás iría contra ti, de verdad —confesó Bella.

Nolan sonrió unos segundos.

¿Le había gustado escuchar esa confesión?

—Siento haberme entrometido, te conozco y sé que nunca les darías nuestra posición al enemigo, pero necesitaba saber qué hacías con él.

Su sinceridad atropellaba.

—Merecías saberlo, siento no habértelo contado yo. Si quiero estar contigo quiero que me conozcas de verdad, que sepas qué y quién soy, aunque me avergüenza reconocer que estuve con él. Sé que fue hace muchos siglos, que los dos hemos cambiado por el camino, aunque no cambia que lo hicimos.

Quería que Nolan la conociera de verdad, que supiera todo de ella, lo bueno, lo malo y lo regular. Eso incluía viejos amantes que ya no significaban nada. A pesar de eso, quería mostrárselo todo.

—No me debes nada, Bella. Entiendo que tengas secretos, todos los tenemos —dijo queriendo hacerla sentir mejor.

Y no lo hizo.

—Mira, Nolan. Es verdad que pretendo follar contigo, creo que se me ve de lejos. Pero, cuando eso pase, no solo querré un polvo y ya. Voy a querer muchos, darte la mano. Quiero saberlo todo de ti, lo que te gusta, lo que no, lo que te hace reír y lo que te da miedo. Quiero ese tipo de sexo, el que implica algo más de fondo, no solo nuestros cuerpos sudorosos luchando por placer. —Respiró tratando de calmar el fuego que emergió en su pecho al decir esas palabras—. No es que el sexo sin más no sea bueno, que entre nosotros lo sería, sin embargo, quiero más. Lo quiero todo de ti.

Podían culparla de muchas cosas, pero no de no ser sincera.

Pretendía conquistarlo poco a poco, tardase lo que tardase y si eso pasaba iba a ser la mujer más feliz del mundo.

Si no era así, al menos se divertirían un poco.

Él fue a decir algo y no lo dejó.

—No voy a decirte que quiero tu felicidad, aunque no sea conmigo. Puede sonar muy bonito, no obstante, no es mi estilo. Quiero todo de ti, lo bueno y lo malo. Quiero follarte hasta que me supliques que pare y me encantaría que tú quisieras. Aceptaré un no por respuesta, está claro, sin embargo, no seré la que diga «que si tú eres feliz yo lo seré» porque me moriré de envidia.

Respiró profundamente al soltarlo todo. Era egoísta, lo quería para ella y nada más, aunque lógicamente sabría aceptar un no por respuesta. No era algo que quisiera que pasase y esperaba que no fuera así.

Casi se sentía como una niña pequeña pidiendo un deseo a una estrella.

—¡Oh¡ ¡Vaya! Tu sinceridad a veces es abrumadora. No esperaba esto, Bella. Si quieres que te sea sincero, siempre creí que bromeabas con tener sexo conmigo, que no era real.

Lo era.

Quería lamerlo hasta desgastarlo como a un helado.

—Quizás no lancé bien mis señales —rio Bella.

Nolan negó.

—Por supuesto que sí, es solo que lo interpreté como una provocación. Siento decirte que no estoy en la misma tesitura que tú. Ahora mismo tengo tantas cosas que no puedo permitirme el lujo de pensar en sexo o una relación. Tengo a Douglas en mi infierno con Alma, vigilo que Aimee esté bien y Seth no tardará en atacar. —Hizo una pausa mirándola de arriba abajo—. Reconozco que sería todo un espectáculo estar contigo porque eres tan intensa que buscaría repetir una y otra vez, pero ahora no puede ser. No es el momento.

Su corazón se rompió en pedazos mientras lucía una sonrisa cordial. No era lo que quería sentir, no obstante, tampoco es que pudiera atarlo a una cama y saciarlo hasta acabar hartos.

Debía aceptar lo que le decía.

—Te entiendo —mintió de manera excelente.

Sabía interpretar un papel a la perfección para esconder el dolor en su interior.

—Bella, de verdad que lo siento.

—No te preocupes, era de esperar. Son tiempos revueltos —rio Bella—. Aun así te seguiré diciendo que tienes un cuerpo de infarto y que no dudaría en comerte si te despistas porque así lo siento.

Él asintió aceptando el trato.

Y ella comprendió que Nolan jamás la vería como algo más.

Eso fue desolador.

Lo vio marchar orbitando y, para cuando eso pasó, borró la sonrisa falsa de sus labios. No pensaba llorar por eso porque solo se lloraba por grandes amores, el suyo no había ni existido para sentir ese dolor.

Entró en el castillo, cabizbaja, con las palabras de Nolan en la mente. Lo comprendía porque había participado en más de una guerra. Esos no eran momentos de enamorarse de nadie.

De hecho sus peores decisiones salieron de guerras.

Subiendo las escaleras se topó con Pixie. La Devoradora la vio pasar de un semblante abatido a la alegre y simpática de Bella de siempre. Contempló la transición en apenas unos segundos.

—¡Hola! ¿Y ese spa? ¿Estuvieron bien las burbujas? —preguntó Bella.

Pixie asintió.

—Sí, estuvo bien.

Esa falta de palabras le resultó extraña porque llevaba días conociéndola y sabía bien que no era capaz de permanecer callada mucho tiempo. Aun así no abandonó su semblante amigable.

Tal vez tendría tiempo a solas consigo misma para pensar en lo que acababa de pasar.

—Bella, me gustaría hacer algo, pero no quiero que me hagas daño —dijo Pixie.

Eso sí sonó extraño.

—No te haré nada malo, soy una anfitriona ejemplar —contestó.

Solo entonces comprendió a qué se refería la Devoradora de pecados. Pixie no esperó a que acabase de subir todos los escalones, bajó para interceptarla y abrió los brazos abarcándola con cariño.

Esa sensación fue tan extraña que Bella enarcó una ceja antes de sentir el apoyo de esa mujer.

—No sé qué te ha pasado, pero reconocería un corazón roto en cualquier parte —confesó Pixie.

Eso dolió mucho más de lo que hubiera pensado.

Bella se deshizo de la actriz, de la que fingía tan bien para dar paso a la verdadera. Por primera vez no fue capaz de controlar su humor, rindiéndose en los brazos de aquella mujer.

Sollozó sabiendo que quería llorar, luchó por contenerse teniendo claro que no iba a poderlo resistir mucho. Ayudándola a sentarse, ambas mujeres usaron los escalones a modo de asiento para descansar un poco.

—No sé qué me pasa porque solo se debe llorar por grandes amores y este no lo es, no somos nada —se justificó Bella.

Pixie llevó una mano a su pecho.

—Aquí si lo es, por eso te duele.

No había hecho falta decir de quién se trataba porque ella parecía conocer la respuesta a la perfección.

—Esto es imperdonable. Debo ser fuerte, no llorar como una niña pequeña porque un hombre no haya querido estar conmigo. Soy la comandante del infierno, debo ser el terror de nuestros enemigos —sollozó Bella rompiéndose en pedazos.

Pixie no hizo un drama de no verla fuerte, solo volvió a abrazarla apoyándola en esos momentos sin pensar en si se conocían lo suficiente o no. La sostuvo porque vio el riesgo de caer y la mantuvo a flote.

—No es imperdonable. No podemos ser robots, tenemos sentimientos y no puedes ser la más fuerte de todos mientras te ahogas aquí dentro. Tienes que soltar carga de tanto en tanto para no volverte loca. Además, yo no se lo diré a nadie —prometió.

Bella se aferró a ella con fuerza como nunca antes había hecho con nadie. Lloró un poco, quizás mucho, no quiso contarlo, solo dejarlo ir. Después volvería a ser la de siempre.

Sin que nadie supiera nada.

Fuerte.

Como debía ser.

CAPÍTULO 23



Alma luchó contra los poderes de Douglas consiguiendo perder nuevamente. Sabía cuál era su objetivo y no existía fuerza en el mundo que lo detuviese. Lo había dejado claro, pelear solo empeoraría las cosas.

Él aspiraba a convertirse en su monstruo de debajo de la cama particular.

—¿Te crees una princesa de cuento? —dijo esa voz que tanto la torturaba.

El bofetón llegó justo después provocando que cayera.

«Este recuerdo no, Douglas, por favor». Suplicó Alma.

—Sabes que lucharemos contra todos —advirtió Douglas.

«Lo sé, pero este no. No puedo. Busca otro para enfrentarme. Existen muchos otros, deja este para más tarde, por favor».

No pudo negarse a la súplica. Aceptó siendo consciente de que ese momento de su vida fue uno de los que más le marcó. Después de haberla dañado con Cody no podía apretarla tanto.

Por esa vez dejaría para más adelante ese recuerdo, uno que supo que la desgarraría lentamente.

Estaba en la zona del club. Observando entre recuerdo y recuerdo se dio cuenta de la magnitud del horror que pasó allí. El odio creció en su pecho comprobando de primera mano el horror por el que la hicieron pasar.

No quería eso y ahogaron sus gritos uno tras otro a golpes y bajo amenazas de torturar a Cody.

—Te lo voy a devolver a trozos si no entras en ese reservado y haces lo que tienes que hacer —gritó el jefe.

—No puedo —lloró Alma.

Realmente no podía.

Hacía apenas un par de días había sido una persona libre, con diferentes objetivos en la vida. Ahora estaba atrapada en un club donde explotaban a las mujeres. ¿Cómo era posible?

Había visto documentales a lo largo de los años compadeciéndose de esas pobres mujeres, unas que van a buscar a países pobres y las engañan con una nueva vida. Acaban siendo explotadas sin contar que existen.

Eso querían hacer con ella.

El jefe la abofeteó dos veces haciéndole casi perder el conocimiento. Cayó contra una

mesilla de café que había en el despacho de ese hombre, golpeándose en la frente y haciéndose una fea herida.

—¡Joder! ¡Esto es por tu culpa! —gritó enfurecido.

Siempre lo era.

Por el mero hecho de existir todo era su culpa. Si un vaso se rompía se lo descontaban de un sueldo que ya era inexistente. Trabajaba allí debiéndole dinero al jefe, haciendo que la cuenta cada vez fuera más grande.

Solo así comprendió cómo estaba montado el negocio. Ellos te retenían con una supuesta deuda que crecía día a día, una que jamás sería pagada porque siempre sacaban nuevos cargos.

—Ese cliente ha pagado mucho para estar contigo esta noche, así que entra ahí, tíratelo con una sonrisa en la boca y haz que vuelva. Además, agradece que es de los cariñosos o te devolveré a esos que tan poco te gustan —amenazó su jefe.

El miedo fue tal que se puso en pie de un salto. No quería regresar a los otros, prefería hacer caso y estar con alguien más suave, estar con aquellas bestias le había dejado cicatrices profundas.

—Lo haré, señor —aceptó finalmente.

—Límpiate primero y maquíllate rápido. No quiero que se disguste al verte así.

Douglas rugió cuando dejó de emitir el recuerdo. Tuvo ganas de matar y vomitar al mismo tiempo. Sabía que ese hombre, su jefe, ya no existía entre los vivos, pero deseaba encontrarlo en el infierno para torturarlo él mismo.

—Cuando salgamos de aquí lo encontraré, te lo prometo.

«Realmente no importa». Dijo Alma completamente abatida.

Claro que importaba.

Buscó entre los recuerdos, ese ser iba a ser su objetivo en esa sesión le gustase a Alma o no. Ese gusano merecía el peor de los purgatorios, él mismo se encargaría de ello por mucho que Nolan pudiera negarse.

Aunque con tremenda cucaracha estaba seguro de que no podría pegas.

—¿Que no quieres desnudarte? ¿Eso dices? —preguntó el jefe.

Era otro día, un par de días antes cuando su voluntad no se había quebrado todavía.

—No lo haré, no soy una prostituta —dijo con bastante fuerza.

Vio como se le cambiaba la cara al jefe, como este se acababa convirtiendo en alguien peligroso. Era de temer.

—Sujetadla —ordenó.

Los dos hombres que flanqueaban su despacho entraron. No importó lo que gritó porque obedecieron a su jefe. Él se los ganaba con grandes fajos de billetes, también con chicas porque dejaba que las usasen cuando quisieran.

Alma gritó, forcejeó en vano y acabó suplicando.

Nada fue suficiente.

Ese ser, ese mismísimo demonio, ignoró su dolor y su miedo. Se acercó a ella y comenzó a romper su ropa, desgarrándola entre sus manos como si no importase nada.

Lloró desesperada ante tres hombres que no tenían corazón. Le mostraron que ya no tenía voluntad, que ya no merecía piedad y que no la encontraría en un lugar como ese.

Era solo un cuerpo.

Uno que pensaban explotar con o sin su consentimiento.

Cuando su ropa estuvo esparcida en el suelo como cristales rotos, la soltaron. Alma no

buscó taparse después de eso, ni siquiera con las manos. De nada serviría porque su voluntad ya no existía.

Era un juguete.

Una mujer sin alma, una jugada del destino que pegaba con su nombre.

—Solucionado, ahora haz tu trabajo —dijo el jefe—. No vuelvas a hacerlo porque dejaré que los peores perros jueguen contigo y eso estropearía tu perfecta piel. Ninguno de los dos queremos eso, van a pagar mucho por ti.

Era su juguete nuevo, la novedad.

Y eso daba siempre mucho dinero.

Cuando Douglas cerró el recuerdo salió de la mente de Alma a toda prisa. Nunca imaginó que iba a ser tan difícil contemplar algo así. Que ese recuerdo podía desgarrarlo lentamente.

¿Por qué no la conoció antes?

¿Por qué no pudo protegerla?

—Yo… Lo siento tanto, Alma —dijo alejándose de ella cuando la vio despertar.

Estaba realmente conmocionado.

Comprendía que los hechos vividos la habían roto hasta el punto de no volver a ser la misma. Nadie podía vivir eso y salir indemne como si nada. Profundizar en esos recuerdos era tan horrible que sintió verdadero dolor.

No existía monstruo comparable con esos recuerdos.

—¿Ahora lo entiendes? No merezco una buena vida después de eso.

Las palabras de Alma fueron las más desgarradoras jamás escuchadas. Ella había sido víctima en todo ese compendio de desastres. La abandonaron, los engañaron a Cody y ella para explotarlos por separado.

¿Cómo podía no merecer nada bueno después de eso?

—Te equivocas —escupió Douglas—. Solo por eso que he visto mereces tener una grandísima vida.

Así era.

Ahora era libre, pero el lastre del pasado tiraba de ella hasta el fondo.

—No es así —negó Alma.

¿Cómo podía ser tan cabezona?

Queriendo comprenderla más, quiso acercarse, aunque se contuvo. Quiso darle su espacio para digerir lo que acababan de ver.

—Dime una sola razón por la que creas que no lo mereces, una sola —pidió Douglas.

Alma sonrió.

—No me resistí lo suficiente –declaró abriéndose de brazos.

Aquello era un despropósito real.

—¿Cómo? —preguntó fuera de sí.

—Si hubiera peleado más, si no me hubiera rendido esos hombres jamás me hubieran hecho tanto daño. Yo se lo permití, hasta hubo veces que gemí para que acabasen antes. Soy tan culpable como los que pagaron por mis servicios.

Douglas luchó por no caer de rodillas a sus pies, hizo acopio de todas sus fuerzas de flaqueza para resistir. Quizás ahora era más consciente del alcance del dolor de Alma, de lo mucho que le habían hecho.

—Voy a acercarme a ti, ¿vale? —preguntó Douglas.

Esta aceptó.

A medio camino se detuvo dándose cuenta de que quería mostrarle algo. Darle una lección

que tal vez sí aprendiera. Las palabras ya eran inútiles con Alma, no existía consuelo suficiente en el mundo que curase esas heridas.

Douglas se quitó la chaqueta de su traje para después comenzar a desabotonar la camisa que llevaba.

—¿Qué haces? —preguntó Alma.

Era más que evidente.

—Me desnudo —contestó encogiéndose de hombros.

Ella retrocedió como si su mismísimo jefe muerto la fuera a perseguir de un momento a otro.

—No, no harás eso —le inquirió ella.

Sí.

Iba a hacerlo.

—Va a pasar —la advirtió quitándose la camisa.

Lo siguiente fueron los zapatos, uno voló en una dirección y el otro en otra totalmente descoordinados. Ahora solo tomaría su cinturón para quitárselo, así podría bajar sus pantalones.

Alma corrió tomando la chaqueta de su traje. Con ella entre sus manos, la apretó contra el pecho del dios mientras respiraba agitada.

—Tápate.

—No lo haré.

Ella enarcó una ceja, visiblemente enfadada.

—No quiero verte el rabo, me niego —declaró.

Eso lo sorprendió.

Orbitando unos pasos más atrás, se abrió de brazos dejando que esa mujer lo contemplase.

—De acuerdo, creo que podemos hacerlo sin enseñarte mi cola, pero te diré que es una gran cola, no sabes lo que te estás perdiendo —bromeó Douglas a pesar de que no era un momento para hacerlo.

Valió la pena porque a ella se la escapó una pequeña risa.

Y eso valía más que cualquier material preciado en el universo.

Acabó quitándose los pantalones quedándose cubierto por su ropa interior, era lo único que salvaba que no viera su intimidad. Aun así le gustó ver que Alma se sonrojó al verlo.

No iba a hacerse ilusiones, pero supo que le gustó lo que vio.

—No entiendo qué quieres conseguir con esto —confesó Alma.

Ahora se lo explicaría detenidamente.

—Yo me he desnudado a pesar de tu negativa, ¿cierto?

Era una pregunta extraña, lo sabía.

—Así es.

—¿Y de quién es la culpa de que me haya desnudado? —preguntó siendo más que evidente.

Alma suspiró.

—Todo ese juego mental no servirá. Sé lo que quieres conseguir —confesó ella alejándose un poco.

Había perdido ese enganche que pareció tener. Por un momento, al reírse, creía haber sido capaz de conectar con ella. Puede que fueran unos pocos pasos, pero conseguiría conectar de nuevo.

—No, no lo sabes. Yo he elegido desnudarme, no has tenido nada que ver. Me he quitado la ropa por voluntad propia. Es mi decisión —explicó.

Vio su rostro, ese que conocía tan bien y supo que ella quería salir de ahí. Miró a su alrededor tanteando la posibilidad de huir. Para su desgracia no existía resquicio por el que colarse.

Estaba atrapada con él.

—No quiero hablar de esto —le dijo Alma girándose.

Douglas orbitó ante ella.

—A ti te robaron tu poder de decisión, Alma. No te preguntaron si querías desnudarte o si querías estar con ellos. Decidieron por ti dándote golpes para hacerte entrar en razón, para conseguir que fueras más dócil.

Alma jadeó asintiendo. Así había sido, pero no quiso pensar en eso porque al tenerlo tan cerca se dio cuenta de las cientos de cicatrices que había en el cuerpo de Douglas. Las observó con horror dándose cuenta de cuántas veces habían tratado de arrebatarle la vida.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Alma.

Alargó una mano no siendo consciente de lo que hacía. Solo cuando notó la piel caliente de Douglas comprendió que lo estaba tocando. De todo ese catálogo de heridas eligió la más grande, la que cubría su hombro izquierdo.

—Este no es el tema —le regañó Douglas.

Alma sonrió.

—Tú estás viendo mi pasado, yo quiero ver el tuyo —declaró convencida.

Era un intercambio justo.

—De acuerdo —suspiró aceptando—. Era joven cuando recibí esta. Por aquel entonces mi madrastra Luz vivía en el infierno. Ya había traído al mundo sus más de sesenta hijos y parecía un periodo de paz. Pero yo no llegué a confiar en ella, no podía porque algo me decía que era un monstruo.

Alma acarició su hombro resiguiendo era herida tan espantosa.

—Nadie me creyó, pero alguien tan oscuro como yo puede reconocer el mal en cualquier lado —confesó con amargura—. Un día dejé de ver a Bella, pregunté y me dijeron que se había ido de viaje. Eso era imposible porque nunca se iba sin decirme nada. Nunca.

Su hermana y él eran carne y uña. Podían estar horas contándose la mismísima vida a pesar de que la sabían. No sabían vivir separados y, si lo hacían, debían ponerse al día rápidamente.

—¿Qué pasó después? —preguntó Alma.

Douglas cerró los ojos unos segundos mientras la mano de Alma viajaba de su hombro al pecho. Tocó otra cicatriz.

—Eso fue un demonio menor que no vi venir a tiempo —explicó.

No se lo esperó, Alma le dio un sonoro golpe en el pecho recordándole que le estaba explicando otra cosa.

—No quiero esa historia, quiero la del hombro —regañó.

—Eres muy mandona.

Ella sonrió orgullosa.

Si tan solo supiera que provocaba que el mundo se detuviera al sonreír… ¿Lo seguiría haciendo? Su pecho se aceleró dándose cuenta de que ella detectó cómo su corazón bombeaba con mucha más fuerza.

—Busqué por el castillo. Sabía que había una parte donde nadie podía acceder, llevaba prohibida siglos. Supongo que era una historia para asustarnos de niños y que no pudiéramos hacernos daño por la cantidad de armas que había allí.

Divagaba.

Realmente no era capaz de pensar en ese día con claridad.

—Douglas, céntrate —pidió Alma.

El mundo en sus manos hubiera puesto si así se lo hubiera pedido. Lamentablemente recordar

ese día era mucho peor de lo que hubiera imaginado nunca.

—Cuando entré no vi nada en un principio, la había ocultado bien. Solo seguí los pequeños rastros de sangre que encontré. De diminutas gotas fueron pasando a grandes charcos, corrí pasillo abajo gritando el nombre de Bella. Entonces la encontré.

Necesitó un momento para pensar en aquello.

No podía seguir con aquel relato.

Alma comprendió el dolor que le producía. Dejando de acariciar esa parte de su cuerpo, descendió lentamente por su brazo hasta tomarle la mano.

—Estoy aquí, puedes con eso —lo animó.

Esa mujer era increíble, aun rota poseía el corazón más bueno del mundo.

—Le habían cortado las alas para así Luz alimentarse de ella. Encontré al Bella al límite entre la vida y la muerte, desangrándose con dos largas heridas en la espalda —sentenció reviviendo ese momento—. La tomé entre mis brazos y orbité lejos de allí. No llegué al hospital cuando Luz me atacó.

Dolía.

Ese recuerdo era terrible porque siempre tuvo razón, porque si lo hubieran escuchado sus hermanos no hubieran sufrido tanto.

—Peleé con todo lo que tuve, pero malherido ella me sacaba ventaja. Al final fue mi padre el que vino a nuestro rescate. Luz me culpó inmediatamente. Destacó que no era su hijo, que era oscuridad pura y que había atacado a mi hermana celoso por sus poderes.

Alma apretó su mano recordándole que no vivía en ese recuerdo, que habían pasado años desde entonces y que solo era un momento vivido hacía demasiado tiempo ya. Ahora eso estaba lejos.

Bella estaba viva.

—Pero tu padre te creyó y os salvó, ¿verdad? —preguntó Alma.

Asintió.

Lo hizo.

—Lamentablemente lo vi, vi como una diminuta duda inundaba sus ojos. Por un momento creyó las palabras de esa mujer y se planteó que yo pudiera haberle hecho daño a mi hermana. Fue solo una fracción de tiempo ínfima, lo sé, no obstante lo sentí —explicó Douglas.

No quería entrar en detalles, ni el dolor que supuso entonces. Su padre había hecho todo lo posible y más por ser perdonado. Él no le guardaba rencor, sabía que había amado a Luz más que a su propia vida.

Que darse cuenta de que convivía con un monstruo tuvo que ser un dolor atroz.

—¡Oh! ¡Douglas! —exclamó Alma abrazándose a su cuerpo.

Ambos sintieron el aroma del otro inundándolo todo. Eran como la noche y el día, Douglas siendo claramente la parte oscura, nocturna y ella siendo la luz en la peor de las oscuridades.

No era por su pelo rubio, era por su corazón bondadoso.

—Supongo que por eso Luz me odia tanto, porque desbaraté sus planes fueran los que fueran —dijo Douglas finalmente.

Alma no pudo evitar acunar el rostro del dios después de tan tremendo relato. Jamás hubiera imaginado que vivir ese tipo de traición pudiera doler tanto. Esa mujer debió quererlo, cuidarlo y amarlo. En su defecto destruyó a toda su familia por poder vivir unos pocos siglos más.

Él se jactaba de ser el monstruo. Tan interiorizado tenía que era oscuro que se había creído la historia.

—Eres mucho más que maldad —certificó Alma—. Si hasta yo puedo verlo es que no estoy

equivocada.

Era hermoso a rabiar. Sintió que podía perderse en aquellos ojos negros el resto de su vida, que transportaban la paz que un día le arrebataron a golpes y gritos. Era como ese bote al que acceder cuando el barco se hundía.

Y eso la asustó.

No merecía salvación, lo sabía bien y, aun así, él parecía estar empeñado en querer dejarse el pellejo para hacerlo.

—Dímelo cuando siga torturándote con tus recuerdos —bromeó Douglas.

Solo en esos momentos le caería mal.

Debió retirarse entonces, supo que era el momento clave para no seguir cayendo en la red de ese hombre. De haber sido un pez supo que hubiera nadado a pesar de saber que él la sacaría del agua.

—Deberíamos hablar de cómo te quitaron tu voluntad… —recordó Douglas.

Ahora no importaba.

—No, más tarde —susurró Alma.

Él lo aceptó a pies juntillas.

Entonces se dio cuenta de que Douglas no la había tocado en todo ese momento. Sus manos seguían a los lados de su cuerpo dejándose llevar por sus caricias. Se había contenido, apretando los puños luchando contra sí mismo.

—Esto no es un juego…

Alma lo supo.

—Me apetece mucho otra cosa y podría ser decisión mía —dijo.

Eso era jugar sucio, pero podía convertirse en cualquier cosa si Douglas estaba cerca.

Solo si él la miraba de esa forma.

—Pídemelo —ordenó Douglas tan susurrante que de haber habido más gente en la sala, no lo hubieran escuchado.

¿Debía hacerlo?

Tal vez caer en eso era contraproducente, no obstante, era algo que necesitaba casi más que respirar.

—Quiero besarte… —declaró Alma mirándolo a los ojos.

La sorpresa fue algo que no pudo ocultar Douglas, no al menos a tanta velocidad como para que ella no lo viera. Le gustó la sonrisa perversa que recibió después porque era tan provocativa que la encendió.

—Yo también quiero —confesó el dios.

Esa era una buena noticia.

De las mejores.

Douglas no se movió, expectante por su siguiente movimiento porque esta vez él no iba a tomar la iniciativa. Habían hablado de decisiones, de voluntad y esta vez era Alma quien decidía.

Perdiéndose entre comprender si era bueno o no lo que estaban haciendo, ella dejó atrás cualquier atisbo de duda.

No pensó cuando se puso de puntillas para besarlo. Solo dejó que sus labios tocasen los de Douglas tomándolo de verdad. Ese fue el pistoletazo de salida que necesitó para que sus manos al fin la tocaran.

Gimió en su boca cuando notó que la apretaba contra su pecho, su toque siempre era tan caliente que creyó ser capaz de derretirse allí mismo. Iban a combustionar el uno al otro si seguían así.

Sus lenguas bailaron un baile que solo ellos conocían. Con cariño infinito, se saborearon para después morderse con verdaderas ganas. Eran lo que el otro deseaba, lo que sus cuerpos pedían.

Y Alma necesitó ir un paso más allá.

—Tócame… —pidió alejándose lo suficiente como para hablar, pero no tanto como para no seguir rozándole los labios.

Douglas emitió un gruñido de advertencia.

Sí, ese que le decía que si seguía jugando con fuego se quemaría.

—Solo un poco al menos —negoció Alma.

Douglas rio tomándola de la nuca para dirigirla a su boca. La besó quemándolo todo a su paso mientras cientos de recuerdos ardían en mil pedazos, quedando olvidados en un cajón para siempre.

No avisó, tampoco le dio tiempo a prepararse cuando su fuerte mano le tomó un pecho. Alma tembló entre sus manos dándose cuenta de que era el primero que la tocaba tan íntimo después de tanto tiempo.

Rompió el beso lo justo como para mirar abajo, hacia ese toque.

—Solo un poco… —replicó sus palabras Douglas.

Sí.

Ese era el trato.

Temblando de miedo, Alma lo miró y dejó que sus brazos se envolvieran alrededor de su cuello.

Asintió haciéndole entender que estaba bien a pesar de todo. Ese toque era más placentero que cualquier otra cosa que hubiera experimentado en el mundo entero. No era por la mano si no por el hombre al que pertenecía.

Douglas apoyó el mentón en la frente de ella haciendo una pequeña pausa. Ambos sujetos el uno contra el otro fue una gran experiencia. Entonces las alas de ese hombre los cubrieron por completo.

Fue tan mágico que Alma no fue capaz de esconder su sorpresa. Jadeó su nombre mientras las plumas la acariciaron suavemente.

—Eres increíble —anunció ella.

—Te equivocas, Alma. Tú me haces así, fuerte para seguir queriéndote.

Dejó su pecho para darle la calma que necesitaba. Después de tanto tiempo se dio cuenta de que no podía permitir que la tocasen así como así. Necesitaba calma, ir paso a paso.

O consumirse ante Douglas, esa era la mejor opción.

Se besaron buscándose en la oscuridad que propiciaron sus alas. Se tomaron el uno al otro con sumo cariño, descubriendo que no eran tan distintos el uno del otro. Cada uno tenía sus propios monstruos en el armario.

Pero estaban allí.

Peleando por seguir adelante.

Puede que hubiera esperanza después de todo.

CAPÍTULO 24



Que fuera Valentina su próxima visita médica fue algo que sorprendió a Doc. Extrañado, se apartó del ordenador para atenderla. Aparentemente no parecía tener alguna dolencia grave.

—¿Qué ocurre? —preguntó el doctor.

Valentina colocó las manos a modo de disculpa.

—Sé que lo que he hecho está mal, pero no encontré otra forma.

¿Hablaba en clave?

Quizás ya había descifrado el lenguaje que usaban los adolescentes de la base. Ellos que se creían tan modernos y parecían haber inventado una forma de comunicación nueva.

—Explícate —ordenó Doc siendo más borde de la cuenta.

Sabía de sobra que a Leah no le iba a gustar que le hablase así a nadie y menos a su medio hermana. Si se enteraba iba a despellejarlo públicamente, quemarlo y esparcir sus cenizas entre los rosales, esos mismos que le iban muriendo porque, aunque no lo reconociera, la jardinería no era lo suyo.

—No me pasa nada, ni estoy enferma ni nada. Solo quería hablar contigo y como tienes peor agenda que un ministro… Esta era la única manera de conseguir un poco de atención.

Era un miserable.

Se había aislado de todos, nuevamente.

Otras veces había sido conscientemente, esta quizás no tanto. Tendía a separarse de los tumultos pasando desapercibido. Bueno, en realidad a veces mordía para que lo dejasen en paz.

Y surtía efecto.

—Sé que tengo un carácter difícil, debí contestar tus llamadas —reconoció Doc.

No podía poner excusas. Tener una hermana era algo que lo había sobrecogido, pero fue una alegría. Durante los primeros meses habían hecho muchas cosas juntos, pero se agobió.

Su forma de ser lo oscureció todo.

—¿Hice algo malo? —preguntó Valentina.

Negó fervientemente.

—No. No hay nada de malo en ti, Valentina —dijo Doc.

Ella sonrió de forma amarga.

—Ahora dirás que no soy yo, que eres tú y ese rollo.

Por desgracia así era. Asintió dándole la razón muy a pesar de que era la peor excusa del

mundo entero.

—No tienes el hermano más sociable del mundo, soy arisco —reconoció Doc.

Valentina se cruzó de hombros aceptando eso, asintió dándole la razón. Nadie podía negar que eso era más que evidente. Después de tratarlo durante tiempo era fácil llegar a esa conclusión.

Aunque era más.

Su carácter no era así porque sí y ya está. Era un dios, uno que era el hijo del enemigo acérrimo de la base. Su padre los había asesinado, golpeado y secuestrado. Y no solo eso.

Había exterminado a toda su familia, Doc incluido.

El ser que debió protegerlo, amarlo y ayudarlo a crecer fue su peor enemigo. Y no concebía otra forma más dolorosa que morir a manos de tu padre. Esa traición era de las que te destruía por dentro.

—Yo diría que es más que eso, pero no te lo tendré en cuenta por esta vez. Además, comprendo que estés más despistado con Winter lejos de aquí —canturreó Valentina provocando que su hermano diera un respingo.

Después negó con la cabeza.

Lamentablemente ella sabía la verdad, en realidad toda la base.

—Es mucho mejor así. Ra fuera de su cabeza y podrá disfrutar un poco de una vida normal de una vez —explicó Doc.

Y una mierda.

Ella no quería eso.

—Pero puedes ir al infierno, ¿no?

No eran tan conocidos como para pisar ese terreno, de hecho, lo vio en sus ojos dispares. Acababa de pisar una mina, la había activado y estaban a punto de saltar por los aires.

—Y tú podrías… —soltó antes de contenerse.

Apretó los puños buscando encontrar la calma que necesitaba para seguir adelante. Cuando la encontró pareció ser otro, casi como si hablase con un hombre totalmente diferente.

—No iré, aunque sí que puedo. Prefiero que esté lejos.

Porque estar tan cerca estaba acabando con Doc. La presencia de Winter lo llenaba todo, él se sentía tan atraído que ya nadie podía negarlo. Esa mujer era el apoyo y la muleta de ese hombre.

Al mismo tiempo también se convertía en su perdición.

Algo que debía asustar.

—Mira, sé que soy tu recién estrenada hermana. Con Ra habéis tenido tiempo de sobra para conoceros, pero quiero que sepas que me tienes aquí para lo que necesites. No puedo hablar de Seth porque no lo conozco y, aunque me han contado lo que te hizo, no alcanzo a imaginar cómo tuvo que ser. Aunque sí sé lo que es perderlo todo y lo que duele.

Valentina había perdido a Alek cuando más lo necesitaba para recuperarlo años después.

—Si tienes algo bueno en la vida, tómalo sin contemplaciones. Otro no se lo hubiera pensado tanto como tú —explicó ella.

Doc asintió lentamente.

La había escuchado y, tal vez, comprendido, pero estaba lejos de compartir su pensamiento.

—Ella no quería estar en este mundo, no merecía esto y Seth y Ra saben que me importa. Eso le ha puesto una diana en el pecho tan grande que no hay barrera disponible para salvarla. Por eso prefiero que se quede en el infierno, porque es el único lugar en el universo donde no podrán llegar. —Tragó saliva—. Ella estará a salvo allí y así podré centrarme en destruirlos.

Alguien llamó a la puerta dejando en el aire si hubiera dicho algo más. Dane entró y le

comentó algo de un paciente que requería su atención. Tras un sonoro gruñido de desgana, el doctor decidió ir a hacer su trabajo.

—Hablamos en otro momento, ¿vale? —preguntó Valentina.

Su silencio debía servirle como un sí. De todas formas vivían en la misma base, no iba a poder huir por mucho que lo intentase. Así que hablarían le gustase o no, ella se había empeñado en ayudarlo.

—¡Ey, ventisca! —gritó Lachlan cargado de cosas.

—Hola, lobo —contestó ella.

Dane le dijo que fuera un par de habitaciones más allá para dejar lo que transportaba.

—Ojo con juntarte mucho con tu hermano que se te pega su alegría. Yo te recomiendo ir a monólogos después para desintoxicarte —le dijo el alfa siendo incapaz de abrir la puerta que le acababan de decir.

En su interior quiso ser cruel, dejarlo allí peleándose, pero pasados unos treinta segundos cedió y fue a abrirle.

—Si en el fondo te apiadas de este lobo sexi. —Le guiñó un ojo.

—¿Para qué ir a monólogos si te tenemos a ti?

Su humor podía curar cualquier tipo de herida. Puede que a Doc no hubiera llegado, sin embargo, ese era un muro demasiado alto como para escalarlo. El resto disfrutaba en mayor o menor medida de su forma de hacer reír.

—Si quieres mi consejo, yo encerraría a Doc y Winter en una habitación hasta que follasen como animales. Algo así como ha hecho Douglas, tipo listo en mi opinión. Así se solucionan todos los problemas. Después nos cargamos a Seth y a Ra y a vivir felices —explicó dejando las cosas que cargaba sobre una gran mesa.

El dolor que portaba el lobo jamás sanaría. Por culpa del enemigo había perdido a su hermana, eso no podría salvarlo jamás. Ojalá fuera posible que todos los caídos regresasen, sanar las heridas y tener una gran vida en paz.

—¿Y quién los encierra? —preguntó Valentina entrando al juego.

El lobo sonrió pícaramente.

—Eres una semidiosa, mételes una patada en el culo a los dos y después tiramos la llave. Ya saldrán.

Era un gran plan.

Nunca se llevaría a cabo, aunque pudiera funcionar.

—Mejor dejo que seas tú el que los encierre —anunció Valentina.

Eso fue como una traición y lo hizo saber llevándose una mano al pecho como si le acabase de disparar.

—¿Y que tu hermanito me reviente el culo de un patada? ¡No gracias! Sé a quién puedo tocarle las pelotas y a quién no. Tu hermano es de esos seres a los que mantener a una distancia prudente.

No le faltaba razón.

Doc era peligroso.

El Anubis debajo de su piel lo era.

Y que siguiera con ellos significaba muchas cosas.

—Cobarde… —canturreó Valentina.

Lachlan gruñó saliendo corriendo al pasillo, justo ahí hizo aspavientos con los brazos llamando a Dane.

—¡Oye! ¿Ella puede estar aquí? Yo porque estoy echando una mano en las cuatro cosas que

hacía Pixie, pero la ventisca es mejor echarla a volar, ¿no? —dijo.

El devorador se encogió de brazos.

—A mí no me molesta.

—Cobarde, iba a proponerte llenar el trozo de cama de Pixie y no te lo mereces —bromeó Lachlan.

Dane negó.

—Ni loco entras en mi cama.

—¿Dudas de tu sexualidad?

Menos el lobo, los otros dos se echaron a reír casi pensando lo mismo.

—De mi cordura. Te mataría mientras duermes —prometió Dane.

Lachlan los miró dándose cuenta de que les acababa de sacar una sonrisa. Los problemas se habían alejado unos segundos, los suficientes.

—Bueno, pues voy a darle por culo a Dominick que seguro que me extraña —declaró antes de irse.

CAPÍTULO 25



Para cuando Alma abrió los ojos tuvo la sensación de haber despertado de un letargo demasiado largo. Su cuerpo pesaba mucho más de a lo que estaba acostumbrada, fue como renacer de nuevo.

Peleó contra sus párpados para que estos se abrieran. Ellos, perezosos a consecuencia del cansancio, cedieron lentamente hasta que consiguió vislumbrar toda la estancia.

Ese lugar tan pequeño y a la vez tan inmenso, ese trozo de universo del que no podía escapar por mucho que lo intentase.

Y Douglas, ese carcelero al que no le pertenecía la llave, estaba apoyado en la pared más lejana. Ese ser, más bien un dios, no parecía sentir la necesidad de dormir o descansar.

Tenía un objetivo, lo cual lo convertía en un ser peligroso y en ella como su presa. Tarde comprendía que pasar de amiga a su foco de atención era mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

Estaban allí y seguirían encerrados hasta que ella se liberase de su pasado.

¿Cómo hacerlo?

Si tan solo comprendiese que no era tan fácil como pretendía, que era mucho más complejo que cualquier reto jamás obtenido. No existía un botón de reinicio, uno que diera marcha atrás para cambiar lo que una vez fue.

Los recuerdos no solo estaban en su mente, también estaban sobre su piel. Para su sorpresa la piel poseía memoria, una que se negaba a olvidar los golpes y abusos recibidos durante años.

¿Cómo dejar todo eso atrás?

¿Existía la redención para alguien como ella?

—Buenos días —dijo Alma con una sonrisa falsa.

Douglas asintió.

Su compañero de prisión parecía haber enmudecido durante la noche.

—¿Todo bien? —inquirió.

Parecía ausente. No estaba distraído es que casi parecía haber abandonado su cuerpo y estar en otro lado.

—¿Douglas?

Alma, a pesar de las reticencias iniciales, avanzó hacia él poco a poco. No volvió a pronunciar

su nombre, solo recortó la distancia que los separaba para tratar de esclarecer qué era lo que le ocurría.

Ante él se dio cuenta de lo alto que era o lo bajita que era ella.

Sonrió ante ese pensamiento y esperó a que ese hombre reaccionase.

—¿Todo bien? —preguntó Alma.

Él se encogió de hombros.

—Eso no depende de mí, solo de ti —declaró.

Entonces desapareció en el aire, esfumándose como si nunca hubiera estado allí. Alma, sorprendida, giró sobre sí misma para darse cuenta de que toda la sala también lo hizo.

No quedó nada más que ella suspendida en el aire de una forma que no llegó a comprender.

—¿Qué? —preguntó.

Entonces cayó en la cuenta de algo. Aquel lugar no era la realidad, nunca lo había sido porque estaban en su cabeza. Estaban en otra sesión, en otro intento de ayuda, un nuevo momento para revivir esos instantes que ya no le pertenecían.

—Te noto distraída —dijo el verdadero Douglas dentro de su cabeza.

—Es solo que… Nada.

—Cuéntamelo.

Como si fuera tan fácil admitir que comenzaba a tener alucinaciones.

Suspiró.

—Ha sido como un sueño. Yo despertaba y estabas a lo lejos, sin hablar, después te has desvanecido y he recordado que estoy aquí, encerrada —explicó algo molesta.

No hacía falta decirlo en voz alta.

Era patético y vergonzoso.

—Es algo habitual, tu cerebro está peleando contra mí —explicó Douglas con toda la tranquilidad del mundo.

¿Cómo podía hacerlo así?

—Así que, ¿tienes efectos adversos? —preguntó Alma.

Eso sí que era divertido.

—Sí, soy como un medicamento. Hasta puedo producirte jaqueca.

No lo dudó ni un solo instante. Después de lo que estaba pasando allí sabía que iba a necesitar mucha medicación para paliar la migraña que buscaba acecharla. Y ahí sí que no habría otra cura disponible.

—Pues podrías salir y hoy podríamos hacer algo diferente —propuso ella.

No hizo falta ni insistir. Douglas accedió tan rápido que fue como si encendieran las luces de una habitación de golpe. Salió con ella dándole de nuevo el control de su cuerpo y su voluntad.

—¿Qué quisieras hacer? —preguntó el dios.

Alma, algo aturdida, se incorporó sentándose en el borde de la cama.

Pensó un poco.

—Háblame de ti.

Eso no le gustó ni un poco. Lo supo por cómo se le borró la sonrisa al instante y también por la forma en la que apretó la mandíbula. No lo quiso admitir en voz alta, pero estaba convencida de que esperaba otra cosa.

—A ver, no es por escaquearme, de verdad. Quiero conocerte —confesó Alma.

Se sonrojó.

Lo supo porque notó completamente encendidas sus mejillas. Tal vez decir eso en voz alta no había sido buena idea después de todo.

—Aquí hablamos de ti, de tu vida —recordó Douglas.

Alma se cruzó de brazos, no fue por que estuviera molesta con él, solo porque necesitaba ese momento. Ese alto en el camino podía beneficiarles a ambos, no solo a ella.

Es más, sentía curiosidad.

—Y seguiremos haciéndolo, pero déjame conocerte —pidió Alma.

Fue bastante persuasiva porque al final Douglas accedió. Se rindió dejando caer los brazos y los hombros bajaron también cambiando a una postura algo más amigable. No estaba mal del todo.

—Ya conoces suficiente de mí. Soy hijo de Oscuro, su hijo mayor y dios de la creación. Fui el que encendió una chispa entre Cody y tú.

Y por eso se culpaba.

Lo vio claramente.

Sobre sus hombros llevaba esa culpa que amenazaba con aplastarlo. Alma le tuvo rencor en su momento, no por el hecho en sí, solo por ocultárselo. En parte él jugó con ventaja un tiempo.

Al final comprendió que eran los hechos de un dios, que ellos siempre poseían un comodín de más en la partida.

También supo que su arrepiento fue real.

Alma caminó hasta él quedando frente a frente, viendo la oscuridad de sus ojos y la seriedad de su rostro. No era así, era un hombre afable, gentil y bueno a pesar de llevar esa capa de oscuridad sobre sí.

—¿Y qué más eres? ¿Quién fue tu madre? ¿O fuiste como Atenea que nació solo de Zeus?

Douglas sonrió en ese momento.

—Mi madre era una diosa menor que Luz ejecutó para enamorar a mi padre. ¿Satisfecha? Soy un pobre huérfano de mi madre, algo que supimos muchos años después, cuando desenmascaré a aquella zorra enfermiza.

El odio que destilaba era el veneno más potente. Su pecho subía y bajaba a tanta velocidad que creyó ser capaz de escucharle los latidos del corazón.

—¿Te llevas bien con todos tus hermanos? —preguntó atrayendo su atención hacia el otro lado.

Y picó.

—Casi, Dark es un imbécil engreído, pero no es mal tío. En el fondo chocamos porque somos muy parecidos.

Un nombre muy curioso para una persona.

—¿Y quién es tu favorito? —siguió Alma su interrogatorio.

Este cabeceó.

—Eso es como hacer a un padre elegir entre sus hijos, pero como no soy padre diré que Bella y Aimee.

Le gustó que fuera directo.

—¿Bella?

Este asintió orgulloso.

—Es la comandante del ejército de Oscuro, mi padre. Te la presentaré al salir de aquí.

Alma la recordó al instante. Fue la misma que le dijo que Douglas vendría a por ella, a buscarla expresamente le gustase o no. Ahora sabía que esa mujer era una de sus hermanas predilectas.

—Tuve «el gusto» de conocerla.

Eso no lo sorprendió.

Hasta pareció enorgullecerlo.

—Espero que no fuera muy antipática —deseó Douglas.

Esa no era la palabra que ella hubiera usado. De hecho recordaba más cómo le había intentado tirar los tejos a un Nolan que no supo cómo encajarlo. A pesar de la amenaza de que Douglas vendría, por lo demás fue un encuentro bastante entretenido.

—Parecía maja.

—Eres de las primeras que diría eso de un encuentro con ella. A veces puede ser demasiado… intensa.

Alma rio.

—Trabajé con Nick en una base llena de Devoradores, sé lo que es la intensidad. Estoy acostumbrada.

Ambos rieron con bastante despreocupación. En otro lugar y circunstancia esa hubiera sido una conversación mientras tomaban un café. Tal vez hubieran ido a cualquier lugar del mundo para tener intimidad y hubieran estado durante horas y horas hablando de ellos.

—¿Los extrañas? —preguntó Douglas.

¿A los Devoradores?

Cada minuto de su vida.

La base había sido su casa, la real, la que nunca le fallaba. Ellos habían peleado de verdad por ayudarla, animarla y conseguir que tuviera una vida real. Tenía amigos reales allí.

Y los amaba.

Por eso se sacrificó por todos. Aria tenía a Sergei, de sacrificarse ella su amigo también hubiera muerto. No podía permitir que eso ocurriese. Nadie de ellos merecía morir y por eso lo hizo.

Eran su familia.

¿Cómo no sacrificarse por lo más importante?

—No fue una liberación morir, ¿sabes? Yo sé que estoy rota, pero era feliz allí. Cuidaron de mí. Los extraño.

En especial a Nick.

Su jefe y amigo.

¿Qué le habría supuesto a él perderla?

Douglas bajó para mirarla todavía más a los ojos, si es que eso era posible. Alma creyó echarse a temblar bajo una mirada tan demoledora como la que tenía aquel hombre. Eso le hizo recordar todos los momentos que vivieron juntos.

Sus visitas a la base, sus conversaciones de todo y de nada.

Él también formaba parte de su familia le gustase o no.

—Conseguiremos que vuelvas, te lo prometo —sentenció Douglas.

Tembló escuchándolo.

Tal vez los Devoradores nunca la aceptasen de nuevo. Después de lo que les había hecho quizás la odiasen o la habían olvidado. Los miedos la apresaron a la velocidad de la luz.

Fueron las manos de Douglas sobre sus hombros las que alejaron de golpe aquellas primeros pensamientos negativos.

—Ellos han hecho todo lo posible por traerte de vuelta, nunca se han rendido.

¿Era eso cierto?

¿La seguían queriendo?

—¿De verdad? —preguntó Alma dándose cuenta de que estaba al borde de las lágrimas.

Douglas asintió.

Por primera vez en mucho tiempo supo lo que era la alegría, la de verdad. No la habían abandonado y tampoco castigado por ocultarles cómo se sentía. Abrazó al dios con todo el alivio de su corazón, fundiéndose con su cuerpo.

—Gracias.

No estaba preparada para abrirse a su pasado, pero poco a poco empezaba a tener alicientes para enfrentarse de verdad a ello.

CAPÍTULO 26



—Si me vuelve a pillar Chloe se va a pensar que le estoy poniendo los cuernos —se quejó Nick.

Chase, que todavía no tenía claro qué hacía a cuatro patas en el suelo buscando, se incorporó un poco para mirarlo detenidamente. Su amigo sudaba como si acabasen de abrir las puertas del infierno y apenas habían unos felices veinte grados de temperatura.

—Miente mejor —propuso con total tranquilidad.

Eso no iba a ayudar.

Lo peor era que lo sabía.

—Amigo, creo que vamos a tener que hablar sobre eso. Somos Devoradores de pecados, a nuestra raza se le da muy mal el mentir —le explicó como si su amigo no llegase a la respuesta solo.

Chase le regaló un corte de mangas.

—Pues no sé qué más decirte.

Aquella sala era un lugar que poca gente frecuentaba, aun así, Nick sabía que su mujer ya comenzaba a sospechar algo. No podía enterarse de lo que estaba preparando, así que solo deseó que no descubriera la verdad.

—Además, tú sabes que a Aimee le cuesta más mentir que a ninguno de nosotros. Vale que poco a poco vaya siendo algo más humana, pero temo que la interrogue a ella —declaró Nick.

Casi como si su nombre la hubiera llamado, Aimee orbitó ante Nick fulminándolo con la mirada. Fue tan intensa que el Devorador acabó de nuevo de rodillas suplicando perdón.

—Me fustigaré si quieres —propuso Nick.

La diosa puso los ojos en blanco.

—No creo en ese tipo de castigos, aunque confío en que permitirás que Chase y yo nos vayamos de vacaciones lejos el mes que viene, quince días por lo menos —propuso Aimee luciendo una sonrisa.

Eso provocó que Nick se levantase de un salto señalándola con un dedo acusatorio.

—¡Eh! —se quejó.

No pareció que le importase demasiado.

—Has dicho que cada vez soy más humana, me he percatado de que un favor se puede

compensar con otro favor —explicó como si de una fórmula matemática se tratase.

Nick, visiblemente emocionado, la abrazó con fuerza. Ella pareció colapsarse porque se quedó totalmente rígida mientras buscaba con la mirada a Chase, el cual pareció totalmente tranquilo.

Eso la calmó a ella.

—Si es que ya casi eres normal, soy tan feliz —anunció Nick.

Dramático.

Eso es lo que era.

—Anda, suéltala que me la vas a desgastar —se quejó Chase mientras tomaba los brazos de Nick para separarlos.

Justo en ese momento Nick lo abrazó a él y mucho más fuerte, tanto que Chase profesó un jadeo ahogado.

—Ay, con lo que a ti te gustaba compartir y ahora eres celoso y todo. Si sabes que os quiero por igual. Ven que te dé mi calor de pecho, Chasito mío.

Luchando por soltarse, el Devorador corrió en cuanto lo consiguió. Y, cuando sacó una distancia prudencial, levantó uno de sus famosos escudos protegiéndose de aquel hombre.

—Cobarde —escupió Nick.

—Loco —contestó él.

Así era su relación y Nick no concebía que cambiase. Chloe había llegado a ese trío llenando el espacio que faltaba, aportando la pieza que necesitaban para que los cuatro funcionasen bien.

Eran algo especial, aunque pudiera existir gente en el mundo que no lo comprendiera.

—Mira, Aimee, te doy esas vacaciones si Chloe y yo podemos ir —propuso Nick sacándole una sonrisa a la diosa.

Esta duró un poco después.

—¿No dijiste que tenía mucho trabajo?

Así era, pero sería capaz de convencerla. Necesitaban desconectar después de tanto tiempo allí. Era el momento de conocer mundo, además, con la capacidad de Aimee de orbitar era mucho más fácil regresar si ocurría algo.

—Me la trabajaré para convencerla —explicó Nick.

No pudieron seguir hablando porque la puerta de aquella sala, que nunca usaban, se abrió de par en par. Los tres dieron un brinco cuando eso sucedió y se sorprendieron de encontrarse de frente con Darius y Dane.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Darius.

—Creo que nosotros podemos hacer la misma pregunta —dijo Chase.

Aimee orbitó obligándolos a entrar para después cerrar las puertas para que nadie pudiera ver lo que estaban haciendo allí. Era de vital importancia que nadie se enterase y, quien ya parecía saberlo, que guardase el secreto.

—No podéis contar nada de lo que veis aquí —advirtió Aimee.

Los dos mentalistas observaron a su alrededor, no tardaron en comprender de lo que se trataba y sonrieron de forma cómplice. Fue algo que puso nervioso a Nick, no estaba acostumbrado a que supieran sus secretos.

—Tío, me alegr…

Nick cortó a Dane.

—No digas nada. Solo guardadme el secreto —pidió bastante apurado.

Asintieron sellando el trato.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? Este lugar de la base suele pasar bastante desapercibido —preguntó Chase.

Quedando al otro lado de la base, no era un lugar que frecuentase nadie. Solo por ese motivo estaban haciendo aquellos preparativos allí. Aunque, a decir verdad, les resultó curioso ver que ellos estaban allí.

—Por eso estamos aquí —declaró Darius.

No dio más explicaciones.

Lo cual tampoco era una novedad para quién se trataba.

—Me está ayudando con mis poderes, a controlarlos —declaró Dane—. Además, tengo la sensación de que algo en el Infierno no va bien. He tratado de hablar con Doc, pero no escucha. Tengo una mala sensación desde que Pixie se fue.

Nadie en la base dudaría de Dane. No solo era uno de los mejores mentalistas del mundo, también poseía una intuición prodigiosa. Si él decía que pasaba algo era porque notaba algo extraño.

—¿Has hablado con Pixie? —preguntó Nick.

Asintió.

—Me dijo que un súcubo les atacó, pero fue algo menor. No sé, llamadme loco, pero creo que hay algo allí abajo. Además, ¿cómo es posible que Quill no sea capaz de orbitar? —preguntó Chase.

Sí.

Eso era lo más extraño.

Además, Douglas había intentado traerlos antes de encerrarse con Alma y no lo había conseguido. Algo los atrapaba en aquel lugar, alejándolos y dificultando que se pudieran ir.

Su mejor baza hubiera sido Aimee, no obstante, era el único lugar del universo donde no podía pisar.

—Le preguntaré a Nolan, estoy seguro de que si hay algo podrá decirme qué es —propuso la diosa.

Eso pareció calmar a Dane, aunque no del todo.

—¿Y tú qué opinas?

Chase preguntó directamente a Darius, como si en él pudiera ver algo más, algo que callaba para no preocupar al resto.

—Opino que tiene razón —concluyó y pudo quedarse ahí, pero continuó—. Hay una magia extraña a su alrededor. Creo que les han tendido una trampa.

Fue duro para Dane escuchar eso. Por mucho que su corazón lo sospechase, que la amenaza fuera real dolía más de lo que hubiera imaginado jamás. Lo vieron cabizbajo y apretando los puños.

—¿Y si bajamos? —preguntó Nick.

Todos lo miraron.

—Podemos suplicarle a Nolan que nos lleve a algunos. Yo me presento voluntario para bajar y patear el culo que sea. Y estoy seguro de que tú, Dane, bajarías de cabeza. Bueno, al menos yo lo haría si fuera mi mujer la que estuviera allí abajo.

Ese era un gran plan.

—Voy a hablar con Dominick y Doc, por si se lo repiensa. Tienes razón, tenemos que bajar. Gracias, tío —agradeció Dane antes de girar sobre sí mismo y salir corriendo de allí.

—Iré también con él. Sospecho que Anubis sabe más de lo que dice, quizás con la persuasión adecuada… —propuso Darius.

Nick frunció el ceño.

—¿Anubis? —preguntó, confuso.

Sin verlo venir, Chase le propinó un sonoro codazo en las costillas.

—Doc.

—¡Oh! ¡Es verdad!

Tan acostumbrados estaban a llamarlo Doc que parecía haber olvidado su nombre original. Ese que podía ser bastante temido si se decía en voz alta, en realidad todo él podía ser temido.

Con la marcha de Darius los tres se quedaron en un silencio sepulcral. Casi comprendiendo lo que ocurría, Chase y Nick compartieron una mirada cómplice y buscaron a Aimee.

Ella había seguido con los preparativos de la sala casi desconectando de la conversación inmediatamente.

Supo que Chase quiso ir a consolarla, pero esta vez lo detuvo pidiéndole permiso para ir él. Aceptó a regañadientes y supo que le dolía verla así. Puede que para los demás fuera su pose seria habitual, pero ellos la conocían de verdad.

—Ey, deja esto. Ya llevas mucho rato aquí, quizás podrías descansar un poco —propuso Nick con dulzura.

Trató de quitarle un lazo que tenía en las manos, uno que quería colocar en la pared, pero no se dejó. Aimee tiró con brusquedad evitando que se lo quitase y continuó con su faena.

—Vamos, Aimee, por favor —dijo poniéndole la mano sobre el antebrazo.

Esta lo miró con frialdad.

—Es mejor seguir, así cuando vuelvas estará todo hecho.

Su corazón dolió un poco al escuchar esas palabras. Ese lugar que iban a visitar debió ser su hogar, pero su madre Luz le arrebató ese derecho. Eso debía doler mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Sé que es injusto, lo sé. Y si quieres puedo prometerte que te haré mil fotos para que sepas lo que es aquello —propuso Nick provocando que Aimee cerrase los ojos.

Dolida.

—Quisiera ir a protegerlos, no obstante, puedo enviar a otros si te duele demasiado.

Esta negó.

—No te negaré hacer lo que quieres hacer. Es un bien para ellos —contestó sin emociones en la voz.

Sabía enmascararse bien, esconderse tras el atuendo de diosa y olvidar que las emociones eran realmente válidas. Que no pasaba nada por demostrarlas de vez en cuando.

—Sé que te duele y daría cualquier cosa por ayudarte a ir. No lo hago por hacerte daño.

Aimee ladeó una sonrisa.

—Sé que nunca me harías daño por voluntad. No estoy enfadada contigo.

Lo estaba con el mundo por arrebatarle su derecho de nacimiento.

—Pídeme que me quede y lo hago, no quisiera que esto se rompiera por no hablarlo.

No lo haría.

Su noble corazón nunca le pediría algo semejante.

Por eso hablaría con Dominick para ver quién iba a ser mejor que descendiera. No iba a jugársela con Aimee sabiendo que muchos podían ocupar su lugar. Su relación era una de las cosas más importantes.

Además, si Chloe se enteraba de que iba al infierno dañando a su amiga lo haría dormir en el patio en pleno invierno hasta que se congelase. Nadie defendía más a la diosa que su mujer.

Era su niña mimada y pobre de quien le hiciera daño.

Y, si al final se concluía que él era uno de los que descendía, iba a tener que compensárselo el resto de su vida.

—Puedes ir. De verdad —anunció Aimee.

Chase no pensaba bajar, lo vio en sus ojos y en cómo cubrió a Aimee con sus brazos. Ambos comprendían el dolor que pudiera causarle aquel viaje a una mujer que no podía descender. Pero él era el segundo al mando, no podía quitarse las obligaciones así como así.

—Preguntaré a Dominick si alguien puede ocupar mi lugar —propuso sonriéndole amablemente.

Esta negó al mismo tiempo que levantaba una mano para acariciarle la mejilla.

—Es tu deber. Eres el segundo y una expedición así siempre suele llevarte a ti. Yo estoy bien, estaremos bien —prometió Aimee.

A veces resultaba difícil ser quien era.

—No quiero romperte el corazón.

—Te romperé las piernas si no vas —bromeó la diosa.

Todos rieron ante sus palabras, fue como si hubieran aceptado que iba a pasar. Tal vez después a Aimee le costase un poco, que estuviera algo arisca por estar enfadada, pero salvarían eso.

Era un bache que podían permitirse.

¿Verdad?

Nick acunó su rostro.

—Dime que no te perderé con esto. No me mientas porque lo detectaré —recordó mirándola a los ojos.

Los de ella parecía desear arrancar a llorar solo que no lo harían porque era una mujer muy fuerte. Parecía estar dispuesta a soportar eso doliera lo que doliera.

—No vas a perderme, Nick. Seguiré aquí, aunque sí que duele un poco. Es envidia más bien —reconoció.

Lo sabía.

Y ojalá existiera algo que pudiera cambiar aquello.

CAPÍTULO 27



—¡Quietos ahí u os ato a la cama! —exclamó Sergei.

No gritó porque sí, lo hizo en el momento en el que descubrió que Khaos y Aria trataban de escabullirse por la puerta trasera de la casa. Ambos dieron un respingo antes de girar lentamente.

—¿Y que nos harías? Yo puedo darte algunas ideas —dijo Aria mirándolo perversamente.

Sí, con ella podía hacer mil cosas calientes.

Mucho.

—Conmigo no contéis o vomitaré —contestó Khaos fingiendo una arcada.

Como si nada hubiera pasado, se fue hacia el comedor para fundirse en el sofá mientras ponía una de sus series favoritas. El dios se había enganchado a una serie de bomberos, una de la que ya debía saberse hasta los diálogos porque la había visto dos veces.

—Pues tú tienes que estar necesitado porque con el tiempo que hace que se fue Devin y lo poco que follabais en la cárcel… Te huelo necesitado…

Khaos, usando sus poderes, lanzó un cojín a toda velocidad contra la cara de Sergei. Por suerte este fue más rápido y lo esquivó agachándose. Lo que no tuvo en cuenta fue, que cuando volvió a incorporarse, el cojín regresó chocando contra su nuca.

—¡Eso es trampa! —se quejó el Devorador.

Poco le importó.

—Besa mi culo de dios cuando quieras —contestó sin demasiados remordimientos.

Aria besó los labios de Sergei para calmar los ánimos. Sabía que no se estaban peleando de verdad, pero tampoco quería que reinase el caos mientras ellos dos decidían hacerlo volar todo por los aires.

—No puedo creer que quisieras escaparte —le recriminó Sergei muy dramáticamente.

Su pareja hizo un leve puchero antes de correr hacia el sofá. Se sentó junto a Khaos mientras el capítulo empezaba.

—Solo creíamos tener el próximo recuerdo —se justificó Aria.

Sí, porque lo de descansar mejor otro día.

—Dijiste que hasta Devin te pidió que descansaras.

Aria era una persona que no podía estarse quieta. No llevaba ni cinco minutos en el sofá que saltó de él, saliendo por detrás y corrió a la cocina. Se la escuchó abrir mil armarios hasta

aparecer cargada con seis o siete bolsas de patatas.

—Tienes razón, así que voy a descansar un poco y reponer fuerzas —le comentó con una sonrisa.

Khaos y Sergei la miraron como si acabase de enloquecer. Con tanta comida lo único en lo que pudieron pensar los asustó a partes iguales. Los dos palidecieron mientras trataban de esclarecer el tema.

—Ay madre… —jadeó Khaos.

Sergei tardó unos segundos más en reaccionar.

—¿Voy a ser papá? —preguntó al borde de los nervios.

La pobre Aria, la cual tenía la cabeza metida en una bolsa de patatas, la sacó mirándolo completamente aterrorizada.

—¿Yo? ¡No! Al menos no todavía, no hemos hablado de ello. Es algo importante —dijo mientras trataba de poner sus ideas en orden.

Nadie pudo negar que los hombres de aquella casa respiraron con alivio. No era que no quisiera ser padre, es que esperaba poderlo planear bien para no tener sorpresas. Traer una vida al mundo era algo bastante importante.

—Casi me muero del susto, mira que enterarme así de ser padre. Yo quiero que me lo cuentes con una gran fiesta, con flores, todos guapos vestidos y mucho confeti.

Aria enarcó una ceja.

—Antes nos casamos. Además, es decirte que eres padre, no pedirte matrimonio o montar un evento épico. Ya sabes cómo se pondría Leah con eso. Decoraría hasta el último árbol de la base.

Sí.

Esa mujer adoraba celebrar.

—Yo opino que empiezan a faltar niños en la base —comentó Khaos robándole una bolsa de patatas.

Tanto Sergei como Aria lo miraron como si quisieran asesinarlo. Fue tan tenso ese momento que hasta dudó de si devolverle la bolsa, aunque al final prefirió quedársela y comer.

—Y yo que cuando vuelva Devin adoptes a un retoño —declaró Aria.

No era el momento.

No en medio de una guerra abierta contra Seth.

—Recuerdo cuando me dijo Martha que iba a ser tía, casi me lo hago encima. Pero creo que estoy siendo una gran tía. Cuido mucho a mi niño —dijo Aria, orgullosa.

Sergei metió la mano en la bolsa de patatas de Khaos, no importó el manotazo que se llevó, insistió hasta coger unas pocas. Después de eso, completamente perdido en sus pensamientos, se sentó en la alfombra mientras veía el capítulo con ellos.

«Una gran tía». Repitió en su mente.

La frase resonó con fuerza.

Al final, pasados unos minutos en los que los tres permanecieron en absoluto silencio, Sergei dio un brinco asustando a sus compañeros.

—¡Sé dónde está la próxima llave! —gritó loco de alegría.

Eufórico por haberlo descubierto, dio un par de saltos mientras lo contemplaban completamente asustados con su comportamiento. Estaba seguro de que Aria iba a pedirle a Marina una sesión psicológica para volarlo.

Era un caso perdido, ya lo sabía.

—Hasta ahora hemos hecho momentos que cambiaron mi vida. Cuando llegué a la base y cuando Valentina casi me destroza y es raro porque está claro que Devin te tiene más cariño a ti

—explicó Sergei.

—Cielo, no es una competición de a quién quiere más Devin —remarcó Aria.

Khaos, que seguía comiendo, intervino.

—Pero si lo fuera está claro que te tiene más cariño a ti.

Eso era cierto y no pensaba cambiar eso. Estaba contento de que hubieran sido capaces de forjar una bonita amistad. Solo por eso seguían buscándolo por el mundo, por esos cientos de años de historia.

—¿Cuándo cambió tu vida? —preguntó Sergei.

Aria pareció quedarse en blanco.

—¿Cuando me fugué de casa de mis padres?

Estaba claro que su mujer no estaba por la labor, así que, se señaló a sí mismo antes de contonearse sensualmente. Para su desgracia eso no le dio ni una pista a Aria y a Khaos solo le provocó una arcada.

Estaba claro que su entorno estaba mucho peor que él mismo.

—Cuando llegaste a casa de tu hermana y me conociste. Pero no cuando me diste las cenizas de tu padre en un tarro de galletas. Fue cuando bajaste del coche con el bate en mano dispuesta a matar espectros —explicó.

Todos parecieron necesitar unos segundos.

—¿Metiste a tu padre en un tarro de galletas? —preguntó Aria.

—Es una larga historia y estaba más pobre que una rata. Que agradezca que no fue a una bolsa de basura.

—Biodegradable, imagino.

—Por supuesto, siempre pensando en el medio ambiente.

¿Cuándo había dejado de estar en aquella sala para que Aria y Khaos no parasen de decir gilipolleces?

Dio un par de palmadas al aire para atraer su atención.

—Chicos, sigo así —les recordó Sergei.

Ellos parpadearon regresando a la realidad. Pensaron en aquella idea y, por raro que pareciera, tenía todo el sentido del mundo. La vida había dado un vuelco después de ese momento.

Acabó encerrada en la jaula de Khaos y Devin después de eso. Es más, Sergei también cayó con ellos.

El mundo de todos ellos cambió allí, sellando un destino mucho más grande que ellos mismos. Si debían encontrar un recuerdo ese era el más importante. El que más fuerza tenía.

Brillaba por encima de todos los otros.

Y debían ir les gustase o no.

Aria dejó las bolsas de patatas, arrancó de las manos la suya a Khaos y decidió dejarlas recogidas en la cocina mientras pensaba en voz alta. Decía algo de mantener el control, de estar tranquila y ser capaz de hacerlo.

Después asomó la cabeza por la cocina y sonrió.

—Sé que dijimos de descansar, pero tú mismo has dicho que ese recuerdo no puede fallar. Tenemos que ir.

—Tenemos que ir —sentenciaron Aria y Sergei a la vez.

Podían pelear todo lo que quisieran, pero el caso era que esa iba a ser la conclusión más grande.

Ahora tocaba hacer una pequeña regresión a ese instante. Justo al momento en el que empezó todo.

¿Quién lo iba a decir?

Ese carácter tran vibrante de Aria iba a ser recordado hasta el punto de albergar lo que fuera que Devin les dejaba.

Una joya más.

Un paso más próximos a él.

Khaos rompió la magia del momento chasqueando los dedos llamando la atención de ambos. Su seriedad fue algo que curiosamente les llamó la atención, no es que fuera el alma de la fiesta, aunque tampoco tan frío.

—Si tenéis razón en lo que decís y Devin ha dejado una pista ahí, creo que puede ser el recuerdo más poderoso de todos. Debemos estar preparados para cualquier cosa —anunció.

Sí.

Lo sabían y lucharían contra todo lo que hiciera falta.

—Aria, jamás te culparía si te echas atrás —comentó Khaos.

Trataba de protegerla, lo que significaba que esperaba que las cosas se torciesen.

—Tranquilo, podemos con esto —prometió Aria.

—Ya somos una familia, pelearemos —sentenció Sergei.

No podían abandonar a Devin, aunque tuvieran que enfrentarse a lo que el destino les tuviera preparado. Estaban juntos, habían peleado más de una vez y sabían que podían contar los unos con los otros.

Estaba decidido.

Devin ya estaba al alcance de los dedos.

CAPÍTULO 28



Ra nunca esperó que alguien como Anubis se atreviera a ir a buscarlo directamente. Siempre supo que, con el aliciente suficiente, su hermano daría con su escondite por mucho que tratase de ocultarlo.

—Mireia, escóndete —ordenó Ra.

La humana no se lo pensó dos veces. No preguntó como estaba acostumbraba a hacer.

Chica lista.

Con los modales de un perfecto hombre, Anubis llamó al timbre a la espera de que este abriera. Ra, como si fuera una visita más, abrió la puerta sabiendo que quien estaba allí no era cualquiera.

Era su hermano.

Su condena.

—¿Cómo encontraste mi casa? —preguntó Ra sin dejarlo entrar.

Anubis sonrió perversamente.

—Lo descubrí hace poco gracias a Winter. En uno de tus descuidos dejaste que viera las vistas de tu casa y me resultó enfermizo que fuera capaz de ver las putas pirámides egipcias.

Era un romántico.

Amaba su antiguo hogar, aunque este hubiera cambiado tanto.

—Siempre he sido un sentimental —confesó.

—¿Y padre?

Se encogió de hombros.

—A él te costará un poco más encontrarlo. Ese jodido hijo de puta sabe hacer bien su trabajo —contestó Ra.

No pensaba dejarle entrar, aunque eso no impediría que él entrase. De hecho, orbitó pasándole por encima y quedándose en el comedor. Supo que ese momento no iba a ser para nada pacífico a pesar de lo calmado que venía su hermano.

—Ahora, por tu culpa, tendré que cambiar de casa. Siempre lo estropeas todo —escupió Ra con desprecio.

Era el eje de sus problemas, si él desapareciera todo se calmaría.

Sería mejor.

—Me produce placer escuchar eso… —confesó Anubis.

No era una buena persona como creían. Él había visto al verdadero Anubis y distaba mucho del ser que ahora se hacía pasar por él. Este parecía contenido, como si temiese explotar.

Eran dioses, tenían derecho legítimo de reinar por encima de cualquier ser del universo.

Y él prefería vivir con ellos escondiéndose como una cucaracha.

—¿No has traído a tus amigos? —preguntó Ra.

No.

No lo había hecho.

—Esto solo es entre tú y yo. Dominick puede que no me haya entendido, pero respeta mi decisión —explicó su hermano.

Patético.

Alguien como él, que podía tomar cualquier cosa con la fuerza que le había otorgado su nacimiento, pedía permiso a un Devorador más. Puede que Dominick fuera fuerte, pero no comprendía el alcance de Anubis.

O de Seth y él mismo.

—¡Qué bajo has caído, Anubis! Pidiéndole permiso a la plebe —rio Ra.

Quizás de haber estado más atento hubiera podido notar cómo los poderes de Anubis se expandían por toda la estancia. De no haber sido tan arrogante hubiera detectado que sus dedos se habían iluminado un breve segundo antes de lanzarle un choque de energía.

No lo pudo parar.

Atravesó la puerta de golpe rompiéndola en mil pedazos antes de caer al suelo y rodar por él.

—Eso tiene que doler —rio una voz conocida.

Lachlan.

Ra intentó levantarse, luchó con todas sus fuerzas fracasando estrepitosamente dándose cuenta de que alguien más estaba allí: Dominick. Ese que consideraba plebe lo retenía en el suelo con su sombra.

Anubis caminó hacia su hermano para contemplarlo con desdén.

—Tú nunca comprenderás lo que son y eso es tu perdición. No merecemos más por ser dioses —le escupió.

Paradójicamente, a pesar de haber localizado el escondite de Ra, este no era su objetivo. Después de que Bella le confesara que su hermano poseía una humana temió las consecuencias de ese descubrimiento.

Giró sobre sí mismo dejándolo atrás.

No tenían mucho tiempo, lo sabía. Ra no era de esos hombres a los que tocar su juguete porque se tiraba a la yugular. Por suerte ellos lo mantendrían ocupado el tiempo necesario.

—¡Enfréntate a mí! —gritó Ra.

Anubis se encogió de hombros.

—No vales la pena, ya no.

Una vez hubiera hecho cualquier cosa por su hermano, en un pasado remoto y lejano que solo existía en sus recuerdos. El paso del tiempo había diluido todo ese tiempo juntos, luchando codo con codo.

Abrió la puerta que llevaba hasta la cocina encontrándola.

Esa humana no parecía estar dispuesta a comprender que estaban a punto de rescatarla porque empuñaba un cuchillo de grandes dimensiones.

Molesto con la situación, chasqueó los dedos arrancándoselo de las manos para lanzarlo contra la pared más cercana. Allí se quedó clavado antes de tambalearse un poco de un lado al otro.

—Vamos —ordenó.

—No pienso ir contigo.

Obtusa.

¿No podían darle una misión fácil por una vez en la vida?

—Hola —anunció el lobo llegando a su lado—. Somos los buenos y te vamos a sacar de aquí. Deja a este mierda seca y vente con los que molamos.

¿Y cómo reaccionó?

Yendo hacia el cajón a toda prisa para armarse con otro cuchillo.

—No lo entiendo, siempre soy persuasivo —declaró el alfa.

Una explosión en el comedor les anunció que Ra ya se había liberado del agarre de Dominick. Eso lo convertía en una guerra abierta, una que podía acabar mal si esa humana no colaboraba.

—Yo le ayudo —explicó Lachlan transformándose en un lobo.

Y a él le quedaba la peor parte: tratar con la humana.

—Vamos, tenemos que irnos antes de que Ra venga —declaró yendo hacia ella.

Ella trató de apuñalarlo en cuanto lo tuvo delante, por suerte consiguió esquivarla para después tomarla por la muñeca. Estaba enfadado, esa mujer no comprendía que quedarse con Ra era peligroso.

Arrancándole el segundo cuchillo tuvo claro que iban a tener que usar la fuerza para ayudarla.

—Esto de resistirte es una estupidez. ¿Prefieres quedarte con él? Es un asesino —declaró Doc.

Silbó a modo de respuesta, algo que fue bastante inusual a decir verdad. Pronto comprendió que poseía un as bajo la manga que lo sorprendió mucho más de lo que podía llegar a imaginar.

Una horda de espectros comenzó a aparecer. Estos se congregaron alrededor de la humana a modo de protección. Para su sorpresa estos acudieron a ella como si de su ama se tratase.

Defendiéndose de uno de ellos, notó la energía de su hermano aparecer a su lado. Levantó una protección que bloqueó el choque de energía, aunque no pudo evitar ser lanzado a toda velocidad contra la pared contraria de la cocina.

El choque arrancó todo el aire de sus pulmones.

—¿Has visto a mi chica? ¡¿Eso querías?! —bramó, furioso.

No era el centro de atención.

No venía a matarlo, solo a salvar a la humana y eso le dolía.

Doc sonrió, orgulloso.

—¿Decepcionado? —preguntó sabiendo lo mucho que lo provocaba.

Una segunda horda de espectros cayó sobre Dominick y Lachlan cuando estos trataron de ayudarle. Los barrieron como si de basura se tratasen, alejándolo de la cocina tal y como Ra quería.

—Estoy convencido de que te lo ha contado Bella. ¿Ya la pusiste de tu parte?

Las palabras de Ra arrastraban todo el rencor del mundo.

Él sí quiso en su día a Bella. Para la diosa tal vez fue una diversión, un entretenimiento en un mundo aburrido de inmortalidad, pero él pareció entregar parte de su corazón en el proceso.

Quizás hasta le guardase cariño después de tanto.

Craso error.

—No forma parte de esta guerra —advirtió Doc.

—¡Lo dudo! —exclamó Ra lanzándose sobre él.

Esquivando un golpe, fue incapaz de contener el choque de energía que lanzó sobre sus costillas. Doblándose de dolor, Doc luchó por respirar invocando un choque que golpeó a su

hermano en las rodillas. Fue entonces cuando le lanzó un sonoro puñetazo con el que impactó en el suelo.

Orbitó queriendo llegar a la humana, una que no alcanzó porque dos espectros le cortaron el paso. Los hizo explotar permitiendo que sus manos se iluminasen, solo con un roce volaron por los aires sin remedio.

—Ven con nosotros —pidió Doc.

—¡No lo haré! —exclamó ella.

Sí, armada de nuevo, movió el cuchillo a toda velocidad cortando las puntas de los dedos de Doc.

Ella no quería ser salvada.

—¡Pelea conmigo! ¡Te mataré! —gritó Ra.

Cumplió su deseo. Girándose ambos se lanzaron un par de choques de energía que pudieron bloquear.

Puede que en su día no quisiese pelear con su hermano, que lo viera una aberración, no obstante, ahora era su deseo. No solo por ese momento, también por el daño que le había infringido a Winter.

Su enfado hizo temblar las paredes, recordando cada momento de locura que le provocó. Ella había tratado de quitarse la vida por su culpa, solo por la suya y eso jamás lo olvidaría.

Un choque de energía lo proyectó contra una de las paredes. La golpeó tan fuerte que su cuerpo se hundió agrietando aquel material antes de rebotar contra el suelo. El dolor se expandió por todo su cuerpo de forma terrible.

—Ojalá papá te hubiera matado, ojalá hubieras peleado hasta el final en vez de fingir estar muerto. ¡Fuiste un cobarde! —bramó Ra.

La carga que ambos llevaban sobre las espaldas los destrozaría algún día. Eso los empujaba a pelear hasta que uno quedase en pie. No existía otra solución para ellos, no después de destruirse el uno al otro.

—Más cobarde es quedarte bajo su cobijo y torturar a humanas indefensas —explicó levantándose poco a poco.

Doc respiró profundamente.

Su magia, que parecía dormida, comenzó a arremolinarse a su alrededor como si de un huracán se tratase. Notó como sus dedos se encendían como lo hicieron hacía cientos de años, reclamando el poder que les correspondía.

Ra pudo esquivarle un par de ataques, pero el tercero le dio de lleno. Fue realmente placentero verlo rodar por el suelo hasta golpearse duramente con la pared, aunque fue mejor ver como la sangre manchaba su ropa blanca.

Siempre odió ese color.

—Esto lo haces por Winter, ¿verdad? Estás tan loco por esa mujer que te corroe saber que estoy en su cabeza, que puedo ver hasta su más íntimo pensamiento.

Así era.

Ra tenía razón.

Había destruido a una mujer fuerte, una que ya no podía ni ducharse sola sin la presencia de ese ser retorciéndolo todo.

Lo odiaba.

—Te sacaré de ella, de eso no te quepa duda —prometió Doc.

Notando que Dominick y Lachlan llegaban hasta él, no se molestó en mirarlos, no podía en ese momento. Solo señaló a la humana dejando claro que podían encargarse de ella.

Ra era suyo.

Nadie más que él iba a acabar con su hermano.

No esperó a que contestasen, tampoco pretendieron contradecirle porque Doc y Ra fueron el uno contra el otro como dos grandes trenes de mercancías. Explotaron el uno sobre el otro provocando una onda expansiva que barrió al resto.

Notaba el odio de Ra, el cual era equiparable al suyo propio.

Rompiendo la pared de la casa, ambos salieron al exterior dispuestos a destruirse.

—¿Y dónde está tu padre? ¿Crees que no ha notado que estoy aquí? —preguntó Doc lanzándole un choque de energía.

Ra rodó unos metros levantándose con los ojos encendidos.

Notó la magia de su hermano quebrar hasta los mismísimos cimientos del suelo, explotando bajo sus pies.

Cayó cuando lo alcanzó de lleno, bajando un par de metros en el suelo antes de orbitar para salir.

—Confía en mí —contestó Ra.

Doc sonrió mientras negaba con la cabeza.

En otro tiempo hubiera hecho mucho más de lo que estaba dispuesto a hacer. Sabía el punto débil de Ra, ese mismo hombre que siendo su hermano le robó tanto. Era demasiado dolor como para perdonarlo.

Y una parte de él lo sintió de corazón.

—Soy su favorito —declaró.

Tres palabras que lo significaban todo para Ra.

Podía pelear hasta reventarse, esforzarse hasta sangrar y romperse hasta destruir el mundo que jamás sería mejor a los ojos de Seth. A pesar de no estar de su bando, él seguía prefiriéndole.

Ansiaba tenerlo de vuelta.

Supo el daño atroz que le hizo a Ra y si alguna vez hubo esperanzas de volver a ser cercanos, las perdió allí.

Contempló con horror el poder atroz de su hermano. Este comenzó a rodear sus extremidades para después completar el cuerpo entero. Solo cuando lo cubrió se fue expandiendo porque no cabía, era tal que supo que podía ser capaz de arrasar las pirámides que un día disfrutaron viendo.

Ese fue su momento, lo que había estado esperando.

Doc orbitó un segundo yendo al centro de los espectros. Apartándolos con su magia, tomó aquello que necesitaba y regresó trayendo consigo al campo de batalla a la humana sujetándola del cuello.

—Vamos, Ra. Enséñame lo monstruo que puedes llegar a ser —le pidió Doc agitándola en el aire.

Ya no estaban jugando, habían subido la apuesta.

El Ra que conocía lanzaría su ataque sin importarle si esa mujer acababa hecha pedazos.

—¡¿Qué haces?! —preguntó Lachlan a lo lejos.

Los contuvo con sus poderes, creó un muro de contención que los protegería en caso de que Ra también buscase acabar con sus vidas. Ellos no podían morir, eran demasiado importantes como para hacerlo.

Ra, que respiraba con dificultad por el poder acumulado, no movió ni un músculo. No atacó, se quedó completamente paralizado.

Eso reafirmó la teoría que valoraba en su cabeza.

—¡Destrúyeme! —gritó Doc.

La humana, que se agitaba demasiado, gritó al aire provocando que un espectro acudiese para ayudarla.

Nunca tuvo ocasión de tocarla, lo destruyó con solo mirarlo, su poder lo engulló sin dejar rastro.

—Esos seres una vez fueron Devoradores de pecados que cayeron en desgracia. Enviarlos a morir solo los ayuda —declaró Doc.

Y Ra siguió sin reaccionar, dudando de sí mismo.

Eso solo provocó que Doc empujase a la humana, la proyectó a toda velocidad contra Ra. Uno que desvaneció todos sus poderes antes de alcanzarla, fue tan extraño ver algo así y la confusión en los ojos de su hermano que casi sintió una punzada en el corazón.

—¡Ahora! —gritó Lachlan.

Despistándose con Ra, Doc había olvidado el muro que los protegía. Al caer este, ellos fueron al ataque, uno que él detuvo levantando una mano.

—Deja que se vaya —pidió Doc.

Supo y comprendió por qué el lobo se quedó perplejo entonces.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Lachlan teniendo una respuesta muy clara.

Puede que fuera así después de todo.

—No. Solo dejad que pase —pidió sin dejar de mirar a Ra.

Ambos se contemplaban esperando el próximo movimiento sin siquiera pestañear. Era como una guerra, una que ninguno quiso perder.

—Esto nos beneficia, ¿verdad? —preguntó Dominick comenzando a comprender lo que Doc veía.

Así era.

—Nos da una oportunidad —explicó Doc.

Suspiró dándose cuenta de que el tablero cambiaba lentamente y que este era un movimiento nuevo.

—Teníamos mucho menos antes de venir —declaró Dominick.

Así era.

No tenían nada antes.

—Explicádmelo o exploto.

Antes de poder hacerlo Ra levantó una nube de polvo, una en la que se entremezcló para hacerlos desaparecer a ambos. Solo cuando la arena cayó lentamente, fueron conscientes de que se había ido.

Tal y como predijo en su mente.

—Ra nunca ha visto a los humanos como a algo que proteger. Eran insectos a los que follar y matar. Ha protegido a esa humana, no es casualidad —explicó Doc.

Era un cambio en un ser que parecía imposible.

—Es porque es su mascota.

El lobo se equivocaba, no era capaz de verlo como él.

—No, podría haberla matado y no lo ha hecho —dijo Dominick.

A pesar de las ganas que tenía de matar a Ra para liberar a Winter, sabía que ahora el tablero de juego daba una perspectiva nueva. Su padre Seth siempre amó el ajedrez y, de ser una partida, le hubiera aconsejado un par de movimientos para observar y estudiar a su oponente.

Por primera vez en su vida le haría caso.

—Vámonos —pidió Doc.

***

—Soy patético —declaró Ra llegando al escondite de emergencia.

La rabia seguía burbujeando en sus venas. Había estado cerca de acabar con Anubis, al alcance de la mano. Y él mismo lo había estropeado sin siquiera saber un motivo claro.

¿Qué le pasaba?

Gritó dándole un puñetazo a la pared.

—No lo eres. Has peleado bien —lo animó Mireia.

Aquella tonta no se había dado cuenta de que acababa de desperdiciar la mejor oportunidad de su vida. Se había tenido que ir con ellos para liberarse, para seguir con vida.

Lejos de él.

—He perdido —declaró Ra siendo claro.

Por primera vez en mucho tiempo comprendía que no había tenido valor para atacar.

—No, en realidad has ganado porque no me han llevado con ellos.

Respiró profundamente luchando contra el deseo de estrangularla. No había arruinado la oportunidad de acabar con Anubis para ahora matarla. No podía hacer eso, al menos todavía.

—Hubiera sido mejor —reconoció Ra.

Ahora estaría lejos de ella.

—¿Cómo coño hiciste para que los espectros te hicieran caso? —preguntó Ra tratando de esclarecer algo más todo lo que había pasado.

Nadie los controlaba salvo Ra y Seth.

Mireia tembló un poco ante la pregunta. Llevándose las manos hacia el estómago, las entrelazó nerviosamente mientras parecía comenzar a temerse un castigo, quizás algo peor.

—Se lo pedí…

Ra parpadeó.

—¿Qué? —preguntó visiblemente perplejo.

—Antes del ataque de tu padre en la cocina, vino otro día y atacó a un espectro. Sangraba y sentí lástima por él. Lo ayudé a curarse. Después de eso solo le dije que lo comprendía, que les ayudaría si ellos me ayudaban a mí.

Aquello era peor que no haber acabado con Doc. Aquella humana había hecho un complot a sus espaldas y él ilusamente no se había percatado de nada. Los humanos eran una caja de sorpresa.

—¿Cómo los ayudaste?

Sabía la respuesta, aunque quiso escucharla de sus labios.

Mireia dudó.

—Mireia —pronunció con seriedad—, no he perdido ante Anubis para ahora tener que sacarte las palabras lentamente. No te imaginas lo capaz que soy de hacerte hablar con dolor.

La amenaza era real, no quería que pensase que eso le daba un estatus que no tenía. Era su mascota, le pertenecía y tenía que obedecerle.

—He matado a alguno, después de que me ayudasen la primera vez les pregunté cómo ayudar y me indicaron que los apuñalase. Es asqueroso, huele mal y seguramente vaya al infierno por eso, pero fue un trato. Al irse parecen felices… —explicó.

Y ahora Anubis le había explicado el motivo.

Eran espectros, almas errantes esperando la muerte.

Ra se llevó una mano sobre los ojos. Frotándoselos totalmente incrédulo ante el relato de su mascota, fue consciente de que esos seres veían en ella una salvación. Es más, la protegieron ante Doc.

Ellos la querían de verdad.

Rio.

Efectivamente, rio como si de un loco se tratase. Lo hizo con ganas y con auténticas ganas. Aquello era lo más hilarante que le había pasado en toda su existencia, lo más loco e increíble.

Lo peor sería cuando su padre lo supiera.

Dejó que ese pensamiento no estropease el momento y rio a carcajada llena, vaciándose por dentro.

CAPÍTULO 29



«¡He dicho que pares!». Gritó Alma.

No lo haría.

No podía.

Aquello era algo que debía pasar le gustase o no. No estaba allí para hacérselo todo fácil y no tenía miedo en ser mucho más cruel de lo que estaba comenzando a serlo. Solo el fin lo merecía.

—No pasará —le recordó Douglas obligándola a visionar otro recuerdo.

Una parte de él sintió rabia al recordar que Alma parecía estar más abierta, más contenta con salir de ese lugar antes de empezar la sesión. Ahora se había vuelto esquiva, luchando por no ver lo que tenía que mostrarle.

Por suerte Douglas conocía bien su cometido.

No había creado ese infierno por diversión. De haber sido así la hubiera llevado a recorrer el universo entero de su mano, sin embargo, eso no funcionaría. Ella estaba tan destruida que no colaboraría.

Ahora debía tomar el control de la situación.

—¿Qué ves? —le preguntó.

«Veo como me usan». Lloró Alma.

Con el corazón encogido, el dios asintió recordándose de nuevo que todo eso lo hacía por ella. Una parte de él quiso más, quiso rastrear uno a uno a los cerdos que la tocaron y acabar con ellos.

—¿Y tú tienes control de la situación?

Claramente no.

Era la única respuesta correcta.

«Si me hubiera resistido nada de eso hubiera pasado». Declaró Alma.

Douglas detuvo el recuerdo al borde de un colapso mental. Comprendía el gran daño que habían ejercido sobre ella, hasta tal punto que se culpaba de todas las cosas sucedidas.

—Yo te veo llorando, te veo cerrando los ojos cuando ese monstruo jadea en tu oído. Hasta un ser mononeuronal se hubiera dado cuenta de que no querías eso. No preguntó, no le importó. Te usó y te dejó sobre esa cama, dolida y amoratada.

Iba a arrasar el mundo entero cuando saliera de ahí. Esos seres no encontrarían consuelo en el mundo entero.

No existía perdón para algo así.

«Seguramente pensaba que interpretaba un papel. Le gustaban sumisas y simular una…».

No pudo ni acabar la frase.

—No es eso, Alma. Le importó una mierda hacerte daño, ejerció su control sobre ti. Pagó por ese servicio sin preguntarse si tú estabas bien. Si era consensuado.

Ella parecía no querer comprender eso.

Era una justificación tras otra, llevándolo al extremo. Condenándolo a la locura si seguía por ese camino. No quería creer que no iba a conseguirlo, debía dar por diferentes frentes hasta romper sus defensas.

—¿Sabes lo que hubiera pasado de revelarte? ¿De negarte? —preguntó rebuscando en sus recuerdos.

Tomando el de una compañera, se lo mostró.

Ambos contemplaron, con horror, como el jefe tomaba un arma y la ejecutaba después de que se hubiera negado a un servicio. Era el tercero esa semana, estaba haciéndole perder demasiado dinero.

Esa fue su única excusa para matarla.

Ocupaba un espacio que no le proporcionaba beneficios al jefe, lo que la condenaba a dejar de existir.

La mantuvo en el suelo durante horas. Su sangre hizo tal mancha en la moqueta que tuvieron que cambiarla a los pocos días. El jefe estuvo enfadado semanas por eso, por el dinero que le había costado después de muerta.

«Páralo ya». Suplicó siendo incapaz de mirar más a su compañera.

Douglas lo hizo por pura compasión.

—Eso te hubiera pasado —declaró sin atisbo remoto de duda.

No era una persona para ellos, solo una mercancía que usar y tirar cuando les viniese en gana.

«Hubiese sido lo mejor».

Ante las palabras de Alma, Douglas salió de su mente obligándola a despertar. Sentado al lado del cuerpo de esa mujer reprimió el impulso de tomarla. Debía ser cauto y saber dónde pisar.

—¿Lo mejor? Nunca hubieras conocido a los Devoradores si te hubieras rendido —masculló Douglas.

Cierto era que, a pesar de intentarlo, no podía saber realmente lo que ella había pasado.

Alma saltó de la cama alejándose de él como si fuera la personificación de todo lo malo en el mundo. Lo miró con tal horror que dolió en lo más profundo de su ser, algo que jamás le confesaría.

—Así no hubiera tenido que verlo enamorado de ella y tampoco verlo marchar como un perro tras los pasos de Olivia —confesó.

Ese era uno de los dolores más grandes a los que había tenido que enfrentarse en toda su vida. Porque ella sí amó realmente a Cody. Cada día que pasó en ese infierno se fortaleció pensando que él estaría bien.

Su recuerdo la mantuvo fuerte, peleando y queriendo ser mejor para reencontrarse de nuevo.

Soñó mil veces con volverlo a ver, con besarlo y pasar el resto de la vida juntos. El mejor momento del día era cuando pensaba en él. Ahora era su dolor más profundo, su condena.

Una tortura.

—Sobreviví por él, por volver a estar a su lado —declaró Alma apretando los dientes con rabia.

Douglas aprovechó ese sentimiento demoledor en su beneficio.

—¿Y ahora quieres condenarte solo porque te dejó? Porque eso es lo que veo. Estás atrapada en un amor que no te correspondió, en esa imagen idílica que te formaste de Cody para sobrevivir.

Alma se tapó los oídos con las manos odiando profundamente cada palabra que pronunció el dios.

—Calla.

No la escuchó.

Al menos no quiso tenerla en cuenta.

—Ese Cody que te iba a rescatar, con el que ibas a vivir felices no existía. Me alegro de que te aferraras a él para salir de ese lugar, pero tienes que soltarlo de una puta vez antes de que te arrastre —pronunció ocupando su espacio personal.

Luchó por alejarse, de verdad que lo intentó, pero él parecía llenar todo el espacio. Orbitó hasta en tres ocasiones solo para contenerla y evitar que escapase.

—¡Cállate! —bramó.

No lo haría nunca.

Porque podía llegar a ser el más despiadado de todas las bestias de ese lugar.

—A ese Cody de tu cabeza jamás le hubiera gustado verte así. Sola, perdida y rindiéndote.

Necesitaba que parase.

Que callase.

Incapaz de contenerse, Alma cerró el puño y le propinó un puñetazo en el pecho. Uno que los sorprendió a ambos, los cuales se quedaron mirando el uno al otro completamente atónitos.

No le había dolido, no hizo falta ni que lo dijera en voz alta. Peleando era patética, no se equiparaba a la fuerza de Pixie, Valentina, Aimee, Aria o algunas de esas increíbles mujeres que habitaban la base.

Ni siquiera se aproximaba a Winter a pesar de ser ambas humanas, sin poderes.

—Al Cody real no le importabas, ya lo vimos, ahora tienes que soltar a ese que te creaste en tu mente. Ese que cuidó de ti en tus momentos de más soledad —declaró Douglas como si nada hubiera pasado.

Ella no quería ignorar sus palabras.

Le reconfortaba pensar en esos momentos, en ese hombre que hubiera deseado encontrar cuando lo liberaron.

Él la había ayudado a seguir adelante. Soportó cada golpe, cada jadeo en su oído y cada momento solo porque su recuerdo seguía ahí. La idea de reencontrarse la mantuvo con vida.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Alma, confundida.

El dios se encogió de hombros.

—Quiero que seas egoísta, que vivas solo y para ti. No quiero que pienses en que nadie estará al otro lado. Solo deseo que te aferres a la vida con uñas y dientes, peleando como lo hiciste en su momento y sigas siendo capaz de avanzar.

Las palabras de Douglas sonaban demasiado bien. Parecían una utopía en la que le hubiera gustado vivir. La vida real era mucho más que eso, dolía y era cruel. Tenía tendencia a pisotear a todo aquel que quisiera ser feliz.

No había más que verlo.

—¿Y de qué me servirá? Si salgo de aquí volveré a una base amenazada de muerte. Seth está sobre nuestras cabezas —inquirió una Alma que quería ser realista.

Estaban en guerra.

Una que parecía no acabarse.

Esta se estaba llevando a algunos seres queridos. Dolía pelear día a día para volver a sufrir en el ocaso de los días. Ella quería saltarse esos pasos y pasar al sufrimiento. En el dolor encontraba una calma que la incertidumbre no podía darle.

—Pues pelearemos juntos. Yo te cuidaré, te ayudaré a cruzar al otro lado del río si hace falta —declaro Douglas.

Alma se abrió de brazos.

—No te das cuenta, Douglas. Estás tan cegado por ayudarme que si tú y yo fuéramos una fábula seríamos la rana y el escorpión.

Una fábula que demostraba muy bien cómo estaban en ese momento. La rana, en su infinita bondad y corazón, ayudaría a cruzar el río al escorpión y este le picaría en medio camino.

«¿Por qué has hecho esto? Ahora moriremos los dos». Preguntaría la rana.

Porque era su naturaleza.

Así era ella, un escorpión que dañaba todo lo que tocaba. ¿Por qué si no Cody se había desenamorado de ella?

—Yo soy el problema. Él cambió por mí, yo lo provoqué y si sigues empeñado en ayudarme te ahogaré cruzando el río —confesó Alma.

Se decía que la verdad te hacía libre, pero se sentía mucho más encerrada que al principio. Ahora era culpable de sus palabras y del efecto que estas dejarían en ese hombre.

—Me ahogaré contigo intentándolo, acepto las consecuencias.

¡Era tan cabezota!

—¡¿Por qué?! —preguntó ella al bode de los nervios.

La calma que no tenía la poseía Douglas, el cual solo estaba ante ella contemplando como gritaba a los cuatro vientos todo lo que pensaba.

—Te lo dije: te quiero. Asumiré eso si quieres. Nos ahogaremos juntos, pero pienso seguir nadando si la tengo oportunidad de que cruces el río.

Sus palabras fueron como un disparo en el corazón, de hecho, eso le hubiera dolido muchísimo menos. Douglas no podía amarla, no podía necesitar ese deseo de salvarla de algo irreversible.

Existían muchas más mujeres en el universo.

—Yo no quiero eso. No quiero hacerte daño, no quiero que te ahogues por mí. Quiero que seas feliz, que vivas sin mí y que no te sientas en la obligación de ayudarme —explicó Alma.

Tarde.

Ya era demasiado tarde.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si he llegado a un punto de no retorno? Mi corazón late tu nombre, mi cabeza te piensa, te sueña y te siente cuando estás cerca. Puede abrumarte lo que siento, pero no cambiaré. Y no te pido que me ames, nunca lo pretenderé, solo quiero salvarte. Porque yo sí te quiero, no soy una ilusión, no voy a cambiar. Quiero que vivas sabiendo que no cambiaré, que no te abandonaré pase lo que pase.

Notó un dolor en pecho tan atroz que Alma tuvo que llevarse las manos sobre el corazón. Nunca nadie le había sido tan directo y tan mordaz. Sus palabras eran como el aire que necesitaba para evitar ahogarse.

—Cambiarás, yo tengo ese efecto en la gente… —lloró finalmente.

No podía saberlo, por muy convencida que estuviera. Por eso Douglas no peleó por convencerla, sabía que eso no pasaría.

—No lo haré —prometió estando completamente seguro de eso.

Alma dudó.

—Claro que sí.

Douglas tomó su rostro sin advertirla previamente. Acunó su rostro mostrándole que seguía ahí, quería que lo viera. Que fuera real y que tuviera claro que no pensaba marcharse de su lado.

No hasta que sanase.

—Nick no ha cambiado, la base tampoco. Siguen amándote y yo seguiré haciéndolo el resto de mi eterna vida —prometió.

En sus ojos fue capaz de ver cómo las defensas de Alma comenzaban a tambalearse. Solo por eso trató de huir, de salir corriendo para defenderse de ese ataque y fue justo cuando la contuvo.

—Es injusto para ti —se quejó Alma.

Tomándola de la cintura con cariño, quiso que fuera consciente de que no iba a permitir que huyera. Tenía que pelear, seguir luchando.

—Eso lo dictaré yo mismo —dijo Douglas—. Aquí y ahora tienes que dejar irse a Cody, su recuerdo. Sé que duele, pero te prometo que te aliviará. Confía en mí.

No lo hacía por egoísmo.

Tampoco para que se fijase en él.

Solo quería ayudarla.

—Te odio por hacerme daño —sentenció Alma, aunque una parte de esa afirmación no fue contra Douglas sino contra Cody.

Era un buen punto.

—Te quiero por ese corazón tan grande que tienes —declaró Douglas.

Las lágrimas de Alma fueron como ácido para su corazón. No quería que sufriera, aunque eso estaba suponiendo liberarla. Quería que fuera feliz, pero sabía que antes debía tocar fondo para después resurgir.

Él conocía bien esa sensación de caída.

La misma que invadió a Alma. Dejar ir a Cody era como saltar sin paracaídas. Si no se apoyaba en ese recuerdo de amor, ¿qué le quedaba?

Douglas apoyó la frente en la de ella, tomando su propio aire para respirar. Por un breve instante estuvieron en silencio contemplándose el uno al otro. Una a punto de hundirse y otro dispuesto a salvar para ser su salvavidas.

—Esto duele mucho… —reconoció.

Así era.

—Deja que yo te cuide, que haga tu herida mía —pidió Douglas.

Pensar un poco más le hubiera privado de su siguiente paso, puesto que descendió hasta tomar sus labios. Alma no se retiró, tampoco peleó, solo gimió al sentir ese contacto tan íntimo provocando que se encendiera como una llama.

Aferrándose a ella para mantenerla a flote, la pegó a su cuerpo demostrándole que no caía al vacío.

No estaba sola.

Tomándose el uno al otro, abrieron sus bocas dejando que sus lenguas impactasen como dos trenes de mercancía. Se saborearon con fuerza, casi como si llevasen demasiado tiempo sin hacerlo.

No importaba respirar, tampoco pensar. Solo sentir.

Y eso hicieron.

Estaban solos, el resto del mundo no existía. En ese recóndito lugar del mundo solo estaban ellos dos. Se tenían el uno al otro, perdidos en un beso que la salvó a ella, aunque condenó a Douglas.

Él supo en ese instante que su corazón no sobreviviría a ese encierro y no era lo mismo decirlo en voz alta que sentirlo. Aun así no permitió que ese pensamiento lo derrotase.

Esos segundos sobre sus labios eran un regalo. Uno que pensaba aprovechar hasta las últimas consecuencias.

Dejando que solo fueran Douglas y Alma supo que su propósito era el correcto. Que había tomado la decisión adecuada. Después de eso gimió sobre ella tomándola todavía más profundo.

Ya estaban perdidos.

¿Tendrían salvación?

CAPÍTULO 30



Pixie estaba sentada en su cama con una sensación extraña en el estómago. Se llevó la mano hacia allí como si de esa manera pudiera librarse de esa sensación y no lo consiguió.

Bufó.

—Menudo momento para tener gases —se quejó la Devoradora.

Era más que eso. Recordando las palabras de Winter cuando hablaba de sus instintos, la verdad que tuvo que reconocer que estaba comenzando a creer que podía habérsele pegado.

Miró hacia atrás con la sensación de que alguien la vigilaba y no encontró nada, eso fue más perturbador.

—Joder, este sitio da miedo de verdad —se quejó Pixie.

Levantándose de un salto, decidió que no iba a permanecer más en ese sitio. Abrió a toda velocidad dándose de bruces con una Bella que parecía ir a verla. Chocaron bruscamente lanzando las dos improperios al aire.

—Menudo golpe… —comentó Bella.

—No te escuché venir —se justificó Pixie.

—Ni yo salir.

Cierto, en caso contrario no hubieran chocado de ninguna de las maneras.

Mirándose la una a la otra, quedaron en silencio a la espera de que una de las dos rompiera el hielo o dijese lo que fuera. Cualquier cosa valía.

—¿Estás bien? Te noto pálida —preguntó Bella.

Pixie negó.

Estaba rara. De haber estado en la base ese hubiera sido un día para visitar el hospital. Quizás un chequeo esclareciese lo que fuera que tuviera. Solo esperaba que no fuese nada raro.

—No puedo estar embarazada, tomo precauciones —murmuró en voz alta.

La diosa la miró con detenimiento, la vio profesar un respingo, pero no dijo nada.

—¡¿Qué ha sido eso?! —preguntó señalándole con un dedo.

Bella no dijo nada, negó con la cabeza incapaz de decir una palabra y supo el porqué: porque mentiría. La detectaría si trataba de decir algo que se alejase de la más absoluta verdad.

—Tú sabes qué tengo, ¿no? Dime al menos que no me estoy muriendo o que estoy embarazada —suplicó pasándose las manos por todo el cuerpo.

Ahora toda su piel picaba de un modo que nunca antes había hecho. Es más, había comenzado a sudar como si estuviera enfermando. Eso solo provocó que temiera algo terrible.

—Vale, no te estás muriendo, ni estás embarazada. Bueno, eso último yo no puedo saberlo con certeza, pero lo que te pasa es otra cosa —reconoció Bella.

Pixie suspiró aliviada.

—¿Entonces?

Una explosión a las puertas de palacio provocó que la conversación muriese terriblemente. Eso solo podía significar que estaban bajo ataque y que Winter corría peligro.

Bella orbitó tratando de darle la mano para llevarla consigo. Para su sorpresa, algo le dijo a Pixie que no lo hiciera. Retrocedió sorprendiendo a la diosa y dejándola sola en la batalla.

—¿Qué coño he hecho? —se preguntó en voz alta.

Estaba rarísima y eso que ella misma se conocía.

Se estremeció de los pies a la cabeza logrando así activar sus poderes. Si no estaba sola en ese pasillo pensaba arrasarlo hasta los cimientos para acabar con el atacante. No iba a dar la oportunidad de que la atacasen por la espalda.

Girando sobre sí misma lanzó un choque de energía tan gutural que gritó mientras se desprendía de entre sus manos.

Voló el pasillo por los aires, arrancando parte de las paredes y suelo mientras todo parecía entrar en absoluto caos.

Para su desgracia no vio a nadie allí.

—¿Me estaré volviendo loca? —preguntó temblando, asustada de verdad.

No comprendía lo que ocurría.

Tal vez su estancia allí estaba provocando que perdiese la cabeza. Sin Dane a su lado tenía claro que estaba a punto de caer en la locura.

«Tranquila. Todo está bien». Dijo una voz a su lado.

Esa voz.

No era real, no podía serlo.

—Eres Ra, ¿verdad? Has saltado de la cabeza de Winter a la mía, ¿eh? Pues no te lo pondré fácil —dijo en voz alta.

El mismísimo castillo tembló hasta los cimientos demostrando que estaban siendo atacados por algo más fuerte que un súcubo. Ese lugar se encontraba bajo asedio mientras ella le hablaba al aire.

«No soy Ra».

No era real.

Giró sobre sí misma dispuesta a ignorarlo. Él no conseguiría nada de ella, lucharía hasta las últimas consecuencias de ser necesario.

Ahora no podía distraerse, necesitaba llegar hasta sus amigos para cerciorarse de que estaban bien. Después de eso era de vital importancia proteger aquel lugar y a Winter con él.

Bajando las escaleras escuchó un sonoro crujido, reaccionó tarde dándose cuenta de que un gran trozo de techo se desprendió sobre su cabeza.

«¡Cuidado!». Gritó esa voz.

Una magia extraña la empujó apartándola del impacto.

Salvó su vida.

Y eso era mucho más extraño.

—¿Qué? —preguntó.

Si no era Ra quién hablaba, y lo había demostrado salvándola, el escenario se volvía incluso

más terrorífico.

—Dime que lo has hecho para que me confíe, que no eres él —suplicó al cielo Pixie.

Esa voz era de alguien tan querido como odiado en su momento. El dolor fue tan lacerante que le desgarró el corazón mientras luchaba por contener las lágrimas. No era real, debía repetirse eso una y otra vez.

«Cielo, soy yo». Dijo esa voz.

Creerlo iba a ser difícil, algo que debió anticipar ese ser porque ante ella comenzó a hacerse visible una imagen fantasmagórica de alguien de quien se despidió hacía años. Solo cuando contempló el rostro de su padre rompió en llanto.

—¿Qué haces aquí? —sollozó Pixie.

No podía estar ahí.

En ese lugar no.

«He venido a advertirte, corréis un grave peligro. Seth sabe cómo penetrar las defensas del infierno. Aquí sois más vulnerables que en la base».

Las palabras de su padre le decían que corría un grave peligro, uno real, pero su mente era incapaz de procesarlo. Verlo de nuevo era como abrir una herida que siempre creyó cerrada.

—Espera, no podemos irnos, lo hemos intentado. Contéstame, ¿qué haces aquí? —inquirió Pixie limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Puede que la respuesta ya la supiera, solo era que necesitaba escucharla.

«Mírame, hija. ¿Qué crees que me pasó?».

Su pregunta fue como disparar directamente en el corazón. Él murió para no convertirse en espectro, lo hizo por el bien de su raza y para no servir a Seth. Sabía lo que eso suponía.

Pero dolía verlo allí porque el significado era terrible.

Solo existía una posibilidad.

Que había sido condenado al infierno, al sufrimiento eterno por los pecados cometidos en su vida anterior.

—Estás de broma, ¿no? Siempre creí que moriste en paz, que estabas con mamá —tartamudeó Pixie, nerviosa.

Temblaba sin darse cuenta. Además, sus poderes parecían activarse a su alrededor sin control alguno. Notó sus manos encenderse y apagarse casi a la velocidad de los latidos de su corazón.

«Son muchas cosas atroces las que hice, pero la peor fue abandonaros. Eso me trajo aquí». Sentenció él.

Su padre.

Ese ser que no merecía nada de mal.

—No, eso no. Yo te perdoné —recordó Pixie.

Pero él no.

Por eso estaba ahí.

Pixie hizo explotar un gran trozo de techo que cayó sobre su cabeza. No le hizo falta ni mirarlo, levantó un dedo al cielo y reventó en mil pedazos dejando solo polvo a su alrededor.

«Tienes que salir de aquí, antes de que te aplasten». Pidió su padre.

No supo de dónde sacó las fuerzas suficientes como para moverse y tampoco como logró abrir las puertas del castillo para salir al exterior. A ese mismo donde se había declarado un verdadero infierno.

Cientos de seres oscuros, peligrosos y con sed de sangre estaban dispuestos a asaltar el castillo con el claro objetivo de tomar a Winter. Producto del dolor de ese momento Pixie invocó una feroz explosión que arrasó con sus enemigos más cercanos.

Después fue capaz de ver a los suyos.

Todos estaban arrinconados en uno de los laterales, en un jardín del palacio, uno que se estaba tiñendo de sangre mientras defendían la posición.

«Pixie, cálmate». Suplicó su padre.

Ella lo miró de reojo.

—No. ¿Quieres ver lo poderosa que puede llegar a ser tu hija? Solo observa, padre —anunció.

Si alguna vez Pixie temió o contuvo sus poderes, ese momento quedó totalmente atrás. Dio una palmada al aire llamando la atención de los presentes, invocando su magia más profunda.

Después de eso solo sonrió.

La rabia contenida era un aliciente mágico, uno que la recargaba como si necesitara una excusa para explotar de verdad.

Miró a sus amigos un segundo, fue un aviso velado de que estaba dispuesta a destruirlo todo. Y Bella asintió dándole el beneplácito antes de comenzar a levantar un muro de protección.

Pixie respiró suavemente. Primero inspiró y después, como cabía esperar, espiró dejando que todo volase por los aires con una gigantesca explosión. Una que arrasó todo a su paso.

CAPÍTULO 31



Para cuando la explosión pasó, muchos de los habitantes del infierno ya consiguieron reducir a esos demonios menores. La verdad que la ayuda de Pixie fue primordial para detenerlos.

Bueno, en realidad para acabar con ellos.

Bella fue a asegurarse que Winter estuviera bien. Tenía sangre en sus ropas, aunque por suerte no era la suya. Era un alivio porque después de todo lo ocurrido lo que menos quería es que saliera lastimada.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Nolan buscando con la mirada a Quill.

El susodicho apareció con la cara totalmente ensangrentada. Además cojeaba un poco, pero parecía estar bien.

—Esto de no poder orbitar es una mierda. No me gusta pelear así —se quejó el Devorador.

Las preocupaciones de Bella cambiaron cuando su mirada fue hacia Pixie. Sus poderes habían sido increíbles para ser solo una media Devoradora. Tenía la potencia de una bomba y no parecía estar nada contenta.

Olió el peligro a pesar de los metros de distancia.

—¡Nolan! Dime que no lo sabías y no te mataré —bramó Pixie fuera de sí.

Una parte de ella quiso que Nolan no supiera de qué se trataba el tema, casi rezó al cielo para que así fuera, pero comprendió ante su falta de reacción, que sí lo sabía. Esa figura fantasmagórica que acompañaba a la Devoradora era alguien importante.

Impulsivamente, sin saber muy bien el motivo, Bella orbitó ante el dios de la muerte.

—Vale que quieres follártelo, pero me pertenece —lloró, rabiosa.

Vio su dolor comprendiendo que ese hombre que la acompañaba era su padre. Uno del que no tenía ni idea que estaba allí.

Se parecían en pequeñas cosas, en la forma de la nariz y el mentón, aunque seguramente tenían mucho más en común de lo que parecía a simple vista.

—Sé lo que duele. Te entiendo. Él vino a ti en cuanto llegaste, imaginé que era un ser querido por cómo te miraba, pero no quise delatarlo hasta que estuviera preparado —explicó Bella.

La Devoradora negó con la cabeza completamente furiosa.

—¡Que no lo defiendas, joder! —gritó empujándola.

No se lo tuvo en cuenta porque su dolor era casi masticable. Todos los presentes podían notarlo a flor de piel, desgarrándola lentamente.

—Dice la verdad —comentó Winter acercándose—, es la diosa de las almas perdidas. Puede verlo, a él y a todos los fantasmas.

Eso era más doloroso si es que eso fuera posible.

O no.

—Si vas a enfadarte con alguien, hazlo conmigo —pidió Bella queriendo defenderlo.

Necesitaba que no se enfadase con él, que no lo siguiera viendo con ese mundo roto en sus ojos.

Y supo que no podría salvarlo porque ni él mismo deseaba eso.

—No. Tú no eras mi amiga, tú no has sangrado en mi base junto a mí. No perteneces a la base, pero has estado en ella. ¡No has ayudado! ¡Me lo debías! —bramó haciendo temblar el suelo.

Quería matarlo o hacerle daño, lo que fuera le servía.

Nolan, poniendo las manos sobre los hombros de Bella. La apartó cuidadosamente porque quería estar ante su amiga, la Devoradora que le pedía explicaciones por romperle el corazón.

—Pienso ganarme el infierno solo para destruirte en mi estancia —sollozó entre lágrimas.

Destruida.

«No podías arreglar lo que yo había hecho. Yo decidí esto, yo le pedí que no lo dijera. Siendo la muerte no podía negarse. Quiso protegerte, no podías llegar hasta a mí». Explicó su padre.

—Pixie, siento mucho cómo puedes llegar a sentirte, pero él quería que superases su muerte. Que fueras fuerte y tuvieras una vida plena y feliz. No podría destruirlo todo condenándote a saber que tu padre estaba en el infierno porque no puedes cambiarlo —explicó Nolan—. Aunque acepto todo el odio que tengas para mí, lo tomaré si eso te deja seguir adelante.

Limpiándose las lágrimas, Pixie cerró los ojos unos segundos luchando por calmarse. Por no destruirlo todo.

—¿Y revivir? ¿Puede? —preguntó como una niña pequeña deseando que su padre abriera los ojos de nuevo.

No funcionaba así.

Nolan negó.

—Lo siento mucho —contestó sintiéndolo de verdad.

Regalándole una amarga sonrisa, Pixie se giró gritando al cielo expulsando parte de su magia sin hacer daño a nadie. Permitió soltar carga antes de ser capaz de cruzar una línea sin retorno.

—Claro, para eso tienes que follarte a un dios que lo cambie todo. Alma va a revivir por Douglas mientras yo tengo que aceptar que mis padres murieron injustamente y que uno de ellos vive atormentado en el infierno —escupió brutalmente enfadada.

Y esa era una realidad que no podían negar.

Ni tampoco cambiar.

—No puedo traerlo de vuelta, quizás podría ayudarle a ir al cielo, si lo convences —propuso Nolan.

Llevaba años tratando al padre de Pixie, suplicándole cruzar hacia la luz y estar con su amada de por vida, pero los remordimientos lo anclaban al infierno como si fuera el peor hombre de la tierra.

—No quiero tu puta limosna. Quiero que todos vivan independientemente de quien se trate. Quiero a Alma con todo mi corazón, de verdad, pero ella está muerta como mi padre y va a ganarse una vida de amor junto a Douglas. No es justo.

Interrumpiendo ese momento, un leve brillo provocó que tras ellos aparecieran unos rostros conocidos que agradecieron enormemente.

Pixie no se giró.

No quiso mirar a ninguno porque solo quería hacer que el mundo ardiese por completo.

—Vaya, parece que llegamos tarde para la fiesta —rio Nick.

—Esto no es una fiesta —se quejó Darius.

—¿Pixie?

Winter jadeó y pudo ver en su rostro, en sus ojos iluminados que Doc era uno de los recién llegados. Lamentablemente solo fue capaz de escuchar la voz de su pareja, de Dane.

La voz de ese hombre era algo que no podía escuchar en esos momentos. Llevaban separados bastante más tiempo del que hubieran estado jamás y no quería que la viera así.

Solo cuando dieron un par de pasos fue la propia Pixie la que hizo temblar el suelo en señal de advertencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dane.

Girándose poco a poco, fue capaz de contemplar al hombre al que más amaba en el mundo. Ese que sabía que podía ser su lugar seguro en una tormenta. Lamentablemente ahora ella se sentía una fuerza de la naturaleza capaz de explotar.

—Mi padre está aquí —dijo amargamente—. No fue con mi madre.

Su llanto provocó que Dane rehusara cualquier advertencia disponible. Cruzó la distancia que los separaba tomándola entre sus brazos con la fuerza posible como para retenerla.

Solo entonces el mundo de la Devoradora cayó sobre ella. Se agarró a él con miedo a ahogarse y comenzó a llorar como nunca antes. El dolor fue tal que se sintió arder sin señal de llamas en su piel.

Él no se apartó.

Quedó sujetándola mientras el resto se apartaba proporcionándole un momento de calma que necesitaban. Hasta su padre la dejó allí, recomponiendo sus trozos para seguir batallando más tarde.

—Tiene razón. Hacemos y deshacemos sin tener en cuenta el corazón de los demás —declaró Bella mirando a Nolan.

Él apretó la mandíbula sintiéndose culpable del dolor causado a Pixie.

Esa herida no sanaría jamás.

—Douglas pagará un alto precio por lo que va a hacer —explicó Nolan.

Pero el dios de la muerte también lo estaba pagando. Sentía a los Devoradores sus amigos, su gente a la que proteger y uno de ellos estaba al borde del abismo ahogándose entre lágrimas.

Unas que él había provocado.

—Sí, todo el que rompe una regla natural lo hace. Lamentablemente, eso no consolará el corazón de Pixie —explicó Bella.

Ya nada lo haría.

—Tío, teníais razón. Sí que había algo malo en el infierno —declaró Nick mirando a Darius.

Así era.

Lo que no se esperaban que fuera algo tan terrible. Comprendieron que el espíritu del padre de Pixie creía haberse ganado el infierno tal y como Alma, pero que solo uno de ellos regresaría a la vida.

Y eso podía ser una roca capaz de hundirte en el fondo del río.

—Es mucho peor —declaró Doc—, noto la energía de mi padre aquí. Ha sabido encontrar el camino al infierno.

Genial porque los problemas nunca se presentaban de uno en uno, mejor todos a la vez.

CAPÍTULO 32



—Tócame —pidió Douglas de repente.

Alma dio un salto y no supo más que separarse de él impulsivamente. Supo que si le hubiera pedido que le disparase le hubiera sorprendido muchísimo menos que eso. No era posible.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

Era la única respuesta disponible, el resto se habían esfumado de golpe.

—No. Estoy muy cuerdo.

En realidad discrepaban en eso.

Tal vez no conocía verdaderamente el significado de la palabra «cuerdo». A todas luces él no entraba en esa categoría.

—No pienso tocarte —declaró convencida de ello.

Douglas, que no parecía conocer el significado de muchas palabras, como por ejemplo: «no», comenzó a quitarse la camiseta dejando sus tributos masculinos al aire. Bueno, mejor dicho: su pecho de tío duro, musculoso y potente.

Era un pecado para la vista.

Un manjar.

—Vaya, siempre pensé que nuestra primera vez sería de una forma mucho más apasionada —comentó el dios, despreocupado.

Quiso quitarse los pantalones, realmente lo intentó, pero Alma lo detuvo lanzándole su almohada impactando directamente contra su rostro.

—¿Has pensado mucho en eso? —preguntó Alma tratando de desviar la atención.

Y posiblemente su ira.

—Un poco.

Y siguió al ataque.

—Pues te equivocabas —sentenció ella.

No quería eso.

O sí.

O no.

Era tan atractivo que había que estar loca como para no querer lamer todo ese cuerpo de ensueño.

No.

No podía sentir eso.

O sí.

No, imposible.

Ella estaba rota, completamente.

No podía disfrutar del sexo después de todo eso.

¡Y qué sexo le ofrecía Douglas!

Lo miró de soslayo luchando consigo misma. Casi parecía que en ella convivían dos personas y las dos querían estar con Douglas.

No, las dos no.

Sí, hasta la más reacia quería probar ese cuerpo.

—Puede —comentó Douglas.

Quitándose los zapatos con los pantalones por los tobillos, Alma luchó por no mirar. Él, terriblemente provocativo, se giró para que al agacharse tuviera una vista perfecta de su increíble trasero.

«Culo, que trasero suena demasiado fino». Pensó Alma.

Así era.

Un pecado por delante y por detrás.

—Sigo queriendo que me toques.

—Terminantemente no —contestó Alma.

No podía porque entonces no sería capaz de detenerse. Para su sorpresa, después de tantos años, tenía ganas de tocar a alguien. Era un deseo quizás tenue, aplacado por el miedo o los recuerdos de esa vida pasada.

Pero sí que deseaba rozar su piel con la yema de los dedos. Sentirlo de verdad.

—Bien, entonces pasaremos al próximo recuerdo —masculló Douglas.

Solo la miró esperando su reacción.

¿Y cuál fue?

Regalarle un bonito corte de mangas.

—Chantajista —le escupió Alma.

No pareció importarle demasiado.

—Soy un chico malo, asúmelo y nos irá mejor a ambos.

Eso sí era simplicidad.

¿Douglas era un chico malo?

Había contemplado sus enormes alas negras. Esas que la habían cubierto con suma ternura, nada propio de alguien malo. También sabía que era hijo de Oscuro, el dios que pretendía ser la parte terrible del universo.

Y, por lo que sabía, era el mejor padre del mundo.

Él, a pesar de haber sido etiquetado como malo, como el estorbo o el niño que no importaba para Luz, era muy diferente.

Era gentil, fuerte, divertido, atento y sexi.

—¿Te crees irresistible? —preguntó Alma.

Lo era por mucho que ella quisiera luchar para negarlo.

—A tus ojos sí —contestó Douglas.

Podía leerla como un libro abierto,

—Creído.

Él no le discutió eso, pero era tan atractivo que podría creerse el rey del mundo que nadie se lo rebatiría.

—También sé que si me lo pides me tendrías de rodillas a tus pies —comentó Douglas como si nada.

Un dios a sus pies.

Eso le dio demasiadas ideas.

Y algunas muy… fueras de contexto.

—¿Para qué?

Douglas enarcó una ceja, mirándola de forma tan caliente que la ropa pareció estar a punto de sufrir una combustión espontánea.

—Para lo que me pidas.

Iba a desmayarse allí mismo. Alma ansiaba con todo su corazón tocarlo, pero sabía que no podía. Que toda ella se había condenado a no estar con nadie más. Después de todo el sexo ya no le parecía lo mismo.

Por eso siempre se negó a las citas que le preparó Nick.

Bueno, eso y porque Douglas siempre estuvo terriblemente cerca.

—¿Tengo a todo un dios a mis pies? —preguntó Alma.

Sin vérselo venir, Douglas dejó escapar un jadeo cercano a un gemido, algo que la sorprendió. Había sido un sonido glorioso.

Y podía volver a escucharlo.

—Lo has tenido desde hace tiempo y lo sabes —aseguró Douglas.

Eso le generó un nudo en la garganta que difícilmente podía tragar con saliva. Era mucho más grande de lo que pensó. El efecto que tuvieron esas palabras la sobrecogieron de los pies a la cabeza.

Y supo que estaban jugando con fuego.

A punto de quemarse.

—¿Te has tocado pensando en mí? —preguntó Douglas.

Alma agitó la cabeza como si así la despejase para tratar de verlo mejor. Esa pregunta fue algo que no esperó ni en mil vidas.

—¡¿Qué?! —contraatacó como si acabase de enloquecer.

Nunca se sabía por dónde saldría Douglas, sin embargo, eso era mucho más de lo que podía manejar.

—Ya sabes… —rio sabiendo perfectamente el efecto que provocaba—. Quiero saber si te has metido los dedos pensando en mí. Si te he arrancado un orgasmo sin yo saberlo y si he estado a la altura.

Esa conversación ya había atravesado todas las líneas rojas disponibles. No pensaba seguir por ese camino.

—No te contestaré —negó rotundamente.

Él no pareció molesto con eso.

—Vale, pues tócame —pidió de nuevo.

Ese hombre tenía un plan perfectamente elaborado. Estaba empujándola hacia su cuerpo de un modo que no podía pensar en otra cosa. Hasta sus sentidos le suplicaban que pusiera las manos en su pecho.

—Douglas, sea lo que sea que te has tomado, olvídalo —dijo Alma girando sobre sí misma.

Orbitando en un parpadeo, el dios se colocó ante ella tomándole la mano para llevarla justo hacia su pecho.

—¿Ves? No muerdo —sus ojos se oscurecieron al momento—, aunque si te gusta sí que podría hacerlo.

No escuchó sus palabras.

Estaba al borde del colapso por otra cosa: su mano.

Estaba tocando el cuerpo de Douglas, ese amasijo de músculos fuertes y capaz de partirte en dos si se lo proponía. Además, su piel estaba caliente, mucho a decir verdad y ascendía y bajaba producto de su respiración.

No se inmutó, como si ese toque no significase nada. Respiró con calma contemplando cada reacción que ella emitió.

Tras unos segundos en colapso total, los pulmones de Alma ordenaron respirar de nuevo. Lo hizo muy rápido, quizás recordando cada instante de esos años en los que no tuvo voluntad.

Nunca tocó a nadie sin que se lo ordenasen.

No fue libre.

Y por ese motivo apartó la mano.

—Así no —dijo ella bruscamente.

Él aceptó eso.

—¿Cómo entonces? —preguntó sabiendo la respuesta perfectamente.

Alma subió ambas manos porque sabía que con una no se conformaría. Estas las colocó en su pecho de nuevo, acariciando esa piel aterciopelada que pareció erizarse con su toque suave.

—Así…

Douglas se humedeció los labios mirándola fijamente.

Alma notó su mirada perversa, la que le prometía sexo sin condiciones hasta acabar agotados, pero rehusó mirarlo. En su defecto, se quedó contemplando sus manos y el paraje paradisíaco que acariciaba.

Su piel era perfecta, no importaban las cicatrices.

Ya lo había tocado una vez, pero esta era distinta. Mucho. Las connotaciones entre ambos habían cambiado radicalmente.

Respiró sabiendo que si no lo hacía se ahogaría sin remedio.

—E… eres suave —tartamudeó.

«Patética». Pensó Alma.

—Y tú increíble.

Sus palabras la asaltaban por todo lo alto. La levantaban sin manos haciéndola sentir poderosa, capaz de todo. Por un momento Alma se las creyó, olvidándose de todo y disfrutando el momento.

Descendió por sus brazos hacia las manos, ahí tras un par de caricias, subió de nuevo a los hombros para ir al pecho. Era duro, fuerte, el de un guerrero experimentado y se preguntó en cuántas guerras habría participado.

Olvidando esa pregunta descendió muy lentamente.

Centímetro a centímetro se dio cuenta de que, por fin, Douglas reaccionaba de verdad. Su respiración entrecortada le indicó lo nervioso que había conseguido ponerlo y eso le gustó.

Mucho a decir verdad.

Solo cuando su dedo índice rozó la goma de su ropa interior, Alma miró hacia sus ojos.

Fue todo un espectáculo contemplar su rostro. Sus ojos oscuros la miraban con hambre, con una de verdad capaz de devorarla allí mismo. Sus labios entreabiertos, expectantes por lo que pasaría después y su respiración agitada anticipando sus movimientos.

—¿Qué hago? —preguntó Alma.

¿Y si lo hacía?

¿Qué les pasaría?

—¿Te toco? —inquirió perdiéndose en la inmensidad de sus ojos negros.

Douglas la atravesó con la mirada, consumiéndola lentamente.

—Por favor… —rugió completamente fuera de sí.

A pesar de todo le gustaron sus formas.

Y eso la hizo sonreír.

—Educado y todo en un momento como este… —Y dejó escapar una risita.

Temblando por lo que pensaba hacer a continuación, Alma tomó sus calzoncillos y comenzó a bajarlos lentamente. Se recreó en el momento porque disfrutó viendo a Douglas casi colapsar en ese momento.

Después, la impresionada fue ella con su tamaño. Jadeó casi atragantándose con su propia saliva.

—Te dije que era una gran col…

No pudo terminar porque Alma tomó su miembro con una mano, sin compasión y gimió entre sus dedos. Resistió ese primer momento que creyó desmayarse porque nunca antes imaginó volver a tocar nada semejante.

Mataron su líbido al destrozar su vida.

O eso creía.

—Como lección esto está muy bien, si quieres podemos parar —comentó Douglas casi sin respiración.

Cierto.

Había aprendido mucho.

Sin contestar, Alma bajó la mano hasta la base y subió lentamente arrancándole un gemido de lo más profundo de su ser. Uno que hizo temblar el mismísimo suelo y las paredes de esa prisión.

—¿Y si quisiera continuar? —preguntó Alma.

Él, que apenas abrió los ojos, solo asintió siendo incapaz de hablar.

Subió y bajó proporcionándole tanto placer que los gemidos se mezclaron con los jadeos y las respiraciones se hicieron cortas, rápidas y casi al borde de la asfixia. No se movió, solo aceptó lo que Alma le daba sin más.

—Douglas… —dijo Alma.

Este tragó saliva.

—Quiero que me toques —declaró Alma sin ser todo lo valiente que quería ser.

El pobre cerró los ojos casi sin podérselo creer.

—Repítelo —pidió Douglas.

—¿Qué?

Douglas tuvo que aclararse la voz luchando por ser capaz de pronunciar palabras claras en vez de gruñir como un animal salvaje.

—Pídemelo de nuevo —ordenó.

Estaba a punto de abrir la caja de pandora, esa terrible que soltaba todos los males del mundo. Aun así, necesitaba que él la tocase. Su cuerpo se lo pedía como si estuviera enferma y ese hombre tuviera la cura.

Lo necesitaba.

—Quiero que me toques —pidió Alma finalmente.

No pudo pronunciar más palabras.

Apartándose de su toque, Douglas la tomó entre sus brazos y la levantó del suelo arrancándole un grito. No tardó mucho en comprender que la llevó hasta la cama, donde la depositó con cariño.

—Voy… Voy a ser todo lo delicado que pueda —prometió luchando consigo mismo.

Confiaba en él.

Era el único hombre del universo que no la dañaría voluntariamente y lo estaba demostrando.

—Lo sé.

Eso fue el pistoletazo de salida que necesitó para arrancarle los zapatos. Los hizo volar o los quemó, no lo tuvo claro porque se movió veloz yendo a por sus pantalones, los cuales sufrieron la misma suerte.

Entonces se detuvo.

Eso fue un alivio porque hacía muchísimo que no exponía su cuerpo a nadie y él parecía comprender eso.

—Douglas, yo…

Quiso decirle que comprendía si se lo había pensado mejor, si quería detenerse y volver a la otra terapia, pero no lo consiguió. Douglas besó su tobillo sorprendiéndola sobremanera.

Jadeó, sintiendo como su cuerpo se calentaba como si fuera un volcán en erupción.

No se contuvo besándola. Su lengua, cruel y perversa, ascendió por su pierna, saboreándola como si de un helado se tratase. Se detuvo un par de veces para dibujar círculos en su piel o para contemplarla.

Quería cerciorarse de que todo seguía bien.

Y llegó al final de la pierna. Notó su nariz golpear su ingle mientras su lengua quedó dibujando un círculo muy cerca de su intimidad.

Eso la asustó y calentó a partes iguales.

Con voz entrecortada, luchó por decirle que siguiera, pero sus miedos eran una carga tan grande que no alcanzó a decir nada. Enmudeció recordando momentos antiguos, unos que ya no existían.

—¿Puedo quitártelas? ¿Sigues queriendo? —preguntó Douglas.

Ella no supo reaccionar.

—¿Qué? —alcanzó a decir.

Él dio un golpecito con su dedo sobre su sexo, recordándole las bragas que lo tapaban.

—Quiero quitar esta prenda del demonio. ¿Puedo?

Un «por favor» hubiera quedado de cine en un momento como ese. Para su desgracia, solo alcanzó a mover la cabeza ligeramente consiguiendo asentir muy apenas.

Eso provocó que Douglas se apartase. Subió a toda prisa cubriéndola con su caliente cuerpo, quedando sobre su rostro y haciéndole perder la cabeza por culpa de su terrible mirada.

—¿Sigues aquí? —preguntó.

Alma asintió.

—No quiero que pienses en otros mientras te como el coño —confesó Douglas brutalmente.

Una que la atrajo a la realidad.

—Ellos no valoraron quién eras. No te tocaron como pienso hacerlo yo y tampoco te saborearon como necesito. No quiero que ellos lleguen a tu mente mientras te saboreo. Llámame egoísta, pero quiero que pienses en mí mientras te tomo.

Ese hombre podía conseguir que ella hiciera cualquier locura si se lo pedía. La más loca era permitir que tocase esa parte de su cuerpo que mancillaron, la que nunca creyó recuperar.

—Estoy sucia… —dijo lastimeramente recordando lo mucho que la usaron.

Douglas sonrió.

—Yo pienso limpiarte.

No era eso.

—No…

Descendiendo hasta tomar sus labios, Douglas consiguió disipar esos miedos que la estaban haciendo temblar. En realidad comprendió que los fantasmas del pasado ya no existían.

Solo estaban ellos dos.

Únicamente ellos.

Y necesitaba ese placer.

—¿Puedo? —preguntó el dios.

Él quería hacerla partícipe. Le entregaba esa voluntad que le quitaron una vez, la que le sesgaron a golpe de cinturón y que ahora recuperaba de la mejor de las formas. Entre las manos de Douglas ella se convertía en una pieza única en el mundo.

—Sí… —declaró.

Desapareció orbitando entre sus piernas.

Las abrió dejando que estas descansaran sobre sus hombros cómodamente.

—No me has quitado las…

No terminó de decirlo porque, con solo un toque, su ropa interior se volatilizó entre los dedos de Douglas.

—Eso es fantástico —rio Alma.

Douglas pudo haberla acariciado, podría haber introducido sus dedos poco a poco en su abertura para mostrarle que estaba ahí. Supo que ese tacto hubiera sido genial, no obstante, su boca cayó sobre ella a toda velocidad.

Gruñendo tomó su sexo con hambre, arrancándole un terrible gemido a Alma.

No usó las manos, no las necesitó porque su lengua se abrió paso entre sus labios vaginales para alcanzar el clítoris. Lo tomó como suyo, lo succionó terriblemente haciendo que el placer se disparase por su cuerpo.

Sorprendida, descubrió que no había roto esa parte de ella. Podía sentir placer, algo que creyó que no regresaría.

Luchó por mirar a ese hombre sin morir de la vergüenza y se lo encontró comiéndola con ganas. Al darse cuenta de que estaba siendo observado, este levantó la mirada sin soltar su clítoris.

Esa imagen voló por los aires su cabeza. Era tan caliente que gimió fuertemente antes de desplomarse sobre la cama.

—Eres un puto manjar —declaró Douglas.

Esta vez sí usó sus dedos, unos que abrieron sus labios hasta encontrar un clítoris inflamado por el placer. En círculos, la torturó al mismo tiempo que ella empezaba a retorcerse en la cama.

—Vas a correrte por mi culpa, Alma —la advirtió.

Eso la sorprendió.

—No sé si podré —reconoció.

Tal vez no le quedaban orgasmos después de todo.

Penetrándola con un dedo sin previo aviso, la contempló seriamente mientras ella gemía locamente. Solo entonces le mostró la lengua para después sonreír de oreja a oreja.

—Lo harás —prometió Douglas.

Mientras su dedo la penetraba una y otra vez, su boca tomó de nuevo su clítoris. El placer se multiplicó por dos mientras se movía de un lado a otro experimentando algo nuevo.

Ese placer era distinto a todos.

La tenía en consideración. Buscaba sus puntos débiles y los usaba para que ella disfrutase más que nadie. La tomaba, acariciaba y besaba como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra.

La convirtió en única.

No era un juguete, tampoco una transacción de unos minutos y mucho menos un agujero que rellenar y marcharse. La convirtió en persona, en sentimientos y ambiciones.

Y sobretodo en placer.

Uno que la sobrecogió y sorprendió a partes iguales. Entonces, asustada, quiso apartarse sin conseguirlo. El orgasmo explotó en su cuerpo al mismo tiempo que alcanzaba la cabeza de Douglas.

No lo apartó.

No lo empujó para que se marcharse.

Solo lo acarició mientras gritaba al cielo dejando que el orgasmo la sobrecogiera poco a poco.

Esa sensación la tomó de improvisto, golpeándola fuerte y haciéndole recordar lo bueno que era el sexo con la persona adecuada. Fue entonces lo contempló con lágrimas en los ojos.

Douglas la había devuelto a la vida.

—Gracias —lloró Alma.

El dios de la creación ascendió hasta besarla.

Se saborearon el uno al otro, tomándose a conciencia mientras, con toda la ternura del mundo, la abrazaba. La sostuvo contra su cuerpo al mismo tiempo que las lágrimas manchaban su piel, también cuando empezaron los temblores y no se alejó cuando sollozó.

Girándolos casi en el aire, quedó él abajo y ella apoyada sobre su pecho. No la apartó, solo la sostuvo con fuerza haciéndola entender que no caería a ese abismo del que parecía querer salir.

—Lo siento mucho —dijo Alma.

Douglas solo acarició su cabello con calma, con cariño infinito.

—Cuando te devore, que lo haré, te prometo que gritarás mi nombre —prometió Douglas con voz ronca, peligrosa.

Alma tembló, aunque una parte de ella quiso saber qué era eso, cómo era sentirse deseada y satisfecha.

Y eso solo podía lograrlo ese hombre.

Después de eso, solo se quedó en sus brazos, en silencio, dejando que sus caricias le quitasen todo lo malo de su cabeza. Alejando aquellos recuerdos para que no la devorasen.

CAPÍTULO 33



—Pues este lugar es bastante curioso —declaró Nick.

Bella, la cual los había congregado a todos en el comedor, frunció el ceño mirando directamente al segundo al mando. No se lo tomaría como una ataque si este rectificaba rápidamente.

Le dio esa oportunidad.

—No digo que sea malo o feo, simplemente, distinto. A Aimee le hubiera encantado venir —suspiró con cierto dolor.

Aimee.

Su hermana.

Tembló un poco antes de servir todas las copas que había traído y mantenerse firme. Era fuerte, podía hacerlo sin sentir esos remordimientos que Douglas siempre quiso que tuviera.

Ella pertenecía al infierno, por eso no conocía a su hermana. Tenía suficiente con la guerra que tenía sobre sus hombros, adentrarse en la de los Devoradores suponía un problema real.

No pudo evitar pensar en ella, en cómo sería su hermana. ¿Se parecería a padre? ¿A su terrible madre?

Tal vez era una persona muy habladora como ella, o todo lo contrario. No tuvo claro qué era mejor pensar. Borró la idea de Aimee de su mente negándose a sentir curiosidad.

No podía.

—No es habladora —anunció Darius—. Es seria, fuerte y tiene un gran corazón. A veces parece que las relaciones humanas le cuesten, pero se esfuerza mucho en mejorar.

Bella tembló al escucharlo.

—Lo siento, el ser mentalista a veces no se puede controlar —se disculpó con sinceridad.

No lo culpó por querer contestar sus preguntas. La verdad que, gracias a eso, pudo hacerse una idea de cómo era su hermana.

—¿Habláis de Aimee? —preguntó Nick, animado.

—En realidad solo pensaba en ella.

Nick rio.

—Estás con dos mentalistas, es imposible pensar con un mínimo de intimidad —rio señalando a Darius y después a Dane.

Eso sí fue toda una sorpresa.

Los mentalistas eran seres muy escasos en el universo mágico y bajo su techo tenía a dos. No parecían débiles ninguno de los dos, demostrando su teoría de que esos seres siempre poseían una fuerza superior a la media.

—Si quieres hablar de tu hermana yo soy tu hombre. Vivo muy cerca de ella y, aunque no soy su pareja, sí tenemos una relación especial. Me salvó de la oscuridad cuando ella misma estaba siendo consumida por la suya propia —explicó Nick.

Eso era interesante, a decir verdad mucho más de lo que hubiera imaginado.

Sabía quién era Nick porque Douglas le había hablado de él, también de Chase. Eran los hombres más cercanos a su hermana, sus fuertes seguros y por los que arrasaría el mundo entero si algo malo les ocurriese.

De reojo, casi como si no quisiera molestar, Bella contempló a Doc. Estaba serio, con la mirada perdida como si los pensamientos fueran tales como para mantenerlo distraído. Y ella sabía perfectamente qué pensamiento era ese.

Dibujó una media sonrisa buscando al otro lado de la sala a Winter, la cual parecía haberse escudado con Quill alejándose de a quién quería realmente hablar.

—¿Podemos hablar? —preguntó Nolan yendo hacia Dane y Pixie.

No iba a esconderse y eso le gustaba de él. Sabía las consecuencias, el daño que podía haber producido y quería tratarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—Id pasillo abajo y entrar en la tercera puerta, es mi despacho —declaró Bella.— Ahí podréis estar mucho más tranquilos, pero no vale romper nada.

Se marcharon en silencio, cada uno pensando en lo que quería decir. Solo esperaba que no se declarasen la guerra, que nadie tocase un pelo a Nolan porque ese hombre era mucho más que follable.

—Quill, yo creo que voy a irme a mi habitación, a descansar —anunció Winter.

Yéndose hacia la puerta, pudieron ver como el Devorador se levantaba, aunque no la seguía. Cambió de dirección yendo hacia Anubis, el cual se mantuvo en silencio a la espera de que dijera lo que tuviera que decir.

—Te toca, tío —sonrió Quill yendo a darle un golpecito en el hombro.

No llegó a hacerlo.

No pudo con la mirada gélida que le dedicó el dios.

—Tío, das el mismo miedo que siempre.

Winter ya se había ido dándose cuenta de que su amigo no la protegería, que estaba a solas con Doc. Puede que fuera una reacción muy infantil, pero necesitó salir corriendo de allí para evitar que la alcanzase.

—Venga, Anubis, al ataque —lo animó Bella.

No necesitaba esos ánimos, aunque le vinieron bien para ponerse en pie y seguirla de cerca.

—Ay… El amor… —sonrió Quill.

—Hasta este puede enamorarse, siempre pensé que tenía un hueco en el pecho en lugar de corazón —bromeó Nick.

Ambos se miraron sonriendo.

Sí, aquellos dos eran los graciosillos de la base.

Entre otros.

—Él parece aceptar que sus destinos están entrelazados, pero no sé si quiere que eso sea así porque teme que Winter salga lastimada —explicó Darius.

Anubis no era el más elocuente del mundo, tampoco el más gracioso, no obstante, Bella lo había conocido realmente. Era un gran hombre, amable y piadoso a la par de poderoso.

—¿Puedes leerle la mente? —preguntó Quill.

Darius negó.

—Si lo intentase me patearía el culo —reconoció el Devorador.

Eso sí era propio del Anubis que conocía.

—Lachlan dijo que le dio hostias a Ra hasta en el carnet de identidad. Que estaba irreconocible —comentó Nick.

Así pues, Anubis había seguido su consejo y había ido a visitar a Ra. Solo esperaba que la humana que tenía por mascota estuviera bien. Que no hubiera sufrido daño alguno.

—Anubis es muy fuerte, pero desde que Seth trató de acabar con él parece que reprime esa magia interior. Alucinaríais si lo vierais en plena forma —comentó Bella siendo incapaz de callarse.

Entonces se dio cuenta de que acababa de cometer un craso error, acababa de reconocer que conocía a ese hombre.

—¿De cuándo os conocéis? —preguntó Quill.

¿Qué podía hacer?

¿Negarlo todo?

Ya no podía, eran detectores andantes de mentiras.

—De cuando eran una familia feliz. Conocí a su madre y a sus hermanos. Una de sus hermanas era mi mejor amiga, aunque no pude salvarla.

Ese recuerdo siempre dolería. No existía nada que calmase ese dolor.

—Uhhhh, eso huele a sexo salvaje. Como le digas a Winter que estuviste con él te pega un tiro —bromeó Nick.

Por suerte eso no iba a pasar.

—No, no fue con él —dijo velozmente Bella.

Sí.

Acababa de caer en la trampa del Devorador para reconocer que había estado involucrada sexualmente con alguien de esa familia.

Corriendo hacia ella, Nick se tumbó en la mesa acortando la distancia que los separaba. Como si de un niño bueno se tratase, colocó los codos sobre la mesa y apoyó su mentón en las palmas de sus manos.

—Vas a convertirte en mi nueva mejor amiga, cuenta. Dime por lo menos que no has follado con Seth.

Era una bocazas.

Una de verdad.

—¡No! Aunque creo que es mucho peor… —reconoció Bella.

Estaba perdida.

Todos tenían un pasado oscuro, ¿no?

—Fue… Ra… —confesó sin saber muy bien el porqué.

Si alguien le preguntaba diría que la habían interrogado durante horas, que fueron muy persuasivos para conseguir sacarle la información.

—¡¡¡¡QQQQUUUÉEEEEEE!!!! —bramaron los tres.

No supo cuál de los tres Devoradores estaba más impresionado con ese descubrimiento.

Nick se incorporó tomándola de la muñeca para buscarle el pulso, después le tomó la temperatura con el dorso de la mano y ella se dejó porque no tenía claro qué era lo que estaba pasando.

—Tenemos que llamar a Dane o Doc, esta pobre mujer tiene que estar a un paso de la muerte.

Se ha acostado con Ra —dijo fingiendo una arcada.

Bella lo empujó sin apenas fuerza.

—Eran otros tiempos. Además, ¿lo has visto? Ese cuerpo está hecho para el pecado, era guapo, persuasivo, peligroso… De esos que no suelen gustar a los padres. Todo lo que una diosa jovencita con hormonas revolucionadas necesitaba —explicó.

Sí.

Había tenido una juventud movida.

—Pues espero que no te importe porque vamos a cargárnoslo —declaró Nick completamente convencido.

En realidad sus caminos se habían separado desde hacía tiempo.

Ya no importaba.

—Sé el monstruo en el que se ha convertido, aunque sospecho que siempre fue así… Yo no lo vi.

—¡Qué fuerte! ¡Que ese tío folla y todo! —comentó Quill llevándose la atención de todos.

Fueron unos segundos en silencio antes de que todos arrancasen a reír a carcajada llena. Sí, esa gente era muy divertida, tal y como Douglas le había prometido. Ahora sabía por qué también les tenía cariño.

Eran un soplo de aire fresco.

CAPÍTULO 34



—¿Ahora huyes? —preguntó Doc mientras la seguía de cerca.

Sí, ese era el término exacto que estaba haciendo. Que diera gracias que no ponía miles de kilómetros entre ellos. Aceleró el paso tratando de que no diera con ella, algo imposible por otra parte.

Bueno, era el momento de reaccionar, así que, solo reaccionó como sabía hacer.

Winter giró sobre sí misma apuntándolo con su arma.

—¿Tan malo sería? —preguntó con la respiración agitada.

No sabía qué pensar.

Todo lo que tenía que ver con Doc era confuso y perturbador. Ahora sin Ra en su mente podría haber hecho mil cosas, disfrutar de ese gran silencio que había conseguido, pero solo había sabido pensar en él.

Solo en él.

—¿En eso me he convertido? ¿En tu enemigo? —preguntó Doc.

¿Qué?

Winter agitó la cabeza casi como si saliera de algún tipo de embrujo.

—¡No! —exclamó, molesta con esa pregunta tan absurda.

Por supuesto que no era un enemigo.

¿Cómo podía preguntarle algo semejante? ¿Estaba loco o qué?

Doc, con toda la calma del mundo, señaló directamente hacia su arma. Bueno, vale, quizás no era el mejor recibimiento del mundo. Eso podía comprenderlo, pero no era necesario un drama.

—Es mejor así, te aleja de mí —reconoció Winter.

Orbitando sin darle tiempo a pensar, Doc apareció en un breve pestañeo y puso la palma de su mano en el cañón del arma.

—¿Sí? ¿Me aleja?

Era tan intenso que supo que sus piernas no la sujetarían lo suficiente. Tenía un mundo por ojos y fue entonces, cuando los miró fijamente, que se dio cuenta de lo mucho que lo había extrañado.

—Aquí, sin Ra, no soy responsabilidad tuya. Eres libre —reconoció ella con cierto pesar.

Podía hacer lo que quisiera mientras ella vivía en el infierno.

—Nunca lo he sido, Winter. Desde el momento en el que me recogiste de esa carretera que

supe que la libertad nunca había pensado en mí. Es solo algo inalcanzable por lo que ya no me preocupo.

Winter supo que él podía estar hablando de matemática avanzada que ella seguiría mirándolo con verdadera adoración. Tenía esa cualidad arraigada tan fuerte que podía ejercer el control absoluto de su voluntad.

Sus labios se movían y ella solo podía mirarlos.

Estaba embrujada.

—¿Y por qué no quieres ser libre? —preguntó Winter.

Doc se encogió de hombros.

—¿Recuerdas la promesa que te hice?

Esa pregunta la descolocó.

Por desgracia le dio miedo a dar la respuesta equivocada.

—¿Con Ra? —tanteó sin tener muy claro si iba a fulminarla con la mirada.

Para su sorpresa, y alegría, él pareció satisfecho con la respuesta, lo que significaba que había acertado. ¡Menudo alivio!

—Te prometí que te libraría de él y estoy cerca de cumplirlo.

Un jadeo se escapó de sus labios sin saber muy bien el porqué.

—¿Cómo? ¿Qué?

Si una vez tuvo la capacidad de hablar, Winter supo que la había perdido toda. Sus neuronas se habían derretido diluyéndose por completo en el cerebro. Eso sí fue algo que nunca esperó que pasase.

Siempre creyó que Ra mantendría el control sobre su mente, que solo el infierno la libraría de él.

—No entraré en detalles, pero quiero que sepas que no voy a descansar hasta conseguirlo —declaró Doc.

Eso significaba muerte.

Como si de una niña pequeña e inocente se tratase, él siempre miraba de protegerla cuando algo implicaba hacer ese pecado tan terrible. Sesgar la vida de otro era un crimen, aunque dependía de quién se trataba.

Con Ra o Seth iba a ser una celebración.

Winter bajó entonces su arma poco a poco sin conseguir que Doc la soltase. Al final ambos quedaron conectados por ese toque artificial que no hacía que sus pieles entrasen en contacto.

Miró hacia allí, dándose cuenta de que el dios la sostenía como si de su mano se tratase y supo entonces que ella deseaba ese contacto.

Dubitativa y algo temerosa, Winter murmuró un poco antes de levantar la mirada para enfrentarlo directamente a esos ojos que le hacían perder el control.

—En realidad te eché de menos —reconoció.

Doc sonrió.

—Yo quise darte una oportunidad de disfrutar una vida normal, pero al final acabé aquí. He sido egoísta viniendo…

Ambos suspiraron.

—¿Por qué egoísta?

Winter quiso guardar su arma, lo intentó, pero su mano no se desenganchó de ella, sujetándola con fuerza.

—Podía haber venido cualquiera, pero quise hacerlo yo a pesar de haberme negado en un principio. Cuando me dijeron que algo malo pasaba solo quise saber si estabas bien.

Aquello fue toda una revelación.

—No quise que me lo contasen o me enviaran un mensaje. Necesitaba verlo por mí mismo, que estabas bien.

Doc podía ser el más callado de la base, pero era capaz de llegar hasta lo más profundo en un par de frases. Poseía la fuerza capaz de golpear sin necesidad de usar su magia.

—Me alegro de que vinieras —reconoció Winter.

Tragó saliva, temblorosa y perdida en sus ojos dispares. Estos se acercaron poco a poco, casi como si pidieran permiso.

Quedando tan próximos el uno del otro, ambos eran capaces de sentirse de tal forma que lo convirtió en un momento muy íntimo. Doc miró sus labios, los mismos que se entreabrieron dándole la bienvenida.

¿Podría negarse a eso?

Poco a poco, sin necesidad de correr, descendió hasta besarla. Lo que primero fue un beso tierno y cariñoso, se convirtió en despiadado y letal. Tomó su boca como nunca antes conquistándola a golpe de lengua, entrando en ella y poseyéndola.

La declaró suya sin que Winter se resistiera porque en el fondo supo que lo deseaba mucho más que él.

Necesitaba eso, sentirse, tomarse y perderse el uno con el otro.

Y se besaron con ganas, con hambre y con verdadera pasión. Los segundos pasaron mientras se saboreaban a conciencia, rompiendo la calma del otro, pintando su cuerpo de atracción y desesperación.

Fue un momento único.

Uno que, cuando se separaron para tomar aire, concluyeron que los condenaba a seguir juntos.

No era por Ra o por Seth, era por ellos mismos, porque era evidente que se necesitaban.

—No vuelvas a dejarme sola —pidió Winter.

—No lo haré —prometió Doc.

***

—¿Y bien? —preguntó Pixie con los brazos cruzados.

Molesta.

A la defensiva.

—No voy a suplicar tu perdón, no lo merezco. Sabía bien lo que hacía cuando te oculté esa información. Solo quiero que comprendas que decírtelo te hubiera producido una amargura gratuita, jamás hubieras podido hacer algo por él —explicó Nolan.

Por desgracia lo sabía.

—Sé que tengo mala leche, tío, pero me lo tomé como un ataque. No pude pensar. Jamás me imaginé que él pudiera estar aquí —reconoció Pixie.

Era una posibilidad que nunca imaginó.

Los hacía en el más allá, juntos y felices.

—Bueno, es más que comprensible. Solo quiero que sepas que si me necesitas aquí estaré. Para lo que sea. Y que, a pesar de que Douglas va a traer de vuelta a Alma, verás el gran precio que tendrá que pagar por ello. Romper las normas no es gratuito, aunque eso jamás te consuele. Yo te ofrezco la posibilidad de reunirlo con ella, con tu madre.

Alguna vez había escuchado hablar a Aimee de las consecuencias. Hubo un tiempo en el que ella entregó sus alas a cambio de salvar la masacre que creó. Supo que el precio fue mayor a eso,

pero nunca lo explicó.

Fue producto del enfado, de la rabia del momento y de la impotencia.

Nunca se hubiera quejado si ellos hubieran ido al más allá juntos.

—No quiero que parezca que envidio a Alma, le deseo lo mejor —explicó Pixie.

—Lo sé y te comprendo —contestó Nolan.

Dicho todo o es que quizás era extraño mantener esa conversación, el dios de la muerte decidió retirarse.

—Gracias por querer hablar —se despidió.

—Gracias a ti, de verdad. Otro se hubiera ido sin más.

Pero Muerte no era así.

Poseía corazón.

Dejándolos solos, Pixie suspiró tratando de mantener bajo control sus emociones. Esas que conseguían hacer que todo explotase.

—Estoy muy orgulloso de ti. La Pixie que conozco lo hubiera enviado a la mierda —declaró Dane.

Incapaz de contenerse, se lanzó sobre los labios de su pareja tomándolo con violencia. Este la tomó por la cintura luchando por contenerla y, cuando se dejó ganar, la besó con fuerza.

—Ya sabía yo que estabas contenida —rio Dane al tomar aire.

Fue su turno, tomándola de la barbilla la obligó a mirarlo. Ella era un espectáculo para la vista, era increíblemente sexi y su fuerza era equiparable a cualquier fuerza de la naturaleza.

—No sé cómo he podido estar sin ti —reconoció Pixie.

Dane la instó a subir. Tomándola del trasero, la levantó provocando que ella envolviera sus piernas alrededor de su cintura, sujetándose fuerte a una creciente erección.

—Menuda bienvenida estoy notando —rio ella.

—¿Esperabas menos? —jadeó sorprendido.

Él tomó una de sus manos, una que guio hasta su miembro y dejó que lo tocase por encima de la ropa.

—Joder —se sorprendió Pixie.

—Es por tu culpa, por ser tan sexi.

Tenían muchísimo tiempo que recuperar.

—¡En mi despacho no! ¡A vuestra habitación! —gritó Bella llamando a la puerta.

Ambos dieron un respingo al escucharla. Se separaron de un salto como si estuvieran haciendo algo malo y se miraron con ganas de más. Estaban a punto de quemar el infierno entero o, al menos, las sábanas de su cama.

—¡Tía, eres una cortarollos! —se quejó Pixie.

—Me da igual. Además, he mandado que os dejen fresas, nata y condones.

Era la mejor anfritiona.

—Esta chica me cae bien —comentó Dane dándole una palmada en el culo a su pareja.

Pixie gimió provocándole todavía más.

—Yo espero caerte mejor —reconoció.

Él contestó con la mirada, una que la desnudó y la poseyó duramente entre terribles gemidos. Estaba prometiéndole el mejor sexo en toda su relación, aunque eso era demasiado prometer. Sabía que cumpliría porque Dane nunca defraudaba.

—Por supuesto —contestó Pixie parpadeando como si de una niña buena se tratase.

CAPÍTULO 35



Aria respiró profundamente antes de saltar atrás en el tiempo. Iban al momento en el que cambió su vida, ese instante en el universo en el que conoció a Sergei. En un acto heroico e inconsciente para salvar a su sobrino, acabó en el lugar más peligroso del universo.

Uno que le había dado una vida nueva.

No era solo una humana, sus poderes atestiguaban que se había convertido en diosa. En una capaz de atravesar su tiempo a su antojo.

Bueno, al menos así lo intentaba.

Escondiéndose entre los árboles, los tres cayeron en ese lugar tan especial: la casa de su hermana Martha.

Ahora ella vivía en la base, su sobrino iba a la escuela y ella había encontrado trabajo. Era una más.

Mentiría si dijera que habían sido capaces de recuperar esa relación de hermanas que una vez tuvieron. No era así.

Se querían y estarían la una para la otra pasase lo que pasase, sin embargo, habían hecho amistades diferentes en la base. Ella pasaba el tiempo con Hannah y Brie mientras que Sergei y Alek se habían convertido en su familia. Eso sin contar con Valentina y, por supuesto, a Khaos.

Tal y como Sergei recordaba, Aria bajó del coche y comenzó a dar golpes con su bate a todo espectro que se le acercó. En su cruzada por salvar a su sobrino, conoció a Sergei.

Sonrió al ver ese momento.

En ese instante no era consciente de lo muy importante que sería ese hombre.

Y que ahora lo amaría con toda su alma.

El tiempo se detuvo justo en el momento en el que Sergei se lanzó para ayudarla. No sabía a dónde iba o qué resultaría tras esa caída y no le importó. Solo quiso salvarla, sin contar con que no la conocía.

Era su héroe particular.

Como las veces anteriores, el recuerdo se tornó en blanco y negro. Había acertado con el momento en el tiempo. Ese era el lugar exacto donde Devin había escondido otra joya.

Justo para que la encontrasen.

Yendo hacia allí, pasó por el lado de Valentina, también por el de Alek y los contempló. Ellos tampoco sabían que esa loca que había caído por el agujero iba a ser su cuñada.

Tampoco lo mucho que los querría en su vida.

Sonrió satisfecha con el resultado.

Si ese espectro jamás hubiera aparecido ante su coche nunca hubiera regresado y eso la hubiera condenado a no conocerlos jamás. Todo por un espectro que se apartó del rebaño.

Uno solo.

Pensando en esa idea, se acercó a ese agujero por el cuál descendieron.

Fue un sacrificio humano para que Khaos y Devin salieran de esa prisión. Murió por ellos.

Metiendo la mano en el agujero esperó a que la imagen se redujera hasta que la joya acabase en la palma de la mano. Los segundos pasaron lentamente, confundiéndolos a todos hasta que comprobaron que no pasaba nada.

Absolutamente nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aria, confundida.

Miró a su alrededor buscando una respuesta que no encontró.

—¿Has metido bien la mano? —preguntó Sergei.

No tenía pérdida, bien podía metérsela por el culo, pero tenía claro que eso no haría que el recuerdo se transformase en lo que venían a buscar.

—¡Claro que lo he hecho! ¡No hay otra forma de meter la mano! —exclamó Aria moviendo sus manos como si eso tuviera otra forma de activarlo.

No había movimiento mágico, tampoco compuerta trasera o palabras que pudieran dar con la respuesta.

—Quizás es este momento, pero no el sitio —declaró Khaos.

Mirando al dios, confusos, trataron de encontrar una solución a ese problema tan extraño que parecían tener.

No había pasado hasta ahora.

Buscaron en esa escena tratando de encontrar esa pieza, ese resquicio o esa pista que se les escapaba. Estaban allí, era inequívoco que era ese el lugar, de lo contrario jamás se hubieran escapado los colores.

Entonces, ¿qué ocurría?

—Esto es de locos, Devin podía haberlo complicado un poco menos —se quejó Aria.

—Nos acaba de follar vivos —declaró Sergei.

Acto seguido, tras un respingo, miró hacia Khaos.

—Sabes que no hablo en sentido literal, tú me entiendes —explicó el Devorador.

Lo comprendía a la perfección.

—Creo que estáis buscando esto —dijo una voz.

Preparados para cualquier inconveniente, los tres giraron sobre sí mismos dándose cuenta de que estaban muy alejados los unos de los otros. Habían formado una especie de triángulo dejando al recién llegado en el centro.

Su voz metálica no les hizo sospechar de lo que sus ojos vieron. No podían haberlo adivinado porque pocas veces habían visto a un espectro hablar.

Ante ellos, como si de un ser demoníaco se tratase, el espectro flotaba en el aire. Sus ropas raídas, al igual que su piel, le daban un toque perturbador de lo que una vez fue. Un Devorador consumido en su máximo estado, acabando siendo controlado por Seth.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sergei a punto se silbar.

Aria, como si se adelantase a los acontecimientos, avanzó hasta cubrir al espectro con su cuerpo. No quería una pelea, no hasta que tuviera la resolución del rompecabezas.

—No te acerques a él —anunció Khaos.

Lo hizo, aunque bate en mano dispuesta a romperle todos los huesos.

—No os haré daño —dijo ese ser.

¿Podían creerlo?

Aria, bastante reacia, se aproximó unos pocos pasos más. Estaba esperando que la atacase, que luchase por arrancarle el corazón de alguna forma horrible antes de que pudiera ser capaz de defenderse.

Entonces una extraña sensación la invadió.

Ya se habían visto con anterioridad.

Era el mismo que la obligó a detener el coche, el que le dio un susto de muerte mientras hablaba con Ty sobre cómo había ido su visita a casa de su hermana. Estaba convencida de que era él, por mucho que se entre ellos se parecieran.

—¿Eres tú? —preguntó Aria.

Sergei farfulló algo y le levantó una mano instándolo a callar, necesitaba escuchar a ese ser.

—¿Ty? —preguntó el espectro.

La pregunta la descolocó.

A decir verdad no sabía cómo podía conocer ese nombre.

—No está aquí —remarcó Aria, aunque era más que evidente.

No pensaba mezclar a su amigo en esos temas. Podía saltar en el tiempo todo lo que hiciera falta, pero él no podía sufrir daño alguno. Era un humano, uno que no tenía nada que ver con la magia, se negaba a poner sobre la mesa la posibilidad de que alguien le hiciera un rasguño.

Por eso estaba en casa, aunque, por desgracia, su relación se había enfriado un poco desde entonces.

—¿Dónde está?

¿Eh?

Aquello era muy confuso.

—En casa, supongo… La verdad es que soy una amiga de pena. Lo he descuidado un poco si te soy sincera.

Y eso dolía.

—Lo estás protegiendo —corrigió Khaos.

Podían decirlo como les diera la gana que el resultado era el mismo. Siempre podía llamarlo, hacer algún plan con él o simplemente charlar. Lamentablemente desde que había iniciado su viaje a través del tiempo lo había apartado de su vida.

Y eso la hacía sentir rastrera.

—Lo necesito… —declaró el espectro.

Aquello era de locos.

—Lo siento, pero no está aquí. Además, ¿qué puedes necesitar tú de él? —preguntó Aria.

Estaba a un paso de levantar el bate para reventarle la cabeza. Ahora se sentía la peor amiga del mundo, una horrible que había dejado pasar el tiempo irremediablemente. Estaba segura de que no iba a querer saber nada de ella.

—Lo necesito… —repitió de nuevo.

Y lo hizo una vez más.

Otra.

Y otra.

—¡Bah! Voy a llamarlo —declaró Sergei.

¿Su pareja era consciente de que habían retrocedido en el tiempo? No era como si pudieran conectar con el del presente como si nada.

—¡Cuelga que no te lo va a coger! ¡No debe haber ni cobertura! —ordenó Aria bastante nerviosa con la situación.

No comprendía aquello.

—¡A buenas horas! Casi creí que me habíais desterrado de la base —dijo Ty por el altavoz mientras todos se quedaban estupefactos—. Que sepáis que no pienso irme porque hay hombres que están muy buenos aquí si no ya os hubiera dado la patada en el culo.

Aria jadeó.

—¿Ty? —preguntó sin podérselo creer.

Este bufó.

—Señor Ty para ti, ya no somos más que conocidos, chata —dijo evidentemente enfadado.

Antes de que pudieran contestar, decirle que tenía toda la razón del mundo en enfadarse, el espectro apareció ante el teléfono y metió la mano en él.

Sin saber muy bien cómo, Ty apareció lentamente mientras este lo sacaba del aparato. Solo cuando lo tuvo fuera lo lanzó contra el suelo, donde rebotó y giró sobre sí mismo un par de vueltas de campana.

Era su amigo, le gustase a él o no, así que Aria corrió ante él y lo defendió con su bate.

—Oye, bicho, apártate de él antes de que te aplaste como a una cucaracha —le advirtió luchando por comprender lo que ocurría.

El espectro sonrió.

—Tu amigo, lo necesito —declaró el espectro.

Aria levantó el bate.

—Te pienso volar la cabeza si das un paso más —amenazó de nuevo—. Te debo mucho, lo sé. Tú me ayudaste a volver a salvar a mi sobrino. Sin ti jamás lo hubiera conseguido, soy consciente de ello, pero apártate.

Un Ty muy aturdido se levantó entre dolores y miró a su alrededor.

—¿Qué me has hecho? ¿Esto es un rollo saltatiempos tuyo? —preguntó al borde de un ataque de histeria.

Aria puso los ojos en blanco.

—¡No! Ha sido este el que te ha traído aquí.

Ambos, en realidad los cuatro, miraron al espectro tratando de comprender qué estaba pasando. Habían llegado allí con la idea de encontrar la última pista de Devin, la que lo desencadenaría todo.

En su defecto se daban de bruces con un espectro loco.

—Te necesito —declaró de nuevo el espectro.

Ty dio un paso hacia él antes de que Aria se interpusiera.

—¿Estás loco? Te matará —le recriminó.

Para su sorpresa, Ty no se volvió loco. Los miró a ambos de forma intermitente antes de poner una mano sobre el bate de Aria.

—Puedes bajarlo, tranquila —explicó.

Eso sí era volverse loco porque no permitiría que se acercase a ese ser ni loca. No existía nada en el mundo que la obligase a permitir que eso sucediera, por lo tanto, pensaba defenderlo.

—Mira, sé que he sido una amiga de mierda. Solo quise que no te pasase nada porque no me lo perdonaría —explicó Aria sin venir a cuento.

Los remordimientos eran un mal compañero de viaje, uno que podía arrastrarte hasta lo más profundo.

—Una llamada no te hubiera matado, guapa. Que sabes que me tienes para lo que haga falta

—escupió Ty evidentemente molesto.

No tenía perdón.

No ahora.

Trataría de compensarle de alguna forma porque quería seguir siendo su amiga. Necesitaba tenerlo en su vida muchos años, saber de él y puede que le llevase años recuperar lo que una vez tuvieron.

—Lo siento de verdad, protegiéndote me perdí en esta búsqueda. Traer a Devin de vuelta me hizo perder el norte —confesó Aria antes de soltar una respiración.

Ojalá algún día la comprendiera.

—Chicos, yo no es por tocar las narices, pero tenemos un espectro entre nosotros. Ya sabéis, esos que matan al servicio de Seth. ¿Lo invitamos a café? —recordó un Sergei evidentemente nervioso.

Cierto.

Tenían un espectro.

—Te necesito… —repitió el espectro.

Aria y Ty pusieron los ojos en blanco.

—Eres más pesado que algunos de mis follamigos —refunfuñó Ty.

Fue ese momento en el que algo pareció hacer «click» en la mente de Aria, el rompecabezas encajó a la perfección dándole una imagen clara de un paisaje que creyó no ser posible.

—¿Lo conoces? —le preguntó al espectro directamente.

—¿A este? ¡No! —gritó Ty—. Lo recordaría porque hubiera salido corriendo.

Ella lo regañó con la mirada.

Necesitaba silencio.

Después su atención fue directamente hacia el espectro.

Tras unos segundos de angustia, el espectro asintió pesadamente y fue ese el instante en el que todo pareció tener sentido.

—¿Quién te dejó aquí?

—Tiempo…

Su declaración pareció hacerlo volar todo por los aires. El aire se arremolinó entre los árboles, envolviéndolos a todos casi apartándolos de ese lugar. Decir su nombre había despertado algo.

La pista final.

—¿Por qué? —preguntó Aria.

—¡Que no lo conozco de nada! —exclamó Ty.

Puede, pero ese ser sí conocía a su amigo y por eso estaba ahí. Eso debía significar algo, necesitaba esa respuesta.

Y debía ser ahora.

—Porque perderlo me convirtió en esto —confesó el espectro.

Aria hubiera dicho mil cosas de no ser por el vendaval que se declaró en ese momento. Como si fuera un huracán creado por la mismísima Valentina, apenas pudieron tenerse en pie.

Aferrándose a Ty, quiso no salir volando o que él pudiera recibir daño alguno.

—¡Por eso no te traje! —gritó Aria.

—¡¿De verdad crees que es momento para esto?! —se quejó Ty.

Solo cuando el espectro echó la mano hacia delante Aria lo golpeó con su bate. No pensó, solo quiso alejarlo de su amigo a cualquier precio. Y este ser gritó de dolor retirándose hasta chocar contra el pecho de Khaos.

—¡Destrúyelo! —bramó Aria.

El dios colocó ambas manos sobre sus hombros, estando a su espalda no hubiera podido defenderse a pesar del viento. Para la sorpresa de todos, Khaos pareció absorber todo el aire, calmándolo hasta que pudieron tenerse en pie.

—¿Qué te hicieron? —preguntó Khaos.

¿Eso importaba ahora?

—Lo conocí una noche de fiesta…

Ty, en la espalda de su amiga Aria, surgió señalándolo con un dedo.

—¡Eso es mentira! —gritó.

—Fue casual, un poco de sexo y para casa —explicó el espectro.

Ty tosió.

—Vale, eso sí me cuadra más —reconoció.

No era un misterio o un secreto que Ty disfrutaba del sexo sin ataduras. Amar no era lo suyo, al menos no había encontrado a la persona adecuada.

—Supe que era mi pareja —explicó el espectro.

Aria supo que se había desmayado de no ser porque necesitaba saber más, la historia entera. Notando a Ty abrazado a ella por miedo a que ese hombre dijera algo terrible, le puso una mano sobre su brazo, tratando de calmarlo.

—Seth me mostró cómo moría en un accidente de coche.

Suficiente como para que un Devorador pereciera convirtiéndose en espectro al notar el accidente de coche. Es más, ellos notaban cuando a su pareja de vida se le detenía el corazón en seco en el pecho.

Y eso sí que pasó.

—¿Se refiere al accidente que tuvimos? —preguntó Ty.

Ese mismo.

Iban por la autopista cuando un camión no los vio. Los lanzó lejos chocando contra la mediana de la carretera. Resultaron gravemente heridos ambos, aunque Ty fue el que peor estuvo.

Los servicios de rescate lo reanimaron al llegar porque no había latido. Aria siempre recordaría ese momento porque recobró la consciencia en medio de todo ese caos. Gritó su nombre durante largos minutos antes de que un sanitario le dijera que estaba vivo.

Agradeció al cielo ese día.

—¿Es eso posible?

¿Lo era?

No eran pareja, solo tuvieron sexo esporádico, nada más.

Sergei fue hacia el espectro, el cual no lo atacó, solo se miraron comprendiendo que un día fueron la misma cosa, el mismo ser. Para los Devoradores era muy difícil encontrar la pareja y el pobre hombre lo había hecho.

Para su desgracia notó en su pecho como su corazón se detenía.

Eso les indicó que Seth provocó el accidente para tener un soldado más en su ejército.

Seguía reclutándolos a toda costa y eso era asqueroso.

—¡Ay pobrecito! ¿Y qué hacemos? —preguntó Ty apiadándose de ese hombre.

Aria, que quiso darle una colleja, solo impidió que avanzase.

—Quieto aquí, deja que piense. Además, ¿estás entendiendo lo que está diciendo? —preguntó atónita.

Ese hombre era su pareja de vida.

SU COMPAÑERO.

Ty asintió mientras ponía una mano en su pecho.

—Este ser es como tú para Sergei. Solo fue sexo, pero sé que para él supuso mucho más. Y por eso, cuando te vio en el coche, te paró. Porque te reconoció de venir a bailar conmigo, ¿verdad?

Perpleja, Aria miró al espectro.

Comprendía lo que decían, aunque le costase dar crédito a algo semejante. Ese ser los había visto bailando de fiesta, había tenido sexo con Ty descubriendo así que eran pareja y murió al sentir su muerte.

La vio.

La vio cuando se fue de casa de Martha, cuando Seth les ordenó atacar y detuvo el coche mandándole una señal para que regresase.

—Este hombre fue la clave para la vida que tienes ahora, si me necesita haré lo que haga falta para compensárselo —sentenció Ty.

Aria, entre lágrimas, detuvo a su amigo. No tenía muy claro lo que ese ser necesitaba de él, pero no quería que saliera lastimado Ty en el proceso.

—No puedo dejarte hacer esto por mí. No quiero que te haga daño o te pase nada, no me lo merezco después de cómo me he comportado. Te he alejado de mí —explicó siendo consciente de lo solo que se tenía que haber sentido.

Mirándolo supo que no iba a poder detenerlo. Ty tenía un corazón demasiado grande como para dejar pasar algo así. Aun sabiendo que ese hombre era su pareja, sabiendo lo que eso significaba, lo ayudaría.

—Aria, sé que lo que estabas haciendo era más grande que nosotros mismos. No voy a decir que te perdono porque eso te va a costar unos cuantos días de compras juntos, pero sé que estás destinada a grandes cosas. No quiero detenerte, solo acompañarte —explicó Ty.

Había sido mala persona y se arrepentía de eso. Nunca jamás dejaría a su amigo solo, no lo perdería de vista para nada.

—Después de esto pienso acompañarte hasta a mear —rio Aria.

—Tampoco vamos a exagerar.

Tuvo que soltarlo a pesar de sus reticencias, quería mantenerlo a su lado, protegiéndolo de un ser que podía no ser lo que decía. Solo cuando Ty estuvo ante él se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

Esa ternura solo podía ser de alguien que de verdad te apreciaba.

—Hola —dijo Ty tembloroso levantando una mano—. La verdad que das cierto repelús, no te ofendas.

Su sinceridad era abrumadora.

¿Y ahora qué?

—Dominick regresó de ser espectro —recordó Khaos.

Sí, eso le habían contado.

—Leah lo trajo de vuelta con un besito —rio Sergei antes de que Ty pusiera tal cara de asco que lamentó haberse ofrecido a ayudar.

No era muy agradable.

—No tengo claro que funcione… —comentó Aria, escéptica.

—Esto como cuando te hacían comer espinacas: aguantar la respiración, uno, dos y tres —dijo Ty.

Nadie pudo detenerlo, se lanzó sobre la boca del espectro besándolo. Primero fue rápido, casi queriendo alejarse, pero después se quedó enganchado como si ese fuera el mejor beso de su

vida.

Por un instante creyeron que jamás se separarían el uno del otro. Entonces, todo cambió.

Un brillo envolvió al espectro haciendo retroceder ese terrible aspecto. Su piel, putrefacta y llena de llagas, sanó a toda velocidad volviendo a ser clara, sin herida visible. Después le tocó las ropas.

Estas que una vez fueron más que harapos raídos y que apenas lo cubrían, regresaron lentamente, pespunte a pespunte, a lo que un día fueron. Vestido con apenas unos vaqueros y una camisa blanca, tanto Ty como Aria lo reconocieron.

Sí.

Había estado con él una noche.

Separándose el uno del otro, contemplaron sus largos cabellos marrones, recogidos en una coleta alta. Era guapo, más de lo que aparentaba como espectro. Sus ojos eran como dos grandes esmeraldas, verdes intenso con algún vestigio de amarillo. Todo un espectáculo.

—¡Eh! Sé quién eres —anunció Ty con alegría.

Sí, había estado detrás de ese hombre desde el momento en el que entraron en la discoteca. Era un manjar para la vista y poco le importó la cantidad de gente que luchó por llevárselo a la cama esa noche.

Se lo llevó él.

Y lo hicieron satisfactoriamente, recordaba cómo se lo había contado.

—Gracias. Sé que no merecía pedírtelo, pero ser espectro era una auténtica tortura —se justificó el pobre.

¿Y cómo se llamaba?

Aria trató de recordarlo, pero el paso de los meses había borrado su nombre.

—No te preocupes, Dannian. Te lo debía por parar a Aria, la verdad que gracias a ti tiene una vida genial —contestó Ty.

¡Exacto!

¡Dannian!

—No voy a pedirte que seas mi pareja, tranquilo —rio el Devorador cuando Ty se apartó un poco, quizás algo nervioso por saber qué representaba para ese hombre y qué había hecho para salvarlo.

Un grandísimo beso con lengua.

—Bueno, si eso lo vamos viendo. Un café, un par de polvos o unas conversaciones… Ya sabes.

Sí, su amigo era único.

De pronto el viento volvió a soplar con fuerza. Fue tal la magnitud que todos cayeron al suelo luchando por levantarse. En realidad uno permaneció en pie: Khaos. El mismo que se colocó ante ellos.

—¡¿Qué haces?! —gritó Aria chocando contra un Sergei que la abrazó, protegiéndola.

Una piedra rojiza cayó a los pies del dios consiguiendo así su última pista, la que les faltaba para conseguir el gran premio.

Khaos sonrió al cielo manteniendo la calma mientras el mundo parecía explotar a su alrededor. El aire embraveció buscando asustarlo sin conseguirlo, a pesar de eso todos sufrieron las consecuencias rodando por el suelo.

Escucharon la risa del dios.

—¡Khaos, tenemos que salir de aquí! ¡Dame la mano! —pidió Aria.

Él negó.

—¿No lo notas? ¡Es Devin! ¡Ya viene!

¿Esa cantidad letal de energía era él?

¿Qué se supone que iban a tener que hacer para liberarlo?

—Cuando un dios está hambriento pierde la cordura. Lleva demasiado tiempo solo, sobreviviendo a duras penas —explicó Khaos—. Pero es él.

O una parte muy violenta del dios que conocían.

No iba a ser agradable ese reencuentro.

CAPÍTULO 36



Para cuando Seth apareció ante Ra ya no quedaba ningún espectro en la sala. Todos se habían marchado con Mireia anticipando que la llegada de su padre solo desataría caos a su espalda.

—¿Peleaste contra Anubis? —preguntó Seth sabiendo que era cierto.

Por supuesto que lo sabía.

Era tal y como había dicho su hermano. Su padre lo dejó solo para no interceder por ninguno de sus hijos. No importaba lo mucho que él hubiera estado a su servicio, seguía viéndolo como alguien inferior.

—Sí —contestó sin atisbo de arrepentimiento.

Y ojalá lo hubiera asesinado.

—¿A santo de qué vino este ataque? —preguntó Seth.

¿No lo sabía?

¿O solo se hacía el loco?

—Hemos estado torturando a Winter desde que llegó, supongo que eso hace volar por los aires la paciencia de cualquiera, hasta del más preciado de tus hijos —contestó Ra con cierto aire resentido.

¿Para qué esconderse?

Su padre creía que ocultar las cosas era de cobardes, tal vez había llegado el momento de hablar de ese tema.

—No tengo tiempo para tus celos patológicos, Ra —declaró sin remilgos.

Buscó a su alrededor. Al no encontrar lo que parecía venir a buscar chasqueó la lengua, molesto. Al parecer su pequeño juego de ajedrez se tambaleaba viendo como sus hijos jugaban al despiste.

—¿Y por qué no viniste? Era nuestra oportunidad de acabar con Anubis y decidiste quedarte mirando —escupió Ra.

Lo ignoró por completo enfureciéndolo de verdad.

Aquel hombre ignoraba cualquier cosa que saliera de sus labios, solo tenía un plan, uno el cual seguía hasta las últimas consecuencias. Todo estaba bien pensado, bien planeado olvidando que el resto podían tener el suyo propio.

¿Desviarse?

Eso era imposible.

—Tú deberías haber sido capaz de acabar con Anubis y lo sabes. Además, no busco matar a tu hermano —explicó Seth con toda la tranquilidad del mundo.

Nunca acabaría con él.

Era ese ser que protegería a pesar de estar llevándole la contraria, de pelear contra él y desbaratar sus planes.

—¿Cómo lo permites? —acusó Ra—. A mí me has tenido atado en corto para que siguiera tus pasos, pero a él le das una libertad que no le pertenece. Dejas que esté con vida a pesar de acabar con tus planes.

Necesitaba saberlo.

Seth no confiaba sus grandes planes a nadie, menos a él. Aun así comenzaba a ser necesario que eso pasase.

Lo ignoró deliberadamente.

No sacó un tema para desviar la atención o se inventó cualquier excusa que le ayudase a salir del atolladero. Solo dejó claro que él no era de su confianza a pesar de todo lo vivido.

Solo cuando su padre quiso salir de la habitación Ra orbitó cortándole el paso.

Ambos se miraron a los ojos, no dijeron nada porque tenían claro en qué momento de la relación estaban.

Ra inclinó la cabeza sonriendo.

—Sigues esperando que Anubis vuelva a tu lado, ¿verdad?

Por supuesto que sí.

—Te engañas a ti mismo creyendo que tu niño bonito volverá a ser ese ser que tanto adorabas.

Su padre no perdió la paciencia. Solo lo contempló haciéndole sentir que estaba loco, porque sí, él tenía esa capacidad. Giraba la situación para que después tú creyeras que eras el problema.

Tal vez él no fuera el mejor del mundo, pero estaba asombrosamente cuerdo.

—Aparta, Ra. No tengo tiempo para tonterías —declaró Seth.

Y una mierda.

—¿Para qué? —preguntó sin más.

Ambos lo sabían perfectamente.

Aquella no era una visita de cortesía, era un castigo por haberse atrevido a devolverle el golpe a Anubis. Según él tendría que haber escuchado a su hermano y ceder, o no, en sus peticiones.

Ya no sabía qué era lo que quería.

—Tu hermano ha visto que tienes un punto débil —dijo Seth con toda la frialdad del mundo.

Lo miró a los ojos con tal desprecio que olvidó que también era uno de sus hijos.

—No debí permitir que te quedases con una mascota. Creí que así te tendría bajo control. No le daré una excusa a tu hermano para atacarnos.

Mireia era su objetivo.

Orbitando los dos a la vez, Ra volvió a cortarle el paso a su padre.

Eso sí que le molestó. Rompió su calma ficticia, olvidando que era tranquilo como una balsa de aire y lo miró como a un insecto. Esa era la mirada que recordaba de niño, la reprobación que le lanzaba una y otra vez por no estar a la altura.

Por no ser como los demás.

—Es solo un pasatiempo hijo, se te pasará. Como cuando te dedicaste a ejecutar humanos por diversión —explicó Seth.

No era una enfermedad lo que sentía, si es que era capaz de eso.

Queriendo sortearlo, Seth se encontró con un Ra que lo tomó del brazo con fuerza.

—Es mi mascota y nadie toca mis juguetes —recordó Ra.

Nadie podría hacerlo, ni antes ni ahora. Siglos habían pasado y seguía siendo muy receloso de que alguien pudiera tocar lo que consideraba suyo. Podía ser una humana insulsa, sin importancia, no obstante, era suya.

Y podía sentir cierta curiosidad hacia ella.

—Te traeré otra.

Seth orbitó alejándose de su toque, una acción que colmó la paciencia de Ra. Con verdadera calma, dejó que volviera a aparecer lejos de él para lanzarle un choque de energía de advertencia.

Por supuesto, su padre consiguió contenerlo, pero no la sorpresa de haber sido atacado por él.

—Hemos salido a ti. Estamos tan jodidos como tú —rio Ra fuera de sí.

Así se sentía.

Desquiciado.

—¿De qué hablas? —preguntó Seth.

Por primera vez en mucho tiempo no lo tenía todo bajo control. Las cosas no estaban saliendo como esperaban y uno de sus peones se movía a su propia voluntad. Algo terrible para alguien tan cuadriculado como su padre.

—Tiene que doler saber que todos tus hijos hemos sentido atracción hacia alguna humana, tal y como hiciste tú en su día —comentó Ra.

El recuerdo de su madre era algo que seguía presente día a día.

Ella los había llevado allí.

—No te atrevas a hablar de tu madre.

Y por suerte era el único punto débil de su padre, una gozada que pensaba disfrutar como si del mismísimo placer sexual se tratase. Cerró los ojos ronroneando mientras saboreaba la ira de su padre.

—¿De quién? Esa mujer odiaría en lo que te has convertido. Conmigo, en cambio, ya sabía lo perturbado que estaba. Seguro que no se sorprendería.

Levantando una especie de muro, Ra contuvo un contraataque de su padre. Fue toda una sorpresa verlo reaccionar así, tan fuera de sí y perdiendo las formas. No era propio de él.

Solo de Ra, era el impulsivo y siempre lo sería.

—Pero Anubis… —se divirtió diciendo esas palabas—. Si ella fuera consciente de la tortura que le hiciste, de que mataste a todos sus hijos… Que nos destruiste a todos en su honor…

Fue una ejecución pública de un dios que perdió la cabeza.

Un escándalo que los dioses hablarían durante siglos. Se había igualado al mismísimo Cronos, que se comió a sus hijos.

Era un monstruo y no lo que quería aparentar ser.

No era un salvador de su raza.

—Vosotros la matasteis —se justificó Seth.

Ra rio.

—No, solo fue uno de nosotros.—Tragó saliva sabiendo lo que estaba a punto de decir—. Aken, ¿recuerdas acaso su nombre?

Siglos habían pasado desde la última vez que alguien se atrevió a pronunciar dicho nombre. Fue como si el mundo explotara y se recompusiera de nuevo. Lo vio en sus ojos, el dolor y la rabia de la pérdida.

Seguía sintiéndolo como el primer día.

—Aken fue un desagradecido, un mal hijo, pero los demás debisteis detenerlo.

Esa era su justificación.

Todos tenían la culpa por no saber que uno de sus hermanos cometería el peor de los

crímenes. El más atroz de todos.

—¿Y por qué no sientes ese odio hacia Anubis? —preguntó Ra.

Era el momento de despejar el camino, de dar las respuestas que llevaba siglos queriendo saber. No importaba lo mucho que su padre tratase de ocultar el pasado, este siempre regresaba para atormentarlos.

—Tu hermano estaba lejos de la ciudad ese día. Yo lo envié a la guerra para luchar contra un dios menor que quería quitarnos el control —explicó Seth.

Lo excusaba una vez más.

Estaba lejos para actuar, ejecutando uno de los planes de su querido padre. Él, cegado por la obediencia absoluta, marchó sin saber que sería la última vez que vería a su madre con vida.

Y al regresar… el mismísimo caos.

Seth ejecutó a sus hijos, cazándolos uno a uno.

Pero esa excusa, la de estar lejos, no le sirvió entonces. No lo consoló de la pérdida de su humana porque sí atacó a Anubis. Lo destruyó hasta creer que había sesgado su vida.

—Lo mataste igualmente —declaró Ra.

Así era.

Solo que no supo hasta siglos después que sobrevivió.

—La ira es un poderoso aliciente… —susurró Seth.

Orbitando de nuevo, ambos chocaron en el aire hasta acabar sujetándose el uno al otro por los hombros, conteniéndose a pelear de verdad. Era solo un cara a cara, midiéndose hasta ver dónde querían llegar.

—Aken mató a tu mujer y pagamos todos el precio. Y sigues creyendo que Anubis volverá después de lo que hiciste, después de que yo haya torturado especialmente a la mujer que ama —rio como si todo aquello fuera un gran chiste que solo su padre no podía entender.

Era irónico.

El único hijo que quedaba allí a su lado era el que más vergüenza le daba.

Y el que amaba era el que buscaba ejecutarlo.

—Te destruirá. No tendrá compasión con nosotros después de todo y si sigues atacando a la base, a esos que cree que son su familia, solo conseguirás su odio más profundo.

Esa era la realidad que se negaba a ver.

Esa parte del plan que no funcionaría.

—No hay chantaje o extorsión que lo haga regresar a tu lado. No después de tanto —declaró Ra comprendiendo que lo que habían hecho era imborrable.

No se arrepentía del camino recorrido, pero sabía que su padre debía abrir los ojos de una vez.

—Si todo esto es una distracción para que no mate a tu mascota, puedes irte olvidando de que funcione —explicó Seth acercándose más a su hijo, quedando cerca de su oído—. Voy a entregártela trozo a trozo, seguro que le encuentras la ironía a esto después de haber asesinado a tanta gente.

Una explosión al otro lado de la casa le indicó lo estúpido que había sido. Seth lo había distraído para llegar hasta ella, alcanzarla mientras dejaba que él se desahogase mostrando su verdadera cara.

No había perdido los papeles.

No había alzado la voz.

Era solo un plan de ataque.

Girando sobre sí mismo para ir hacia la humana, Ra notó como su padre lo tomaba por el cuello y lo giraba hacia él.

—Es tarde ya, hijo. Debí dejar que la mataras en su momento, un error que no volveré a cometer.

Sus palabras dolieron. Por primera vez en muchos siglos sintió lo que era el dolor, un sentimiento asqueroso que te pudría por dentro y lo odió por ello, por empujarlo a sentir algo dentro de él.

Ra gritó al aire expulsando parte de sus poderes en una onda expansiva que lanzó lejos a su padre.

Orbitó hasta la sala donde debía haberse escondido Mireia y solo encontró caos y destrucción a su alrededor. No quedaba nada en pie, todo era polvo y trozos en el suelo, los cuales se esparcían a metros de distancia.

Una punzada en el corazón lo sorprendió, fue como si pudiera ser capaz de notar sentimientos. Esos que había desterrado de sí mismo hacía demasiado tiempo, los que no servían para nada.

—¡Mireia! —bramó furioso.

Necesitaba encontrarla.

Vengarla.

Hacer desaparecer ese sitio hasta que su padre solo fuera una mota de polvo.

Entonces creyó comprender un atisbo de lo que pudo sentir su padre en ese momento y sonrió.

Era espectacular, esa rabia era… Indescriptible.

—Se ha ido, hijo. Yo te daré juguetes mejores con los que jugar —explicó Seth apareciendo y flotando sobre su cabeza, negándose a bajar para no mancharse.

En cambio él, que adoraba vestirse de blanco, estaba cubierto de polvo.

—Tú no vas a decirme qué hacer —gruñó Ra.

Se había acabado seguir a pies juntillas a un ser que no lo valoraba.

—Deja este berrinche estúpido y haz lo que te digo.

Seth estaba perdiendo la paciencia.

Eso sí era placer.

—Oblígame —le retó Ra.

Siempre había sido el hijo que suplicaba las migajas que su padre lanzaba a las palomas. No había sitio a su lado, quería convertirlo en un perro de caza, en una herramienta la cual usar sin tener en cuenta sus motivaciones.

No estaba loco.

Era cruel, despiadado y perverso, no obstante, eso no lo hacía su brazo ejecutor. Era algo más que un hijo molesto.

Y él nunca se paró a mirarlo.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó Seth.

Puede, o quizás, nunca la tuvo. Siempre fue la oveja negra y con razón. No seguía al resto, dañaba a voluntad y su maldad podía ser algo excesiva para alguien de su edad. A pesar de todo, siempre se había esforzado para cumplir las expectativas de su padre.

Todo sin saber que nunca llegaría a cumplirlas porque no tenía expectativas para él.

Nunca esperó que él hiciera nada más que obedecer. Era para lo único que servía.

Craso error.

Creer contener al viento con las manos era un terrible problema, una equivocación que todos acababan pagando.

—En realidad nunca fui el más cuerdo de tus hijos —reconoció Ra con voz ronca.

Ya no se trataba de favoritismos o qué hijo le importaba más.

Solo quería venganza por esos años a su servicio para nada.

—Te he dejado divertirte con Winter, eso debería contar —explicó Seth como si le estuviera dando un premio.

Sí.

Y en todo ese tiempo había comprendido que tenían la guerra perdida.

No existía forma de ganar a todo un ejército que se movía como una familia. Se protegían los unos a los otros y esa era la clave. Salvar a quien amas te vuelve más poderoso que el propio mal.

Ellos habían jugado en desventaja desde el principio.

Ra miró a su padre dejando que sus poderes se acumulasen a su alrededor con esa rabia de la que no quería reconocer su significado. Solo permitió que esta lo envolviera lentamente declarándole la guerra a su propio padre.

—Estás siendo irracional —se quejó Seth.

Sí.

Así era su hijo y debía saberlo.

Cuando Ra explotó, el poder salió disparado contra su padre a toda velocidad. Arrasó todo a su alrededor dejando que la magia saliera de sus dedos como hacía años que no hacía.

A tal intensidad que jadeó.

Seth luchó por aplacar ese poder. Levantó escudos a su alrededor en un burdo intento de no ser golpeado por la realidad. Y fue todo un gustazo cuando su magia lo alcanzó hiriéndolo.

—¡Ahora! —gritó una voz que reconoció.

Mireia.

Girando sobre sí mismo, Ra pudo contemplar como miles de espectros surgían de entre los restos de la casa, unos que fueron contra su amo a tal velocidad que lo sobrecogió.

Lo envolvieron entre infinitos golpes, revelándose contra el ser que se lo había arrebatado todo. Ellos eran Devoradores de pecados, la raza que su padre decía querer salvar, pero que había condenado hasta convertirlos en aquellas bestias.

No se puede ganar sin sacrificar decía siempre su padre.

Puede que ponerse en contra a su propia raza fuera demasiado sacrificio después de todo.

—¡Vámonos de aquí! ¡Corre! —exclamó Mireia alcanzándolo.

Ra giró para mirarla, primero a las manos que lo tomaron del brazo y después a ella por completo.

Sonrió.

Estaba sana y salva.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —gritó sabiendo que no podrían contenerlo mucho más.

Eso declaraba más la guerra a su padre y eso le hizo feliz, mucho más de lo que hubiera imaginado jamás.

Descendió ignorando el caos a su alrededor, ese mismo del que disfrutaba con todo su ser y besó a Mireia. No pudo evitarlo, no quiso contenerse y era bueno siendo totalmente impulsivo.

Estaba viva.

Eso importaba.

Y en parte ella lo había salvado de su propia destrucción, de ser un esclavo el resto de su existencia.

Casi paralizando el tiempo a su alrededor, ella abrió la boca dejando que la lengua de Ra entrase para saborearla. La tomó como realmente era, increíblemente dulce y adictiva.

Se sintió vivo de verdad.

Como si hubiera estado viviendo tras un telón toda su vida.

—¿Te has vuelto loco? ¡Vámonos! —le espetó ella cuando se separaron.

—Claro —rio Ra.

Dio un último vistazo a su padre, uno que peleaba por librarse de su propio ejército.

¡Qué contrariedad!

Una humana había jodido sus planes, era perfecto.

Sencillamente angelical.

Solo entonces orbitaron lo más lejos posible, alejándose de la cadena que se había puesto en el cuello sin saberlo. No era el hijo tonto o descontrolado, era libre y eso era mucho mejor que seguir órdenes.

No había expectativas o lugares que alcanzar.

Era algo nuevo.

CAPÍTULO 37



Douglas apretó los puños dándose cuenta de que lo que estaba a punto de hacer podía romper la relación que Alma y él habían construido allí abajo. Respiró luchando con la sensación de sentirse miserable para después dejar que sus poderes se esparcieran por la habitación.

Después, de forma lenta, caminó hasta la cama y se sentó en ella. Quiso verla dormir plácidamente unos segundos más antes de poner su mano sobre su hombro. La despertó con cuidado, casi arrepentido por cortar ese momento de paz.

Ella solo parpadeó un poco, confusa y lo miró para después sonreír.

Era un miserable.

—Ha llegado el momento, Alma —anunció con congoja—. Tienes que enfrentarte a tu peor recuerdo.

Vio como la mujer que más amaba palidecía por culpa de sus palabras. Dando un brinco de la cama se abrazó a sí misma mientras negaba. Estaba adormilada, pero el miedo era tan real que le resultó doloroso.

—No lo hagas —suplicó ella.

Tragó saliva, acongojado.

—Si queremos romper esta prisión, liberarte de verdad, vas a tener que enfrentarte a ello. Te juro que estaré a tu lado, no te pasará nada malo.

Alma rompió a llorar escuchándole hablar.

—¿Más malo que ver eso? Tienes que estar bromeando, Douglas.

No.

No lo hacía.

—Podemos quedarnos aquí para siempre, tú y yo —propuso Alma.

Ese era un gran plan, lo malo era que no era posible.

—Lo siento mucho. Cuando este camino empezó te dije que me convertiría en un monstruo. Ese es el papel que debo representar si quiero salvarte. Acepté el precio al crear esta prisión y ha sido fantástico saborear tu piel —sonrió amargamente—. Ahora debo pagar mi deuda.

Incapaz de dejarla hablar para así no dudar de lo que tenía que hacer, Douglas permitió que sus poderes se apoderasen de todo ese lugar. Esta vez no entrarían en su mente, el recuerdo saldría de ella y lo viviría realmente.

Poco a poco, el reservado de esa noche se hizo presente y tanto Alma como el cliente de esa noche aparecieron.

Y todos sabían lo que estaba a punto de pasar.

—¡¿Te crees una princesa de cuento?! —espetó tras una bofetada.

Su jefe no pensaba negarse al jugoso dinero que habían dejado sobre su mesa para que Alma lo satisficiera. Era algo que simplemente no iba a pasar, por eso tenía que doblegar su voluntad para que hiciera lo que le tocaba hacer.

—Vas a levantarte y cumplir con lo que te he pedido. Te guste o no estás a mis órdenes. Si no satisfaces a ese hombre yo mismo me encargaré de que maten a tu marido, ese que tratas de proteger a toda costa.

Douglas apretó los dientes, escuchando a ese cerdo llevarla al matadero sin rastro de piedad.

—Alma, te he extrañado… —le dijo perdido en su propia excitación.

Después vendría el monstruo, uno que asomaba con los dientes afilados.

Los moratones de su cuerpo no lo habían extrañado porque, a ellos, se le iban a sumar muchos más. Y ella tenía que fingir placer.

Por Cody.

Solo para que su marido siguiera con vida.

El pensamiento de su esposo la ayudó a lograr sonreír afablemente. Ese cliente adoraba que ella fuera dulce, casi suplicante por ese toque que tanto dolía. Debía fingir, porque si él era feliz su marido seguiría con vida.

No podía perderlo o mandarían ejecutar a Cody.

—Yo también –mintió.

Eso hizo que ese ser se vanagloriase, sonrió como si estuviera a punto de decirle «buena chica». En su defecto, se quitó los zapatos y después fue directo a desabrochar su cinturón.

Alma tragó saliva.

—Hoy te necesito, Alma. Anoche estuve a punto de ponerle el cinturón en la garganta a mi mujer, quise con toda mi alma asfixiarla, que su vida estuviera entre mis dedos… —explicó con pesar—. Pero jamás lo entendería. Verme duro mientras me suplica respirar sería demasiado para ella.

Entonces la miró perdido en deseo.

—En cambio tú… Tú sí que sabes suplicar.

Douglas respiró profundamente por la nariz recordándose una y otra vez por qué estaba haciendo eso. Era de imperiosa necesidad que Alma superase lo que pasó esa noche, la peor de todas.

Aunque una parte no quería saberlo.

La buscó por la sala encontrándola en la otra punta, lejos de él. Observaba la escena con seriedad, casi sin emociones. Rota.

—Comprendes que debo hacerlo, ¿verdad? —preguntó Douglas.

Alma lo miró con frialdad.

—Claro —contestó.

Alma no esperó a que dijera nada más. Se quedó observándose a sí misma mientras todo parecía arrancar de nuevo. Nunca hubiera querido que él viera ese momento, esa noche.

Ese hombre, el que había pagado por ella, era un monstruo.

Era perverso de verdad.

Vieron, durante más de media hora, como la golpeaba duramente con la mano y un látigo. Le gustaba marcar su cuerpo, llevarlo al extremo y si lloraba era mucho mejor, entonces gemía

como un cerdo.

No pestañeó cuando su Alma del pasado lloró suplicando que se detuviera. Sabía que no iba a tener piedad de ella.

—¡Para! —bramó totalmente aterrada.

—Así es, puta. Eres mía.

No tenía escapatoria porque estaba atada con fuerza a la cama, sin posibilidad de soltarse hasta que él así lo creyera conveniente. No era libre, vivía esas horas solo para complacerle.

Y él quería dolor.

Abofeteó sus pechos provocando que se retorciera buscando alejarse, algo que lo hizo reír con maldad.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó el cliente.

Ella tenía que mentir.

Tenía que ganarse el dinero que pagaban por ella.

Por Cody, solo seguía con vida para que él pudiera seguir adelante.

—Sí… —susurró entre lágrimas.

Alma fue consciente cuando comenzó a llorar, rota de verse reducida a ser solo un juguete sexual en manos de un monstruo. Él no buscó jamás su placer, solo quería liberar sus peores instintos para seguir adelante con su vida.

Era un habitual del club.

Había atormentado a muchas chicas, pero parecía haberle cogido especial aprecio a ella.

Alma aguantaba más que ninguna otra, o al menos eso se rumoreaba. Por eso siempre pagaba las cantidades que le pedían, aunque subieran el precio él siempre daba ese dinero.

Por eso era valiosa.

Entró en ella, entre gruñidos y jadeos que le revolvieron el estómago. No le importó que estuviera llorando, tampoco lo mucho que sangraba por las heridas superficiales que le había causado solo por placer.

Alma forcejeó cuando lo vio coger su cinturón, ese era el peor artilugio de sus sesiones. Lo ató a su garganta con tanta fuerza que notó como le cortaba la respiración sin poderlo evitar.

No fue capaz de hablar, apenas respiraba y deseó al cielo que acabase esa tortura.

Soñaba con que alguien abriera esa puerta, la liberase y se acabase el horror. Nadie se acordaba de las muñecas usadas y rotas como ella. Si moría nadie lloraría su pérdida porque solo había sido una puta más.

No tenía alma, ni voluntad.

Apretó con tanta fuerza que le dañó la garganta. Recordó que después de esa noche estuvo sin poder hablar más de tres meses. Eso fue un gran inconveniente para su jefe, no obstante, siguió organizándole citas.

Haciéndose daño en las muñecas, Alma luchó por liberarse. Bramó al cielo que alguien pudiera apiadarse de ella y, cuando no ocurrió, lloró como si el mundo mismo cayera sobre sí.

Nadie la quería.

Estaba sola.

Eso solo enloqueció a su cliente que la envistió con más rabia.

Alma tiró de sus ataduras con fuerza, hasta hacerse daño, aunque sin moverlas ni un poco. Notó la sangre bajar hasta manchar el colchón y miró al rostro de su cliente, el mismo que la estaba dañando.

Solo quería ser libre, que no le provocase más dolor.

Gimoteó pidiendo ayuda.

Y nadie la escuchó.

Se sintió sola, abandonada y golpeada hasta perderse a sí misma. Ya no quedaba nada de la Alma que un día fue. Se lo habían arrebatado todo poco a poco y ahora que el cinturón la ahogaba más y más, lo supo.

Nadie la salvaría nunca.

Él llegó, llenándola de su asquerosa esencia y dándose por satisfecho una noche más.

Al borde del desmayo, cuando solo era capaz de distinguir pequeñas lucecitas a su alrededor, el cliente abrió el cinturón liberándola de nuevo. No entró aire a sus pulmones al momento, necesitó unos segundos para volver a respirar.

Quiso quejarse, sin embargo, se dio cuenta del daño brutal que le había hecho ese ser.

Tenía la garganta totalmente destrozada.

—Hoy has sido… Mágica —dijo entre jadeos.

Fue directamente a por su pantalón, el cual había dejado perfectamente doblado en un sillón que había en la esquina. No quería que su mujer notase nada raro cuando regresase a casa.

Por ese motivo cuando le tocaba con él tenía prohibido perfumarse. Es más, debía bañarse con un gel de su elección, el que sospechaba que era el que usaban en su casa para así no sospechar.

—Te lo has ganado —le comentó lanzando sobre la cama un billete de cien a modo de propina.

Eso era lo único que era.

Una «buena chica».

Hacía lo que se le pedía, miraba de no contestar y aguantaba más que otras para que no dañasen a Cody. Era su única persona en el mundo, por la que valía la pena pelear.

No tenían permitido quedarse las propinas, así que, en verdad ese dinero solo era para enriquecer mucho más a su jefe.

Lo tomó entre sus dedos.

Ese era el valor que tenía. Un billete mugriento, doblado y sudado de llevar mucho tiempo en ese pantalón.

—Le diré a tu jefe que te dé un par de días de descanso, me cobrará una pasta, pero valdrá la pena. He sido un poco brusco hoy. Estaba muy necesitado —se excusó con cierta vergüenza.

Después de todo lo que había hecho, de las heridas que tenía por todo el cuerpo, quería parecer alguien majo.

La había soltado de sus ataduras, sabía que era capaz de ver la salvajada que había hecho esa noche. Estaba la cama impregnada completamente de su sangre, no quedaba trozo sin ella.

Todo su cuerpo sangraba. Hasta esa intimidad que debían cuidar como les decía su jefe.

Soltó el billete sobre la cama dejando que este se manchase lo suficiente como para que su jefe se enfadase. Quería que viera que esa noche se había ganado el sueldo con sudor, lágrimas y sangre.

—La semana que viene vendré con un amigo —la advirtió el cliente.

Alma apenas pudo parpadear, se quedó congelada en su sitio, terriblemente aterrada.

—Le he hablado de ti, de lo que hacemos… Y está deseando conocerte —le explicó.

Ella no pintaba cuadros o era una artista. Se dejaba follar y pegar para que no matasen a su marido. No era algo de lo que hablar, mucho menos para estar orgulloso. Desear conocerla

era algo terrible, aterrador.

Bajó la mano después de tocarse su garganta dañada y tocó el dichoso cinturón.

—No sabes las veces que le he contado lo genial que eres. Como lloras, como lo sientes y lo mucho que te gusta —rio como un animal—. Al principio me decía que estaba loco, que nadie se dejaría hacer eso y le pasé las fotos que te hice una vez. Quedó maravillado con lo que te hice.

«Lo que te hice» eran pequeños cortes en las piernas, además de llenarle el cuerpo de moretones.

No era un tatuaje o algo que tuviera que ver con el arte.

—Al principio tenía sus reservas, pero ahora está encantado con la idea. Se pone cachondo pensando en ti. Siempre me pregunta cómo lo he pasado después de nuestra sesión.

Alma, que ya había desconectado por el miedo, no fue consciente de que se había levantado de la cama. Tampoco podía comprender cómo su cuerpo la sostenía después de eso.

Solo caminó hacia el cliente, el cual se ataba los zapatos sentado en el suelo, de espaldas a ella mientras hablaba sin cesar.

—Es un guarro… Quiere que le cuente todos los detalles, contra más terrible mejor. Sé que se toca pensando en follarte, así que, voy a regalarle una sesión contigo. Se lo merece, es buen chico.

¿Buen chico?

¿Una persona que estaba deseando torturarla?

Esa no era la definición de buena persona.

Además, ella no era un colgante o un regalo que podía darse a cualquiera. No era un premio por ser el mejor de la clase o del trabajo. Era una persona, sufría y sentía como cualquier otra.

Con una velocidad que no pudo comprender, Alma le envolvió el cinturón en el cuello a su cliente y lo apretó hasta el último botón. Él echó las manos hacia atrás luchando por liberarse, pero ella había jugado con ventaja.

A pesar de lo pequeña que podía parecer, era fuerte, y había tenido unos segundos extras al atacarlo por sorpresa.

Lo escuchó graznar en busca de aire, se revolvió con fuerza. Sus manos pelearon tratando de abrir un cinturón que no cedió, tenía un cierre tan duro que no se abriría por mucho que quisiera.

Ahora sentía mínimamente lo que ella había vivido todos esos días.

Quiso decírselo, pero solo balbuceó algo que no fue capaz de comprender.

Las manos del cliente tomaron su cara, la arañaron con fuerza esperando que el dolor la alejase. Lo que no sabía que el deseo de sobrevivir era más fuerte que cualquier otra cosa.

La había entrenado para sentir dolor sin que ninguno de los dos lo supiera.

Y resistió.

Fue entonces cuando empezó a convulsionar en busca de aire. Notó como poco a poco se desmayaba al no ser capaz de llenar sus pulmones y no cedió. Lo apretó con fuerza esperando más.

Expiró su último aliento en su oído, arrancándole un mechón de pelo mientras forcejeaba por vivir. Al final sucumbió a su propia tortura sin que nadie lo ayudase, sin poder gritar y sin piedad.

Tal y como Alma había sufrido todo ese tiempo.

No lo soltó inmediatamente. Dejó que pasaran unos minutos para cerciorarse de que estaba

muerto. No iba a caer en engaños porque lo necesitaba muerto de verdad. Solo cuando estuvo segura de que lo estaba, lo dejó ir.

Cayó al suelo a plomo, golpeando duramente sus pies.

Alma miró su rostro desencajado y azul, tenía los ojos ligeramente salidos de sus órbitas y eso le produjo placer.

Ya no la dañaría más.

No pensó en ocultar el cinturón para fingir un ataque al corazón, tampoco en limpiar nada de lo que había allí. Caminó hacia el exterior y abrió la puerta poco a poco en busca de alguien.

Leah fue la que la encontró caminando por el pasillo, aturdida y dolorida. Sabía que la sangre bajaba por sus piernas hasta llegar a los tobillos, que estaba desnuda y que podía asustar a los clientes.

Nada importó.

—¡ALMA! —bramó Leah yendo a por ella.

En un principio no supo dónde o cómo tocarla, al final la tomó por los hombros mirándola con muchísima lástima.

—¿Qué te han hecho?

Quiso hablar, pero solo logró señalarse la garganta.

Quizás no hablaría nunca más.

—Ven, tranquila. Yo te cuidaré —prometió Leah.

No fue posible.

Algún trabajador de su jefe lo había llamado al verla salir de esa forma de la habitación. Vino a toda prisa para cerciorarse de que su cliente estaba bien, nada más que él.

—¡¿Qué has hecho?! —preguntó fuera de sí.

Apartó a Leah de un bofetón y ordenó que se la llevasen inmediatamente. Y ella quedó a solas con otro monstruo.

De nada había servido acabar con la vida de su cliente si el peor seguía vivo. Ahora no tendría escapatoria. La arrastró a la habitación sin importar sus ideas, tampoco se preguntó por qué no era capaz de hablar, solo quiso ver qué había pasado allí dentro.

La soltó cuando llegó a la habitación.

Con horror, corrió al cliente y comprobó que estaba muerto. Luchó por quitarle el cinturón, trató de reanimarlo sin éxito y gritó tanto que parecía haber perdido a un ser querido de una forma atroz.

—Puedes dejar de mirar aquí —advirtió la Alma del presente—. No es agradable.

—Aquí seguiré —prometió Douglas.

Todos sabían que su jefe era un demonio o incluso peor. Fue a por ella y, tirándola del pelo, la tiró al suelo. Pateó sus costillas haciéndolas ceder al mismo tiempo que la sangre llegaba a su boca.

No pudo ni gritar porque no quedó aire en ella.

—¡¿Cómo te has atrevido?! ¡¿Sabes el problema en el que me has metido?! —gritó.

La lluvia de golpes empezó sin que nadie lo detuviera. Las veces que pudo entreabrir los ojos vio a un par de trabajadores que no se movieron ni un ápice para salvarla. Era su castigo.

Se lo merecía decían.

Había mordido la mano que le daba de comer y ese era el castigo ejemplar que todas las chicas sufrirían si no se sometían.

No importaba el daño que el cliente le había hecho, lo terrible que había sido. Solo

importaba el dinero que aportaban.

Pateó su boca rompiéndole la mandíbula al momento, ese fue el dolor más atroz que había sentido jamás en toda su vida, no fue comparable con nada. Y, a pesar de verlo, siguió pateándola una y otra vez.

Perdió el conocimiento un par de veces, los golpes no cesaron. Usó sus puños, la pateó como a una bolsa destrozándola por dentro y por fuera hasta no dejar más que un despojo.

Ella debió morir esa noche.

Supo que había llegado su hora y lo hubiera visto una liberación.

Lamentablemente sobrevivió.

—Llévala al hospital, dile que ha sido un cliente rabioso. Haremos creer al mundo que él se volvió loco y tuvimos que reducirlo. Viéndola así nos creerán todos.

Nadie lo pondría en duda.

Nadie lo hizo.

Alma quedó atascada en la lluvia de golpes. A pesar de verlos fuera de su mente, su cuerpo los revivió uno a uno. Todos ellos fueron atroces destrozándola tanto que jamás volvió a ser la misma.

Ella había matado a un ser vivo, sus manos habían sesgado esa vida. Le había fallado a Cody en el intento de salvarlo, también a ella porque siempre creyó que resistiría cualquier cosa que le pusieran delante.

Recordó y revivió el dolor de ese momento. Fue tonta por esperar que su jefe se apiadase de ella al verla sangrar, que tuviera un mínimo de empatía por sus trabajadoras, esas que se dejaban la piel servicio a servicio.

No hubo premio al final.

Golpe a golpe, Alma se fue haciendo más pequeña. Su piel revivió el dolor de ese día. Se abrazó a sí misma tratando de alejarse de ese momento, pero era tan real que lloró y gritó tratando de librarse de su jefe.

Cuando unas manos cayeron sobre sus hombros, Alma gritó desgarrándose la garganta. Se alejó todo lo que pudo mientras el recuerdo era tan vívido que era como estar allí de nuevo.

—Alma —dijo una voz.

No lo escuchó, siguió atrapada en sí misma.

Murió al notar las manos sobre su cuerpo, luchó contra ellas tratando de alejarlas a toda costa. No quería sufrir de nuevo, no podía sentir eso otra vez, ahora era una persona libre.

—¡Alma, soy yo! —gritó una voz.

Tan perdida estaba en sí misma que no fue capaz de escapar de ese trance tan horrible.

Gritó presa del terror cuando la abrazaron, la apretaron contra el pecho y quisieron calmarla.

—Soy Douglas, no estás en ese espantoso lugar… Estás aquí, conmigo.

De pronto recordó que todo eso no era real. Estaban en una prisión, ese recuerdo lo había sacado el dios para que se enfrentase a él de una vez por todas. No lo estaba viviendo en ese momento.

Forcejeó un poco queriendo liberarse y no lo consiguió, solo logró que él se aferrase más a su cuerpo.

—Te tengo, Alma y nadie te hará daño.

Esas palabras la rompieron por dentro.

Ojalá las hubiera escuchado entonces, que alguien se hubiera apiadado de ella.

Mirándolo a los ojos se dio cuenta de que él era real. Douglas estaba ahí para ella, para que no volviera a pasarle nada de eso. Era de verdad, no había trampa o buscaba algo más.

Lo hacía de corazón.

—¡Douglas! —exclamó abrazándose a él con fuerza.

No podía irse, no quería estar sola. Ese recuerdo la enterraría profundamente si seguía reviviéndolo.

—Pienso acabar con cada uno de los que no te ayudaron esa noche, no habrá una vida en paz para todos ellos —prometió Douglas furioso por lo que había contemplado.

Por esa falta de humanidad.

—Nadie volverá a llegar a ti, los destruiré a todos si es necesario.

Alma tembló al escucharlo. Esas palabras eran lo que necesitaba después de tanto tiempo. Necesitaba saber que estaba a salvo, que nadie volvería a usarla como un objeto o que la dañaría.

Ese rincón de paz.

De seguridad.

Aferrándose a él supo que era mucho más de lo que pretendía ser. No era el monstruo terrible, el que la dañaba, era el príncipe del cuento. La rescataba de un pozo de dolor y tortura.

—No te vayas —suplicó Alma.

—Jamás —prometió Douglas.

Lo creyó, estuvo segura de que se lo tatuaría como mantra para sentirse bien el resto de su vida.

—Yo fallé esa noche, Douglas. No cumplí mi promesa de resistir, de velar porque no dañasen a Cody. Fui un monstruo —lloró Alma presa de la pena.

Sí.

Sus manos habían asesinado.

Douglas buscó sus labios, besándolos con toda la ternura del mundo. Fue cuidadoso con ella, mostrándole el cariño que le tenía.

—Monstruo sería yo si ese tipejo siguiera vivo. Lo destruiría poco a poco. Tú solo te defendiste, quería regresar y traer a un amigo. Te destrozó, te golpeó y cortó sin que le importaras.

Así fue.

El dolor seguía en su piel.

—Te machacó la garganta y te compensó con un mísero billete. Yo sería su peor pesadilla y estoy convencido de que Nolan lo ha torturado a conciencia todos estos años —prometió Douglas.

Eso no cambiaba nada.

—Soy una asesina.

—Por defensa propia. Él hubiera seguido yendo hasta que sus instintos te hubieran matado. No fallaste, te protegiste.

¿Y por qué ella lo veía tan mal?

Lloró apoyándose en su pecho como único consuelo.

—Fui débil.

Douglas besó su frente.

—No lo veo así.

No estarían de acuerdo por mucho que hablasen, era algo que se repetía más de lo debido entre ellos.

—Otra persona hubiera muerto esa noche. Recibiste la peor de las palizas que he podido contemplar jamás y seguiste con vida. No sé si fue por Cody o por ti misma, pero lo que sé es que ni en mil años de mi eternidad yo sería capaz de ser tan fuerte. Me hubiera rendido mucho

antes —explicó Douglas.

Ella parpadeó, perpleja con sus palabras.

—Eres un dios —sentenció Alma.

Lo era.

—Y sé que jamás estaré a la altura viéndote pelear, aferrarte a la vida de esta forma. Soy yo el que debe estarte agradecido, Alma. Porque me has enseñado a que si quieres a alguien de verdad debes pelear como nadie. Y eso haré por ti, para que dejes todo eso atrás.

Douglas podía desarmarte con sus palabras. Sus actos eran tan puros que no creyó ser la adecuada para él. Tenía un corazón demasiado bueno como para salvar a alguien tan impura como ella.

Sin embargo, ahí estaban.

Salvándose.

—Quiero sanar cada uno de esos golpes, mitigar el dolor de esa noche. Que sepas que tu cuerpo te pertenece, que tu voluntad es tuya y que tienes todo el derecho del mundo a decidir —respiró sobre su pelo, respirándola lentamente—. Necesito que tu cuerpo recuerde lo que es el placer, el de verdad, sin golpes o dinero de por medio. Que seas tú la que elija qué es lo que le gusta.

Liberarla de la misma forma que la encarcelaron: tocando su cuerpo.

Pero esta vez no sería para abusar de ella, solo para mostrarle que ya no era un juguete, era una mujer que sentía como el resto. Importaba lo que pensaba, su propio placer y sus inquietudes.

Esa noche Douglas pretendía hacer arder el «Diosas Salvajes».

—Sé que no me lo merezco, que puedes elegir a muchos otros… —jadeó conteniéndose—. Pero quiero tocarte, necesito saborearte y que me digas qué es lo que te gusta. Quiero que me beses, me muerdas y alcances el clímax gritando mi nombre. Soy así de jodidamente egoísta.

Gruñó tras sus palabras.

—Que seas mía, aunque solo sea una vez —concluyó Douglas.

Alma no pudo reaccionar al momento. Con el aliento atascado en su garganta, necesitó toser un poco para digerir aquella gran petición. Él se había desnudado ante ella de forma figurada, mostrándole todo lo que era y quería.

No había trampa o engaño.

Solo su corazón.

¿Y qué quería ella?

Por una vez en su vida se animó a ser egoísta, a luchar por sí misma y por esa libertad que Douglas le entregaba.

Solo tenía que cogerla de sus manos.

Poniéndose de puntillas, escasamente llegó a sus labios, besándolo con pasión. Douglas descendió tomándola de verdad, penetrando su boca con rabia y locura. Una que pareció desbordarse hasta contagiarla a ella.

Ese hombre era increíble.

Jadeó en busca de aire, apartándose un poco de su boca mirándola sabiendo que se moría por besarlo de nuevo. Antes de eso tenía que decir algo, lo que fuera porque sabía que era el momento adecuado.

Y él el indicado.

—¿Te acuerdas cuando me metiste en esta prisión? —preguntó Alma.

Douglas asintió.

—Dijiste que en otra tesitura esa pose podría ser genial. Quiero hacerla contigo, sabiendo que no me dañarás… Que me cuidarás y…

«Sé valiente, Alma». Se dijo así misma.

—Y me devorarás.

La sonrisa que vino a continuación por parte de Douglas fue capaz de poner el mundo a sus pies, haciéndolo temblar hasta el alma.

Era poderoso sin necesidad de hablar.

Y ahora sería suyo.

CAPÍTULO 38



El recuerdo se esfumó cuando Douglas chasqueó los dedos, regresaron a la realidad de la prisión segundos antes de que su magia tomase sus muñecas y las levantase. Lo hizo con cariño, aunque sin darle tiempo a reaccionar de lo que estaba pasando.

Sus manos se ataron a un enganche que descendió del techo tal y como la había encadenado Nolan en su momento. Fue entonces cuando las luces se apagaron por completo.

A oscuras Alma no supo más que jadear como si estuvieran a punto de arrancarle el alma o algo semejante.

—Sigo aquí… —advirtió Douglas.

Solo que esta vez iba a ser diferente, iba a tomarla, algo que comenzaba a darle algo de miedo.

Orbitando a su espalda, notó una leve corriente de aire que la advirtió. Conteniendo el aliento, notó como un dedo del dios tocaba su espalda, justo a la altura de sus omóplatos.

Como si de un mago se tratase, su camiseta se desvaneció en el aire dejándola cubierta solo por un sujetador.

—Eso es trampa —se quejó Alma.

Él lamió entonces su espalda. La tomó desde la base y ascendió lentamente dejando un reguero de besos y leves mordiscos que le arrancaron más de un gemido que ahogó mordiéndose el labio.

—Eres de las difíciles, ¿eh? —le susurró Douglas al oído—. A ver qué dices a esto.

Sus zapatos desaparecieron por completo, deshaciéndose como si jamás hubieran estado ahí. Sus calcetines corrieron la misma suerte, perdiéndose a donde quisiera que ese hombre los enviase.

—Con tus pantalones lo haré. Prefiero disfrutarlo poco a poco —advirtió Douglas en su oído, después mordió el lóbulo de su oreja tomándola sin contemplaciones.

Alma echó la cabeza hacia atrás gimiendo esta vez mucho más alto, enorgulleciendo al dios que tenía tras de sí.

Tomando sus pantalones, los hizo bajar por sus piernas poco a poco, exponiéndola a él sin remedio. Notó cómo los pies, siendo lo último en salir, abandonaban el cobijo de la ropa.

—Ahora dime qué quieres —ordenó.

Alma tragó saliva.

Pensó.

—Quiero luz, quiero verte y que me veas —contestó de forma clara.

Sí.

No quería oscuridad entre ellos. Necesitaba verlo claramente y le gustó ver que, a pesar de estar atada como lo estuvo hace años, ella mandaba. Las luces iluminaron el lugar al momento.

—¿Y ahora? —preguntó Douglas colocándose ante ella.

Ella sonrió, tenía una idea muy clara de lo que quería.

—Fuera la ropa —pidió Alma sin rastro de remordimiento.

Quería ver ese pecho de infarto, esas piernas de guerrero fuerte y ese miembro que esperaba saborear esta vez. Necesitaba mucho más de ese encuentro, estar piel con piel, alimentarse el uno al otro hasta explotar.

Se le olvidó decir que lo quería rápido, que deseaba ver su piel cuanto antes, pero fue mucho mejor quedarse callada. Contoneando sus caderas con auténtica perversión, Douglas se arrancó la camiseta exponiendo su cuerpo.

—¿Así? —preguntó para asegurarse.

Alma jadeó siendo incapaz de hablar.

¿Cuándo se le había secado la boca?

Girando sobre sí mismo, se agachó para quitarse los zapatos dándole una vista perfecta de un culo perfecto. Ese trasero se había hecho para dioses, ningún mortal podía lucir así de bien.

Metiendo sus pulgares en el pantalón, descendió poco a poco no sin antes girarse para mirarla bien mientras se desnudaba ante él.

Supo que disfrutó cuando la vio comérselo con la mirada. Era tan sexi que podía ser ilegal, no existía mejor cuerpo en el universo que el suyo, por mucho que compitieran nadie podía ganar a Douglas.

—¿Ya?

Debía ser un bromista.

—No… —graznó ella a duras penas.

Su sonrisa pícara la encendió de los pies a la cabeza. Notó que temblaba por pura hambre cuando ese hombre se bajó la ropa interior mostrando su gran erección. Una que apuntaba directamente a ella.

—Eres muy mandona —rio Douglas.

Nunca nadie la hubiera tachado de eso antes, pero es que ahora podía elegir.

—¿Tú qué quieres? —alcanzó a preguntar Alma.

Él enarcó una ceja prometiéndole sexo salvaje.

Pensaba consumirla a cenizas mientras follaban.

—Quiero saborearte el coño, llevarte al orgasmo y enterrarme entre tus piernas hasta que no entre más de mí —contestó Douglas sin atisbo de vergüenza.

No se podía decir que ese hombre no era sincero.

Ella no confesaría que acababa de mojarse toda escuchándolo, solo asintió aceptando lo que le ofrecía porque necesitaba lo mismo.

Douglas sonrió acercándose a ella. Le gustaba como temblaba por el deseo que le provocaba, le ponía duro pensar que se moría por sentirlo dentro de su cuerpo. Tuvo que contenerse, echar el freno para no devorarla allí mismo.

El sujetador realmente le molestaba. Ese artefacto se había creado solo para molestar, así que, lo volatilizó arrancándole una risa a Alma.

Eran los mejores pechos que había visto jamás, colmados, redondos y con unos pezones que

le pedían que se los metiera en la boca. Supo que hubiera sido una falta de respeto no seguir sus deseos.

Así pues, tomándolos entre sus manos, descendió hasta llenarse la boca con uno de ellos.

Fue glorioso verla rugir al aire de puro placer, pero mucho mejor su sabor. Era como tomar un dulce del que nunca se cansaría.

Lo torturó con la lengua, dibujando círculos en la cúspide antes de pasarse al otro para comérselo también. Eran perfectos y lo volvían especialmente loco. Estuvo claro que ese iba a ser su punto débil.

—Esto no estaba dicho —refunfuñó Alma.

—¿Qué era lo que debía hacer? Nunca fui buen estudiante, los profesores decían que me despistaba en clase.

Sonrieron a la vez.

—Baja —pidió ella.

Así lo hizo, lamiendo su estómago hasta llegar a su ombligo. Esa mujer era una delicia, una capaz de hacerle perder cualquier control disponible en la sala. No tenía botón de retorno.

—¿Aquí? —torturó preguntándole.

Alma negó.

—Más.

—¿A los pies?

Le estaba devolviendo su voluntad, eso no significaba que no pensase jugar un poco antes de darle lo que quería. Necesitaba soltarse, pedir exactamente lo que quería para así hacerlo.

—Cómeme el coño —pidió bufando.

Esa sí era una petición aceptable.

—Si me lo pides así… ¿Quién soy yo para negarme? —preguntó sin darle opción a contestar.

Se moría por tomarla en su boca. De rodillas en el suelo, con las manos en sus caderas, su lengua entró entre sus labios vaginales abriéndose paso para saborearla a conciencia.

El gemido de ambos se entremezcló creando uno solo.

Ayudándose de una mano, metió un dedo en su sexo buscando ese agujero que ya chorreaba de placer.

Succionó su clítoris en el mismo momento en el que levantó la mirada para ver a Alma gemir con los ojos cerrados. Era todo un espectáculo verla mientras su boca se llenaba con su sexo.

La penetró con su dedo deseando ser otra parte de él.

Se conformó con eso y subió el ritmo poco a poco provocando que ella comenzase a moverse al son de las embestidas. Fue así como el primer orgasmo llegó entre gemidos ahogados, uno que tomó con su boca como si de ambrosía se tratase.

Después de eso Alma pareció quedar totalmente inerte.

Alma supo que ese hombre podía hacerle tocar el cielo y el infierno a la misma vez si se lo proponía.

Colgando casi sin fuerzas por culpa del orgasmo, el plan de Douglas no cambió. Subió con rapidez besándola mientas la tomaba por la nuca, obligándola a subir la cabeza para tener mejor acceso a su lengua.

Se besaron con fuerza, casi penetrándose el uno al otro hasta que él rompió el contacto.

—¿Y ahora? ¿Te bajo de aquí? —preguntó Douglas.

Sí, tenían una cama cerca.

Una que tal vez usarían.

—Fóllame —pidió Alma.

Vio de cerca como los ojos del dios se oscurecían por la pasión y sus instintos más bajos. Estaba perdido en el placer que esas palabras le provocaron y casi sintió que estuvo a punto de aullar de felicidad.

—Bien, a cambio de cumplir tu petición, tú tienes que cumplir una mía —propuso Douglas.

Hubiera dado su vida por sentirlo dentro si así lo hubiera pedido.

—¿Qué? —jadeó Alma.

Colocándose ante ella, se coló entre sus piernas dejando que su miembro encontrase el camino adecuado a su sexo. No la penetró al momento, se la quedó mirando al mismo tiempo que acunaba su rostro.

—Mírame —ordenó Douglas.

Luchando por no cerrar los ojos por el placer, Alma notó como entró en ella. Lo hizo con cuidado, dejando que se ajustara a su cuerpo hasta detenerse en el fondo, poseyéndola de verdad.

El dios besó sus labios antes de empezar a embestir.

Ambos se movieron buscando placer, ayudando al otro a entrar más profundamente mientras gemían y gruñían. Fue tal el placer que Alma creyó desmayarse allí mismo totalmente llena por Douglas.

La tomó rápido y lento, fuerte y flojo. Disfrutó con cada embestida, moviéndose hasta lo más profundo, dejando que ambos se convirtieran en puro instinto, combustionando instantáneamente.

—Desde atrás —pidió Alma.

Riendo, Douglas orbitó.

Un sonoro cachetazo en su trasero la sorprendió. No dolió, pero le arrancó un gemido que no esperó. Eso era algo nuevo.

La penetró con fuerza dándole la sensación de que estaba a punto de partirla en dos. Y se movió rápido, tanto que el segundo orgasmo llegó mucho más pronto de lo que hubiera imaginado jamás.

Douglas la hizo libre con ese placer.

La liberó de esas cadenas que habían colgado de su cuerpo todo ese tiempo.

Era una persona diferente. Pensaba, sentía y deseaba de otra forma. Ahora sabía que el sexo no era una condena sino una bendición.

Ese hombre consiguió lo que nunca creyó posible, por primera vez en mucho tiempo supo que estaba renaciendo una nueva Alma.

Douglas descolgó a Alma cuando el segundo orgasmo casi provoca que se desmayase. Lo hizo con cariño, cogiéndola en sus brazos y apretándola contra su pecho para olerla bien.

Ahora se merecía la cama, un lugar cómodo para seguir.

Tumbándola, vio como ella rodaba a toda prisa hasta sentarse en el borde. Solo con su mirada Douglas jadeó anticipando lo que pasaría. Abrió la boca tratando de respirar cuando su nariz se olvidó de cómo hacerlo.

Tomó su miembro con fuerza y lo acarició subiendo y bajando la mano unas cuantas veces.

Douglas se creyó capaz de suplicar por entrar en su boca, aunque no lo hizo. Se contuvo.

El suelo tembló cuando Alma abrió la boca tomándolo sin contemplaciones. Sus poderes parecieron explotar destruyendo todo su alrededor, dejando que su lengua lo lamiese desde la base hasta la punta.

—Joder… Alma… —suspiró Douglas siendo incapaz de hablar.

Se la chupó como nunca nadie, lo tomó profundamente para después sacárselo de la boca y besar la punta. Sus lamidas lo enloquecieron hasta el punto de permitir que todo él temblase de

puro éxtasis.

—Quiero que entres de nuevo en mí —pidió Alma.

Se hubiera arrodillado de ser necesario para darle las gracias.

Saltando a la cama, Douglas se sentó esperando que ella fuera ahora la que siguiera eligiendo a voluntad.

—Móntame —rogó Douglas.

Era una forma de afirmar que era libre. Mientras estuvo en el club todos la poseyeron sin permitir que estuviera encima, era algo absurdo que solo los idiotas pensaban que era postura sumisa.

Él pensaba follarla con la misma intensidad.

Alma, dubitativa, colocó una pierna a cada lado del cuerpo del dios y descendió. Se ayudó con la mano para hacerlo entrar y bajó hasta la base. Ambos gritaron de puro placer en ese momento.

Bajando una rodilla al colchón para encontrar mejor apoyo, Douglas se aferró a la otra como si ese fuera su lugar de seguridad.

Alma subió y bajó dejando que su miembro la penetrase a su voluntad, moderando el ritmo, llevándolo a la máxima locura. Notó cómo sudaba por contenerse, por no mover sus caderas y acelerarse.

—Fóllame, Douglas, hazme tuya…

Esa petición hizo sonreír perversamente al dios, el cual la tomó de las caderas para evitar que cayese antes de aumentar el ritmo. La penetró cumpliendo su petición de hacerla suya tal y como le había pedido.

Rugieron, jadearon y gimieron al unísono permitiendo que sus cuerpos se movieran como si de una danza se tratase. Entonces Alma sintió como él iba un paso más allá, aumentando un poco más el ritmo.

Supo entonces que iba a llegar.

Besándolo, mordió su labio inferior y, quedando cerca de su boca, le dijo:

—Córrete para mí.

Douglas afianzó sus manos más a sus caderas, empujándola contra su miembro mientas explotaba en un orgasmo tan gutural que todo su alrededor tembló como si de un terremoto se tratase.

Fue tan brutal que parecieron conectar en ese momento. Se miraron unos segundos a los ojos, respirando los dos con dificultad y se reconocieron perfectamente. Seguían siendo ellos dos a pesar de todo.

Él la había salvado tal y como prometió.

Y ella ahora lo sabía.

Douglas la tomó de la nuca para observarla con detenimiento, quería recordar ese rostro el resto de su vida. Él había sido el causante de esas mejillas sonrosadas, de esa boca abierta en busca de aire y esos labios dilatados por los besos.

Era un espectáculo para la vista.

—Alma, eres libre —sentenció.

Abrazándola al mismo tiempo que sus poderes los vestían el uno al otro, pudo notar como la prisión que había creado caía. Se abría al cumplir la única condición que puso como método para abrirse.

Estaban a punto de salir de allí.

Libres.

Después de tanto tiempo lo había conseguido y fue inmensamente feliz por ella, por la vida

que le esperaba en el exterior, aunque esta fuera sin él.

CAPÍTULO 39



Salir de la prisión fue una alegría que duró poco cuando ambos se vieron en el centro del infierno. Alma quiso preguntar qué iba a pasar ahora, pero no fue capaz porque alguien apareció ante ellos.

—¿Listo? —preguntó el desconocido.

Vestido con vaqueros desgastados y una camisa sin mangas blanca, el recién llegado tenía un aire despreocupado. No pudo evitar fijarse más en él. Parecía que se acababa de cortar el pelo, dejándose una cresta que llevaba pintada de color azul eléctrico.

Se fijó entonces en el piercing que llevaba en la ceja, como también el que había mostrado en la lengua al hablar.

Todo él tenía un aire macarra, similar al de Nick, pero con un aire diferente. Cada uno tenía su propio estilo. Él no llevaba las cadenas y pulseras que el Devorador poseía.

En cambio sí parecía llevar un brazo tatuado totalmente negro, sin dejar espacio para mostrar la piel.

—¿Quién es?

Necesitaba saberlo porque supo que no iba a ser una visita agradable.

—¿No se lo has dicho? —remarcó ese hombre.

Miró su rostro. Supo que, a pesar de aparentar apenas cuarenta años, tenía muchos más. Quizás muchísimos.

—Hola, Destino. Estoy listo —sentenció Douglas.

¿Ese hombre era Destino?

¿De verdad?

—¿Te gusta mi estilo? Todavía estoy buscándome, pero la cresta de gallo no me convence —dijo bastante despreocupado.

¿Qué hacía ese hombre ahí?

—Siempre he preferido cuando te dejabas melena azul, casi es como tu sello de identidad —reconoció Douglas.

No le hizo falta chasquido o palabras mágicas, el pelo de ese hombre cambió, se transformó en ese peinado que había relatado poco antes Douglas. Tuvo que reconocer que tenía razón, le quedaba mucho mejor el pelo así que con la cresta.

—¿Sí, verdad? Así me siento más yo, aunque reconozco que probar modas humanas es divertido.

Hablaba como si fuera una conversación casual. Casi como si se hubieran encontrado en una cafetería y se pusieran al día de sus vidas después de años. Para su desgracia, Alma supo que eso no era así.

Estaba allí por una razón, solo que la desconocía.

—Hazlo ya, anda —pidió Douglas.

—¿Hacer qué? —preguntó Alma.

La mano que un día le tomó, se apartó de ella buscando encontrar distancia entre ellos. Fue algo sorprendente porque no comprendía nada de nada de lo que estaba ocurriendo.

Hacía un momento que habían vivido algo mágico, no podía ser que todo desapareciera como si nada.

—¿No piensas contárselo? Tío, creo que es muy «heavy» como para que lo vea de golpe. Si te infarta no es mi culpa.

Hablaban como si fueran amigos de toda la vida, lo que le hizo preguntarse qué era lo que estaba a punto de pasar. Con una mirada reprobatoria buscó que ese ser se lo explicase y solo sonrió levantando ambas manos a modo de rendición.

—A mí no me mires, es el precio que todos pagamos cuando rompemos una norma básica —se excusó Destino—. Yo soy el pringado que tiene que hacerlo.

Esa fue la gota que colmó el vaso, apuntó a Douglas con un dedo acusatorio. Iban a explicarle qué estaba a punto de pasar antes de que enloqueciese. Podían quererlo o no, pero merecía una explicación.

—No se puede traer de la muerte a nadie y menos si te entregaste a Devin como trato con un dios —explicó Douglas.

Entonces comprendió que esa cárcel había supuesto mucho más que ayudarla. Él fue consciente de que había un paso más, un trámite que le ocultó para que no se negase a colaborar.

—Tú los trajiste a todos cuando Aimee mató a la gente de la base —recordó Alma.

Así fue y asintió con sus palabras.

—Pagó el precio. Siempre lo hace, cada vez que ha interferido ha pagado justamente —explicó Destino.

¿Cómo era que no lo sabía?

Hasta ahora él había hecho mucho más por ella que nadie en el mundo, resultaba injusto que ahora sufriera esas consecuencias.

No se lo merecía.

—¿Y no puedes hacer una excepción?

Sabía la respuesta, aunque necesitó escucharla de los labios de Destino, el cual se cruzó de brazos e inclinó la cabeza tratando de remarcar lo obvio que era lo que estaba a punto de decir.

—¿Y que se convierta en costumbre? Yo no pongo las normas, solo miro de que se cumplan. Tu amorcito sabía que esto pasaría cuando vino a rescatarte. No es una sorpresa para él.

Eso fue desgarrador.

Douglas había ido a por ella con la certeza de que recibiría un castigo después. No sacaba nada de todo eso, solo dolor.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Alma.

Debía existir algún resquicio legal o algo.

—Uhmmm, mirar, supongo —concluyó Destino encogiéndose de hombros.

Ese no era el final que quería para ellos. Después de tanto tiempo juntos no era posible que le

dañasen por su culpa. Había sido su decisión morir y, sin darse cuenta, lo había arrastrado hasta el fondo.

—No, dime algo, déjame ayudarte —pidió Alma acunando el rostro de Douglas.

No vio miedo en sus ojos, estaba conforme con aquel trato que sellaba. Sabía que eso pasaría y parecía en paz con el precio, fuera el que fuera. Solo por eso él la besó con suma ternura.

—Prométeme que harás todo lo posible por ser feliz —pidió el dios.

Alma tembló.

¿Eso era una despedida?

—Hazlo, Alma, por favor.

Aceptó a regañadientes sabiendo que nadie podría amarla como ese hombre. No existía ser en el mundo que pudiera pensar más en ella y en cómo se sentía. Había bajado al mismísimo infierno para encontrarla.

—Te quiero —se despidió Douglas antes de darle un beso y desaparecer.

Se desvaneció de entre los dedos mientras ella digería lo que estaba ocurriendo. Totalmente abrumada, miró a su alrededor dándose cuenta de que Destino había creado una gran cúpula y, en su interior, apareció Douglas.

—¡No lo hagáis! —gritó Alma golpeando la barrera.

Destino, mirándola con ternura, giró hacia su amigo.

—Es buena chica, pareces tener buen gusto, aunque te salga un poco cara —reconoció.

Douglas asintió.

—Es la mejor —concluyó orgulloso de todo lo que había conseguido.

Estando ante Destino no tuvo miedo. No era la primera vez que pasaban ese trámite, que formalizaba un trato, aunque en su día fue con las alas de su hermana y algo más. Ahora todo lo pagaba él.

Tomando aire, luchó por ignorar los golpes de Alma a la cúpula, aunque no todo era tan fácil.

Alertados por el ruido, Douglas fue consciente de que parte de sus amigos Devoradores aparecieron allí creyendo ser atacados. Con Bella y Nolan a la cabeza, estos comprendieron lo que estaba a punto de ocurrir.

Quisieron detenerlos, alejarlos de allí, no obstante, ya era tarde. Ahora nadie los alejaría.

Le gustó ver todas esas caras conocidas: Pixie, Dane, Lachlan, Quill, Darius, Winter y Doc.

Demasiados de sus amigos.

Para su sorpresa, ninguno de ellos vio a Alma o la escuchó, eso fue muy extraño, tanto que frunció el ceño sin comprenderlo.

—Sin pago no hay vida, está en una especie de limbo —explicó Destino.

Tenía sentido.

Por eso mismo, cuando Alma corrió a ellos para pedirles ayuda la atravesaron como si de un fantasma se tratase. La dejaron atrás, aturdida y confusa luchando por comprender que no tenía ni voz ni voto en ese instante.

—Hazlo de una vez, deja de regodearte, cabrón —se quejó Douglas.

Destino rio.

—Nunca te vi tan nervioso.

No era la ilusión de su vida saber que todos iban a contemplar lo que iba a ocurrir, aunque ya no había nada que hacer.

Ataviándose con sus ropas de dios del destino, las ropas del dios cambiaron tornándose negras con motivos dorados. Era elegante, una ropa que siempre odió y que solo usaba cuando era imprescindible.

Ese momento era perfecto.

Douglas cayó de rodillas al mismo tiempo que abría sus grandes alas negras. A pesar de que estas poseían la capacidad de volver a crecer, dolían más que cualquier otro lugar del cuerpo.

Cada pluma tenía terminaciones nerviosas que las hacía únicas, distintas a sus hermanas vecinas. Inigualables.

—Douglas de oscuridad, te hayas aquí postrado para entregar el pago por romper las leyes únicas del universo. ¿Correcto? —anunció Destino con seriedad.

Así era.

—Sí.

Ambos se tomaron un momento para continuar, era difícil hacer algo así.

—¿Eres consciente del precio que se te pide?

Asintió.

—El que me pidas así lo entregaré —aceptó Douglas.

Todo por Alma.

Eso lo mantenía allí, sin pelear y con una razón clara para seguir. Solo su amor por ella valía suficiente la pena como para sacrificarse. Nada más podía ser equiparable a esa mujer.

—Como pago por romper el pacto del dios que hizo Alma, te condeno a perder tus alas, parte de tus poderes, tu capacidad para orbitar y todo aquello que te hace dios. Renunciarás a ser lo que eres solo para que ella reviva. ¿Aceptas el pago?

—¡NOOOOOOOO! ¡NO LO ACEPTA! —bramó Alma golpeando la cúpula con verdadera desesperación.

Supo que si seguía así se haría daño y no quiso eso.

—Acepto.

Destino, el cual quiso mantenerse impasible ante su amigo, invocó su daga. Era la que usaba en todos los sacrificios, la que tenía tanta sangre acumulada como si de una cuenta se tratase.

Cogiéndolo del pelo, dudó unos segundos dándose cuenta de que era un verdadero asco hacer eso. Era su amigo, alguien que apreciaba y el precio era demasiado alto como para entregarlo.

Aun así, él amaba a esa humana.

—Vamos, amigo, hazlo —lo animó Douglas sonriéndole.

Eso no ayudaba.

A pesar de eso, no se lo pensó más. Con fuerza rasgó el ala por completo seccionándola, separándola del cuerpo de Douglas y consumiéndola en pos del pago que tenía que hacer.

El dolor fue tal que Douglas luchó por no gritar. Cerró los ojos queriendo recordar a Alma para sentirse mucho mejor. Después de todo, ese paso que estaba a punto de vivir era por y para ella.

Le entregaba todo lo que era.

Solo esperaba que fuera feliz.

Cuando seccionó la segunda ala, Douglas se retorció de dolor e, incapaz de quedarse callado, gritó pero de la agonía. No quiso parecer débil, pero estaba siendo tan espantoso que no pudo evitarlo.

—Primer pago hecho, amigo —dijo Destino soltándole la cabeza —. Vamos a por el siguiente.

CAPÍTULO 40



Bella estuvo a punto de derribar el mismísimo infierno para salvar a su hermano. Este estaba tan debilitado que parecía estar en una especie de letargo, luchando por mantener la conciencia.

—No puedo ver esto, joder —bramó la diosa.

Era su hermano.

¿Qué esperaban?

—Algo se podrá hacer, esto es inhumano. Lo va a destrozar —tartamudeó Pixie.

Comprendió entonces que Alma no sobrevivía solo porque se follaba a un dios, había que hacer un sacrificio realmente grande como para que se rompiesen las leyes del mundo a tu favor.

Era horrible.

Entonces escucharon a Alma.

Pagado la primera parte del precio, apareció como una especie de fantasma a pocos metros de ellos. La pobre humana estaba tratando de romper esa barrera que nadie podía atravesar.

Pixie corrió a ella, al igual que Nick.

—Chicos, tenéis que romper esto, por favor —lloró completamente rota.

Nick la abrazó respirando su aroma, ese que había extrañado más que cualquier otra cosa en el mundo. Se había sentido culpable por perderla, por no ser suficiente para ayudarla porque era su amiga de verdad.

—No sabes lo mucho que lo siento, Alma, por no haber sido quien debí ser —se disculpó Nick.

Con verdadera pena, Alma acarició a su jefe y amigo comprendiendo su dolor. Ese que les había causado a todos sin quererlo.

—No, perdóname tú a mí por ocultar lo que realmente sentía. Nunca debí esconderme tras una máscara. Eres.. Sois —rectificó—, muy importantes para mí. De verdad.

Destino siguió con el ritual. Metiendo su mano por la espalda, Douglas bramó de auténtico dolor mientras este le arrancaba parte de su esencia: lo que le hacía orbitar, moverse libremente por el universo.

—¡Tenemos que parar esto! —gritó Alma siendo incapaz de verlo sufrir.

Se alegró de ver a sus amigos, pero los sorteó hasta llegar a Bella y Nolan.

—Debe haber algo que podamos hacer, por favor, no puede entregar que es un dios por mí.

Bella, que estaba al borde del salto, trató de contenerse.

—Lo hace por ti, porque te ama —explicó.

Eso no era suficiente como para sufrir tanto. Debía existir algún atisbo, un vacío legal que les permitiese ayudarle.

—Y yo a él, por eso no puedo permitir que eso ocurra —reconoció Alma sorprendiendo a todos, pero más a sí misma.

Acababa de decir que amaba a Douglas y, lo que parecía un secreto a voces, fue toda una revelación para su corazón. Él había sido capaz de llegar a ese lugar que destruyeron, el mismo que hicieron polvo y que había reconstruido.

—Vamos, diosa, no me jodas que no podemos hacer nada —comentó Pixie.

Eso pareció sorprender a Bella.

—Eso no sería justo —le recordó Bella.

Al parecer ambas habían tenido una conversación que esperaba que algún día le explicasen. Se miraron tan intensamente que creyó desaparecer por estar en medio, tal vez la calcinaban o algo.

—Ni justo ni pollas, se quieren. Hagamos algo por ese tío —declaró Pixie.

Bella aceptó.

Sin pensárselo dos veces, invocó una daga, esa que la seguía a todas partes y que usaba para matar a sus enemigos.

—¿Estás segura? —preguntó Nolan poniéndole una mano sobre un hombro cuando vio desplegar sus alas, una blanca y una negra.

Eran como las de Aimee.

Exactamente iguales.

—Yo sé que te pongo burro, pero es mi hermano. Tengo que hacerlo —sonrió Bella.

A mucha velocidad, Bella se cortó una de sus alas provocando que esta salpicase y manchase el rostro de los más cercanos a ella. El dolor la dobló hasta casi caer al suelo, lo que provocó que Nolan la sostuviera entre sus brazos.

—No recordaba que esto fuera tan horrible —reconoció la diosa.

—Tú no te implicas en nada —le regañó Nolan.

Esta sonrió.

—Es mi hermano.

Como si eso fuera suficiente para el dolor que sufría, se cortó la otra a toda velocidad gritando a más no poder. Fue entonces cuando Nolan la acercó a la cúpula.

Ella, casi inconsciente, puso la mano sobre esta.

—Asumo parte del pago —anunció dejando que la barrera se iluminase.

—Corred, metedlas —pidió Nolan.

Pixie cargó con una y Alma con la otra, las empujaron hasta entrar en aquella especie de prisión.

—¡No! —exclamó Douglas dándose cuenta de lo que ocurría.

No fue la única que se sacrificó. A pesar de lo lejos que estaban, Aimee pudo notar el dolor de su hermano. Fue así como llamó a Nick para que avisase a Doc. Acompañada de su marido, la diosa se cortó las alas por su hermano y se las entregó a Anubis.

Cuando este regresó, cargado con ellas, todos se sorprendieron al verlas. Que ella fuera capaz de notarlo tan lejos era increíble.

Doc colocó la mano en la barrera.

—Aimee asume parte del pago —dijo antes de empujarlas con fuerza dentro de la cúpula.

No era suficiente porque Destino, aunque pareció contento por su amigo, se colocó tras él

para seguirlo torturando.

—¡Espera! —gritó Alma—. ¿Yo puedo entregar algo? Quiero ayudarle a pagar.

Destino quiso orbitar hacia ella, no obstante, Douglas lo cogió de la ropa cuando este se movió unos pasos hacia delante.

—No la escuches, es mi pago —reconoció Douglas.

—Tío, deja que te ayuden.

Apareció ante Alma a tal velocidad que solo pudo jadear dándose cuenta de que ese hombre apreciaba de verdad a Douglas.

—Si tú estuvieras dispuesta a entregar algo por él… Solo quizás… —reconoció Destino.

Eso la alegró.

—¡Lo que sea! —gritó.

Precipitarse con los dioses era algo peligroso, por eso él la miró con bastante severidad. Debía aprender a escuchar antes de aceptar cualquier cosa que pudieran entregarle.

—Entrega una parte de tu amor, solo así podrás ayudarle a que él tenga que perder menos.

Bella intercedió.

—No, no lo hagas —la regañó.

¿Quién podía detenerla ahora?

Era su voluntad.

—Si le doy parte de mi amor, ¿qué pierdo? —preguntó antes de aceptar.

Destino pareció enorgullecerse de ella al haber sido capaz de formular una pregunta antes de lanzarse al vacío.

—Entrega un amor que tuviste, no uno adolescente o débil. Uno que te mantuvo con vida, que te ardió en las entrañas en su momento. Si lo haces, ese sentimiento desaparecerá para siempre, solo recordarás nostalgia.

Cody.

Debía soltar a Cody para salvar a Douglas.

Una parte de ella quiso quedárselo para siempre, ocultarlo en su pecho y recordar un amor que fue y que no pudo ser. Por suerte, había aprendido a dejarlo atrás. A saber que nunca estuvieron destinados.

Y así fue como puso la mano en la barrera.

—Acepto parte del pago —declaró.

Solo cuando el dolor la sobrecogió, Alma cayó de rodillas mientras parecía tener una mano en su pecho. Esta se retorció cogiendo lo que buscaba y arrancándoselo se marchó para cumplir con su trato.

—¡Eh! ¡Azulino! Dime que yo también puedo entregar algo para que él siga siendo dios —declaró Nick.

Alma tomó aire.

—No… Tú no…

Su jefe rio.

—Yo hago lo que sea por mi chica, tienes que volver porque Aria también está muy ocupada y estoy sin secretaria.

Destino los miró a todos con cierta nostalgia. Tal vez en su día también tuvo un grupo de amigos tal y como ellos.

—¡Ah! —los señaló— Me acusarán de blando.

Chasqueó la lengua, molesto.

—Todo el que quiera ayudar que ponga su manita en la barrera y le arrancaré un amor lejano,

un sentimiento bonito para ayudar a vuestro amigo —declaró animándolos a todos a participar.

Fue entonces cuando miró a Alma y le guiñó un ojo.

—Gracias a todos por ayudarlo, duele cuando es un amigo.

Era un buen hombre, le caía bien. Tal vez con el tiempo pudieran conocerse algo más, saber quién era en realidad.

—Yo acepto parte del pago —sentenció Nick.

Iba a querer a ese hombre toda la vida.

—Yo acepto parte del pago —declaró Pixie—. Y que nadie diga nada, es un amigo.

Era la mujer más bonita del mundo.

Todos uno a uno colocaron sus manos para salvar a Douglas de su terrible pago. Esos sentimientos entraron en la barrera cumpliendo el cupo de lo que significaba traerla de vuelta y eso emocionó a Alma.

Eran una familia.

Una que no había valorado.

A pesar de que muchos no estaban allí, vieron como aparecían sentimientos de todas partes. El infierno se iluminó poco a poco con luces brillantes procedentes de la base, cada uno de ellos entregaba su amor lejano para salvarla.

Para quererla y traerla de nuevo.

No podía estar más emocionada.

Y solo cuando todos los sentimientos entraron, Nolan, con Bella en brazos, se acercó a la cúpula para poner su granito de arena junto con Doc. Ambos dioses se miraron siendo conscientes de que habían encontrado un hogar con el paso de los siglos.

Ellos dos habían sido amigos, hasta Nolan ocupó el lugar de dios de la muerte para que Anubis siguiera viviendo.

Gracias a eso ahora tenían un gran grupo alrededor.

—Yo acepto el pago —dijeron a la vez.

La cúpula reventó entonces dándose por saldada la deuda y salvando la inmortalidad de Douglas. Hasta recuperó su capacidad para orbitar según dijo destino, pero casi no pudo escucharlo porque Alma decidió salir corriendo a por Douglas.

No importó la sangre, lo muy dolorido que estaba o que él pudiera enfadarse por lo que había pasado. Se acercó y lo tomó por la cintura para evitar hacerle daño. Entonces lo besó con auténtica locura.

—Eres tonto —dijo entre beso y beso.

—¿Cómo haces algo semejante por mí?

—¿No te das cuenta?

—¡No sabes lo que me has hecho sufrir!

—¡Y mira que no decírmelo!

Abrumado porque Alma no dejaba de hablar, Douglas le tapó la boca con la mano buscando silencio.

—Te quiero y no importaba el precio para que tú fueras feliz.

Alma lloró sintiendo ese sentimiento latir en su corazón, porque al final de todo no existía nadie como ese hombre.

Era algo de lo que no podía huir, no podía alejarlo o simplemente perderlo por no ser lo suficientemente valiente. Así pues, tomó aire, tragó saliva y luchó para que sus piernas siguieran sosteniéndola.

—Te quiero, Douglas.

El dios palideció al instante.

—¿Qué?

No se lo creía porque siempre creyó que él perdería mucho en aquella transacción. No podía escuchar esas palabras a pesar de que llevaba soñándolas tiempo atrás, casi desde que la conoció.

—Creo que he perdido mucha sangre.

Alma sonrió.

—No es así, bueno sí, pero que has escuchado bien. Te amo como nunca antes. Eres gentil, bueno y un poco salido. Divertido, dulce y no hay persona en el mundo que me haya querido hasta querer sacrificarlo todo. Te amo por lo que eres, por lo que podemos ser juntos y porque no sabría verme sin ti el resto de mis días.

Douglas la besó profundamente sabiendo que aquello tal vez era un sueño. No le importó, eran las mejores palabras jamás antes escuchadas. Nadie podía arrebatarle ese momento, ese instante en el tiempo que recordaría siempre.

—Te quiero con locura, Alma —declaró.

Y ahora todos sabían que era recíproco.

CAPÍTULO 41



Devin estaba ahí.

Esa era la única realidad que conocía.

Y, de alguna forma extraña, todo ese poder era suyo. No estaban acostumbrados a verlo así, furioso. Él era la personificación de la calma, de la alegría y nunca se hubiera imaginado que pudiera explotar de esa forma tan salvaje.

Aferrándose a Sergei, supo que debían ir hacia Khaos, el cual permanecía en pie en el ojo del huracán.

Aria señaló a Dannian para después hacerlo hacia Ty.

—¡Protégelo! —pidió.

Era incapaz de pelear pensando que tenía que proteger a su amigo. Ahora solo podía centrarse en uno.

El Devorador asintió cubriendo con su cuerpo a su compañero. Era un sentimiento tan puro que, aunque Ty no lo amase jamás, él seguiría necesitando protegerlo de todo mal.

Era una condena.

—¡No se te ocurra cometer una locura! —exclamó Ty rogándoselo.

Ella contestó guiñándole el ojo siendo incapaz de prometer algo semejante. Sabía que todo era incontrolable. Nunca antes se habían enfrentado a algo parecido, no tenía antecedentes para tener claro que no pasaría nada malo.

Sergei se levantó, con fuerza tiró de ella levantándola de la cintura ayudándola a poner los pies en el suelo.

Aquella magia era tan brutal que podía hacerlos saltar por los aires de un momento a otro. No comprendía qué era lo que le estaba pasando a su amigo, solo que tenían que ayudarlo de algún modo.

Caminaron lentamente hacia Khaos. Siendo ayudada por Sergei supo que, de no haber sido así, jamás hubiera conseguido avanzar.

—¿Qué propones? —preguntó Aria.

El dios, que parecía feliz por reencontrarse con el amor de su vida, la miró tendiéndole una mano.

La tomó provocando que su magia la ayudase a seguir en pie. Fue como si todo el aire se

disipase de repente. Además, ese efecto se transmitió hasta Sergei el cual dejó de pelear al instante, sorprendido.

—Que cada uno tenga una de las joyas. Hizo tres por una razón, quiso que cada uno tuviera una para ayudarle —explicó Khaos.

Se repartieron esas joyas o piedras rojizas. Realmente no tenían claro qué eran en realidad, solo que Devin las dejó allí por una razón. Anticipó que eso pasaría y se preparó para darles una ayuda.

—¿Y ahora? —preguntó Sergei.

Khaos señaló al cielo.

—Ahora descenderá. Veréis la auténtica esencia de un dios.

¿La auténtica?

¿A qué se refería?

—A pesar de nuestro aspecto humano somos poder y magia absoluta. Nuestro verdadero ser rige en nuestro interior y Devin abandonó su cuerpo para refugiarse en el tiempo.

La explicación de Khaos los sobrecogió a ambos. Siempre habían creído que era una casualidad que tuvieran forma humana, pero era solo para entremezclarse con la gente. Una fachada que usar.

—Si me convirtió en diosa… ¿Qué es ahora él? —preguntó Aria.

Sabía que debía haber preguntado en su momento, que esa duda ahora era una auténtica locura. Fuera lo que fuera ahora él era real, seguía allí entre ellos de un modo gutural, casi primario.

Una enorme nube blanca descendió a toda velocidad. No impactó sobre ellos porque Khaos le lanzó un choque de energía a modo de advertencia. Eso lo obligó a girar hasta comenzar a rodearlos.

Era una nube de poder tan brutal que la estremeció. Nunca había sentido nada semejante, era puro poder contenido. Se sintió como estar ante una cabeza nuclear a punto de explotar.

—Él es el señor del tiempo absoluto. Te eligió como su descendiente, pero puede convertirte en su aprendiz. Así tendréis ambos cabida en el reino de los dioses —explicó Khaos.

Sergei silbó lanzando un choque de energía cuando esa nube quiso acercarse. Actuó por impulso sabiendo que era peligroso y que no era el mismo que conocían. Ese no era Devin.

Era solo tiempo, su forma más primitiva.

—Tío, propón algo o este nos mete en una trituradora —se quejó Sergei.

Por desgracia era cierto.

Demasiado incluso.

Khaos soltó la mano de Aria, aunque no dejó que la magia los arrastrase. Los mantuvo protegidos con su magia mientras avanzaba un par de pasos con la piedra en la mano.

—¡Yo seré el primero! —declaró Khaos.

Casi como si de un profesor se tratase y ellos sus aprendices, observaron con detenimiento lo que tuviera que enseñarles. Tuvieron miedo porque aquello era absolutamente desconocido, pero resistieron.

Tenían que hacerlo.

El dios levantó la piedra al aire, por encima de su cabeza y esta comenzó a brillar con fuerza. Dejó de ser rojiza claro para volverse al rojo vivo, casi parecía estar viva porque palpitó con fuerza.

Pudieron sentirla palpitar como si de un corazón se tratase, los latidos fueron fuertes, en sintonía con los de su portador. Y fue entonces cuando cambió de forma transformándose en una

espada.

Roja como la sangre, aquella arma brilló como un faro atrayendo la atención del temible Devin.

Sergei tiró a Aria al suelo cuando la nube de magia abandonó su camino circular para pasar por ellos hasta llegar a Khaos. La magia tocó sus espaldas rompiendo sus ropas y consiguiendo alcanzar su piel.

Khaos no peleó, solo colocó la espada ante él a modo de ataque. Esperó a que Devin, el cual ascendió hasta los cielos, comenzara a caer en picado. Orbitando con rapidez, caos alcanzó a esa nube clavándosela profundamente.

El tiempo pareció detenerse en ese instante, como si ese ataque pudiera cambiarlo todo con ese gesto. Entonces Khaos sonrió, lo hizo a pesar del grito que profesó Devin y eso debía significar algo.

—Tranquilo, mi amor. Todo saldrá bien, ¿recuerdas? —le dijo Khaos.

Lanzándolo contra el suelo, Khaos cayó a plomo golpeándose duramente. No se quejó, lo aceptó y se abrió de brazos sabiendo lo que pasaría. Con la espalda clavada, Devin descendió a toda velocidad.

Nadie pudo intervenir, el poder de ambos dioses chocó a toda velocidad provocando una onda expansiva que casi acabó con el bosque que tenían a su alrededor. Fue tan gutural que todos gritaron sintiéndolo en sus huesos.

Khaos desapareció dentro de Devin como si jamás hubiera existido y, con él, su espada también.

Aquella masa de poder emitió un sonido metálico, fuerte y casi como si de un chirrido se tratase pareció cambiar. Tomó forma, una que lo convirtió en una especie de bestia feroz.

No era un humano.

Tampoco un monstruo.

Se había quedado entre dos mundos.

Había abandonado su color blanco para tornarse algo rojizo, así como si la piedra consumida lo hubiera teñido.

—Ahora yo —anunció Sergei.

Aria lo tomó del brazo siendo incapaz de soltarlo.

¿Y si no volvían a verse?

—¡No! —exclamó.

Su compañero sonrió besándola fugazmente en los labios. Fue todo lo que necesitó para saber que estaban juntos en eso.

—Cuando todo acabe estaremos bien. Te lo prometo.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Aria, confundida y aterrorizada por la idea de perderlo.

Él parecía tan seguro de sí mismo que lo envidió. Nadie, después de ver aquello, podía ser capaz de creer que todo saldría bien.

—Siempre estaremos juntos —prometió Sergei.

Tuvo que dejarlo ir a regañadientes, con la promesa de que se reencontrarían tarde o temprano. Quiso creer en eso, en que todo iría bien y al final del camino regresarían a casa.

Imitando a Khaos, Sergei levantó la mano al cielo dejando que la piedra se iluminase y comenzase a latir. Aquellos fragmentos eran partes de Devin, pequeños cortafuegos que había creado para hacerle recordar quién era.

Después de desaparecer, se negó a morir, refugiándose en lo que más conocía: el tiempo.

Para ser él en su plenitud, ideó un plan para que aquellos que más lo amaban lo ayudasen a volver. Ahora lo comprendía, fue como si al ver a Sergei a punto de enfrentarse a ese poder, todo encajase.

La piedra de Sergei se tornó un puñal, uno que empuñó con fuerza.

—Vamos, amigo, aquí me tienes —le dijo agitando un brazo.

Aria no quería mirar.

No deseaba verlo desaparecer.

La bestia en la que se había convertido Devin embistió a su pareja con tanta fuerza que el dolor se extendió a cada rincón de su cuerpo. Pero él, valiente como nadie, no se desmayó o luchó por huir.

Clavó su puñal con fuerza, hasta que no pudo meterlo más adentro.

—Tío, me vas a tener que pagar unas sesiones de fisio —bromeó antes de ser engullido por Devin.

Aria contuvo las lágrimas repitiéndose una y otra vez que todo iría bien. Estarían juntos de nuevo, no podían separarse después de tanto pelear. Ese no era su final, aunque lo pareciera.

Esa bestia volvió a cambiar. Tornándose de un color más rojo todavía pareció adoptar una forma casi humana, a pesar de su increíble tamaño demoledor. Era un gigante que podía aplastarla.

Levantándose del suelo, supo que era la siguiente.

—¡NOOO! —gritó Ty.

Girando para mirarlo, comprobó que Dannian lo sujetaba con fuerza evitando así que fuera hacia ella.

Eso la calmó.

—Gracias —susurró.

Al menos su amigo no sufriría daño alguno.

—Menos mal que no te prometí que no cometería ninguna locura —comentó Aria refiriéndose a Ty.

No supo si la escuchó.

Ahora era su momento. No podía fallar porque los otros dos habían peleado con una valentía inigualables.

Levantando la piedra al cielo vio como esta se tornaba de un rojo más intenso que la sangre. Palpitó sincronizándose consigo misma mientras aumentaba de tamaño adoptando una forma diferente.

No fue un arma cualquiera la forma por la que optó, fue un bate precioso que la hizo sonreír.

Devin era único.

—Vale, esto va a doler —reconoció Aria.

Agitándolo en el aire, llamó la atención del dios del tiempo convirtiéndose en su próximo objetivo.

—Quiero que sepas lo mucho que te quiero, Devin. Solo espero que esto funcione —susurró segundos antes de impactar.

Tal y como ella hacía, dejó que su bate lo golpease con toda su fuerza contra el pecho de ese ser tan extraño. Se quedó clavado ahí como si de un arma punzante se tratase, después comenzó a entrar en su piel.

Aria miró por última vez a Devin y deseó verlo feliz, el de siempre.

Cerró los ojos antes de que él la engullera ferozmente como si jamás la hubiera conocido. Era una bestia salvaje con sed de sangre que los tomó como alimento.

Y el mundo cambió entonces.

El bosque que tenían a su alrededor envejeció de repente. Los árboles se veían cansados, torcidos y sin apenas hojas. Segundos después rejuvenecieron hasta el punto en el que habían estado.

Y después empequeñecieron hasta convertirse en pequeños brotes que un día serían árboles.

El tiempo se movió con descontrol segundos antes de explotar en mil pedazos. Como si de un cristal se tratase, todos fueron engullidos por el tiempo. Vieron a toda velocidad todas las edades pasadas y, también, las futuras; esas que estaban por llegar.

Al final cayeron duramente contra el suelo de un lugar que reconocieron al instante: la base.

Aria, aturdida, buscó a su alrededor reconociendo el cuerpo de Sergei en la distancia. Luchó por levantarse, hasta se aferró al suelo tratando de arrastrarse para llegar hasta él.

Necesitaba saber que estaba bien.

No podía perderlo.

Lloró ante la idea desgarradora de que el corazón de su amor se hubiera detenido en seco. Entonces se levantó sin ser capaz de comprender qué era lo que estaba pasando. Tardó unos segundos en darse cuenta de que alguien tiraba de ella.

—¡Aria! —gritó una voz.

Devin.

Era él.

Girando entre sus brazos lo buscó con auténtica desesperación y lo contempló cubierto de heridas tal y como ella parecía estar.

—¿Devin?

Estaba ahí.

Vivo.

En carne y hueso.

Llegando hasta ellos, Khaos levantó a un Sergei que tosió tierra y que le regaló un corte de mangas a Devin.

—Yo a otra aventura así no me apunto, no me ha gustado el menú de arena. Paso de esto, yo soy de cinco estrellas —se quejó antes de sonreír.

Devin lo abrazó con cariño permitiendo que sus poderes sujetasen a Aria mientras necesitaba tocar a su amigo. Estaba de vuelta, sus pulmones se llenaban de aire de nuevo a pesar de haber sido absoluto poder.

—Os quiero, chicos. De verdad. Os he sentido dentro de mí, con ese deseo tan puro de traerme de vuelta —dijo abrazando a Aria y Sergei.

Ellos habían luchado como verdaderos guerreros, aferrándose a su cuerpo los acunó como si de niños pequeños se tratasen mientras su mirada fue hacia Khaos. Ese era el hombre más importante del universo.

—Te he echado tanto de menos —se emocionó Devin.

Khaos no habló, tampoco apartó a Sergei y Aria, los sorteó acunando el rostro de tiempo para besarlo. Después de tanto tiempo no existían palabras suficientes como para expresar lo mucho que sentía.

Ya no importaba si uno de ellos tenía la etiqueta de malo y otro de bueno, olvidó que eran tan diferentes y que Devin a veces podía sacarlo de quicio. Se amaban por encima de todo, a pesar de todos los obstáculos.

—¡Pero dejad que salgamos! —se quejó Aria luchando por soltarse.

Como si de una ventosa se tratase, tanto ella como Sergei consiguieron separarse y caer al

suelo. Entonces Ty fue a ver que estaban bien. A grandes rasgos lo estaban a pesar del cansancio y las heridas físicas.

Y eran felices.

Todos estaban en casa.

—¡No os imagináis lo mucho que os quiero a todos! —exclamó Devin inmensamente feliz y vivo.

Muy vivo.

CAPÍTULO 42



Llegar al castillo del infierno para Alma fue como mágico. Nunca imaginó que un lugar así estuviera allí abajo. Le resultó increíble y asombroso porque parecía uno de esos cuentos de hadas.

Sujeta a un Douglas que caminaba a duras penas, tuvo la sensación de que ese lugar era muy especial para él porque tembló un poco antes de preguntarle.

—¿Te gusta?

—Me encanta —contestó.

Con todos alrededor se abstuvo de besarlo, quizás la vergüenza fue demasiado sabiendo que todos los ojos estaban sobre su cabeza. Ellos, que vieron venir que Douglas sería esa persona especial, la que marcaría su vida, ahora sonreían felices a sus lados.

—¡Vamos! Decidme que ya habéis intimado, solo para saber que no voy a tener que organizaros clases de salud sexual —bromeó Nick provocando que Alma diera un respingo.

Lo fulminó con la mirada tal y como había hecho cientos de veces en el trabajo. Él subió las manos al pecho, las juntó y profesó un gritito muy agudo mientras daba unos pocos saltitos.

—Ay, que mi niña Alma se ha hecho mayor. Solo espero no tener que hablaros de la importancia de los condones y de la abejita y la flor…

Pixie tomó a Nick del cuello, rodeando el brazo a su alrededor, y tiró de él alejándolo de la parejita.

—Están en su viaje de novios, deja que follen como quieran —añadió Pixie.

Ese no era un tema que pensaba comentar con ellos.

—Yo me pido vivir lejos de ellos, que ya tuve que estar una semana cerca de Sergei por reformas en mi casa y creo que todavía tengo recuerdos perturbadores —explicó Quill.

Todos dieron por sentado que volverían a la base. Que su lugar era cerca de ellos, eso la alegró. Evidentemente era algo que Douglas tendría que tratar en algún momento, pero le gustó saber que seguían siendo los mismos.

—¡Como cuentes el polvo sin que yo pueda escucharlo me enfado! —gritó una voz conocida en la lejanía.

Lachlan.

Estaba ante las puertas del castillo. Lo mejor era que no venía solo, que Dominick había

llegado acompañando a su cuñado como esa pareja inseparable que eran. Fue muy sorprendente verlos allí.

—¡Llegas tarde! —se mofó Nick.

El lobo corrió hacia Douglas y Alma para mirarlos fijamente. El dios no pudo contenerse porque le puso la mano en la cara para empujarlo suavemente. Estaba agotado después del pago.

Solo quería dormir muchas horas.

—¡Esa no es forma de tratar a un amigo! Bueno, solo dejo que me pegue Dominick, pero es nuestro secreto —bromeó el alfa.

Alma agradeció el abrazo de Lachlan cuando este la estrechó con fuerza. Notó realmente la alegría que les daba verla con vida, no era un engaño o un papel. La consideraban una más.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Alma segundos antes de que fuese Dominick el que la abrazara.

—Me alegro de verde, de verdad —reconoció el jefe.

Si seguían así iban a hacerla llorar.

—Venga, ahora de verdad, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Winter.

Ese instinto que poseía no le fallaba nunca, era como un radar que la advertía cuando no iba bien. Era algo muy útil, no obstante, eso le hizo temerse lo peor. No estaban en el mejor momento posible.

—Aimee usó su magia para enviarnos aquí para ayudar. No pudo traer a nadie más, no obstante, tendremos que ser suficientes —explicó Dominick.

¿Ayudar?

¿Suficientes?

¿Qué pasaba?

—Sí, y podemos decir que Devin ha regresado sano y salvo. Ahora mismo ese grupo está un poco agotado, no obstante, mejorarán —añadió el jefe.

Douglas se paralizó unos segundos dándose cuenta de que tenían alguien sobre sus cabezas. No se habían dado cuenta hasta el momento, lo cual pasaba a ser un gran error. Siempre debió imaginar que eso pasaría.

—Todos los que no podáis pelear entrad en el castillo, lo blindaremos —propuso Douglas.

¿Qué estaba pasando?

Bella, que venía caminando apoyada en el pecho de Nolan, se apartó rápidamente desplegando sus dagas. Teniendo una en cada mano se colocó en posición de ataque a la espera de la batalla.

—¿Qué? —preguntó Alma antes de darse cuenta de lo que sucedía.

Con un perfume inequívoco que podrían reconocer en cualquier lugar del universo, Seth hizo acto de presencia tras eso. Giraron para encararlo pues hacía mucho tiempo que no se veían cara a cara.

Seguía siendo el mismo. Su aura malvada flotaba a su alrededor mientras sus ropas parecían flotar como si la gravedad no existiera. Era el dios que debió proteger a los suyos, al que debían adorar… En cambio solo buscaba su muerte.

Sonrió realmente satisfecho de verlos a todos allí.

—¡Qué gran momento! —exclamó Seth—. Hacía mucho que no me pasaba por aquí.

Todos parecían conocer el infierno, hasta el dios más cruel de todos.

Douglas se repuso con rapidez. A pesar de estar sangrando por las heridas de las alas la tomó de la muñeca y tiró de ella hacia atrás con urgencia. Quiso protegerla de todo mal, de ese ser que venía a atacarlos.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Douglas.

Todos los sabían.

Muerte.

No esperaron que respondiera porque no era su estilo, no obstante, tras mirarlos a todos uno a uno se detuvo mirando a su hijo.

—Pensé venir antes, lamentablemente tuve un inconveniente —se excusó como si llegase tarde a una fiesta.

Una a la que nadie lo había invitado.

—¿Ra? —preguntó Doc avanzando hasta colocarse delante del grupo.

Cubriéndolos.

—Discrepamos en algunas cosas, ya sabes lo inestable que puede resultar tu hermano —contestó Seth.

Lo era.

Pero esta vez era diferente.

A pesar de su locura, de ese comportamiento explosivo que tenía nunca antes se había negado a una batalla. Doc recordó la última vez que había visto a su hermano, su enfrentamiento debía haber hecho cambiar algo.

—En realidad no sois tan diferentes —confesó Anubis mirando a su padre fijamente —. De lo contrario hubieras venido a pelear antes, no como un rastrero cuando tus enemigos están heridos.

Seth se sorprendió ante la verborrea de su hijo, fue como toda una sorpresa después de todo ese tiempo. Poco a poco su verdadero yo emergía del fango, regresaba siendo el dios que un día fue.

Ajenos a ellos, Douglas besó a Alma en los labios.

—Vete de aquí, escóndete hasta que venga a buscarte —le suplicó atemorizado con la idea de que acabase herida.

Ella estaba más preocupada por él, por las heridas que el pago le habían dejado y que no pensaban mejorar en una gran batalla. Quiso decirle que lucharía a su lado como una verdadera guerrera y supo que no era cierto.

Era una humana, no había peleado en su vida y no tenía nociones de ello. Se lamentó por convertirse en un dichoso estorbo en una gran batalla como esa. Seth no siempre hacía acto de presencia, aquello era importante.

Nolan, que puso una mano sobre su hombro, tiró de ella hacia atrás. Cuando cruzaron una mirada este sonrió.

—Escúchale, yo estaré cerca de él, no le pasará nada malo —la animó Nolan.

¿Muerte tomaba parte de la batalla contra Seth?

La presencia de ese hombre en ese lugar era mucho más grande que cualquier otra batalla hasta la fecha.

Besando a Douglas le profesó amor eterno, no quería perderlo o que resultase más herido de lo que ya estaba. Solo esperó que regresase sano y salvo, también el resto puesto que eran su familia.

—Te quiero, Douglas. No puedes morir o te traeré de vuelta —lo animó Alma.

Él sonrió.

—De acuerdo.

Corriendo entró en el castillo, el cual abrió sus puertas cuando estuvo ante ellas, casi detectándola.

Emocionada por lo que estaba a punto de pasar, les echó una última mirada. Resultaba injusto

que ellos fueran a arriesgar sus vidas sin poderlos ayudar y eso la hizo sentir miserable.

Inútil.

—Cerrad y bloquead el castillo —ordenó Douglas.

Así se hizo tal y como su señor lo dictó.

—Bella, puedes irte, refúgiate con ella. Esta guerra no es tuya —la animó su hermano con una sonrisa cariñosa.

La diosa negó con la cabeza.

—¡Y una mierda! Ha venido a las puertas de mi casa, no pienso quedarme de brazos cruzados. Quiere destruirnos para que los Devoradores no reciban ayuda divina… Pues ha entrado en el lugar equivocado.

Armada y feroz, la comandante de los ejércitos de Oscuro lanzó un grito de guerra advirtiendo a Seth de su error.

No pediría a ningún residente del infierno que entrase en una guerra que no le correspondía, pero no iba a permitir que ese hombre se pasease por ese lugar como si nada. No iba a apoderarse de su hogar.

CAPÍTULO 43



Alma buscó una ventana disponible que pudiera mostrarle lo que estaba a punto de pasar en el exterior. Corrió hacia la más cercana para descubrir que estaban mucho más altas de lo que una construcción normal.

Eso no la echó atrás, armada de un valor impropio de ella, comenzó a escalar la pared piedra a piedra.

Subió, a pesar de caerse un par de veces y resbalarse, no la detuvo el dolor o el miedo. Necesitaba saber que todos los de fuera estaban bien. Que seguirían bien y que vencerían a Seth.

Cuando llegó, la batalla no había dado comienzo. Parecía especialmente interesado en Douglas y Doc. Hablaba con ellos como si pudiera convencerlos de no pelear. Ese hombre estaba loco.

Mucho.

—Winter —la llamó Doc—, entra en el castillo.

Esa orden no fue aceptada.

—Y una mierda. Si tú te quedas yo también. No seré poderosa, pero pienso dispararle en la cabeza —prometió Winter.

El dios quiso convencerla, apartarla de esa pelea y supo antes de intentarlo, que no sería capaz. Ella había tomado una decisión y la pistola en su mano la refirmaba hasta la saciedad.

—Tiene el valor de tu madre —comentó Seth, orgulloso.

Eso provocó que Abunis sonriera amargamente.

—Ella siempre fue la mejor de los dos —le escupió.

Así era.

Como padre había fallado en todas las materias posibles. En ninguna había destacado sobresalientemente.

Y ahora que buscaba doblegar a su raza… Era mucho peor.

—Por supuesto —aceptó Seth.

A su lado, como estaba acostumbrado, comenzaron a aparecer unos cuantos gigantes de piedra y, esta vez, unos demonios menores. Seguramente los había convencido prometiéndoles el infierno si este caía.

Eran enemigos del dios Oscuro, carroñeros y buscaban una oportunidad para hacerlo caer.

—No sé —comentó Nick con sorna—. Te encuentro desnudo sin esos espectros que siempre nos envías. ¿Te da miedo que les demos descanso eterno?

Dio en el clavo.

No había ni uno, lo cual significaba muchísimas cosas.

—Ese idiota será el primero en caer —ordenó Seth mirando a su ejército.

Y faltó un idiota mayor.

—¡EH! ¡Vamos, Seth! ¡No me jodas! Ya llevamos años peleando y no me he ganado el honor de que les ordenes que me maten. Voy a pensar que me aprecias y todo —anunció Lachlan transformándose en lobo.

Dispuesto para la batalla.

—A su debido tiempo, pulgoso. Hoy me interesan presas más grandes que tú, bola de pelo —masculló con cierto desprecio.

Dando la señal de pelear, su ejército comenzó a correr hacia el enemigo. Ellos no se quedaron atrás, listos para la batalla gritaron antes de que sus poderes se desplegasen iniciando una feroz batalla.

—Nunca pensé que serías tan cobarde —reconoció Douglas orbitando justo ante Seth.

Trató de golpearle con el puño, pero lo esquivo. Así pues, lanzó un choque de energía que lo alcanzó directamente en el pecho.

Eso fue glorioso.

—Siempre proteges el infierno con mano dura, contigo fuera de juego podía embolsarme un duro golpe a los míos —reconoció Seth.

Notando a Bella, Douglas se agachó permitiendo que esta se impulsara poniendo sus pies sobre sus hombros para así alcanzar a Seth. Feroz como la peor de las guerreras, la diosa consiguió clavar una daga en el brazo de ese hombre.

Este, al notarlo, no gritó.

Los barrió con energía, una tan fuerte que los sorprendió mientras rodaban por el suelo.

—Habéis hecho un pago y me ha salido bien. Los dos hijos predilectos de Oscuro, los feroces Douglas y Bella han cortado sus alas debilitándose tanto… Era mi momento, aunque hubiera preferido cuando estabas en la cárcel. Hubiera sido más poético.

Ese hombre estaba enfermo.

Luchando codo con codo, Douglas y Bella lo atacaron intercalando todo tipo de ataques. Consiguieron pegarle puñetazos, cortes con las dagas y quemarlo con sus choques de energía antes de que su magia fuera tal que los lanzase lejos.

Era fuerte.

Mucho.

—Creo que esto será mucho más fácil de lo que imaginaba —confesó Seth.

Los demás estaban peleando con el resto de su ejército, el cual tenía serios problemas para avanzar. Los Devoradores tenían tal magia que aplacaban a los suyos con golpes secos y contundentes.

Eso molestó a Seth, el cual gruñó.

—Panda de inútiles —pronunció con desprecio.

Acumulando la magia en un solo dedo, Seth disparó apuntando a una única persona: Winter.

Esta, que acababa de disparar entre los ojos a un demonio, no vio venir el choque de energía.

Orgulloso con su ataque, Seth no resistió alejar la mirada. Se quedó a la espera de verla arder hasta desaparecer dándose cuenta de que alguien se colocó ante ella. Aplacó su ataque con fuerza antes de devolverle uno mucho más poderoso que el suyo propio.

Quiso esquivarlo, lo intentó, sin embargo, Douglas y Bella lo golpearon con su magia para que no saliera de la línea de ataque de esa magia. Le dio de lleno quemándolo como si acabase de caer a las llamas del infierno.

Furioso, gritó mezclando su dolor con la ira.

Chasqueando los dedos hizo que su ropa resurgiera antes de echar un vistazo a su atacante.

Sonrió al verlo.

—Es un auténtico placer verte en forma, hijo —rio como si estuviera loco.

Ante Winter se erigía Anubis. Su mirada fría y letal hubiera hecho temblar al mismísimo demonio, pero no a su padre. Este se enorgulleció de que su hijo tuviera el valor como para soltar sus poderes.

—Te mataré —prometió Doc.

No tenía poder suficiente, no en ese estado. Había abandonado esa parte que lo hacía dios convirtiéndose en un despojo. Pero Winter lo animaba a ser fuerte, a recuperar esa parte de él.

—Mataré antes a tu amiguita.

Debía ser cuidadoso con sus palabras porque Anubis orbitó mucho más rápido de lo que pudo calcular. Apareciendo ante él, lo tomó del cuello con tanta fuerza que solo pudo verse reflejado en sus ojos dispares.

—¿Eso le hiciste a Ra? —preguntó furioso—. ¿Nos condenas a sentir tu propio dolor?

Ambos se atacaron justo en ese momento y la onda expansiva fue tal que hasta los cimientos del infierno temblaron en consecuencia. Alejándose el uno del otro, Anubis se colocó al lado de Douglas y Bella, esperando atacar.

—¡No lo entendéis! ¡Ellas son solo juguetes! Estáis destinados a mucho más —explicó Seth.

Iban a tener que seguir peleando para defender ese castillo.

A muerte.

***

Lachlan lanzó un gigante de piedra antes de que la sombra de Dominick lo hiciera explotar desde dentro. No se dijeron nada porque no hacía falta, su objetivo era Seth y para llegar hasta él iban a tener que seguir matando.

Lanzándose sobre un demonio, mordió su yugular provocando que su asquerosa sangre entrase en su torrente sanguíneo. Al acabar decapitándolo, escupió con verdadero asco.

—Te veo divirtiéndote —bromeó Dominick.

Él solo le gruñó con fuerza.

A su lado apareció un Quill cargando un demonio antes de orbitar y partirlo en dos.

Cuando regresó su sonrisa era tal que parecía un niño abriendo sus regalos de cumpleaños.

—¡Puedo orbitar! —gritó contento.

Después de eso miró al gigante de piedra más grande que encontró.

—Te vas a cagar —prometió yendo a por él.

No fue solo puesto que Darius, que parecía hacer buena pareja de combate con él, usó sus poderes mentales para desestabilizar a ese gigante. Tanto Quill como Darius lo desmembraron a golpe de energía dejando que se convirtiera en polvo.

Dominick salió corriendo entonces como si el mismísimo Seth lo persiguiera. No lo hizo porque sí, se dio cuenta de que Dane, el cual estaba rodeado, estaba a punto de ser aplastado por otro gigante.

No llegó a tiempo porque la magia del mentalista explotó como si de fuegos artificiales se

tratase. El fuego, ese que parecía controlar desde hacía poco gracias a su mente, lo abrazó antes de calcinar a todo el que estaba a su alrededor.

—¿Has tenido miedo, jefe? —preguntó Dane cuando todos cayeron al suelo.

Se habían hecho más fuertes año a año, golpe a golpe y pelea a pelea. No eran los del principio, todos ellos habían crecido de un modo que Seth no podía ni imaginar. No era capaz de vislumbrar lo que les había hecho.

—¡A mi amorcito no le pega nadie! —gritó Pixe yendo a por ellos.

Demoledora como solo ella podía ser, sus manos se iluminaron dejando que un choque de energía arrasara a todos los demonios que encontró en su camino. Solo se apagó cuando estuvo Dane.

No hablaron, solo se besaron como si hiciera mucho tiempo que no lo hacían.

—¡Eh! ¡Guarradas aquí no! —gritó Lachlan convirtiéndose en humano para hablar.

Dominick llamó su atención haciendo temblar el mismísimo suelo. Su poder, que era incomparable, viajó a través de las entrañas de la tierra para golpear duramente a uno de los gigantes más grandes que quedaba.

—¡Dominick, tío! ¡Deja algo! —se quejó antes de transformarse en lobo e ir contra el primer demonio que se cruzó en su camino.

Solo cuando un demonio apareció ante Winter, ella supo que se había quedado sin balas. Encogiéndose de hombros, guardó su pistola en su funda antes de colocarse en posición de ataque.

Sí.

Pensaba pelear.

—Tengo que pedirle a alguno de esos dioses un arma chula o algo. Esta dura demasiado poco —se dijo a sí misma antes de empezar a pelear.

Dándole una patada en el rostro no le dio tiempo a reaccionar a su enemigo. Tomó impulso saltando sobre su pecho para después alcanzar su cuello. Envolvió sus piernas alrededor de su cuello y apretó con fuerza.

El demonio se tambaleó luchando por que se bajara de encima de él. Soportó como pudo privándole de todo el aire posible.

—¡Eh! —la animó Pixie—. ¡Toma esto!

Tras su grito vio en el aire un pequeño puñal que tomó en el aire. Sin pensárselo dos veces, lo clavó en la base de su cuello retorciéndolo hasta acabar con la vida del demonio.

Cuando ambos cayeron al suelo, Winter rodó un poco antes de ponerse en pie a toda prisa.

—Me gusta tu estilo —confesó Pixie flanqueándola.

Winter asintió.

—Y a mí el tuyo, me gusta eso que haces con las manos —reconoció ella.

Se miraron conectando un breve momento.

—Quédate cerca mientras pateamos culos. Tú proteges mi espalda y yo la tuya —la animó Pixie.

Sí. Eso era lo mejor.

Aceptando la ayuda, y agradecida por ella, Winter y Pixie se colocaron de tal forma que sus espaldas chocaron levemente. Iban a ayudarse en esa guerra que tenían encima y de la que no pensaban escapar.

CAPÍTULO 44



Nolan tomó entre sus brazos a una Bella a punto del desmayo. Con la elegancia que solo tenía él, levantó un escudo con el que contuvo el ataque de Seth antes de que los alcanzase.

—¡Eh! Mi caballero andante —sonrió Bella con cierta dificultad.

Estaban agotados.

El perder las alas los debilitaba hasta tal punto que podían perder la vida ante Seth. Ese era un escenario que no quiso imaginarse.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Nolan.

Bella le guiñó un ojo.

—¿Me prometes un polvo después?

Poniendo los ojos en blanco rio con su ocurrencia antes de ayudarla a levantarse. Hasta el momento se había entretenido con algunos demonios menores descubriendo que a todos los conocía.

Eran seres que habían buscado hacer el mal en la tierra, pero no habían encontrado dueño que tirase de la correa hasta ahora.

—¿Eso es un no? —insistió Bella.

Esa mujer era de lo que no había.

—No seas mala —la regañó.

—Prometo ser muy buena.

Seth se hartó de la conversación. Los atacó a todos a la vez poniéndoselo verdaderamente difícil a un Douglas que voló por los aires y cayó sin remedio. Estaban en clara desventaja.

—Tú fuiste amigo de mi hijo —anunció Seth.

Douglas, visiblemente herido, y Anubis llegaron a su lado.

Sí, lo recordaba bien.

Todos habían vivido los tiempos gloriosos de Egipto, pero ahora no eran más que polvo y pirámides. No quedaba nada de ese tiempo, ni siquiera los dioses de esa época eran los mismos.

Todos habían cambiado.

—Eras el dios del amor —recordó.

Así era.

Miró a Doc cerciorándose de que estaba bien. Douglas no corría la misma suerte, el pobre

apenas se tenía en pie.

—Tú salvaste a mi hijo y te estoy agradecido por ello.

Las palabras de Seth lo sorprendieron.

—No es como si tengáis una bonita relación familiar —inquirió Nolan.

La magia comenzó a reunirse en las manos de Seth, el cual sonrió como si su mente se hubiera ido siglos atrás, donde todo era perfecto. Los Devoradores poseían el mundo y sus hijos eran gente respetada.

—Es una pena que no pueda pagártelo como te mereces —masculló Seth antes de soltar su ataque.

Aquel choque de energía fue tal que hizo falta que los cuatro dioses se empleasen a fondo para detenerlo. Ni con la fuerza de Anubis, Nolan, Douglas y Bella parecía ser suficiente como para aplacarle.

Volaron por los aires esparciéndose por el campo de batalla, cayendo sin control mientras el dolor se repartía por su cuerpo.

Douglas rodó tres vueltas antes de detenerse chocando contra una gran roca. Respiró, agotado, dándose cuenta de que su magia había menguado lo suficiente como para no ser capaz de defender su hogar.

Seth era un bicho rastrero para aprovechar eso en su beneficio.

Vieron como trató de dirigirse al castillo, el momento exacto en el que todos los Devoradores, un lobo y una humana, le cortaron el paso. Valientes, sin temblar ante el caos del momento, le plantaron cara.

—Dominick… —pronunció Seth.

Él siempre soñó con que el gran jefe de los Devoradores cediera yéndose a su lado. Ahora sabía que jamás lo conseguiría.

—Seth —dijo él.

Los miró a todos, había peleado con más de uno, en especial con Pixie, la cual miró con una sonrisa.

—Te has convertido en un ejemplar magnífico a pesar de ser solo una híbrida —comentó con despecho.

Ella levantó el mentón.

—Este ejemplar magnífico piensa patearte el puto culo —prometió.

Era divertida.

Mucho.

Mirando a sus contrincantes se dio cuenta de que todos los dioses también estaban a su espalda, rodeándolo por completo. Ya no quedaba nadie de su ejército, los muy patéticos no habían sobrevivido.

Eran escoria.

—¿Creéis que podréis conmigo? —rio.

Un plan siempre era un plan, aunque Ra se descolgase de él.

Ese ingrato no conocía el significado de la palabra respeto y perseverancia. Era solo un niño pequeño al que castigaría en su momento. Ahora tenía trabajo para hacer caer a aquel magnífico castillo.

Seth lanzó dos ataques antes de que fuera consciente de que Anubis apareció ante él.

El primero, que cayó sobre todos sus enemigos, fue aplacado con dificultad mientras que el segundo se encaminó sobre el castillo.

La magia de Anubis lo golpeó con contundencia, impactando directamente en su plexo solar y

robándole la respiración. Nunca antes había notado un dolor tan gutural, tan profundo y viniendo de su propio hijo.

Quiso orbitar para alejarse al sentir que se quemaba por dentro y, al hacerlo, Anubis también lo hizo con él.

Solo cuando apareció golpeó a su hijo con contundencia. No hubo magia de por medio, lanzó un puñetazo que él paró con una mano. En ese breve instante se miraron fijamente a los ojos.

Ambos se vieron evocados irremediablemente al pasado, a esa noche fatídica en la que destruyó a su hijo.

Su único error.

—Si esa noche no te hubiera tocado… ¿Estarías a mi lado? —preguntó Seth.

Anubis sonrió.

—No después de lo que les hiciste a mis hermanos —sentenció él.

Esa noche, ejecutándolos a todos había sellado su destino.

Escuchó una explosión de fondo, una que identificó como la que envió hacia el castillo y eso le hizo feliz.

—Los perderás a todos, no dejaré que ninguno de ellos sobreviva como castigo a tu insolencia —prometió Seth.

Golpeó a Anubis con fuerza. Este, aunque consiguió aplacarlo un poco, sufrió un duro golpe por su magia.

Y ahora el castillo era suyo.

Solo suyo.

El infierno había caído.

***

Segundos antes…

Douglas se desmarcó cuando Seth atacó. Fue consciente de ese segundo ataque que se alzó a toda prisa tratando de atacar el castillo. Sabía que en él estaba Alma, si eso caía sobre esa construcción se vendría abajo.

No podía permitir que muriese.

No ahora después de luchar tanto.

Rugiendo como un verdadero guerrero, permitió que sus poderes viajaran más rápidos que el sonido. Atravesaron los metros que lo separaban llenándolo todo de la más terrible oscuridad.

Alcanzando el ataque de Seth, lo envolvió moviendo los dedos mientras su magia salía de él como un torrente desbocado.

Casi al borde del desmayo, luchó por seguir en pie y consumir hasta el último resquicio de Seth.

Envolvió su magia, interceptándola a apenas centímetros del castillo. Después solo la engulló haciéndola suya, como si esta reconociera la oscuridad que poseía dentro se doblegó a su voluntad.

Y, cuando consiguió controlarla, cayó al suelo de rodillas.

Estaba agotado.

***

Alma gritó cuando vio cómo Seth era más poderoso que ellos. A pesar de que su ejército menguaba, él parecía seguir en pie. Golpeando el cristal cuando vio caer a Douglas al suelo.

No podía más.

Solo entonces dejó de pensar.

Bajó de la ventana a toda velocidad, cayendo al suelo raspándose las rodillas y no le importó.

Tenía que ayudarlo de alguna forma, de la que fuera. Quedarse ahí como espectadora la estaba matando lentamente.

Dándose cuenta de que había una especie de lanza en una de las esculturas que adornaban la puerta de entrada, decidió tomarla prestada unos momentos. La arrancó con bastante dificultad.

Cayó al suelo golpeándose el trasero sacándola, no obstante, no quiso quejarse.

Ahora solo tenía que abrir la puerta y salir al exterior.

Cuando consiguió tocar el pomo, no se abrió inmediatamente, tuvo que empujar muy fuerte para lograrlo. Usó toda su fuerza para ser capaz de mover un poco esa gran puerta de madera.

Y, cuando estuvo en el exterior, alguien tomó su lanza.

Fuera quien fuera el recién llegado, era mucho más alto que ella. No tuvo opción a pesar de que trató de pelear. Le arrancó la lanza y la miró con suma compasión en los ojos.

Se agachó a su altura sonriéndole.

—Tranquila, soy un amigo.

Le sorprendió ver a un hombre mayor, vestido completamente de negro y que lucía una sonrisa muy afable. Dudó unos segundos, solo unos pocos antes de darse cuenta de que era un amigo.

No tuvo muy claro por qué, pero parecía que venía a ayudar.

Supo de quién se trataba cuando vio los ojos de Douglas en ese rostro. No era él, pero tenían la misma forma y color. Ese hombre era un familiar cercano del dios, lo cual lo convertía en alguien mucho más imponente que cualquiera de los presentes: Oscuro.

—Dios Oscuro, yo… —trató de decir sin tener muy claro qué decir.

Él acarició su cabello.

—Yo me encargo —prometió.

Girando sobre sí mismo fue consciente de que todos lo vieron. Allí presente, ante su palacio, el dios se enorgulleció de aquellos guerreros que habían defendido ese lugar tan especial.

Solo por eso debía aparecer.

Seth, que se alejó de Anubis, se sorprendió de verlo allí.

Estaba debilitado, eso era cierto, pero seguía pudiendo pelear con un dios que en su día fue menor.

Caminando como si el mundo le perteneciese, Seth caminó hasta él con la soberbia que siempre le caracterizó. Supo entonces que hicieron mal de no acabar con ese hombre en su momento.

—Tu hijo dejó desprotegido el infierno —rio Seth refiriéndose a Douglas—. El amor lo hizo débil y eso me hace poder venir a reclutar gente, ya que el imbécil de mi hijo dejó que muchos de mis espectros muriesen. Es la carga de tener un hijo inútil, aunque de eso sabes un poco.

Ninguno de sus hijos eran inútiles y los valoraba por encima de todo. Ese era el error de Seth, nunca supo ser un buen padre.

Era escoria.

—Solo por amar no se convierten en inútiles, Seth, y tú deberías saberlo. Es un gran sentimiento capaz de mover montañas —refutó Oscuro.

Pero había aprovechado ese debilidad para atacarlos.

Cobarde.

—Bueno, yo aprendí la lección, tal vez sea la hora para que nuestra prole también lo entienda —rio Seth.

Le lanzó un ataque que logró desviar, aunque le rozó un poco la sien derecha. Pasándose los dedos sobre la herida se dio cuenta de que tenía unas gotas de sangre como recompensa.

—Estás viejo, Oscuro. No eres el dios que conocí —reprobó Seth.

Douglas llegó a su lado preocupado por verlo abandonar su cama. Sí, no era habitual verlo al aire libre y quizás llevaban muchos meses sin verse, no obstante, se alegró de tenerlo allí.

De verlo enamorado.

—Has sacrificado tanto, mi niño… —susurró Oscuro acunando el rostro de su hijo—. Deja que yo me encargue.

Bella también llegó a su lado. No habló porque los sentimientos desbordaban el corazón de su hija con brutalidad. Solo se aferró a él en un terrible abrazo que lo conmocionó de los pies a la cabeza.

Sus pequeños lo habían extrañado.

—Deja que nosotros luchemos por ti —propuso Douglas.

—Sí, podremos con él —animó Bella.

Envolviendo con sus brazos a sus hijos respiró el aroma que desprendían como si de niños pequeños se tratasen.

—Esta vez lo haré yo. Yo puedo sacar la basura de casa —anunció Oscuro siendo toda una declaración de intenciones hacia Seth.

Nadie se atrevía a atacar el infierno.

Mucho menos en su presencia y mucho menos tocaba a sus hijos.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¡Estás muy viejo! —rio Seth.

Su choque de energía fue fácil de parar, de hecho, hasta demasiado y se lo devolvió haciéndolo impactar contra su pecho. Eso le demostró en qué escalón estaba. No era un dios mayor como él.

Era diferente.

Y, a pesar de su fuerza, seguía estando por debajo.

—Subestimas a tus enemigos, Seth. Ese es un gran defecto que compartes con alguien que quise mucho.

Luz.

Sufrían el mismo defecto.

—A mí el amor me hizo fuerte. Soy el dios que soy por ella —explicó Seth—. A ti te destrozó hasta convertirte en el despojo que eres ahora.

Oscuro sonrió.

Nunca hubiera declarado que fuera un despojo. Era mayor y podía estar algo oxidado, pero seguía siendo el señor de la oscuridad del universo. Ese título merecía un respeto que él debería aprender.

Dio unos pocos pasos en su dirección.

Queriendo sorprenderlo orbitando, notó a Seth a su derecha. Lo que él no vio es que anticipó su movimiento y que ya había alargado el brazo para agarrarlo. Cuando se hizo visible solo tuvo que cerrar la mano para apretarle el cuello.

—Soy el señor de la oscuridad, uno de los pocos dioses supremos que existe. Y no puedes venir a mi casa, atacar a mis hijos e insultarme en mi cara —explicó mientras su magia entraba en él.

Seth se retorció producto del dolor.

—A mí el amor me mostró la cara amarga de la vida. Lo que nos diferencia es que yo aprendí del dolor y me hizo el que soy. Tú, en cambio, eres el peor ser del universo —confesó Oscuro.

Lanzándolo al aire, lanzó un choque de energía directo hacia él.

Para su sorpresa, este consiguió desviarlo con tan mala suerte que fue hacia los amigos de sus hijos.

Pixie quiso huir de allí al ver el ataque, no obstante, teniendo a Winter a su lado no le fue posible. No era tonta, sabía que un choque de ese calibre era imposible de contener así que hizo lo único que se le ocurrió.

Abrazando a Winter, la cubrió con su cuerpo queriendo protegerla y con la esperanza de que ella sí sobreviviera.

Cerró los ojos esperando el desastre, uno que no llegó.

Cuando los abrió de nuevo, giró sobre sí misma dándose cuenta de que su padre había absorbido esa magia. Una que, a pesar de ser fantasma, comenzó a agrietarlo poco a poco.

—¡Padre! —gritó ella colocándose ante él.

Cuando acarició la mejilla lloró sabiendo que se estaba marchando. Que de una forma extraña estaban a punto de despedirse de nuevo.

—No tenías que haberlo hecho —le dijo Pixie.

Este sonrió con cariño.

—Un padre siempre tiene que cuidar a sus hijos… Yo ya me fui hace mucho, Pixie. Si con esto conseguía salvarte me doy por satisfecho.

No podía irse.

De pronto Nolan apareció a su lado.

El dios de la muerte se agachó a la altura del oído de Pixie.

—Perdónale por no estar en tu vida, no importa si lo hiciste en el pasado. Díselo ahora —le susurró.

¡Por supuesto que le había perdonado!

—Te quiero, papá. Te perdono por no estar en mi infancia, de verdad —declaró ella rompiéndose por dentro.

Se iba.

No habían tenido tiempo juntos.

—¿De verdad, cariño? —preguntó él.

Ella asintió.

—Por supuesto.

Nolan, que seguía a su lado, alargó una mano y tocó a su padre. Lentamente, como si pelease contra algo, su padre fue desapareciendo convirtiéndose en pequeñas motas de luz que ascendieron.

Jadeó dándose cuenta de que era la segunda vez que lo perdía, que se iba de su lado para no regresar.

—Esta vez sí está con ella —anunció Nolan poniéndole una mano sobre el hombro con cariño.

Ella sorbió los mocos luchando por no desmoronarse.

—Gracias.

Winter tartamudeó.

—Lo… Lo siento mucho. Es mi culpa.

No pudo decir nada más porque la Devoradora, que nunca la culpabilizó, la abrazó entre

lágrimas sosteniéndose en ella. Estaba al borde del precipicio y necesitaba que la contuvieran antes de caer.

—Me ahogo —reconoció Pixie.

Winter la sostuvo con fuerza.

—No lo harás, estoy contigo. No permitiré que pase —prometió.

Ambas sellaron ese día su amistad de un modo que solo los presentes alcanzaron a ver. La guerra las había unido mucho más que amigas, casi de forma fraternal dándose cuenta de que eran muy parecidas.

Dane fue el siguiente en llegar, aunque permitió que Pixie se quedase en los brazos de Winter lo que necesitase.

—Eso es culpa tuya, Oscuro —rio Seth satisfecho con su travesura.

Disfrutaba con el mal ajeno.

Era cruel y déspota.

Oscuro asumió su culpa. Nunca debió pasar algo así, había pasado en cuestión de segundos y no pudo intervenir. Ojalá pudiera echar el tiempo atrás para cambiar sus actos, ahora tendría que vivir con esa responsabilidad.

Y la ira burbujeó en sus venas.

No podía comprender cómo un ser era capaz de disfrutar del dolor que causaba. Allá donde iba Seth solo dejaba muerte y destrucción. Solo por eso iba a demostrarle que había cometido un error pensando que el infierno estaba desprotegido.

Esperaba que así jamás pusiera sus asquerosos pies en él.

Acumulando magia, aplacó un nuevo choque de energía de Seth antes de proteger a todos los presentes con una barrera. No saldría nadie más dañado por su culpa, no cometería ese error dos veces.

Entonces dejó ir su magia. Con toda su ira, proyectó hacia Seth tal cantidad de energía que fue imposible de esquivar. Todo él salió malparado al mismo tiempo que se veía proyectado kilómetros más allá.

Lejos de ese lugar.

Saliendo del infierno.

—¡Padre! —gritó Douglas alcanzándolo antes de que sus cansados huesos se golpeasen contra el suelo.

No fue consciente de que caía hasta que sus brazos detuvieron la caída. Entonces solo buscó una fuente de apoyo y lo instó a que lo ayudase a sentarse. Suspiró cuando logró poner su trasero en un escalón.

—Ese imbécil va a tener razón y estoy viejo —rio Oscuro.

—Pues yo me hago fan de un viejo como tú, menudas hostias das, colega —dijo Lachlan.

Dominick le profesó una sonora colleja.

—Con respeto, que no todos tenemos la misma paciencia que yo —le regañó.

—Paciencia dice… Mentiroso…

Oscuro rio con los Devoradores. Ya hacía tiempo que lo había visitado, pero los recordaba tal cual eran en ese momento. No habían cambiado y eso les ayudaba a resistir.

—Anubis, has cambiado tanto —anunció Oscuro mirándolo con ternura.

Nunca volvería a ser quien fue.

—Es un placer verlo de nuevo. Gracias por la ayuda.

Él tan educado.

Buscó con la mirada a Winter y sonrió. Esa jovencita humana iba a ser alguien muy

importante después de todo. Sí, notó grandes cosas a su alrededor. Tal vez era mejor callarse y no desvelar la sorpresa.

—¡Douglas! —exclamó Alma llegando hasta él.

Se lanzó a sus brazos cuando este los abrió y se besaron casi como si hiciera años que no se veían.

Eso alegró su corazón.

Inmensamente.

—Padre, te presento a… —comenzó a decir Douglas.

—A Alma. Llevabas una gran carga emocional al bajar al infierno, me alegra verte feliz ahora.

Ella se sorprendió con sus palabras, pero agradeció el gesto.

—Nos ha salvado. Gracias —comentó Alma.

Era lo que tenía que hacer.

—Joder, Muerte, me has puesto cachonda ayudando al padre de mi amiga —comentó Bella orbitando a su lado.

Él la miró con profundidad.

—Y tú a mí peleando de esa forma —confesó el dios.

Solo entonces Nolan tomó su rostro y la besó con fuerza. Nadie se lo esperó, mucho menos un gesto de alguien que parecía tan comedido. Después se apartó y permitió que Bella jadease totalmente enrojecida.

—Puede que me haya pensado eso de tener una cita —tanteó Nolan.

Bella rugió al cielo.

—Madre mía, pienso comprar cajas y cajas de condones.

Estaba tan emocionada que Nolan tuvo que contenerla negando con la cabeza.

—Un café solo, lo demás lo iremos viendo.

—¡Y una mierda! Te has dado el filete, ahora cumples como un hombre.

Oscuro los contempló a todos con calma estudiándolos. Cada uno tenía una historia que contar, unos miedos y unas inquietudes, pero parecían haber encajado a la perfección.

Una gran familia.

Una que lucharía hasta las últimas consecuencias. Solo entonces agradeció haber sido capaz de contemplar algo semejante.

En especial ver a Douglas feliz con Alma entre sus brazos. Ese amor tan puro solo estaba reservado a unos pocos afortunados. Que su hijo fuera uno de ellos le llenó el corazón de orgullo.

Él se lo merecía.

CAPÍTULO 45



Horas después…

Pixie estaba sentada en la gran escalinata del palacio. Ese lugar era mucho más hermoso de lo que hubiera imaginado jamás. El mundo se equivocaba metiendo lo oscuro como malo y la luz como bueno.

No existía tal correlación.

Notando una gran magia tras de sí, no tuvo más remedio que levantarse a toda prisa para pelear con quien fuera capaz de contener un poder semejante.

Oscuro, el mismísimo dios, estaba cerca de ella.

—¿Puedo sentarme? —preguntó ese ser.

Pixie tragó saliva antes de contestar.

—Es su reino, puede hacer lo que quiera.

Debía ser educada porque ese hombre era la personificación de la oscuridad en el universo, tenía muchos más años de los que jamás ella sería capaz de comprender. Era alguien realmente importante.

—Trátame como a un igual. Odio los formalismos.

Pixie apoyó los brazos sobre sus rodillas, sentándose nuevamente.

—Siento muchísimo lo de tu padre. Ojalá hubiera sido capaz de evitarlo —se disculpó Oscuro sintiéndose culpable.

Esperó de ella mucho, que lo mandase lejos o alguna barbaridad semejante. En cambio, solo apoyó su rostro en sus rodillas y lo miró visiblemente emocionada.

—Se fue feliz, por fin. Solo espero que esté feliz con mi madre.

Él también.

—Estoy convencido de que está bien —aseguró Oscuro.

Después de todo merecía un final feliz. Pasar al cielo con la que debió ser su esposa toda su vida y colmarla de amor.

Ese era su destino.

Entonces Oscuro quiso sacar otro tema algo más complicado. No quiso andarse por las ramas, así que, tomó aire y decidió hablar.

—He escuchado tu enfado —comentó Oscuro.

El infierno entero había escuchado algo semejante.

Lo sabía.

Y no se avergonzaba.

No podía arrepentirse de sufrir dolor por ver a su padre sufrir. A él no le permitieron quedarse con su familia. Las abandonó porque los Devoradores no podían juntarse con humanos.

Eran otros tiempos.

Nunca se le permitió ser feliz.

Cuando lo vio condenado en el infierno fue un verdadero «shock». Nadie podía culparla por enfadarse.

—Vale y si quieres que me arrepienta de cómo reaccioné, olvídalo. Es más fácil que este lugar se congele. Sé que el precio a pagar es brutal, ya me he dado cuenta de que metí la pata —contestó Pixie.

Eso la hizo palidecer, tal vez se estaba extralimitando con sus palabras y ese hombre la convertía en confeti con solo parpadear.

—Como curiosidad, te contaré que este lugar tiene esa facilidad. Puede congelarse, aunque pocas veces lo ha hecho.

Eso la sorprendió y no pudo más que mirarlo totalmente atónita.

—¿De verdad? —negó volviendo a odiar al mundo entero—. No me importa.

Se estaba comportando de un modo infantil, pero no podía gestionarlo de otra manera.

—Tu base y tú os enfrentáis a un ser muy poderoso. No podréis ganarle tal y como estáis ahora mismo.

Las palabras de oscuro fueron mucho más crueles de lo que hubiera imaginado jamás. Ellos poseían fuerza, poderes superiores a un par de dioses que soñaban con pisarlos como si de cucarachas se tratasen.

Se equivocaba.

—Somos fuertes —contestó Pixie, convencida.

—Él más.

Ese hombre estaba comenzando a molestarla de verdad.

—Gracias por hundirme en la miseria. ¿Ese es tu trabajo? ¿Joderme?

Fue a levantarse por propio impulso sabiendo que acababa de meter la pata, pero Oscuro usó su magia para contenerla en el sitio. No fue doloroso, aunque sí muy invasivo.

Le recordó que los dioses eran capaces de hacer muchas más cosas de las que parecían a simple vista.

—¿Lo comprendes? Seth no se ha debilitado estos años, no se ha escondido o ha huido de vosotros. Ha acumulado tal cantidad de poder que ha dejado de ser un dios menor. No será tan fácil acabar con él como creéis.

¿Y qué debían hacer?

—¿Deberíamos rendirnos? ¿Es eso? Porque me niego a aceptarlo —declaró Pixie.

Era fuerte, sin embargo, no por eso conseguiría que toda su raza se pusiera de rodillas. Eran libres, querían ser felices y tener una vida próspera. No pensaban estar bajo las órdenes de un loco como Seth.

—Tú eres amiga de mi hija Aimee, ¿verdad?

Aquella pregunta la descolocó un poco. Asintió reconociendo que quería a Aimee y su forma de ser.

—Quiero que ella sea feliz. Realmente os quiere, puedo verlo desde aquí que aquel lugar es

un hogar verdadero. No quisiera verla sufriendo o, peor, perdiendo su pareja. No la convertiría en espectro, pero acabaría con ella.

No era capaz de seguir a Oscuro. Comprendía que, como padre, quisiera la felicidad de su hija y más la de una a la que apenas podía ver por estar condenada. Pero no tenía claro a dónde quería ir a parar.

—Ella sabe que eso pasará algún día y lo acepta —dijo Pixie—. Quiero decir, a pesar de que los Devoradores tenemos una larga esperanza de vida él no será inmortal. Ninguno de los que allí vivimos lo somos. Nos perderá a todos tarde o temprano.

Esa era una perspectiva muy triste para su amiga. Estaba condenada a verlos desaparecer quedando ella allí, con los pocos inmortales que pudieran quedar. Valentina iba a ser otro caso similar al igual que Doc. Para ellos no pasaría el tiempo.

Dejándolos solos.

—¿Conoces a un dios llamado Devin? —preguntó Oscuro llevándose el tema de nuevo.

Aquel hombre era un mar de preguntas.

Asintió.

—Pues mira, es un viejo amigo. Uno que, como yo, durante siglos siguió las normas. La verdad que es algo que no nos ha dado grandes resultados. Mírame a mí. Seguir las normas me ha costado la felicidad de mis hijos. Como Oscuro no debería acabar con Luz por el equilibrio, pero no estoy seguro de que eso sea del todo correcto.

La pobre Pixie solo pudo parpadear para mostrar que seguía con vida. Estaba totalmente anonadada con su relato.

—A veces debemos salirnos del sendero dictado. Devin vino a mí contándome un plan loco, uno que podría hasta resultar.

Estaba convencida de que Aria no tenía ni idea de eso.

—Pero Devin ha estado muerto. Comprendo su deseo por romper las normas.

Curiosamente tuvo la sensación de que él parecía estar de acuerdo con ella en más de una cosa.

—La vida y la muerte son solo un estado. A veces, tenemos que forzar una norma, doblegarla entre nuestras manos para cambiarla y conseguir grandes cosas. Y por eso necesito tu ayuda.

¿Él le estaba confiando algo?

—¿La mía?

¿Qué podía entregar una media Devoradora como ella?

—Y, si todo resulta, puede que todo el mundo salga con vida de esta guerra.

Pixie parpadeó de nuevo. Empezaba a necesitar que alguien le pellizcase para saber si estaba siendo una conversación real o no.

—¿Todos? —preguntó matizando esa palabra.

El dios oscuro sonrió dándolo por sentado.

—Dependerá de cómo resulte todo esto. Es más, no todos los que se van quieren regresar. Encuentran la paz y la calma. Solo en esos casos es imposible hacerlos regresar —explicó Oscuro.

En ese momento comprendió que él había tratado de traer a alguien que lo rehusó. Una carga que pesaba sobre sus hombros más que la psicótica de su ex. Por eso quería salvar al resto.

—¿Quién fue? —preguntó Pixie.

Él necesitó unos instantes para pensar en ella, porque sí, era una mujer claramente. Sonrió dejando que su recuerdo llenase su mente. Lo llenó de alegría y la sintió tan cerca que para la Devoradora casi se le hizo corpórea.

—Yo la amé mucho, pero Luz la ejecutó. Se aprovechó de ese dolor para enamorarme, aunque después supe que ese amor no fue real. Puse una tirita en una herida demasiado grande y la sangre desbordó. —Respiró angustiado por la cantidad de años que habían pasado.

Los que los habían separado hasta convertirlos en meros recuerdos en un mar de pesadillas.

—La madre de Douglas. Fui a por ella siglos después y no pude traerla. Estaba en paz, en calma conmigo y con su hijo. Él ha logrado ser un gran hombre, uno que llevará siempre a su madre protegiéndolo. Era todo lo que necesitaba para ser feliz, por eso no regresó.

Pixie lo miró con auténtica pena. Su corazón había perdido y amado dos veces, era mucho para asimilar. Su primer amor rehusó regresar a su lado porque ya estaba en paz, no necesitó más. Y el segundo había jurado acabar con él, sus hijos y el mundo entero.

Solo esperaba que esa mujer no le echase el ojo jamás a Seth.

Era lo último que podía pasarle.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó Pixie convencida.

Si tenían una oportunidad iba a aprovecharla.

Oscuro le tendió una mano, una que tomó sin dudar. No podía permitirse perder porque Seth estaba a punto de caer sobre ellos con toda la fuerza posible. Debían ser capaces de superarlo.

—Devin no podrá hacerlo él solo, por eso te entrego una oportunidad y deberás descubrir cuándo usarla.

«Cuando el cielo se torne oscuro y sea imposible ver la luz. Cuando el corazón se rompa en mil pedazos, quedándose inservible, tú, portadora, alzarás el mundo entre tus manos. Destrúyelo para recomponerlo de nuevo. Consigue lo que las reglas prohíben».

Oscuro acabó su profecía dejando que su mano se iluminase de color blanco. Fue una luz tenue, casi cálida y amigable. Esta entró en ella lentamente, la poseyó unos segundos antes de comenzar a escalar por su brazo lentamente.

Solo entonces decidió envolverse en su cuello surgiendo de nuevo y decorándola con un precioso colgante en forma de ala de ángel. La señal perpetua de una condición que tenían todos los hijos de Oscuro.

Abrumada por la magia que sintió entonces, llevó una mano sobre el colgante jadeando.

—¿Estás seguro de que podré hacerlo? —preguntó dudando.

Oscuro sonrió.

—Si no jamás te hubiera elegido —sentenció con cariño.

CAPÍTULO 46



—Bien, toca regresar a casa —anunció Dominick—. Comprenderé a todos los que se queden aquí. Solo quiero que sepáis que seréis bien recibidos cada vez que queráis venir.

Él los miró a ellos, a Douglas, Bella, Alma y Nolan dando por sentado que ninguno de ellos viviría en la base.

Eso fue una especie de revelación para Alma, se dio cuenta de que la persona que había elegido como compañero vivía en el infierno. Sería egoísta arrancarlo de allí solo por su deseo de regresar a la base.

Nick chocó contra su hombro intencionadamente, fue suave, pero lo suficiente como para llamar su atención mientras todos hablaban a la vez.

—Si algún día quieres recuperar tu puesto, aunque vivas en este palacio espectacular, estás contratada de nuevo. Ya buscaremos la forma de llevarte allí y traerte después de la jornada de trabajo, unos cafés o algo —le dijo con cariño.

Quiso abrazarlo. Seguía siendo el Nick de siempre, el que se preocupaba por ella y eso la hizo sentir bien. Asintió aceptando esa propuesta. Le vendría bien volver a la acción después de todo.

—Cuenta conmigo.

Él sonrió contento.

—Cuando les contemos que Oscuro ha pateado el culo de Seth se van a caer de espaldas. Yo casi llego al orgasmo al verlo —bromeó Lachlan.

Dicho con otras palabras: todos pensaron lo mismo. Había sido una auténtica gozada ver comer polvo a Seth, aunque sabían que la peor de las batallas estaba llamando a la puerta.

Ya no habría treguas.

Seth quería su golpe final y debían estar preparados para él.

—Esto… Chicos, yo no sé si puedo orbitar y marcharme. Contad con que Pixie, Winter y yo estamos algo anclados aquí —declaró Quill.

¡Cierto!

No habían reparado en ese problema.

—Tranquilo, estoy seguro de que podrás —aseguró Doc.

Esas palabras se llevaron la atención de todos los presentes. Con la calma que lo caracterizaba y su seriedad, él se encogió de hombros sin dar más explicaciones que esa.

—Pero…

Doc interrumpió.

—Tú solo inténtalo, estoy seguro de que podrás. La presencia de mi padre en el infierno ya ha pasado, seguro que lo que os atrapaba aquí también —lo animó.

Quill, dándole una mano a Pixie y otra a Dane, esperó a que Darius tocase su espalda para probarlo. Como si eso fuera a doler o fueran a ponerle una especie de inyección, cerró los ojos con fuerza.

—Estoy acojonado —reconoció antes de evaporarse.

Salieron todos de allí y solo pudieron esperar unos segundos antes de que regresase solo con una sonrisa en los labios.

—¡Que puedo hacerlo! ¡Yuhu! —gritó feliz.

Había recuperado sus poderes.

—¿Y para qué vuelves? —le preguntó Lachlan.

Él, pensativo, se lo quedó mirando.

—Pues esperaba llevarte a la base, pero casi mejor que te pudras aquí —rio antes de orbitar de nuevo.

El lobo, que no había pensado en lo que sus palabras provocarían, se quedó atónito mirando el lugar que acababa de ocupar su compañero. Y sí, su medio de transporte se había esfumado por arte de magia.

—Soy gilipollas —declaró Lachlan.

—¡Por fin lo reconoces! Llevo años diciéndotelo —se mofó Dominick.

Bella, que estaba a una distancia prudencial, bufó negando la cabeza. Después de eso, se acercó a ellos colocándose en medio de aquellos dos hombres. Tomándolos por los brazos les sonrió a ambos. Después, con un leve gesto con la cabeza, le indicó a Nick que se agarrase fuerte.

—Ya os llevo yo. Además, tengo curiosidad por esa base de la que habláis tanto —dijo con cierto nerviosismo.

Después compartió una mirada con su hermano mayor.

—Y tengo una hermana que quizás debería conocer —murmuró algo arrepentida.

Douglas solo asintió, dándole el beneplácito contento por la decisión que tomaba. No viviría en la base, pero ya estaba implicada con los Devoradores. Ellos tenían ese efecto, te atrapaban haciéndote una más de ellos.

—¡Eh, guaperas! ¡Me debes una cita y un par de polvos! —le gritó a Nolan.

No iba a dejarlo estar.

—La cita sin problemas, lo otro lo vamos viendo —concluyó Nolan humedeciéndose los labios.

Eso solo provocó que los ojos de Bella se volvieran mucho más oscuros de lo que eran.

—Vas de duro, ¿eh? Mejor para mí, pienso desgastarte hasta dejarte seco —amenazó antes de orbitar marchándose del infierno acompañada por Dominick, Lachlan y Nick.

Ese fue el momento de Doc para tenderle la mano a Winter.

—¿Vienes? Entendería si decides quedarte aquí —comentó sabiendo que existía la posibilidad de irse solo.

Winter no dudó ni un segundo, tomó su mano con fuerza dejando claro que el vínculo que los unía se había fortalecido mucho.

—No temo a Ra. Puedo con eso —declaró con orgullo—. Además, prometimos no volvernos a separar.

Doc, que sabía que estaban siendo vigilados, orbitó a toda velocidad llevándosela.

Todos los que quedaban en la sala, Douglas, Alma y Nolan, rieron ante su reacción.

—Me alegro por él —comentó Nolan.

—Sospecho que van a tener una bonita historia de amor —comentó Alma.

Se la merecían por fin.

—Se lo merecen —añadió Douglas.

Rompiendo el momento, Nolan caminó hasta Alma y, sin advertirlo siquiera, bajó hasta darle un casto beso en la mejilla con muchísimo cariño. Él se había sentido culpable teniéndola en el infierno y había tratado de ayudarla.

Ahora siendo libre de nuevo, él era feliz.

Apartándose solo le tendió la mano a Douglas y, tras estrechar sus manos con fuerza, comenzó a caminar hacia el exterior del castillo.

—Tengo mucho trabajo, mucha gente que torturar. ¿Qué pensarán de mí si abandono el infierno? No puedo permitir que crean que soy un blando.

No era blando, era un gran hombre y nadie podía negarlo. Tenía un gran corazón que los había ayudado a que ambos estuvieran juntos. Le debían mucho a Nolan y solo esperaban poder compensárselo algún día.

—Mi hermana no va a soltarlo hasta conseguirlo, está loca por él —reconoció Douglas entre risas.

A Alma se le contagió el buen humor.

—Solo espero que pueda caminar después de pasar la noche con ella —bromeó.

Estaban solos en un gran castillo.

En el infierno.

Todo el mundo se había marchado dando por sentado que ellos se quedarían allí para tratar de ver qué hacían con sus vidas. Nunca pensaron en qué pasaría después, Douglas no imaginó estar con ella.

—Oye, sé que este es tu hogar y lo acepto, pero tienes que llevarme a la base para trabajar, verlos y eso. —Dudó un instante—. No voy a pedirte que te mudes allí, aunque sí me gustaría que me hicieras de taxi.

Alma cerró los ojos un segundo sin tener muy claro cuál sería su reacción.

Douglas, con calma absoluta, tomó sus manos entre las suyas y se las llevó al pecho sobre el corazón.

—¿Lo notas? Este maldito corazón late por ti.

Sus palabras le robaron el aliento.

—No te arrancaría de la base ni loco. Yo tengo mis obligaciones aquí abajo, es cierto, pero eso no significa que tengamos que vivir aquí. Quiero llevarte a casa. Con Bella aquí abajo y mi capacidad de orbitar no será difícil combinarlo todo.

Eso la sorprendió.

No había pretendido obligarlo a marchar del infierno.

—No, Douglas. Este es tu hogar, no quiero que lo pierdas.

Él apretó más las manos sobre su pecho.

—Mi hogar eres tú y sé que eres feliz allí. Quiero que vuelvas, que los abraces a todos, que trabajes con Nick y verte feliz de verdad. No existe lugar en el mundo mejor que a tu lado.

Alma se emocionó escuchándolo.

—Además, esos cabrones me caen bien, pero no se lo digas a Lachlan que es muy pegajoso.

Aceptó asintiendo sellando el trato.

No supieron cuál de los dos dio el primer paso, solo que sus labios chocaron a toda velocidad

tomándose el uno al otro con verdadera pasión. No era el momento y el lugar para intimar porque Douglas seguía herido, pero necesitaban ese contacto.

Él la había devuelto a la vida cuando creyó que no valía nada.

Era una nueva Alma, una que creía en el amor de verdad y no en un espejismo que la estaba arrastrando al fondo.

Aceptaba su presente, su pasado y su futuro. Su amor los había salvado a ambos.

—Te amo, Alma.

—Y yo a ti.

***

Alma y Douglas fueron los últimos en llegar, pero la base entera rugió cuando la vio llegar. Muchísimas caras conocidas corrieron para abrazarla, la tomaron entre sus brazos alegrándose de tenerla de vuelta.

Sergei, Valentina, Hannah, Brie, Alek a pesar de lo serio que era, Leah, Chase, Aimee y cientos más que provocaron que se echase a llorar.

Nunca antes se había sentido tan amada. Ahora se daba cuenta de lo tonta que había sido por abandonar ese lugar.

Devin y Aria fueron los últimos en llegar, unos que la abrazaron entre verdaderas lágrimas de felicidad.

—Gracias, chicos —dijo Alma.

Estos sabían el infierno que había pasado. En realidad todos lo hacían, comprendían que sanar no era cosa de un día y no recibió ninguna recriminación, solo amor. Eso era mucho más de lo que había podido soñar alguna vez.

—¡Venga hombre que me la desgastáis! ¡Que es mía! —anunció Douglas abrazándose a ella con fuerza.

Marcando el terreno entre risas.

—Pues te jorobas porque también es nuestra —declaró Leah.

Sí.

Ese era su hogar.

Buscó a Bella entre ellos recordando que, su recién estrenada cuñada, estaba allí. Eso hizo «click» en su cabeza, porque ahora eso significaba que Chase y Aimee eran sus cuñados.

—Esa cara es la misma que ha puesto Nick al pensar de quién eres cuñada —rio Lachlan adivinando lo que pensaba.

Bella, que se había alejado un poco del grupo, parecía tan nerviosa que sintió algo de pena por ella. Temblaba como una hoja, algo impropio de ella dado su carácter fuerte que tenía.

Y supo los motivos.

Aimee se acercó a ella.

—H… Hola… Aimee —tartamudeó Bella.

Ella asintió.

—Sé que he sido una hermana terrible. Debí venir a conocerte, pero me escudé en el infierno, en mi lugar seguro y te abandoné. No sabes la de veces que Douglas me pidió que viniera a verte.

Dolía saberlo.

Había sido cruel con Aimee y ahora lo sabía.

—No voy a pedir que me perdones, solo quiero que sepas que aquí me tienes —anunció

Bella.

Aimee solo se la quedó observando de los pies a la cabeza dándose cuenta de que se parecían en ciertos rasgos. Era cierto que eran hermanas, lo sentía de una forma tan profunda que pudo llegar a sentir su corazón.

—¿Qué te ha hecho venir? —preguntó la diosa.

Bella señaló al resto.

—Son geniales, hasta debo reconocer que envidio un poco esta familia que te ha acogido. Eres afortunada.

Así era.

Lo era.

—¿Y ahora vas a quedarte? —preguntó sin rastro de emoción alguna.

Bella tomó aire.

—A vivir no porque tengo muchas obligaciones en el infierno, pero sí me gustaría irme pasando si a ti te parece bien…

Tanteó.

Olvidándose de que podía odiarla, enfadarse y gritarle que se fuera, solo pudo ver que sus sentimientos eran puros. Estaba realmente arrepentida y quería conocerla de verdad.

La abrazó estrechándola entre sus brazos con tanta fuerza que tuvo que aflojar un poco por miedo a ahogarla.

—¿Eso es un sí? —preguntó Bella.

Lo era.

Podían irse conociendo poco a poco.

—Bienvenida a la familia —anunció Aimee.

Tenía una hermana más, eso era algo que no pasaba todos los días. Era un regalo que el infierno le enviaba y no pensaba desaprovecharlo con reproches. Quería saber quién era Bella, cómo se sentía y qué le gustaba.

Deseaba tenerla en su vida.

Una más en la familia.

EPÍLOGO



PARTE 1

Semanas después…

—Pero aquí no hay nada, Aimee. Solo una sala que nadie usa —se quejó Chloe.

—Solo será un momento —se excusó la diosa.

Entraron completamente a oscuras. De pronto el olor a flores blancas lo invadió todo, no pudo evitar cerrar los ojos deleitándose de ese aroma que tanto adoraba. Era su debilidad.

Todos sus perfumes eran florales, al igual que el ambientador del coche. Ese aroma era el mejor del mundo.

—¿Y no hay luz? —preguntó Chloe.

Sabía que algo pasaba desde hacía tiempo. Nick estaba nervioso, al igual que Chase, pero, muy en especial: Aimee.

Esa diosa estaba resistiendo como nunca y mira que había probado de sonsacarle información de todas las maneras posibles.

—Solo un momento —pidió la diosa.

Se dio cuenta, por la brisa que le golpeó el rostro, que Aimee orbitó alejándose de ella. Fue fugaz y quiso gritar porque no le gustaban los lugares oscuros. No era la más valiente en esas tesituras.

De pronto todo se iluminó no como imaginó.

El techo de ese local, que debía ser blanco impoluto, había sido pintado de azul al mismo tiempo que consiguieron colocar decenas de lucecitas led. Acababan de simular un gran cielo estrellado.

Y eso la sorprendió.

—¿Qué? —preguntó al cielo.

—No sabía cómo darte las gracias por este tiempo a mi lado —anunció Nick.

Eso provocó que Chloe bajase la vista y comprobase, con estupor, todo lo que había a su alrededor. Aquella sala estaba totalmente decorada para una fiesta, una de la que parecía ser protagonista.

Llenando las paredes de lazos blancos, los adornaron con cientos de flores blancas que eran las encargadas de aromatizar la estancia.

Después, bajo sus pies se dio cuenta de que pisaba una alfombra roja que llegaba justo hasta donde la esperaba Nick. Siguió los motivos dorados que adornaban la alfombra hasta llegar a los pies de él.

Y supo que estaba a punto de pasar algo importante.

Jadeó.

En esa intimidad que tenían, pudo vislumbrar que Aimee y Chase los observaban desde el final de la sala con una sonrisa enorme.

—Ay madre… —susurró.

Nick estaba guapísimo.

Había abandonado su habitual look de tío duro, aquel que la ponía tanto para enfundarse un hermoso traje italiano. Aquella pieza, que parecía haber sido hecho a medida, se ajustaba a él como un guante.

Y supo que necesitaba verlo vestido así más veces, aunque solo fuera para desnudarlo después.

—Tú llegaste a mi vida para llenar ese espacio que nadie conseguía llegar. Nunca antes he sentido algo semejante. Si tuviera palabras para expresar lo que he sentido cada día que he estado a tu lado… Te diría que solo pienso en ti.

Sus manos temblaron mientras pronunciaba esas palabras.

—Yo te quiero más que a cualquier persona en el mundo. Tenerte en mi vida es esa constante que no quisiera perder jamás. Eres ese resplandor que ilumina la habitación y la que cura mis heridas.

Chloe tembló también al escucharlo. Bajo la fachada de bromista Nick tenía un gran corazón debajo, no era un hombre que expresase con palabras sus sentimientos y supo lo mucho que le estaba costando ese momento.

Caminó hacia ella con paso decidido mientras parecía sudar por todos los poros de su piel.

Solo cuando llegó ante Chloe sonrió. Tenía una de esas sonrisas capaces de atraparte y engullirte. Era el hombre más guapo del universo y nadie le haría cambiar de opinión.

Entonces Nick descendió hasta poner una rodilla en el suelo. Tarde se daba cuenta de todo lo que le estaba tratando de decir y eso la sorprendió de tal forma que se emocionó sin necesidad de que pronunciase una palabra.

Él había preparado todo aquello junto sus amigos solo por y para ella.

Para hacerle una de las preguntas más importantes del mundo.

Del bolsillo interior de la chaqueta, el Devorador sacó una pequeña cajita aterciopelada roja. Abriéndola le mostró un delicado anillo que parecía estar destinado a su dedo.

Era precioso.

—Chloe, ¿quieres casarte conmigo? Sé que tengo mil defectos y que tal vez existan muchos hombres capaces de hacerte feliz, pero para mí eres la única. No eres comparable a nadie, es como tener una estrella entre mis dedos.

Llegados a ese punto ya no pudo evitar llorar al escucharlo. Brutalmente emocionada asintió siendo incapaz de articular palabra. Trató de tomar aire, luchó por conseguirlo de alguna forma y supo que necesitaba unos segundos.

—Sí… —jadeó.

Sonriendo, Nick le puso el anillo sellando todavía más sus destinos.

Incapaz de soportarlo Chloe se dejó caer de rodillas sobre la alfombra para aferrarse a su

cuello y besarlo. Era el hombre más importante de su vida, no podía decirle que no porque pensaba ser su compañera siempre.

—Te quiero, Nick.

—Yo sí que te quiero.

Secándose sus lágrimas de alegría no olvidó a los dos presentes, los mismos que se acercaron a felicitar a la pareja.

Chase y Aimee siempre estarían en sus vidas, estaban conectados de un modo tan profundo que todos sabían que se necesitaban. Solo esperaba que siempre caminasen a su lado a pesar de las dificultades.

—Gracias a vosotros también, chicos.

La puerta, que hasta entonces había permanecido cerrada, cedió provocando que un montón de gente cayera los unos sobre los otros aplastándose entre gritos y quejidos.

De pronto pudo ver a un Lachlan en lo más bajo del montón.

—Joder, mira que llegáis a tardar. Que estábamos deseando entrar —se quejó.

—Tú empujaste —se quejó Sergei.

—Como que tú no lo hiciste —refunfuñó Quill.

Poco a poco aquella enorme sala se llenó de sus seres queridos. Todos ellos iban vestidos preparados para la ocasión, lo que significaba que sabían perfectamente lo que iba a pasar ese día.

Había sido una gran sorpresa.

Encendiendo la música todos tuvieron un momento de paz y de felicidad para celebrar que estaban vivos y que el amor seguía siendo lo más importante.

Justo entonces Nick le tendió la mano invitándola a bailar. Como si de una boda se tratase ellos iban a hacer el baile presidencial, algo que la puso nerviosa solo unos segundos. Se calmó cuando las manos de su futuro marido la tomaron por la cintura.

No existía miedo con él a su lado.

No era posible.

***

—¿Me disculpas un momento? —preguntó Nick tras un par de bailes.

Chloe, por supuesto que permitió que dejasen de bailar, de hecho, estaba necesitando una copa de ese champán rosa que todos estaban bebiendo. Iba a cazar alguna sin lugar a dudas.

Siguiéndolo a través de la gente se dio cuenta de que Nick iba a por Aimee, entonces recordó lo que le había contado hacía unos días.

Sí, ese hombre era el mejor.

—¿Qué tal el champán? —preguntó Nick acercándose a sus amigos.

Aimee, que tenía los ojos cerrados, abrió la boca un poco antes de hablar.

—Pica.

—Nada, son solo burbujas.

Era muy divertido verla hacer cosas tan banales como probar algo con gas. Parecía sorprendida con la bebida esa y miró el final de la copa dándose cuenta de que se había quedado vacía.

—Toma otra —le indicó Chase dándole otra.

Ahora sí era feliz.

—Oye, Aimee, no hemos tenido tiempo para hablar sobre que bajé al infierno… —comenzó a

decir Nick.

Esta, que se tomó la copa de un trago, negó con la cabeza.

—No hay nada que hablar, era tu deber. Ahora otra copa —rio ella.

Nick la detuvo tomándola de las manos.

—Menos mal que no puedes emborracharte porque vaya ritmo, maja. —Entonces Nick pareció quedarse serio—. ¿De verdad que no me odias?

¿Cómo podía?

Era uno de los hombres más importantes en la vida de Aimee. Sabía que no hizo ese viaje por voluntad propia sino por obligación. No se podía odiar a nadie con ese contexto. No era posible.

Aimee negó reafirmando su posición.

—Tampoco es que te pierdas nada, el infierno es una mierda. Mucho mejor aquí —mintió Nick.

Chase no pudo resistir la tentación y, con crueldad, tomó el pecado haciendo que Nick se llevase la mano al pecho entre jadeos de dolor.

—¡Es tan feo mentir! —exclamó su amigo.

Él solo lo fulminó con la mirada.

—Te mataré —prometió.

Aimee no fue consciente de que la música había parado, que todos estaban expectantes en ese momento porque Nick quería seguir hablando con ella.

—¿Sabes? Me quedó esa espina de ir sin poder llevarte conmigo. Así que, he hecho unas llamadas, unas en las que Chloe también participó —explicó Nick tomando a su amiga por los hombros.

Obligándola a girar sobre sí misma, el corazón de Aimee se paró en seco en ese preciso momento.

El último invitado llegaba, uno que jamás hubiera imaginado que fuera posible.

Oscuro.

Su padre estaba ahí. Vestido para la ocasión, era el hombre más elegante de la pista de baile. Su sonrisa cariñosa fue como un abrazo para Aimee, la cual se quedó congelada en el sitio.

—¿Padre?

—Hola, cielo. ¿Me preguntaba si me concederías un baile? —preguntó su padre tomándola de las manos.

Aimee, que notó como las emociones la estrangulaban, asintió queriendo ser capaz de pensar en algo. Echándose a los brazos de ese hombre, permitió que este la abrazase con todo su amor.

Lloró por tocarlo de nuevo, sabía que en su estado no podía estar mucho fuera del infierno y sabía lo riesgoso que era ese regalo que le daba.

—Mi niña, te has convertido en una grandísima mujer, estoy orgulloso de ti —explicó Oscuro.

La música se encendió permitiendo que ellos fueran hasta la pista de baile. Abrazada a Oscuro, Aimee bailó lo que le pareció un sueño. Nunca había estado tanto tiempo con él y deseó que fuera eterno.

Jamás sería capaz de agradecer aquel gesto.

Era demasiado.

Y bailaron una canción larga, abrazados sabiendo que tardarían en verse. Con el corazón roto de ambos, todos los Devoradores fueron conscientes de la imagen que tenían ante ellos.

Agradecieron ese instante en el tiempo, ese momento concedido y se abrazaron con fuerza esos minutos.

—Siento tener que irme, pequeña —anunció Oscuro al acabar la canción.

Acunó el rostro de su niña para recordarla bien, resultaba tan doloroso dejarla que la punzada en el corazón que sintió supo que le iba a dejar cicatriz.

—Gracias… —susurró ella con voz estrangulada—. Te quiero.

—Y yo a ti, mi dulce niña.

Desapareciendo, Aimee se quedó sola en la pista de baile. Fue terrible verlo marchar, pero tenerlo unos instantes valía la pena.

Suspiró luchando por dejar atrás ese sentimiento de dolor, debía estar feliz, muchísimo.

Llegando a su lado, Bella tomó a su hermana pasándole el brazo por encima de los hombros. La aferró a su pecho mientras se daba cuenta del dolor que la pequeña de la familia estaba pasando.

Ella nunca conoció la misma vida que tuvieron los demás. Estuvo alejada.

—Bella… —balbuceó Aimee recomponiéndose.

—Aquí estoy y seguiré aquí hasta el fin de los días —prometió.

Eran hermanas.

Familia.

Nadie las separaría jamás, ni una con Seth cambiaría eso.

PARTE 2

Doc supo que tenía que ir mucho más lejos de lo que hubiera imaginado jamás. Orbitando hasta quedar ante el nuevo hogar de Ra, comprobó que lejos quedaban las pirámides que tanto añoraba.

Ahora vivía en una casita en el campo, una que le resultó entrañable hasta para alguien como su hermano.

Una docena de espectros lo rodearon cuando atravesó el perímetro de seguridad, fue como si este pisase una mina y todos ellos quisieron sacarlo de allí.

Eso no iba a intimidarle.

Dejando que sus poderes se desplegasen, supo que su hermano era capaz de notar su presencia y lo que iba a hacer si no salía de esa casa. No quedaría nada reconocible si no colaboraba.

—¡Iros! —ordenó Mireia siendo la primera en salir de la casa.

Doc la miró con detenimiento. Esa humana poseía la capacidad de controlar lo que solo Seth estaba destinado a conseguir. Su gente, aquella que había convertido en seres putrefactos la seguían como su señora.

Ra fue el siguiente en salir.

Vestido de un impoluto negro le pareció curioso que había ciertas costumbres que eran imposibles de olvidar.

—Te llegó mi invitación —comentó Ra.

Así era.

—No fuiste demasiado discreto.

Enviándole a Winter su ubicación exacta todos supieron que se estaba comunicando con su hermano. Solo por eso le permitieron ir solo, bueno… En realidad alguno de los suyos estaban unos pocos metros más allá vigilándolo todo de cerca.

—Anubis… —empezó a decir.

No iba a bajar la guardia porque su hermano era especialista en atacar por la retaguardia. Aprovechaba cualquier momento para destrozarte y eran demasiado viejos como para caer en ese juego.

Solo por eso Doc dijo lo único que quería decir.

—Libera a Winter o me veré obligado a destruirlo todo —explicó mirando directamente a la humana.

Ella moriría si Ra no cedía.

Era su punto débil, el mismo por el que Seth no se presentó en el infierno con su hermano.

—¿Dónde quedó tu piedad, Anubis? —preguntó Ra.

Él sonrió con sorna.

—La mataste junto a todos los cadáveres que has dejado por el camino.

Su hermano no era un santo, es algo que no podían olvidar por mucho que hubieran cambiado las tornas. Ahora solo necesitaba que soltase a Winter, que olvidase ese control mental a la que la tenía sometida.

Del resto ya se encargarían poco a poco.

—Yo voy a proponerte un trato —explicó Ra.

Por eso lo había citado allí.

Era todo oídos, lo único que no tenía claro que ellos pudieran ponerse de acuerdo en algo.

—¿Y bien? —insistió Doc cuando su hermano estuvo demasiado callado.

Este, que apenas era capaz de hablar, tomó aire sabiendo que estaba a punto de cambiar el

rumbo de las cosas.

—Yo libero a Winter si tú te la llevas a ella a la base junto a los espectros.

Doc, atónito, necesitó unos segundos para darse cuenta de lo que verdaderamente le estaba proponiendo. No tenía ni pies ni cabeza, era algo impropio de Ra porque no conocía el significado de la empatía.

—¿Qué dices? —masculló Mireia.

Ra, que hasta entonces no la había mirado, tomó su barbilla con fuerza obligándola a mirarlo a los ojos. Todos supieron que quiso decir muchas cosas para las que no estaba preparado.

No podía cambiar en un día.

La besó dejando claro que sí existían sentimientos entre ellos, sellando ese destino que tenían juntos.

—Te libero de ser mi mascota —pronunció provocando que la magia que envolvía el collar de Mireia, ese que tenía alrededor del cuello, se desvaneciera.

Después, sin darle tiempo a hablar, la empujó hacia su hermano.

—Llévatela, protégela de mí y de padre. Sé que ahora quiere destruirla para darme una lección. No quiero que eso pase, Anubis.

Doc tomó del brazo a Mireia sin demasiado remilgos. Esta se retorció como si él fuera el mismísimo mal, pero no le importó. Aceptaba el trato para que Winter fuera libre de una vez por todas.

—Hazlo ya —ordenó Doc.

Ra sonrió antes de chasquear los dedos.

—Aquí lo tienes, es libre —sentenció.

El grito de Mireia no los hizo cambiar de opinión. El trato estaba sellado y ella pasaba a ser alguien de la base. Sabrían tratar con el problema le gustase a ella o no. Ahora era un objetivo.

Una posible muerte.

—¡No! —gritó Mireia forcejeando con Anubis.

Este comenzó a caminar hacia el exterior de la parcela donde Quill y Darius lo esperaban. No pensaba flaquear ahora, ella era la clave para liberar a Winter y eso valía más que cualquier cosa.

No importó lo mucho que ella le pegó o le arañó, siguió caminando hasta sacarla de allí.

Muchos espectros acudieron a sus gritos, todos quisieron ayudar a su señora, no obstante, Doc los echó atrás con su magia. No iban a entorpecer su pacto por mucho que quisieran ayudarla.

—Vas a venir te guste o no porque sabes que Seth te despedazará. Ra no puede protegerte y morirá peleando si tiene que distraerse tratando de salvarte —espetó Doc con rabia.

Quería que ella entendiera el gesto de su hermano.

No era cruel esta vez, lo hacía solo por ella.

Debía agradecerlo porque otras habían sucumbido entre sus manos.

—Protegedle a él —lloró Mireia a sus espectros comprendiendo que ese era un adiós quizás definitivo.

Doc, que llegó hasta sus compañeros, soltó a la humana.

—Llevadla a la base y decidle a Dominick que volveré en un rato. No necesito compañía —ordenó sin rastro de humor.

Eso los sorprendió.

—¿Estás seguro? —preguntó Quill.

Lo estaba.

—Vámonos, chico —lo animó Darius.

El pobre Quill, que no supo dónde tocar a Mireia, le puso una mano en su frente antes de

orbitar al otro lado del mundo. Regresando a la base ellos iban a tener que responder muchas preguntas.

Doc apretó los puños sabiendo que tenía que tener esa conversación con su hermano. No podía marcharse de allí sin decirlo en voz alta.

—¿Por qué lo hiciste? En ese momento no había atisbo de empatía en ti —declaró Doc acercándose a su hermano.

Él, que trató de disimular, se encogió de hombros ignorando que sabía perfectamente de lo que estaban hablando.

—Cuando bajé al infierno lo supe con claridad. Lo sospeché, pero era algo tan improbable que no podía creérmelo.

—Anubis, déjalo.

Pero no podía.

No ahora que sabía la verdad.

—Interceptaste a Quill orbitando con Winter y Pixie y los enviaste al infierno. Después bloqueaste su capacidad de huida —explicó Doc.

Era tan complicado comprender los motivos de su hermano que una parte de él no se creía las palabras que pronunciaba. En ese momento todavía no había peleado con Seth, tampoco existía una razón obvia.

—¿No podríamos dejarlo estar?

Esa pregunta certificó lo que ya sabía.

—Quiero hablarlo —confesó Doc.

Su hermano se pasó la mano por el pelo evidentemente nervioso. No era algo que pudiera decir todos los días.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Ra.

Fue muy fácil.

—Pudo volver a orbitar cuando padre nos atacó. Fue bastante obvio entonces, aunque llevo semanas pensando en ello. ¿Qué motivación te llevó a eso?

No pudo ser Mireia.

Todavía no.

Era otra cosa.

—Por ella —reconoció Ra.

Era tan confuso que no pudo comprenderlo.

—Conocer a Winter estos años tan de cerca me dio otra visión de la realidad. Era piadosa, buena y prefería morir a que le pasase algo malo a los demás. Creo que, enganchándome a ella, me dio una visión del mundo que no conocía. Por eso salvé a Mireia por primera vez, por su valentía y porque Winter había instaurado en mí, sin yo ser consciente, algo de empatía.

Doc no fue capaz de hablar.

Su confesión lo cambiaba todo. El más cruel de sus hermanos había visto en Winter algo bueno. Ella le había mostrado una vida distinta, una que negó a golpe de crueldad, pero que fue calando poco a poco.

—Me negué muchas veces a reconocer que ella me estaba cambiando. Al final solo lo asumí y le di una oportunidad —explicó Ra.

Enviándola lejos de su control mental.

—¿Sabes por qué elegí el infierno?

Esa pregunta fue fácil de responder.

—Douglas iba a marcharse, era evidente que padre atacaría ahí. Así lo incriminabas a él —

chasqueó la lengua—. Aunque añadiría algo más. También lo hiciste porque sabías que Bella la acogería con los brazos abiertos.

Podían pasar años o siglos que siempre se conocerían de verdad. Se habían criado juntos, eso les daba una ventaja que el resto no tenía. A pesar de ser enemigos lo sabían todo del otro.

—Ella significa más de lo que parece y padre lo sabe. La destruirá para llegar a ti, no se lo permitas —advirtió Ra.

Lo era.

Y comenzaba a comprenderlo.

—No lo haré —prometió.

Debía marcharse. El camino de Ra iba a ser muy solitario a partir de ahora. Declarándole la guerra a Seth no sabían qué iba a pasar solo que no lo dejaría estar. Seth no era de los que perdonaba una traición.

—Tal vez en otra vida hubiéramos sido grandes hermanos —rio Ra.

No.

Jamás lo hubieran sido.

Eran como el agua y el aceite, la noche y el día y la crueldad de Ra no dejaba espacio para nadie más.

Aun así, sabiendo que lo detectaría, Doc mintió.

—Puede.

Después de eso orbitó regresando a casa, dejando atrás a su hermano con la intriga de qué pasaría a partir de ahora. El mundo volvía cambiar y cada vez giraba más rápido.

Ahora sabían que Seth caería sobre ellos, sin treguas, trucos o magia. Estaban ante la batalla final. Esa que decidiría quién quedaría en pie después de todo. Eso le hizo preguntarse si Ra también lo sabría.

Winter lo abrazó en cuanto lo vio aparecer en el patio.

—¿Todo bien? —preguntó alejándose sabiendo que el contacto no era lo que más le gustaba.

Él tomó aire.

—Sí, necesitaba una conversación entre hermanos —confesó.

Ella era su luz después de un infierno. Esa persona que lo guiaba a la guerra con la idea férrea de vencer. Ahora podía estar tranquila, disfrutar del silencio en su cabeza y tener la certeza de que Ra no lo haría de nuevo.

—Eres libre —sentenció Doc.

Lo era.

Ahora solo faltaba comprender por qué Helena seguía a su lado. Esa fantasma pegada a su cuerpo era una pieza más del rompecabezas que tenía que formar.

—¿Nos tomamos un café? —ofreció Leah.

No tenía escapatoria porque vio el brillo de alegría en los ojos de Winter. Suspiró dándose cuenta también de que Leah había hecho una pregunta, pero no era aceptable negarse.

Era esas cosas de cortesía que Leah siempre quería enseñarle.

Así que, sin otra opción sobre la mesa, solo dijo.

—De acuerdo.

PARTE 3

—¡Me voy! —gritó Alma.

Había acabado el trabajo de ese día y, a pesar de haber avisado que se iría un poco antes, sabía perfectamente que Nick estaba a punto de formar un drama como solo él podía hacer.

—¿Cómo que te vas? Dile a ese Douglas que es la segunda vez esta semana que te vas antes, pienso cobrármelo —dijo a toda prisa sacando la cabeza de su despacho para mirarla fijamente.

Sí.

Lo conocía demasiado bien.

—Anda, deja que se vaya, yo me encargo —rio Aria.

Ese día no tenían mucho trabajo y Aria podía encargarse perfectamente de la situación. No se quemaría la base en su ausencia, o sí, pero mejor no pensarlo demasiado.

—Vosotras dos estáis compinchadas. Esto no puede ser, tan pronto tengo dos secretarias como me desaparecéis las dos. Una muriéndose y la otra a buscar qué se yo por el tiempo —bromeó Nick—. Os lo pienso descontar del sueldo.

En eso tenía algo de razón.

Sus dos mujeres de confianza habían desaparecido a la vez, cada una en un lugar distinto del universo. Una coincidencia bastante extraña, aunque ahora volvían a la carga.

—¿Y cómo quieres que te compense que hoy me dejes salir antes? —preguntó Alma sabiendo que debía mimar a Nick.

Era como un niño.

Y ya que los dulces no era algo que le apasionasen en exceso iba a probar otra cosa para sacarle una sonrisa.

Su jefe no tardó en encontrar algo.

—Una cena, cara, en algún sitio del mundo exótico que tu amorcito es un taxi con alas.

Eso ya lo tenía en la base, así que enarcó una ceja antes de contestar.

—Y Aimee.

—Touché —bromeó Aria.

Nick, fingiendo estar ofendido, levantó la barbilla antes de decir que no con el dedo.

—Pues no te vas.

Y, girando sobre sí mismo, volvió a meterse en el despacho ignorándola deliberadamente.

Alma, que luchó por contener la risa, entonó.

—Venga vaaaaa, por fiiii. Si eres el mejor jefe del mundo mundial.

Alagarlo siempre funcionaba y solo cuando sacó de nuevo la cabeza luciendo una enorme sonrisa, se alegró de verlo así.

—Si es que soy un blando. Anda, vete ya.

Ella profesó un par de saltitos.

—¡Gracias! Eres el mejor.

No se quedó más allí, ese día había quedado con Douglas para hacer algo diferente. Sin perder más el tiempo fue a toda prisa hacia su casa.

—¿Se quema algo? —preguntó Leah corriendo a su lado.

Alma tragó saliva ahogándose, estaba en mucha más baja forma de lo que pensaba.

—No, es que tengo un día especial con Douglas.

Ambas siguieron a toda prisa hacia su casa, una preciosa un par de calles más alejada de la de Dominick. Le habían dejado elegir una y esa llevaba en su lista de deseos casi desde que se

mudó.

—¿Picardías, quizás?

—Algo así —rio Alma.

Llegando, entró en el porche dejando atrás a su amiga. Se despidió con la mano sabiendo que tenía el tiempo encima, pero no pudo evitar pararse un momento.

—Leah…

Ella, que ya se iba, se detuvo para mirarla.

—¿Todavía piensas en el «Diosas Salvajes»?

Sorprendida por la pregunta, Leah tuvo que pararse unos segundos a pensar mientras se miraban.

—Yo no viví tu horror, para mí salir fue mucho más fácil. Aunque, respondiendo a tu pregunta, sí, a veces pienso en ese lugar. Ya no duele, ni da miedo. Todo eso lo han llenado los Devoradores de pecados —explicó Leah.

Eso la animó.

Superado todo su pasado quería saber cómo ella se sentía después de todo y si esos pensamientos siempre estarían presentes. Al final la respuesta era que esa familia era capaz de vencer a todos.

—Siento no haber pedido ayuda —se disculpó Alma provocando que Leah negase con las manos.

—Siento que ninguno nos diéramos cuenta. En parte te fallamos y espero que tengas el corazón de perdonarnos el resto de tu vida.

Ya lo había hecho porque ellos no tenían culpa.

Emocionándose ambas, se limpiaron las lágrimas para que nadie pudiera ver que estaban llorando y vinieran corriendo.

—Sabes que esta gente no nos dejará marchar nunca y si nos ven llorar nos harán un interrogatorio —rieron Leah y Alma.

Así era.

—Gracias por volver.

—Gracias por aceptarme.

De pronto recordó que tenía prisa y salió corriendo hacia el interior mientras se despedía con la mano. Ya tendrían tiempo para charlar tranquilamente, ahora solo tenía una cosa en mente: Douglas.

Él llegaría a las ocho y para ese momento debía estar completamente lista.

Sonrió con alegría antes de entrar en la ducha.

***

—¿Puedo verte ya? —preguntó Douglas.

—¡NOOO! —bramó Alma.

Él hizo un mohín apoyando su frente en la puerta. Esa mujer tan cruel lo tenía castigado fuera de la habitación bajo pena de muerte si entraba. Eso no era justo para un dios como él.

—Me aburro, entraré y te quitaré esa ropa que taannntooo estás tardando en elegir —prometió.

Estaba deseando llegar a esa parte. Bueno, también esperaba lamerla a conciencia, con locura y pasión mientras se derretía entre sus brazos gritando su nombre. A ese paso iba a derribar la puerta a cabezazos si no se abría.

—Ya estoy —anunció.

Cuando la puerta se abrió no estaba preparado para verla tan hermosa. Luciendo un precioso vestido en tonos azules, sus curvas quedaban a la vista convirtiéndolo en un espectáculo.

Sus ojos se oscurecieron por puro instinto de poseerla.

—Dime a dónde vamos o te lo arranco aquí mismo.

Alma, que puso sus manos ante ella a modo de barrera, levantó el rostro.

—¿Estoy guapa? —preguntó.

Ilusa.

No existían palabras para describirla.

Guapa era quedarse demasiado corta. Esa belleza solo estaba destinada a unos pocos en el mundo y su mujer era una de ellas. Hasta la diosa más hermosa sentiría celos de ella.

—Estás hermosa —declaró.

Le encantó verla sonrojarse de la forma en la que lo hizo. Era tan adorable que estaba a un paso de cancelar el plan y secuestrarla en casa.

—Tienes que orbitar al infierno, justo al lugar donde estuvo nuestra prisión —pidió Alma.

Antes de que él pudiera procesar lo que ocurría, corrió hacia dentro de la habitación porque se había olvidado algo. Douglas supo que sus dientes se alargarían si seguían por ese camino y mordería el marco de la puerta.

—Ya estoy —indicó regresando con unas flores entre las manos.

Él, enarcando una ceja, la estudió.

—¿Y eso?

—Ya lo verás, ahora orbita —le dijo antes de darle un manotazo cuando quiso tocar las flores.

Él refunfuñó.

—La Alma de ahora es muy mandona —declaró.

—Pues acostúmbrate, guapo.

Bueno, al menos le había llamado guapo. No perdió más tiempo, tomó a Alma por la cintura y la llevó a ese sitio que tanto deseaba visitar. En cuestión de un parpadeo estuvieron allí.

—¿Satisfecha?

Alma lo besó suavemente.

—Mucho —contestó.

Viéndola caminar, fue hasta el punto exacto donde estuvieron encerrados, de hecho, todavía quedaba la cama que los había visto arder entre ellos. En ella, como si de un altar se tratase, Alma depositó esas flores.

—Es para la Alma del pasado —explicó—. La que entró en esta prisión contigo ya no existe. Por suerte, por tu persistencia ahora soy otra muy distinta.

Y quiso llevarse flores a sí misma como si de una tumba se tratase.

Douglas supo que ella había avanzado mucho en el camino, que puede que vinieran cosas difíciles, pero iban a estar juntos en el proceso. Ahora el mundo se veía muchísimo mejor.

Y le gustó ese gesto de despedirse de sí misma.

Ya no era una mujer consumida por su pasado, era fuerte, buena y con un gran sentido del humor.

¿Qué más cosas descubriría de ella en el camino?

—Además —siguió diciendo Alma atrayendo su atención—, ya que este sitio vio morir mi antiguo yo, quiero que sea testigo del futuro más inmediato que nos viene por delante.

Sin tener muy claro a qué se refería, Douglas contempló cómo sacaba algo del bolsillo y se lo enseñaba.

Su mente tardó mucho en procesar la información. Al final, cuando sus neuronas se coordinaron, pudo darse cuenta de que se trataba de un test de embarazo absolutamente positivo.

Tragó saliva.

—¿Qué?

Alma levantó las manos tratando de calmarlo.

—Sé que viene en el peor momento, justo antes de que Seth nos dé el golpe final, pero aquí está. Tuyo y mío, una nueva vida en camino.

Douglas parpadeó dándose cuenta de que hacía muchísimo calor allí de repente. Sin ser consciente de lo que pasaba, cayó de rodillas ante ella con tanta alegría que gritó al cielo desgarrándose las cuerdas vocales.

Abrazándola depositó su cabeza en su vientre.

—Eres un regalo —declaró Douglas refiriéndose en realidad a los dos.

Un bebé.

Iba a ser padre.

Iban a ser padres, corrigió en su mente.

Levantándose casi de un salto besó a su mujer con fuerza, metió su lengua dentro de su boca saboreándola y arrancándole un sonoro gemido. No podía estar más contento, ella era su mayor regalo.

—Te quiero con todo mi corazón —sentenció Douglas.

Alma, que se estaba recuperando del beso, volvió a tomarlo con fuerza y pasión.

—Y yo a ti —contestó al final.

Era el hombre más feliz del mundo.

Padres.

—Y ahora llévame a casa y quítame este maldito vestido. Solo quiero tus manos y tu lengua sobre mí.

Douglas enloqueció con sus palabras. Cogiéndola en volandas, le arrancó una risa ahogada mientras se aferraba a su cuerpo.

Sí, iba a hacer justo lo que le acababa de pedir.

—Por supuesto que sí, hasta que el vecindario nos eche por ruidosos —bromeó Douglas.

O no porque sí pensaba hacer algo de ruido.

Tal vez nadie lo notaba y si lo hacían, ya hablarían sobre el tema.

A fin de cuentas, en esa base no existía la intimidad y estaba a punto de gritarles a todos que iba a ser padre.

Mirándose unos instantes antes de orbitar, ambos dejaron que sus frentes chocaran. Sostenía a la mujer que amaba, la que nunca creyó conseguir. Ahora era feliz entre sus brazos.

Y para ella, él era su salvador. Ese hombre que no tuvo miedo a perderlo todo solo para conseguir que fuera libre.

Ahora eran uno solo.

Una familia.

Algo eterno.

FIN

NO MIENTAS AL DEVORADOR…
PRÓXIMAMENTE

LA HISTORIA DE DOC.

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: https://www.facebook.com/Tania.Lighling

Fan Page: https://www.facebook.com/LighlingTucker/

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

—No te enamores del Devorador.
—No te apiades del Devorador.
—No huyas del Alpha.
—No destruyes al Devorador.
—No confíes en el Devorador.
—No hables con el Devorador.
—No beses al Devorador.
—No temes al Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

—Conquístame si puedes.
—No soy tu rosa ni tu tulipán.
—Eternos.
—Huyendo de Mister Lunes.
—Las catástrofes de Alicia.
—Los encuentros de Cristina.
—Navidad y lo que surja.
—Se busca duende a tiempo parcial.
—Todo ocurrió por culpa de Halloween.
—Cierra los ojos y pide un deseo.
—Alentadora Traición.
—La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

—Redención.
—Renacer.
—Recordar.